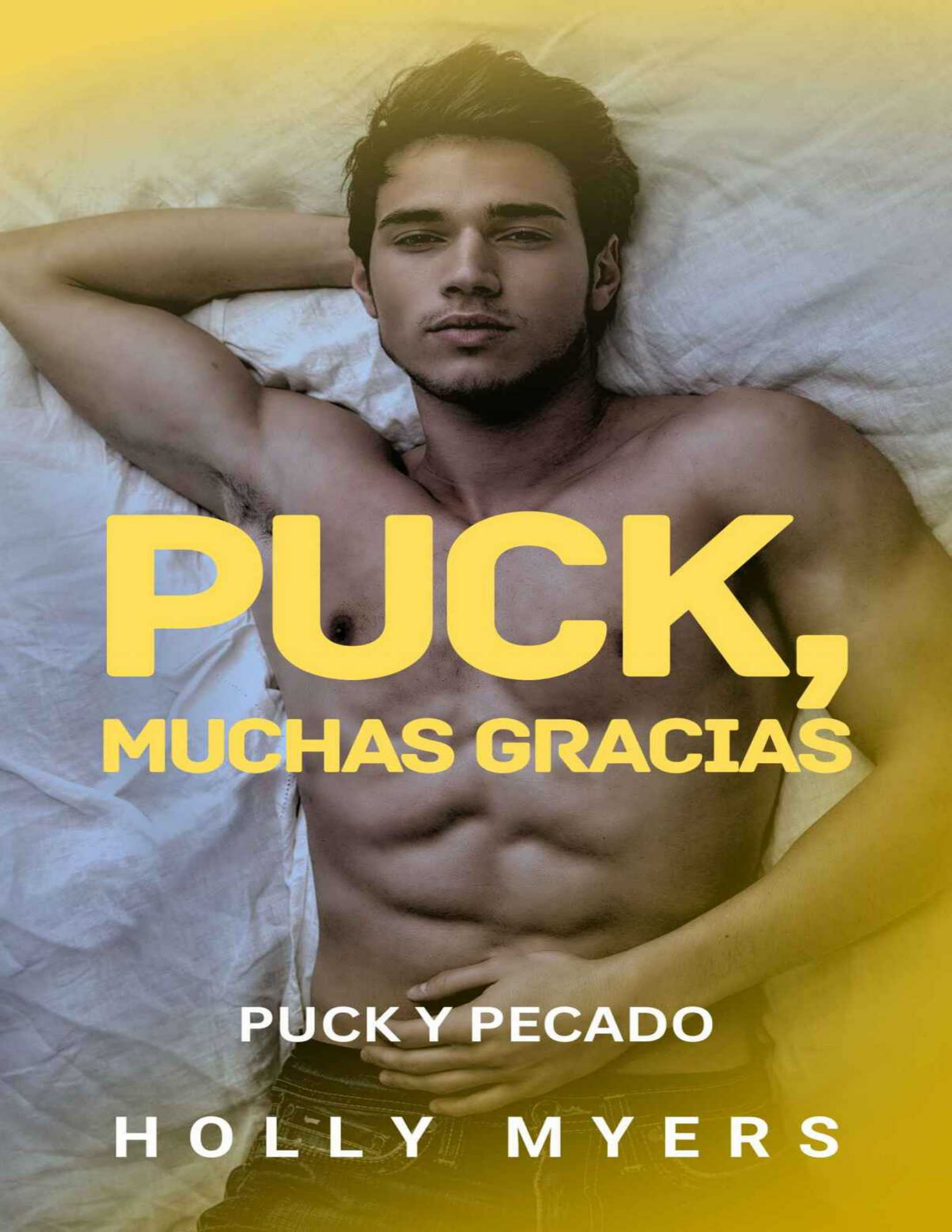


PUCK, MUCHAS GRACIAS

PUCK Y PECADO

HOLLY MYERS

PUCK, MUCHAS GRACIAS

PUCK Y PECADO

LIBRO 3

HOLLY MYERS

ÍNDICE

1. Zane
2. Jakob
3. Zane
4. Jakob
5. Zane
6. Jakob
7. Zane
8. Jakob
9. Zane
10. Jakob
11. Zane
12. Jakob
13. Zane
14. Jakob
15. Zane
16. Jakob
17. Zane
18. Jakob
19. Zane
20. Jakob
21. Zane
22. Jakob
23. Zane
24. Jakob
25. Zane
26. Jakob
27. Zane
28. Jakob
29. Zane
30. Jakob
31. Zane

32. Jakob
33. Zane
34. Jakob
35. Zane
36. Jakob
37. Zane
38. Jakob
39. Zane
40. Jakob
41. Zane
42. Jakob
43. Zane
44. Jakob
45. Zane
46. Jakob
47. Zane
48. Jakob
49. Zane
50. Jakob

Postfacio

1

ZANE

Lo primero de todo, deberías saber que cualquier cosa que te cuente Jakob Martin es mentira. Nunca te fíes de la palabra de un Lion de Larkin. Lo que me lleva a mi segundo punto: los Larkin Lions empezaron lo que pasó aquella noche en el bar. Mi equipo no tuvo la culpa de nada. Si ellos no hubieran empezado, nada de esto habría pasado. Sí, ya lo sé, eso significa que lo que vino después tampoco habría ocurrido. Joder. Es un poco complicado. Vale, te contaré cómo empezó todo este lío y ya decides tú quién tenía razón y quién no merece ni calzarse unos patines.

Los Larkin Lions y los Remington Riptides habían sido rivales de la misma ciudad desde tiempos inmemoriales. Y estoy bastante seguro de que Larkin también empezó esa rivalidad. No me preguntes qué hicieron exactamente. Simplemente lo sé. Nada me sorprende cuando se trata de esa gente.

En fin, como ambas universidades están en Buffalo, acabábamos enfrentándonos mucho más que con cualquier otro equipo de la conferencia. Eso significa que todos habíamos acumulado nuestra parte de victorias y derrotas contra el otro, y también implica que la mala sangre que nos teníamos venía de lejos.

Por favor, no pienses que es una de esas rivalidades insignificantes como las guerras entre fraternidades que consisten en lanzar papel higiénico a la casa de la fraternidad rival o hacer que les entreguen veinte pizzas en la puerta.

Esto era hockey. Esto era diferente. No lo entenderías.

En años anteriores, tanto yo como otros consultábamos el calendario en cuanto salía para ver cuándo nos enfrentaríamos a la Universidad de Larkin. Quiso la suerte que tuviéramos programado jugar contra ellos en el Alumni Arena, su cancha, en el segundo partido de la temporada. Sin tiempo para calentar motores o dejar que nuestra animosidad empeorara, pero no pasaba nada. Íbamos a machacarlos porque, a estas alturas, ese parecía el orden natural de las cosas.

Sin embargo, el verdadero problema no empezó en el hielo. Oh, no. Los Larkin Lions nunca tendrían tanta clase. El lío comenzó en el Colter Bay Grill, en la esquina de Delaware con Allen, la noche anterior. Los chicos y yo aparecimos y nos agolpamos en la barra, pero apenas podíamos oír nada con la música a todo volumen. Sí, ya sé que suena a mala idea ponerse ciego a cervezas la noche antes de un partido, pero éramos jóvenes, estábamos hambrientos de diversión y podíamos aguantar sin problemas una noche de juerga.

Vi a Jakob primero. Estaba apoyado en un extremo de la barra, apurando una cerveza de barril, con una barba bien recortada y el pelo impecablemente peinado. Si me preguntas a mí, no parecía un jugador de hockey. De no ser por la camiseta y los vaqueros que llevaba, lo habría confundido con un modelo de *GQ*.

Como he dicho, apenas me fijé en él, pero tampoco podía fingir que no estaba allí. Al mirar más de cerca, me di cuenta de que estaba todo el equipo de los Larkin Lions. Nos habíamos visto todos sin casco las suficientes veces como para reconocernos por la calle.

Me volví, intentando no mirar durante mucho tiempo. Rivalidad o no, las normas sociales habituales seguían aplicándose. Ver a esos tíos en nuestro bar hizo que se me formara un nudo en la boca del estómago. Incluso arañé la superficie de la barra con los dedos. ¡Hay que tener cara!

—Fíjate en esto —Jax Echlin, el capitán de nuestro equipo, me dio un codazo en las costillas mientras miraba de un equipo a otro—. Si son los Lions. ¿No son la panda de capullos más lamentable que has visto en tu vida?

Habló lo bastante alto como para que se le oyera incluso por encima de la música a todo volumen. Si alguno de los Larkin Lions lo había oído, no lo demostró mirando en nuestra dirección y, desde luego, no nos devolvió el insulto.

Le di un trago a la cerveza. No había necesidad de empezar nada (aunque, la verdad, dudaba de que alguna vez hubiera habido un conflicto entre nuestros equipos que no hubieran empezado los Lions). Nuestro entrenador nos había grabado a fuego la necesidad de eliminar distracciones y mantenernos alejados de los problemas. En mi opinión, eso nos hacía aún más superiores al peor equipo de hockey de Buffalo.

Lo que vino después consolidó esa idea. Una cáscara de pipa voladora aterrizó en nuestro extremo de la barra. Imagínate bolitas de papel en una clase de tercero de la ESO. Cuando giré la cabeza bruscamente en su dirección, me encontré a su portero, el gilipollas por excelencia Ryan Detenbeck, con una sonrisita de cabrón que no te la puedes ni creer. Escondió las manos a la espalda, paseó la mirada por el bar y silbó una melodía sin sentido, como si no hubiera hecho ni visto nada. Levi Dunn, el musculoso extremo derecho de los Lions, hizo una mueca y no pudo reprimir la risa.

Y Jakob se tapó la boca, riéndose como un completo idiota.

Respiré hondo, solté el aire, me volví para mirar al frente y fingí que los Larkin Lions no existían. Segundos después, un par más de cáscaras de pipa volaron por la barra hasta que una aterrizó de lleno en mi cerveza, haciendo que la espuma se derramara por el borde.

Me levanté y me incliné sobre la barra para ver bien cuál de esos imbéciles la había tirado. Todos parecían igual de culpables, si quieres mi opinión. Dejaron de reír (aunque Jakob no pudo borrar del todo la sonrisita de su cara). Lo único que me importaba era que se habían acercado todo lo posible a hacer caso de la mirada asesina que les eché.

Luego volví a sentarme, saqué la cáscara de mi cerveza y se la lancé. Normalmente soy el tipo de persona que actúa de forma mucho más tajante cuando le provocan. No puedes dejar que tu oponente piense que eres un blando, sea un rival de la misma ciudad o no. Aun así, nuestro entrenador nos había inculcado un sentido de la madurez, uno que a los Larkin Lions les habría venido bien recibir.

—Sabes, hay que ser muy gilipollas para tirar cosas por la barra a gente que está a su puta bola —dijo Jax Echlin.

—¿Qué has dicho? —nos gritó Levi Dunn, con una mano ahuecada junto a la boca.

—Me has oído. Creo que hay que ser muy gallina para tirar cosas en vez de venir aquí y plantarnos cara como hombres.

Hostia puta.

A veces solo hace falta una pequeña cosa para empezar un lío. Tiré de la manga de Jax, con la esperanza de llamar su atención, pero me ignoró. Le habría dicho que se calmara, que esos tíos no merecían la pena, pero Jax era el capitán de mi equipo y yo no estaba en posición de darle lecciones sobre nada. Además, los Lions habían invadido nuestro territorio. ¿Que cuál es nuestro territorio?, te preguntarás. Cualquier sitio al que vayan los Riptides es nuestro territorio. Daba igual que los Lions hubieran entrado primero en el bar. Deberían haberse marchado en cuanto aparecimos, porque el Colter Bar Grill era nuestro bar y, obviamente, no era lo bastante grande para los dos.

No me eches la culpa a mí. Yo no pongo las reglas.

En fin, de verdad que esperaba que todo hubiera acabado ahí y que los dos equipos pudieran coexistir pacíficamente. Pero no, por supuesto que las cosas no podían salir bien y sin problemas. El equipo de los Larkin Lions que había llegado a conocer y detestar no funcionaba de la misma manera que la gente normal e inteligente. Esta panda de zoquetes siempre tenía algo que demostrar.

Ahora un hueso de alita de pollo voló por la barra y se estrelló delante de nosotros. Jax se quedó mirando el hueso un momento, como si estuviera asimilando la ofensa, y se levantó. Quizá debería

haberlo sujetado, o suplicado que se calmara, pero a toro pasado, todo se ve más fácil.

Cuando hinchó el pecho como lo hizo, ya no había nada que yo pudiera hacer.

—Vale, chicos —dijo—, la estáis buscando.

Levi Dunn, al que se podría confundir fácilmente con el *linebacker* J.J. Watt, se apartó de la barra. Hinchó los músculos como para recordarnos su tamaño y su fuerza bruta. A mí no me asustaba. En mi mundo, era otro idiota musculitos.

—Oh, jo, jo, jo, jo, ¿así que vas a hacerte el machote, eh? —preguntó Jax.

—No necesito hacérmelo, colega.

—No soy tu colega, *tío*.

—¿Y?

—Pues no me llames así, joder.

Dunn cogió otra cáscara y se la lanzó a la cara a Jax en lo que cualquiera habría considerado una provocación.

Y hasta ahí llegamos.

Jax empujó a Levi. Levi le devolvió el empujón a Jax, pero con la fuerza suficiente para tirar al capitán de culo al suelo. El brazo de Jax me golpeó al caer, pero apenas me di cuenta porque casi de inmediato se armó la de Dios es Cristo y los que estaban allí despejaron el lugar para que la batalla tuviera lugar.

Ahora la música a todo volumen ya no importaba porque los gritos y los vítores de esos mismos espectadores, junto con los sonidos de botellas de cerveza estrellándose y las patas de los taburetes arrastrándose por el suelo, pasaron a ser el centro de atención.

Cuando Jax se levantó a duras penas, cargó contra Dunn, embistiéndolo en el abdomen con el hombro, pero no consiguió derribarlo. En su lugar, estampó al gigantesco extremo derecho contra la pared con la fuerza suficiente para descolgar un cuadro enmarcado que se estrelló contra el suelo.

Para entonces, todos los de ambos equipos se habían metido en la pelea, yo incluido. Sí, sí, ya sé que fui yo el que dijo que quería que Jax se calmara y no dejara que empezara el lío. El problema era

que ahora teníamos un marrón de cojones, nos gustara o no, y no podía dejar a mi compañero de equipo en la estacada.

Esquivé un puñetazo de Ryan Detenbeck y luego lancé uno yo. Fallé, pero el portero de los Lions se llevó un puñetazo de Harrison Moore antes de que pudiera darme un gancho en las tripas. Y entonces vi a Levi Dunn dejar a Jax K.O. en el suelo.

Ver a nuestro capitán inconsciente me encendió por dentro. De ninguna manera podía permitir que los Larkin Lions ganaran esta pelea. Hasta ahora, no me había ensuciado las manos, pero eso estaba a punto de terminar. Verás, Levi había decidido regodearse. Estoy ciento diez por ciento seguro de que pensaba que había ganado tanto la batalla *como* la guerra.

Estaba de espaldas a mí. Tenía toda la intención de soltarle una. No me vengas con rollos sobre jugar sucio. En el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

Cuando Levi se dio la vuelta, le lancé un puñetazo, pero lo esquivó agachándose. Mira, nunca he dicho que sea el mejor peleando. Solo soy un tío que no tiene miedo de dar la cara por sus compañeros. Esperaba que intentara pegarme, pero cuando me giré, no encontré a Levi Dunn. En su lugar, vi a Jakob Martin. Le habría dado un puñetazo, pero llegué demasiado tarde. Antes de que pudiera pensar, vi su puño disparado hacia mi cara.

Y entonces se apagaron las luces.

2

JAKOB

Es típico de Zane decirte que voy por ahí contando mentiras sobre ti o sobre cualquiera, sobre todo acerca de lo que pasó esa noche en el Colter Bay Grill. Se altera tanto que no distingue la realidad de la ficción. ¿Qué tal si le damos un buen baño de realidad, eh?

Vale, sí que le di un puñetazo. No lo voy a negar. El problema es que lo cuenta como si lo hubiera pateado en el suelo, le hubiera dado un golpe a traición o un gancho directo a las joyas de la familia. ¡Ni de coña! Cuando los chicos y yo salimos esa noche, no me esperaba que se fuera a liar una pelea y entré en pánico.

Espera, no quiero que te lleves una idea equivocada de lo que pasó. No soy un gallina. Nada más lejos de la realidad. Deja que te cuente mi versión de la historia desde el principio.

Muy bien, pues estábamos en el bar la noche antes de que tuviéramos que enfrentarnos a ese grupo de pijos engreídos, los Remington Riptides. Remington estaba en las afueras y lleno de niños ricos. No del nivel de la Ivy League como Harvard, Yale o ni siquiera Cornell, pero había niños de papá para aburrir.

La verdad es que ninguno de los dos equipos debería haber salido la noche antes de un partido tan crucial, y teníamos el objetivo de ganar todos y cada uno de los encuentros de nuestro

calendario. Ryan Detenbeck, nuestro portero, me sacó a rastras, diciendo que necesitábamos relajarnos antes del partido. Cuando protesté, me dijo que solo se es joven una vez y que no debíamos desperdiciar ni un minuto de diversión.

Y le hice caso.

Si no lo hubiera hecho, quizá nada de esto habría pasado. No, eso no suena bien. Si me hubiera quedado en casa y los chicos hubieran ido al bar, se habrían metido en líos igualmente.

En fin, que yo esperaba que pudiéramos disfrutar de un par de cervezas y que ahí se acabara todo. Pero la realidad se impuso bastante rápido. Con tíos como Ryan Detenbeck y Levi Dunn, no existía eso de tomarse un par de cervezas frías y dar por terminada la noche.

Nos apiñamos en el extremo de la barra cuando Zane Martin y los Remington Riptides entraron por la puerta como si nada. Deberías haberlo visto. Entraron con esa pinta de «el sitio es mío» combinada con una actitud de perdonavidas que hacía que la tirria que les tenían los Larkin Lions fuera mucho menos misteriosa.

—Alerta roja —dijo Levi Dunn—. Convención de gilipollas a las doce.

En cuanto Detenbeck y yo nos partimos de risa, ya no pudimos parar. Al menos no lo había dicho a propósito lo bastante alto para que nos oyeran. No podía decir lo mismo de Jax Echlin. De hecho, oí a ese gilipollas monumental decir: «*Vaya, si son los Lions. ¿No son los sacos de mierda más patéticos que habéis visto nunca?*».

Pura clase, ¿eh?

Sabía que lo había dicho a propósito lo bastante alto para que lo oyéramos. Al fin y al cabo, no me había caído de un guindo (eso pasó hace mucho tiempo, muchas gracias). Nos habían visto al fondo de la barra, igual que nosotros a ellos (por cierto, nosotros llegamos primero), y no pudo mantener la bocaza cerrada. Por favor, no pienses que somos un hatajo de exaltados sin ningún autocontrol. Si lo fuéramos, solo con ese comentario se habría desatado la pelea. No hace falta mucho, como pronto verás.

Por otro lado, no podíamos dejarlo pasar sin responder. Ryan Detenbeck les lanzó una pipa. ¿Y qué coño importa? A mí no me

parece tan grave, no en comparación con el comentario de Echlin. Sí, nos quedamos ahí riéndonos como críos de instituto, pero tampoco me avergoncé de eso. Insisto, no era para tanto.

El problema fue que la primera pipa echó a rodar la bola. No, no, espera. Eso no es justo. El comentario gilipollas y totalmente innecesario de Jax Echlin fue lo que echó a rodar la bola. Nosotros habíamos respondido de una forma suave, aunque un poco inmadura. Si me preguntas a mí, es una respuesta perfectamente pacífica a un ataque no provocado.

La segunda pipa puede que fuera un poco excesiva. Eso lo admito. Ya se la habíamos devuelto por el comentario inicial, donde las dan, las toman, y todo eso. Esa la tiró Levi Dunn porque supongo que pensó que Detenbeck no debería llevarse toda la diversión. Quizá quería sacarlos de quicio. Eran nuestros rivales, después de todo. Yo no tenía intención de hacer nada. No porque sea don Madurez ni nada de eso, entiéndeme, sino porque no soy un tío conflictivo.

Ya sabes la verdad sobre el hueso del alita de pollo. Pasó de verdad, por ridículo que suene. Un muslito casi sin carne voló de verdad por encima de la barra y aterrizó delante de los Remington Riptides… y lo tiré yo.

Sí, ya sé que acabo de decir que no soy un tío conflictivo, y lo mantengo. Esto es lo que pasó: intenté relajar el ambiente y bajar la tensión haciendo algo que a mis compañeros de equipo les encantaba: mi imitación de Jack Nicholson en *El resplandor*.

¿Sabes la escena en la que Nicholson se vuelve loco con Shelley Duvall por interrumpirlo mientras escribe? La he recreado en restaurantes antes. Sí, es una tontería, pero somos jóvenes, ¿vale? Mis compañeros se partían de risa cada vez que lo hacía. El problema es que Nicholson estaba muy teatrero en esa escena. Incluso se da una palmada en la frente (la parte favorita de Levi Dunn, así que no iba a privarlo del plato fuerte). El verdadero problema fue que intenté hacerlo con el hueso de un alita de pollo en la mano.

Grave error. El hueso salió volando de mi mano, trazando un arco enorme mientras surcaba el aire por encima de la barra. Habría

explicado con gusto la metedura de pata que acababa de cometer (si me perdonas la gracia) y limado asperezas con el equipo rival, pero *nooooo*. Jax Echlin tenía que ser el exaltado. Tenía que hacer que todo fuera a más sin un buen motivo. Y tenía que levantarse de su taburete e hinchar el pecho. Jax Echlin empezó esto llamándonos sacos de mierda y ahora fingía que habíamos sido nosotros los primeros en atacar.

Tenía que pasar, ¿a que sí?

No podía culpar a Levi Dunn por acercarse y ponerse hecho una furia. Claro, se podría decir que su comportamiento contribuyó a caldear la situación, pero Jax le había puesto la miel en los labios. No es el tipo de tío que simplemente finge que no ha pasado nada, sobre todo con el ambiente tan caldeado.

El resto de esa parte es verdad. Sí, Levi le tiró una pipa a Jax. En toda la cara, de hecho. De nuevo, Jax no tendría que haberse preocupado de nada si no hubiera abierto su bocaza. Bastante simple, ¿verdad?

Al parecer, no si eres parte de ese grupo de putos descerebrados conocidos como los Remington Riptides.

Entonces Jax lo empujó. Eso es muy importante. Permíteme subrayar el hecho de que *Jax Echlin empujó a Levi Dunn* primero, no al revés. Él convirtió la situación en algo físico. Hasta entonces, solo habíamos estado haciendo el tonto. Una chiquillada, claro, ya lo he admitido. Nuestras tensiones habían ido en aumento, pero no las habríamos llevado a ebullición. Levi Dunn no se habría levantado de la barra si Jax no hubiera hinchado el pecho como un gilipollas impotente, desafiándolo. Y desde luego que no habría tumbado a Jax de culo si el capitán de los Riptides no lo hubiera empujado.

A mí todo me parece de sentido común.

Bueno, ¿por dónde iba?

Jax Echlin había caído al suelo por el empujón. Pronto recibió un puñetazo que lo dejó K. O. Te lo digo en serio, se pasa una cantidad de tiempo ridícula de espaldas en esta historia. (Puedo oír la voz de Levi Dunn en mi cabeza diciendo que solo la madre de Jax Echlin ha pasado más tiempo de espaldas).

Se desató el caos. Un verdadero pandemonio. No creo que esas palabras suenen como una descripción demasiado dramática. Y casi entré en pánico. Ya que estoy aquí para contarte la verdad, no voy a fingir que me hice el duro en nada de esto. De verdad quería que Levi, Ryan Detenbeck y nuestros otros compañeros pararan, por el amor de Dios, pero ¿qué se suponía que iba a hacer? ¿Recuerdas lo que dije sobre la bola que echa a rodar? Bueno, pues esta estaba a punto de írseme de las manos y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Bueno, casi nada.

No podía dejar que los Lions se enzarzaran en una pelea con los Riptides y quedarme ahí parado con el pulgar metido en el culo. Tenía que hacer algo, y no solo porque los chicos pensarían que era un flojo que no les cubría las espaldas si no lo hacía. Yo mismo sabría que me había convertido en un blandengue incapaz de soportar la intensidad de una pelea de verdad. Y tendría que vivir con esa verdad. Divertido, ¿eh?

Aquí tienes otra confesión: nunca me he peleado en mi vida. O sea, ni siquiera en el hielo. Puede que suene a locura, pero es verdad. Juego al hockey por amor al deporte, no por la oportunidad de saltarle los dientes a alguien. Ahora que me veía en esta situación, no sabía qué hacer, pero como ya te he dicho, no podía quedarme ahí sin más.

Así que hice lo único que pude: básicamente, me lancé. Volaban puñetazos por todas partes y no sabía por dónde empezar, pero entendí la necesidad de protegerme para poder seguir siendo capaz de cubrir las espaldas de los Lions. También me di cuenta de que no podía echarme atrás ante ninguno de los Riptides, pasara lo que pasara.

Momentos después, vi a un jugador de Remington lanzarle un puñetazo a Levi Dunn. Además de defenderme, necesitaba pasar a la ofensiva cuando fuera apropiado. El jugador se giró, encarándose conmigo, y descubrí que era Zane Martin. Me sacaba unos centímetros, era ancho de hombros, musculoso e iba impecablemente vestido para una noche en el bar. Imagina a Joe

Burrow como jugador de hockey y te harás una idea bastante aproximada de Zane.

En fin, se detuvo, con cara de cervatillo deslumbrado por los faros de un coche. Perdón por el cliché, pero así es como se le veía en ese momento, te lo juro por Dios. No sabía qué coño hacer. Iba a pegarme, ¿no? Con toda la locura que me rodeaba, parecía una apuesta bastante segura.

Así que cogí impulso y le lancé el puño directo a la cara. En plan, lo mandé a la luna. Se estrelló en el suelo al instante, con las piernas elevándose lo suficiente como para que las plantas de sus pies apuntaran al techo antes de desplomarse. Me miré la mano, incrédulo por lo que acababa de hacer. Luego mis ojos se desviaron hacia Zane, que yacía allí, con los brazos y las piernas extendidos, como si lo hubiera pillado en mitad de un ángel de nieve.

Levi, Detenbeck y el resto hicieron limpieza con los Riptides que quedaban. Miré a izquierda y derecha, asegurándome de que nadie me fuera a estampar una botella de cerveza en la cabeza.

Terminado nuestro asunto, nos fuimos. Les dimos una buena paliza, debo decir. No puedo llevarme todo el mérito, pero mi puño había hecho parte del trabajo.

Ahora que he dejado las cosas claras sobre cómo fue esta pequeña pelea, espero totalmente que Zane lo rebata. Después de todo, los Remington Riptides podían ser extremadamente difíciles en ese sentido.

3

ZANE

¿Veis a lo que me refiero? Os dije que Jakob Martin y la verdad no es que se lleven muy bien, y no iba de coña. Yo *no* parecía que estuviera haciendo un ángel de nieve después de que me diera un puñetazo. Y desde luego que no puse cara de pasmado en ningún momento. Aunque la pelea fue repentina, yo estaba listo para luchar y cubrir las espaldas de mis compañeros al ciento diez por ciento.

Si lo piensas, el puñetazo no significó gran cosa. El puño de Jakob solo pegó con la fuerza que lo hizo porque… bueno, tuvo suerte. ¿Por qué no llamamos a las cosas por su nombre? Hasta Jakob ha admitido que nunca se había metido en una pelea de verdad, ni siquiera en las tanganas sobre el hielo, lo que parece una herejía para un jugador de hockey. A lo mejor pensáis que debería sentirme avergonzado, pero no es así. Os dije que fue pura potra y me mantengo en mis trece.

Me tiró al suelo, eso lo admito. Y sí, os he dicho que se me apagaron las luces, pero solo fue durante un segundo. No me ganó por KO. Esto no fue un Tyson contra Frazier. Pensad más bien que fue como una cuenta de protección en la que el árbitro, estúpidamente, toca la campana y le da la victoria al otro.

Hay algo que Jakob no os ha contado: los Lions se piraron en cuanto nos dieron un par de puñetazos de nenaza. En serio. En lugar de quedarse y terminar lo que habían empezado, huyeron como las mariconas que son.

Me agarré a un taburete para ayudarme a ponerme en pie, pero se volcó y me cayó encima. ¡Menuda suerte la mía! Así que alargué el brazo y me aferré a la barra para incorporarme.

Al principio me tambaleé, esperando sinceramente caer de bruces (menos mal que Jakob y la pandilla no se habían quedado para verlo, ¿eh?), y me encontré sangre en la mano y en la camisa. Resultó que mi nariz había estado chorreando sangre desde que el puño de Jakob había impactado en mi cara.

En lugar de echar a correr, miré a mi alrededor, intentando encontrar a los Larkin Lions, pero se habían esfumado como el humo.

Hijo de puta, pensé.

Entonces vi a Jax Echlin, que de hecho *sí* que estaba tirado en el suelo. ¿Veis? Eso sí que puedo admitirlo. La historia de Jakob no era del todo inventada. Además, el puñetazo que me mandó a la lona tuvo que ser un golpe a traición de los Larkin Lions, estoy completamente seguro.

Caí de rodillas y le di una bofetada a Jax en la cara.

—Vamos, joder —dije—. Despierta, ¿quieres?

Mantenía los ojos cerrados y parecía peor que un dormilón que no para de darle al botón de repetición de la alarma.

—¡Jax! ¡Despierta, anda! ¡Tenemos que largarnos de aquí!

Seguía sin reaccionar. Joder, qué situación más desesperante.

Unos instantes después, a Jax le temblaron los párpados. Los abrió a medias y creo que me reconoció, pero no podría asegurarlo. Luego levantó un poco la cabeza, pero debió de pesarle media tonelada, porque se le cayó y cerró los ojos.

El corazón se me aceleró. Por un momento me preocupó que Jax no volviera en sí (al menos, en un tiempo prudencial), y que sacarnos de allí cagando leches fuera imposible. ¿Qué tal otra confesión? Nunca había perdido una pelea, ni en el hielo ni fuera. Tampoco por decisión de los jueces... todo victorias. No es que fuera

a admitir la derrota en esta pequeña trifulca de bar, oh, no. Solo digo que no conocía la sensación de salir perdiendo en una pelea por la razón que fuera, y no sabía cómo reaccionar.

Normalmente era el otro (u otros) el que tenía que reanimar a sus amigos inconscientes mientras yo me pavoneaba victorioso. Bah, ¿a quién quiero engañar? Hacía un bailecito de gallito cada vez que dejaba a alguien K.O. Esta fue la primera vez que Jakob Martin demostró ser la excepción a una regla crucial. Por desgracia para mí, no fue la última.

Finalmente, los ojos de Jax se abrieron de par en par, mientras el resto del equipo se acercaba tambaleándose para ayudarme a ponerlo en pie y mantenerlo estable. Ojalá los Lions se hubieran quedado. Quería más. Ni de coña podía dejar que el altercado terminara así.

Y entonces vi unas luces rojas y azules parpadeando en la ventana, barriéndonos.

Oh, mierda.

—Vamos, tío —le dije a Jax—, tenemos que mover el culo.

Jax intentó responder, arrastrando las palabras como si se hubiera metido media botella de vodka entre pecho y espalda en tiempo récord. Todavía no podía mantenerse en pie por sí mismo, y tuvimos que sostenerlo.

Solo entonces me di cuenta de las mesas volcadas, los taburetes y el manto de cristales rotos que cubría el suelo. Las luces parpadeantes casi me cegaron, acelerándome aún más el corazón. Debería haber sabido que algo así pasaría. Simplemente me había dejado llevar por el fragor de la batalla y la realidad se me había escapado.

Vi que la mayor parte del bar se había vaciado para entonces. Los clientes que se habían ido probablemente lo habrían hecho para no verse envueltos en los problemas de otros con la policía. Los que se habían quedado debían de ser del tipo que le saca todo el jugo posible al drama.

Dos policías se acercaron pesadamente hacia la puerta principal. Lo habéis oído bien. Dejad que os diga que esos tíos eran enormes, no los típicos policías fofos y come-dónuts que se ven en la tele o en

las películas. Estaba bastante seguro de que cualquiera de ellos podría haber usado un parquímetro de mondadientes. Nos apuntaron con las linternas y nos ordenaron que no nos moviéramos.

Y habríamos tenido que obedecerles. Después de todo, no teníamos escapatoria, ¿verdad?

Había estado en el Colter Bay Grill montones de veces (era nuestro territorio, ¿recordáis?), y me conocía el sitio al dedillo. En realidad, no necesitaba conocerlo tan bien para darme cuenta de que tenía otra salida.

—Vamos, tíos —dije—, ¡larguémonos de aquí!

—¿Y cómo coño vamos a hacer eso? —preguntó Axel Moore, nuestro extremo izquierdo.

—Cállate y sígueme, ¿quieres?

Moore y yo arrastramos a Jax Echlin por el otro lado de la barra, pero se desplomó en el suelo después de solo unos pasos.

¿A que estas cosas siempre funcionan así?

Levantamos a nuestro capitán del suelo y continuamos más allá de la barra hacia una zona de comedor. Los curiosos nos observaban pasar desde sus mesas como si nunca hubieran presenciado una escena así. Me importaba una mierda lo que pensaran. Para ser sinceros, casi todo me importaba una mierda. Lo único que me importaba era escapar del Colter Bay Grill sin acabar con unas esposas en las muñecas.

En la esquina del fondo del restaurante encontré dos puertas de cristal. Cuando empujé la barra de metal, se negó a moverse.

—¡Hijo de puta! —dije.

¡Menuda suerte la mía en esta situación!

Pero no podía rendirme. Me lancé contra la segunda puerta, esperando que fuera tan cabrona como la primera, pero me equivoqué. La puerta se abrió de golpe y aterricé en el hormigón, lo cual me pareció una delicia después del rato que pasé familiarizándome con las baldosas del bar.

Peor aún, el todavía medio inconsciente Jax Echlin me cayó encima, dejándome sin aire.

Menos mal que Moore me lo quitó de encima para que pudiera recuperar el equilibrio con bastante rapidez, pero nos volvimos a dar una buena hostia contra unas mesas y sillas en la terraza exterior. Jax Echlin acabó en el suelo otra vez. Lo levantamos una vez más antes de echar a correr de nuevo, pero nos topamos con una valla de hierro a los pocos pasos.

Gracias a Dios era solo una valla pequeña, probablemente para separar a los comensales de la terraza del tráfico de la acera. La salté sin problemas. Jax, por otro lado, supuso un gran problema. Moore lo levantó y yo le ayudé a pasarlo por encima de la valla. Luego Moore saltó y corrimos por Delaware Avenue hasta mi coche.

No es que estuviéramos fuera de peligro ni nada por el estilo. Ni de coña. Los policías nos habrían esperado al otro lado del restaurante si de verdad hubieran querido. O podrían haber llegado más de lo mejorcito de Buffalo. No sería de extrañar, dada la naturaleza de la situación.

Al cruzar la calle, evitamos por los pelos ser atropellados no por uno, sino por dos coches que venían de frente. En ese momento, le encontré el lado bueno a que un coche nos arrollara. No os riáis. No es que me sintiera de maravilla después de aquel incidente. Si sufrís la humillación que sufrimos nosotros, a ver si no preferiríais tener el logo de Chevrolet estampado en el pecho antes que vivir con ella.

Bueno, el caso es que subimos a la acera de enfrente hasta llegar a mi coche. Nos metimos dentro y arranqué el motor de inmediato. Sin embargo, no giré a la derecha en Allen Street. Los policías nos verían seguro, y ya sabéis cómo acabaría eso. Podrían habernos pillado de todas formas. No lo sabía. Nunca había huido de la policía. Tampoco me habían dado un puñetazo de la hostia como aquel.

Total, que hice un cambio de sentido brutal, esquivando un coche que venía de frente, y pisé el acelerador a fondo mientras mi coche salía disparado hacia North Street.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro? —Jax Echlin sonó más coherente que nunca, pero todavía arrastraba un poco las palabras.

—Nos han pateado el culo —dije.

—¿Eh?

—No te preocupes, Jax. Relájate, ¿vale? Primero tengo que sacarnos de aquí y luego hablamos.

Nuestro capitán se calló, gracias a Dios. Un poco más de eso y habría tenido que explicarle que le habían pateado el culo *a él*, no a mí. Sí, me había llevado un puñetazo del quince y casi seguro que tenía la nariz rota, pero no habían tenido que sacarme a rastras del bar, por el amor de Dios.

Un giro brusco en una rotonda al final de Porter Avenue lanzó a Jax y a Moore contra la puerta, porque ninguno de nosotros se había molestado en abrocharse el cinturón. Pronto me incorporé a la interestatal I-90, en dirección al Westside de Buffalo.

Cuando miré por el retrovisor, vi que mi nariz se había hinchado una barbaridad. Jax todavía sonaba como un zombi, y la camisa de Moore estaba casi arrancada. Esto había sido una rivalidad hasta ahora, pero el incidente del Colter Bay Grill elevó nuestra animosidad al siguiente nivel.

Esto significaba la guerra.

4

JAKOB

—No sé ni cómo deciros lo avergonzado y abochornado que me siento de todos y cada uno de vosotros ahora mismo.

El entrenador Hardison estaba de pie al frente de la sala del equipo, con los brazos prácticamente pegados a los costados y la mirada recorriéndonos. Hizo una pausa después de esa frase, dejando que nos empapáramos del silencio, como para darle más énfasis. En cualquier otro momento habría estado de los nervios, mordiéndome las uñas incluso, pero ahora no podía. No con una mano hinchada que cuidar. Los demás también estaban un poco maltrechos después de la trifulca, pero parecían lucirlo como una medalla de honor.

—¿Tiene alguno de vosotros la más remota idea de la gravedad de lo que habéis hecho?

Se produjo otra ronda de silencio, solo rota por el zumbido de los fluorescentes que teníamos encima.

—Sabéis, habría tenido esta conversación con todos vosotros ayer, antes incluso de que empezara el partido, pero no me enteré de que había habido un altercado hasta una hora antes del saque inicial. Aunque quizá debería haberlo sabido. Las payasadas entre

vuestros dos equipos parecen volverse más y más estúpidas cada año.

Me miró la mano derecha, roja e hinchada, como si fuera la prueba del delito. La escondí como si a esas alturas pudiera ocultársela.

—Seguro que también pensabais que os habíais salido con la vuestra —continuó el entrenador—. Llevo en este mundillo el tiempo suficiente para saber que la gente que cree que se está saliendo con la suya en realidad no se va de rositas con el crimen perfecto. No se salen con la suya. No tanto como creen, en cualquier caso.

—Quiero que todos penséis en eso por si esto os parece gracioso. Peor aún, os pusisteis en una situación comprometida antes del que todos estamos de acuerdo que era un partido muy importante.

—Yo no estaba allí —dijo Jimbo Mancuso, con la mano levantada como si hubiera confundido la sala del equipo con un aula de tercero de primaria.

Le agarré la mano y se la bajé de un tirón.

Hardison negó con la cabeza y se paseó por la sala. Puede que Jimbo hubiera confundido esto con el colegio, pero nuestro entrenador parecía creer que nos estaba echando la bronca como un padre. Ninguna de las dos cosas parecía muy maravillosa, teniendo en cuenta que todos éramos demasiado mayores para esas historias.

También parecía excesivo, ya que habíamos ganado el puto partido. No voy a mentir, ese encuentro había sido más reñido que la mayoría. Solo les ganamos a esos tíos por un solo gol, y encima fue justo antes de que sonara la bocina. Habíamos vencido a los Remington Riptides en el bar y ahora les habíamos pateado el culo en el hielo (bueno, por soñar que no quede) menos de veinticuatro horas después. Si me preguntáis a mí, no necesitábamos una estúpida charla.

—Tenéis suerte de que el dueño del Colter Bay Grill decidiera no presentar cargos —dijo—. Resulta que es aficionado al hockey y tiene debilidad por los jóvenes, pero la cosa podría no haber acabado así. A eso me refería cuando he dicho que nunca os salís con la vuestra tanto como creéis. Conseguisteis eludir a la policía.

Bien por vosotros. Me importa una mierda vuestra gran huida. Solo me importa la distracción que ha causado todo esto.

Pero hemos ganado, estuve a punto de decir en voz alta. Decirlo de verdad me habría convertido en un idiota como Jimbo.

Para mí, conseguir la victoria era lo único que importaba. Aun así, la mención de la decisión del dueño del bar de no presentar cargos me caló hondo. Me di cuenta de que lo que parecía un juego de niños (de una manera estúpida y peligrosa) podría haber tenido consecuencias enormes en la vida real.

—Sé que esta rivalidad viene de lejos —dijo—. Desde mucho antes de que cualquiera de vosotros jugara en este equipo. Demonios, es muy anterior a mi época como entrenador, y esta es mi décima temporada. Pero todos tenéis mucho que aprender sobre la tradición y la historia.

Me sorprendí a mí mismo articulando en silencio las palabras del entrenador para burlarme de él sin darme cuenta de que lo estaba haciendo. Se giró bruscamente y sus ojos se posaron en mí.

Me quedé helado.

—¿Algún comentario, Jakob? —preguntó.

—No, señor.

—Bien. Como parece que ninguno de vosotros entiende lo que se espera de vosotros, voy a dejarlo perfectamente claro. Esta mierda de la rivalidad con Remington tiene que parar. Pudo ser divertido y un juego en otros tiempos —y me refiero a hace mucho, mucho tiempo—, pero ahora está claro que ha ido demasiado lejos. Queremos competir por un campeonato y traer el título de vuelta a la Universidad de Larkin, como hicimos no hace tanto. Sé que tenéis lo que hace falta para conseguirlo, pero es evidente que necesito establecer unas expectativas claras.

Ah, sí, este sería el momento en el que nos diría que saltarse sus normas resultaría en suspensiones u otras sanciones como tener que limpiar el vestuario durante una semana. Nunca había sido especialmente creativo en ese aspecto. Este incidente era más serio que la mayoría e involucraba a todo el equipo, así que debía de ir en serio.

—Voy a dejaros las cosas claras —dijo—. Si hay más problemas con Remington, el jugador —o jugadores— que empiece la mierda será expulsado del equipo, sin peros que valgan.

La sala volvió a sumirse en el silencio. Iba en serio. Recordé la náusea que sentí en la boca del estómago después de esa pelea. Solo había lanzado un puñetazo, y había sido certero, pero no me habían tocado. A pesar de todo, juraría que iba a vomitar. Esa sensación volvió con más fuerza que nunca.

No podía expulsarnos por eso, ¿verdad? Es que no tenía sentido. Además, no se podía culpar a una sola persona por lo que había pasado. Habíamos ido como equipo al Colter Bay Grill y también habíamos pateado unos cuantos culos como equipo. Remington había empezado. ¿Se suponía que debíamos quedarnos allí parados y aguantar?

La expresión estoica de Hardison decía que le importaba una mierda todo aquello.

—¿Alguien tiene preguntas? —preguntó el entrenador.

—Sí, ¿qué pasa si Remington empieza a buscarle las cosquillas a uno de nosotros? —Esta vez fui yo quien hizo la pregunta estúpida, lo que provocó que Jimbo me diera una palmada en el brazo.

—Debería saberlo, Jakob —dijo—. No me interesa quién empezó qué. Solo me interesa el resultado final. Nos dedicamos a ganar partidos de hockey, nada más.

Oh, sí, podría haberme hecho el gracioso sobre cómo habíamos ganado el partido, lo que invalidaba su argumento, pero era más listo que todo eso. En nuestro mundo, el entrenador nunca se equivocaba, sin importar cuántas gilipolleces dijera. Además, en ese momento habría hecho cualquier cosa para que su sermón terminara.

—De acuerdo —dijo—. Como no oigo ninguna objeción, asumiré que todos y cada uno de vosotros habéis captado mi mensaje. Ahora, a trabajar.

Dio una palmada como para indicarnos que empezáramos a trabajar. Todo el mundo se levantó y se dirigió al vestuario para poder saltar al hielo por fin.

Puede que el entrenador Hardison no hubiera dado el mejor de los sermones, pero probablemente yo lo habría ignorado de un modo u otro. Además, desde que mi puño había impactado contra su mandíbula, no podía pensar en nada ni en nadie más que no fuera Zane Martin.



—¿De verdad crees que Hardison cumplirá su amenaza? —le pregunté a Ryan Detenbeck mientras salíamos del vestuario después del entrenamiento.

—¿Cómo va a hacerlo?

—No sé, tío. Es el entrenador y todo eso.

—Es el entrenador, pero es un fantasma de cuidado.

Me reí. ¿A que sonaba poético? Típico de nuestro portero reírse de cualquier cosa que dijera alguien con autoridad.

—Pareces muy seguro de eso —dije.

—¿Por qué no iba a estarlo? Piénsalo así: si todo el equipo se metiera en otra trifulca de bar, tendría que expulsar a los jugadores del equipo, ¿no?

—Eh, sí, creo que lo ha dicho bien clarito, colega.

—Solo que en realidad no es tan fácil. Tendría que expulsar a todos y cada uno de los jugadores del equipo, ¿no crees?

—A todos menos a Jimbo.

—Venga, Jakob, ya sabes a lo que me refiero. Lo dice porque la mierda nos ha salpicado de verdad esta vez y tiene que decir algo para meternos el miedo en el cuerpo.

Entendía lo que quería decir. El problema era que los ojos de Hardison se habían posado en mí, cortándome en pedacitos. Imagina un plátano cortado en rodajas antes de caer en el tazón de cereales. Las figuras de autoridad me hacían ese efecto. Te he dicho que nunca me había peleado, ni siquiera en el hielo, antes de lo del Colter Bay Grill, y esa era la pura verdad. Es más, nunca me habían mandado al despacho do del director ni me habían dejado castigado

después de clase. No pude evitar tomarme a pecho las palabras de Hardison.

—Entonces, ¿no tenemos nada de qué preocuparnos? —pregunté.

—No he dicho eso. Técnicamente, siempre hay algo de qué preocuparse si dejas que esa mierda se te meta en la cabeza. Mira, puede que Hardison *piense* que va en serio con estas amenazas, pero en realidad no lo ha pensado bien porque tenía que actuar rápido. Dale tiempo y apuesto a que todo este asunto se olvida.

En eso tenía razón. Como un padre o un profesor, realmente podría creer en sus amenazas, pero en realidad no pensaba llevarlas a cabo. Mientras tanto, sería mejor mantener un perfil bajo y la boca cerrada.

—Tienes que admitir que todo el asunto fue jodidamente emocionante, ¿a que sí? —Su enorme sonrisa sugería que los recuerdos de la masacre del Colter Bay Grill habían vuelto a su mente.

—Dio miedo, pero…

—¿Pero? *¿Pero?* Venga, colega. No me vengas con un pero. Ya sabes que por ahí es por donde sale la mierda.

—Sí, sí, ya lo sé. Es que no puedo evitar sentirme un poco preocupado por Zane Hirst.

—¿Preocupado? ¿Y por qué coño te iba a preocupar ese puto sapo?

—No lo sé. Le pegué bastante fuerte.

—Fue una pelea, tío. Creo que pegarle muy fuerte es de lo que va el juego.

—Sí, ya lo sé, pero…

Vaya. He vuelto a decir *pero*, lo que seguramente enfadaría a mi compañero de equipo. Reflexioné sobre cómo había ocurrido todo. No odiaba a Zane ni nada por el estilo. Simplemente jugaba en el equipo rival. Y no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Él no me había pegado primero ni me había empujado. Le había soltado un puñetazo porque el caos se había intensificado y él era el jugador rival que tenía delante.

Me preocupaba la cara de Zane. Sí, suena bastante loco, ¿verdad? No sabía por qué, pero no podía negar que el pensamiento se me había pasado por la cabeza.

—¿Crees que le he hecho algún daño permanente? —pregunté.

—¿A quién le importa? Zane y el resto de la panda de gilipollas empezaron. Y nosotros lo terminamos, ¿no?

—Sé lo que dices, pero…

—Le dejaste un ojo morado y debiste de romperle la nariz. Lo vi durante el partido.

—Sí, pero…

—Y aun así jugó el partido, incluso después de que lo dejaras KO. Venga ya, tenemos cosas mejores de las que preocuparnos.

Detenbeck aceleró el paso como para dejar atrás a un blando como yo, y me apresuré para alcanzarlo. Aun así, no podía evitar pensar en Zane y sentir punzadas de arrepentimiento. Quiero decir, en serio, ¿quién querría estropear una cara como la de Zane?

5

ZANE

Sí, perdimos contra los Larkin Lions. Dios debió de sentirse generoso cuando permitió que esa panda de pringados se anotara una victoria sobre un equipo que es superior en todos los sentidos. Olvidaos de que deberíamos habernos sentido más motivados para ganarles después de aquella pelea. No ocurrió. Podéis llamarlo el colmo después del fiasco del Colter Bay Grill, pero no era algo que pudiera dejar pasar.

Estuve echando humo durante días después de la pelea y la posterior derrota sobre el hielo. El sabor amargo de la boca no desaparecería hasta que ajustara cuentas. Eso significaba que no podía esperar al siguiente partido entre los Lions y los Riptides para pasar a la acción. Para eso faltaba casi un mes, tiempo suficiente para que los de Larkin se creyeran los putos amos del universo.

¿Qué coño iba a hacer? No tenía ningún plan, solo un deseo ardiente de estamparle el puño en la cara a Jakob Martin.

Y entonces ocurrió, como una plegaria atendida.

Me pasé por Parkside Candy un jueves por la tarde después del entrenamiento y vi a Jakob de pie en el mostrador con un par de amigos. Solo que no estaba seguro al ciento diez por ciento de que fuera él, si me entendéis. Tan solo lo había visto de perfil (lo cual era

suficiente), y los que estaban con él pertenecían sin duda a los Larkin Lions (parecían demasiado atractivos para tal distinción).

Cuando miré más de cerca, vi que *sí* era Jakob. Se me aceleró el corazón y los dedos se me curvaron hasta que las manos se me cerraron en pequeños puños. Incluso temblé un poco de la emoción. Al principio, pensé que nunca tendría la oportunidad de enmendar un grave error, y ahora se presentaba de la nada.

No podía desperdiciar la oportunidad.

Me planté detrás de Jakob y lo encontré mirando el recipiente de *sponge candy* que tenía en la mano. Consideré la posibilidad de soltarle un sopapo y mandarlo por los aires por encima del mostrador. Le dejaría un labio partido, un ojo morado o, mejor aún, la nariz rota del tamaño del Peace Bridge.

Eso parecía lo normal, dado el puñetazo que me había soltado en el Colter Bay Grill. Entonces me recordé a mí mismo que un golpe así me haría caer a su nivel. Los Riptides no jugaban sucio como los Lions, y yo nunca debía rebajarme.

Y lo mejor de todo: el pequeño idiota ni siquiera sabía que yo estaba allí. Así que carraspeé para llamar su atención.

Se quedó allí, estudiando su compra, como si no hubiera nadie más en la tienda. Así que, esta vez, carraspeé todavía más fuerte. No se inmutó. Finalmente, dije: —¡Ejem! —De modo que no hubiera forma humana de que se lo perdiera… Y aun así, nada.

Oh, me cago en la puta…

Quise agarrarlo del hombro y hacerlo girar para que viera quién lo había arrollado antes de que se le apagaran las luces, pero de algún modo resistí el impulso.

—*¡¡Oye!!* —prácticamente grité.

Por fin, Jakob se dio la vuelta, pero no levantó la vista hacia mí, lo que me indicó que mi constante intento de llamar su atención, a fin de cuentas, no había funcionado. Lo confirmó al mirar en dirección opuesta, hacia la cajera.

Me puse delante de él, cortándole el paso, la única forma segura de llamar su atención. Sin embargo, no me miró. Intentó pasar por mi lado como si no le hubiera bloqueado el paso a propósito, así que

puse las manos en las caderas y saqué pecho para decirle que no iba a ninguna parte.

—Perdona —dijo él.

Y dio dos pasos más hacia la cajera.

Hijo de puta.

Esta vez sí que lo agarré del brazo y tiré de él hacia atrás.

Me miró, no exactamente como si hubiera visto un fantasma, pero casi. Abrió mucho los ojos y pareció un poco sobresaltado, por lo menos. Quizá pedir que Jakob se cagara en los pantalones era demasiado, así que me conformaría con lo que pudiera conseguir.

—¿Ibas a alguna parte? —le pregunté.

—Sí, a pagar mi *sponge candy*. ¿Te importa?

—Sí, creo que *sí* me importa. Tengo que ajustar cuentas contigo… ahora sal afuera.

El Capitán Valiente se quedó ahí plantado, con la mirada vacía, como si nunca antes lo hubieran desafiado así, como si yo estuviera loco por hacerle esa sugerencia. Eso no le habría molestado ni un pelo en el Colter Bay Grill. Claro que ahora tendría que enfrentarse a mí cara a cara, de frente, como un hombre. Nada de puñetazos a traición.

Sacudió la cabeza y dijo: —No.

—¿No?

—Sí, me has oído.

—Oh, jo, jo, jo, ¿ahora tienes autocontrol, que tienes que pelear conmigo como un hombre de verdad?

—Digo que no porque esto es ridículo.

—No te pareció ridículo el viernes pasado por la noche cuando me diste ese puñetazo a traición.

—Ah, sí, es verdad. Parece que te estás curando bien.

Me toqué la cara, todavía acomplejado por el destrozo que me había hecho, puñetazo a traición o no.

—Tenías una cara de culo el día del partido —dijo—. Joder, estoy bastante seguro de que Rocky Balboa tenía mejor aspecto después de su primer combate con Apollo Creed.

—Vale, listillo, basta ya de hacerte el gracioso. Sal afuera, ¿quieres?

—Jakob, ¿quién es este tío? —preguntó un chaval más pequeño con gafas que estaba con Jakob.

—Es un gilipollas.

Jakob lo dijo de una forma tan cortante —y tan rotunda— que el otro probablemente no pudo evitar tomárselo en serio. Sus amigos se colocaron detrás de él como si de verdad pudieran salvarle el culo. Daba igual. Podía con los tres si era necesario. La única esperanza de Jakob sería que apareciera en masa todo el equipo de hockey de los Larkin Lions. Sin eso, estaba sentenciado.

El tipo estaba siendo un coñazo increíble. Quizá debería haberlo esperado de un golpista como Jakob Martin. Sin embargo, no iba a dejar que se escaqueara, y no solo porque necesitaba que le dieran una lección. No tendría otra oportunidad de oro para vengarme, así que no la desperdiciaría.

—Sal. Afuera. —Apreté los dientes y cerré las manos en puños. Por lo que sabía, hasta los ojos se me habían salido de las órbitas.

—Ni de coña, colega —dijo él.

—No me llames colega, gilipollas.

—Estamos en un país libre, chaval. Si quiero llamarte la reina de Saba, más te vale prepararte para que te coronen, Majestad.

—Al que van a coronar es a ti, puto mierda.

Ahora sí que me preocupaba perder los estribos. En serio, ¿a este tío le gustaba tocarme las narices o qué?

Frené y respiré hondo para que no supiera que me había sacado de mis casillas. Si se enteraba, podía despedirme de mi oportunidad de venganza.

—De todos modos —dijo él—, no puedo meterme en una estupidez así. Nuestro entrenador nos dijo que no podíamos tener más problemas con los Riptides.

—¿Ah, sí?

—Sí, así es.

Nuestro entrenador nos había soltado un rollo parecido sobre pelearnos con los de Larkin y las distracciones que causaría, pero me importaba una mierda. Jakob Martin estaba delante de mí en ese mismo momento, y no podía dejar pasar la oportunidad de cobrármelas.

—Te lo voy a dejar bien claro —dije—. O sales conmigo ahora mismo o te voy a sacar a rastras.

Una cajera rubia salió a toda prisa de detrás del mostrador y dijo: —Creo que ya es hora de que se marche, señor.

—Pues yo creo que no. Solo estoy resolviendo un asunto personal entre este gilipollas y yo.

—Entonces tendrá que resolverlo lo más lejos posible de mi tienda.

Me volví hacia Jakob y le dije: —Vamos a ser tú y yo ahí fuera, amigo.

—No soy tu amigo.

—Me importa una mierda lo que seas. Vas a salir conmigo.

—Hum, ¿tengo que llamar a la policía? —preguntó la cajera.

—Haga lo que tenga que hacer. Y ahora, Jakob, ¿vas a salir ahí como un hombre o no?

—Bueno, a ver, es que todavía tengo que pagar mi *sponge candy*, y…

Le di un manotazo al recipiente y se estrelló contra el suelo. La ligera sonrisa que había lucido se borró. Si a estas alturas no sabía que iba en serio, entonces no lo sabría nunca.

—¿De verdad tenemos que hacer esto por las malas? —pregunté —. ¿Tengo que contar hasta tres para que saques tu culo ahí fuera antes de que te arrastre yo?

—Venga ya, Zane, sé razonable.

—Una…

—Sabes, todo esto se nos ha ido de las manos. No hay necesidad de…

—Dos…

—Zane, de verdad espero que sepas lo ridículo que es todo esto. Sí, te rompí la nariz, pero mírame la mano.

Levantó la mano derecha, ligeramente arañada y magullada, con algo de hinchazón todavía.

—Eso no es nada —dije.

—¿Nada? Tengo suerte de no haberme torcido la muñeca cuando te partí la cara.

—Tres…

Todo el local se quedó en silencio. Solo podía oír el zumbido de las luces fluorescentes sobre nosotros. A eso se le llama la hora de la verdad.

—Si tanto quieres que salga, pues saldré —dijo él—. Me meteré en un lío de la hostia con el entrenador y probablemente me eche del equipo como prometió, pero si tantas ganas tienes de ajustar cuentas, pues vale. Te complaceré.

Es lo menos que puedo hacer por haberte reventado la cara, podría haber dicho si le quedara una pizca de valor. Afortunadamente, yo le había privado de ella.

Cuando se dio la vuelta y salió por la puerta, ya me invadió una sensación de victoria. Reventarle la cara no haría más que aumentar esa sensación. Aun así, quise tomarme un momento para saborear la primera victoria antes de salir a disfrutar de la segunda. Bah, ¿a quién quiero engañar? Quería marcarme un bailecito y regodearme como un loco, pero me contuve.

Miré a sus amigos, que parecían asustados porque no podían hacer nada para impedir lo que estaba a punto de suceder. Luego me volví hacia la cajera, que tenía la mirada solemne de una mujer que acaba de ver a alguien caminar hacia su muerte. Nada de eso importaría en pocos minutos, una vez que tuviera a Jakob tendido en la acera.

Finalmente, salí al sol de la tarde, listo para terminar un asunto desagradable. Solo que no vi a Zane ahí fuera. ¿De verdad este capullo se había escapado de mí? No podía creerlo. Quizá debería haberlo hecho. Al fin y al cabo, jugaba para los Larkin Lions.

—¡Vamos, Jakob! —grité—. ¡Ven aquí para que podamos arreglar esto! ¡A ver qué tienes!

No apareció nadie. Miré a mi izquierda y luego a mi derecha, sin encontrar a Jakob, pero un coche patrulla de la policía de Buffalo se detuvo en el bordillo justo delante de mí.

La ventanilla bajó, revelando a un policía inclinado sobre el asiento delantero para hablar conmigo.

—No se mueva de ahí, hijo —dijo el policía—, me gustaría hablar con usted.

6

JAKOB

—¿Has tenido la oportunidad de volver a dejar K.O. a Zane Hirst y la has desaprovechado? —Detenbeck se levantó la máscara de portero, revelando una expresión de asombro y falso asco—. Joder, tío, yo nunca habría dejado pasar algo tan tentador.

—Bueno, ese eres tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Nada, en serio. Piénsalo con un poco de sentido común. No puedo ir por ahí soltando hostias a todo el que me mira mal.

—Pero no estarías mandando a gente cualquiera a la luna. Y no lo harías sin una muy buena razón. Él te desafió, ¿no? No, no, espera, te *exigió* que salieras. ¿Sería culpa tuya cuando el tío casi, literalmente, lo estaba pidiendo a gritos?

Me encogí de hombros. Ese era el problema cuando la otra persona tenía razón. Pareces un completo idiota por pasar del sentido común. Ah, ellos lo llamarían una oportunidad, pero eso parecía muy injusto. Solo le había contado a Detenbeck el incidente al final del entrenamiento, mientras yo ensayaba tiros y él defendía la portería, porque la historia parecía demasiado jugosa como para no compartirla.

La verdad era que no tenía ningunas ganas de volver a pegarle a Zane, aunque eso me hubiera hecho parecer el cabronazo más duro del planeta. Todo el lío del bar debería haber sido algo de una sola vez, porque tuve que defender a mis compañeros de equipo.

—Lo sé —dije—, pero ¿no te sentirías un poco ridículo saliendo así solo porque alguien te lo ha ordenado?

—No si fuera uno de los Remington Riptides.

—¿En serio?

—Claro que lo digo en serio. Deberías haberle soltado una y haber hecho que se arrepintiera de haberte desafiado.

—Estábamos en medio de una tienda de chuches, por el amor de Dios.

—Me daría igual que estuviéramos dando catequesis, colega. Si Zane, o cualquiera de esos gilipollas, quisiera pelea, yo estaría más que encantado de dársela.

En realidad, todo el asunto me había parecido demasiado gracioso como para no sonreír al recordarlo. A Zane le salió el tiro por la culata. Me escabullí por la puerta y crucé la calle a toda prisa hasta una gasolinera Esso que había en la esquina. Desde allí, me deslicé detrás del edificio y observé a Zane, preguntándome cuánto tiempo se quedaría allí plantado con cara de tonto.

Resultó mucho mejor de lo que podría haber esperado, porque un coche patrulla de la policía de Buffalo se detuvo frente a él y se bajó un policía absolutamente enorme. No es que dejara a Zane enano, pero la diferencia de altura era más que evidente, ya que le sacaba varios centímetros. O sea, la coronilla de Zane le llegaba a las cejas. Y no era moco de pavo, porque el propio Zane medía un buen metro noventa y tres.

El policía no esposó a Zane ni se lo llevó. Nada tan grave, por desgracia. Sí que pareció pedirle la identificación al de los Riptide, ya que Zane se metió la mano en el bolsillo, sacó la cartera y le pasó un carné. Y yo me tapé la boca, riéndome desde la distancia. En serio, podría haberme reído tan fuerte que se me habría oído.

Ver a Zane en ese aprieto me proporcionó suficiente satisfacción, así que volví tranquilamente a mi coche, agradecido de que todo hubiera terminado sin otra pelea a puñetazos.

—Entonces, ¿dices que de verdad debería haberle dado una paliza al tío este, eh?

—¿Y por qué no? La oportunidad no se presenta todos los días.

—Lo sé, pero yo normalmente no soy ese tipo de persona.

—Esa pelea del bar dice lo contrario, Jakob. Jax Echlin es el eslabón débil de ese equipo, al menos para las peleas.

—No me jodas; si ese no se atreve ni a salir de una bolsa de papel mojada.

—A mí me lo vas a contar. Zane es probablemente el más duro y fuerte del grupo. Si no le hubieras dejado K.O. como lo hiciste, no se sabe cómo nos habrían ido las cosas.

Arqueé las cejas, dándome cuenta de que no lo había pensado de esa manera. De hecho, habría querido olvidarlo todo por completo y archivar el incidente en un rincón de mi memoria… si no fuera porque era una historia genial que contar. Le pegué a Zane porque estaba allí, ni más ni menos. Fue pan comido. No me consideraba un tipo duro, a pesar de la determinación de Ryan Detenbeck por convertirme en uno.

—¿Y qué hay del entrenador Hardison? —pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—Ya sabes lo que dijo después de la bronca del Colter Bay Grill. Nos echará del equipo si nos metemos en más problemas con los Riptides.

—Y ya te dije que no puede echar a todo el equipo, así que ese argumento no vale.

—Pero no hablamos de todo el equipo. Solo era yo, así que no tendría ningún problema en echar a un solo jugador. Habría estado jodido.

Detenbeck me echó un vistazo antes de bajarse la máscara y colocarse delante de la portería. Era obvio que no iba a escuchar más excusas. Patiné hasta la línea azul y lancé unos cuantos discos antes de avanzar, girar alrededor de la portería y meter el disco por delante del portero.

—Ha sido un tiro de suerte, ¿lo sabes? —dijo.

—Creo que el puñetazo que le di a Zane Hirst fue bastante afortunado, si lo piensas.

—No digas eso, tío. Tienes que decirte a ti mismo que eres un puto amo. Si te lo sigues repitiendo, te lo acabarás creyendo, sobre todo ahora que tienes el currículum que lo demuestra.

No pude evitar sonreír ante eso. Fuera o no jugador de hockey, nunca me había considerado un tipo duro, un puto amo o un cabrón de los malos, pero Detenbeck tenía razón: poseía el currículum que lo demostraba.

Mejor aún, estaba demostrando que podía marcarle a Ryan Detenbeck cuando me diera la gana, pues di la vuelta a esa mitad de la pista, cargué contra el portero y metí el disco en la red por segunda vez.

Con ambos brazos levantados en señal de triunfo, me encontré a Detenbeck de rodillas, con la cabeza ligeramente inclinada, como si estuviera rezando. Me detuve ante la portería. Se levantó y volvió a subirse la máscara.

—En serio —dijo Detenbeck—. Si vuelves a ver a ese tío o a cualquiera de esos gilipollas, tienes que dejarlos K.O. A la mierda las consecuencias.

—Ojalá pudiera ser tan despreocupado como tú, colega. Es que no quiero que esto se convierta en un problema.

—Ya *es* un problema.

No podía negar eso, pero ceder a la presión de pegarle a Zane cuando en realidad no quería hacerlo solo empeoraría el problema. Al fin y al cabo, yo quería que los Larkin Lions compitieran por un Título Nacional. Yo no estaba en el equipo que ganó el gordo como Ryan Detenbeck, y sentía el hambre de cualquier jugador joven que aún no había levantado el trofeo del Título Nacional.

—¿Todavía tiene la cara muy hecha un cromo? —preguntó el portero—. Espera, su cara siempre está un poco hecha un cromo. Me refiero a la hinchazón de esa pequeña caricia que le diste.

—Todavía la tenía, pero no tanto como al día siguiente en el partido.

Detenbeck esbozó una sonrisa de satisfacción, como si eso hiciera que todo valiera la pena.

Sin embargo, aquello me hizo pararme a pensar. Una parte de mí se sentía realmente mal por el puñetazo porque pelear no estaba en

mi naturaleza. También me sentía fatal por lo que mi puño le había hecho en la cara, aunque el daño fuera solo temporal. Parecía una lástima aún mayor, ya que Zane tenía una cara muy guapa.

Un momento, para el carro. ¿De verdad había tenido un pensamiento como el que acababa de pasar por mi mente? A ver, Zane Hirst tenía una cara bonita. Cualquiera podía ver que tenía unos pómulos marcados y unos ojos penetrantes. Pero que me importara de verdad era otra cosa. Mi problema era que consideraba una lástima estropeársela. No, no, peor que una simple lástima. Lo comparé con unos vándalos tirándole pintura a la Mona Lisa.

Vale, esto se me estaba yendo de las manos. Dentro de poco, Ryan Detenbeck me estaría suplicando que espabilara.

—El hecho de que haya vuelto a por más me sorprende de verdad —dijo el portero—. Uno pensaría que tu puño le habría enseñado a no meterse contigo.

—Sí, eso pensarías, pero hay gente que nunca aprende.

—Y pensar que ni siquiera es el mayor idiota de ese equipo. Ese título siempre pertenecerá a Jax Echlin.

—Sí, pero Jax Echlin no tiene una cara increíble.

Quise taparme la boca con la mano para no decir nada más, pero no lo hice. Gracias a Dios, porque eso habría acabado con cualquier esperanza que tuviera de tapar mi comentario. Detenbeck hizo una pausa y frunció el ceño como si esperara que me corrigiera. Echarme atrás me habría delatado igual que taparme la boca, así que me hice el longuis.

—Quiero decir, que Jax Echlin tiene cara de culo de elefante —dije—. Perdón, un lapsus freudiano.

Detenbeck se partió de risa porque le encantaban los comentarios tontos como ese. En realidad, a todo el equipo. Si eso le distraía del comentario gilipollas que se me había escapado, por mí perfecto.

Cuando salimos del hielo, Detenbeck dijo:

—Acuérdate de lo que te dije, ¿vale?

—¿Que Jax Echlin es el mayor bocazas de los Remington Riptides?

—No, que Hardison puede poner reglas, pero las va a pasar putas para hacerlas cumplir.

—Tío…

—No, no me vengas con «tío». La próxima vez que esa mierda, Zane, te desafíe, quiero que le sueltes una. No me vengas con una historia de que se te acercó que no incluya darle un bocadillo de nudillos. Créeme, Hardison no podrá hacer una mierda, sobre todo si ese capullo te provoca.

—Supongo que tienes razón.

—Claro que la tengo. Lo único tan importante como traer a casa otro Título Nacional es ganar esta guerra con los Riptides de una vez por todas.

En el vestuario, Detenbeck abrió su taquilla y se quitó el equipo, igual que yo. Pronto encontraría la vía de escape de esta conversación que había deseado desde el momento en que comenté sobre la cara de Zane Hirst. Gracias a Dios, Detenbeck estaba demasiado ocupado enviando mensajes de texto como para preocuparse por continuar esta conversación.

Al salir, me señaló, diciendo:

—No olvides lo que te dije, ¿vale?

—Ajá.

Respiré hondo en el momento en que se fue. Claro, podía fingir que lo que había dicho no había sido nada. Lo que había dicho no era mi verdadero problema. El *pensamiento* me atormentaba. No podía desterrar de mi mente el pensamiento de su cara, sobre todo porque realmente la encontraba increíble. Incluso arañada y ligeramente hinchada, todavía veía su extraordinaria belleza.

Ahí voy otra vez…

Lo peor era que esos pensamientos tenían que significar algo… ¿pero qué?

7

ZANE

—A ver si lo he entendido bien —dijo Jax Echlin mientras nos tomábamos un respiro del entrenamiento—. No solo no sacaste a Jakob Martin a la calle para molerlo a palos, sino que ¿casi te llevan al trullo?

—Lo de *que me lleven al trullo* es un poco dramático, ¿no crees, Jax?

—Pero un policía te paró y te pidió la documentación. Y de verdad que le exigiste a Jakob que saliera a la calle delante de testigos. Que te metieran en el talego no habría sido del todo descartable.

—Sí, pero… Yo… Jakob… Él…

Me corté ahí, sabiendo que ya se me había trabado bastante la lengua. Antes pensaba que solo Jakob Martin podía ponerme tan nervioso, y luego descubrí que Jax estaba a la misma altura. No, espera, no era Jax. Ni siquiera podía hablar del tema de Jakob Martin sin volverme un poco loco.

—El policía me paró —dije— y, sí, me pidió la documentación, así que se la di sin discutir. Así es como hay que manejar estas cosas. Quería saber qué pasaba, así que se lo conté.

—¿Admitiste que estabas buscando pelea en una tienda de chucherías? ¿En serio?

—Joder, tío, dicho así…

—Es la verdad, ¿no? ¿Entraste en Parkside Candy, viste a Jakob mirando los chicles ácidos y le buscaste pelea?

—Era caramelo esponjoso. Y no fue…

De nuevo, me detuve porque simplemente no había manera de ganar. No se suponía que pasara eso. Jax debería haberme aplaudido y deseado haber tenido la misma oportunidad. Pero no lo hizo. Dios, era imposible.

—Entonces, ¿qué te dijo el poli? —preguntó Jax.

—Dijo que me dejaría ir con una advertencia, sobre todo porque sería mi palabra contra la de Jakob.

—O la de todo el mundo que estaba en la tienda en ese momento, querrás decir. Y de todos modos, eso daría igual si tienen cámaras de seguridad.

—Sí, el poli también dijo eso.

—Así que simplemente tuviste suerte.

—No creo que simplemente tuviera suerte. Mira, no fue para tanto. Seguro que el policía no tenía tiempo para una pelea insignificante entre jugadores de hockey con los asesinatos y robos que hay en la ciudad.

Jax esbozó una media sonrisa. Al menos eso pareció cuando levantó la comisura de los labios. Eso significaba que no me tomaba en serio. No, pensaba que era un chiste. Oh, no había pronunciado esas palabras, pero yo podía atar cabos. El hecho de que prácticamente defendiera al enemigo era lo que más me sorprendía. Normalmente, habría estado más que encantado de demonizar a cualquier miembro de los Larkin Lions. ¿Qué demonios estaba pasando?

—Sabes, no tienes por qué ponerte del lado de Jakob —dije.

—¿De qué coño hablas, tío?

—Venga ya, Jax, sabes perfectamente de lo que hablo. Habría pensado que estarías totalmente de acuerdo con lo que estaba haciendo. Ahora me pregunto qué dirías si le hubiera partido la cara de listillo que tiene Jakob.

—No sé, eso es totalmente hipotético.

—No *tan* hipotético. Piénsalo. Si hubiera tenido los cojones de salir a la calle conmigo, ahora tendría un ojo morado, la nariz hinchada y unos cuantos dientes menos.

—O eso o habríamos repetido el fiasco del Colter Bay Grill.

—¿Qué quieres decir, exactamente?

—Que podrías haber acabado K.O. otra vez.

Se encogió de hombros como si de verdad considerara que era una posibilidad legítima. ¡Como si fuera posible! Oír eso me dio ganas de dejarlo K.O. *a él*, cosa que habría hecho si no jugáramos en el mismo maldito equipo.

—Ejem, perdona —dije—, pero creo recordar que te pasaste un buen rato mirando las luces del techo esa noche, colega.

Tocar ese tema no pareció afectarle, lo que me molestó por razones que no te esperarías. En primer lugar, si yo no le hubiera contado mi historia, no tendría ningún derecho a opinar sobre peleas. Que no solo hubiera reconocido la paliza que recibió, sino que pareciera no importarle, me dejó flipando. Ni siquiera parecía avergonzado. Esa no era la forma de ser de los Riptide. Tú repartes las palizas; nunca las recibes.

—Tienes que dejarlo ya, tío —dijo Jax.

—¿Dejar el qué?

—Vamos, Zane, sabes que no debería tener que hacerte un dibujito.

—¿Y si tienes que hacerlo?

Esta vez sonrió de verdad y pareció negar con la cabeza. Ya sabes, ¿como si hubiera dicho una estupidez? ¿O quizás yo era mi peor enemigo? Quería decirle que lo soltara ya porque me moría por saberlo. Por supuesto, cualquier cosa que dijera rezumaría sarcasmo.

Apoyé el palo en la valla y suspiré, imaginando que estaríamos allí un buen rato.

—Mira, Zane —dijo—. No intento tocarte los cojones. En serio. Solo creo que meterte en algo así solo crea una distracción de cojones para ti y, por extensión, para el equipo.

—Perdona, pero ¿no eras tú el que iba sacando pecho en el bar?

—Sí, lo hice, claro, pero solo después de que la cosa se fuera de madre, y porque tenía a todo el equipo conmigo.

—Estás diciendo que solo eres duro cuando te cubren las espaldas, ¿eh? Sí, muy valiente.

—No, no estoy diciendo eso en absoluto. Te estoy diciendo que la situación era, como mínimo, un poco diferente.

—Y también abriste la boca, sabiendo la que se podía liar.

No quería entrar en eso, sobre todo cuando en realidad prefería culpar de todo a los Larkin Lions. A decir verdad, la pelea no habría ocurrido si él hubiera ignorado la presencia de los Lions, o al menos se hubiera comportado de forma pacífica, pero sentía que no podía decírselo. Era el capitán del equipo, después de todo.

—Sé que lo hice —dijo—. Quizás debería haber sabido que se iría de madre. Da igual. Mantengo lo que dije sobre que el equipo estaba allí. No fui a por nadie de su equipo individualmente esa noche y, definitivamente, no después de lo ocurrido.

Cuando se detuvo, supe que quería dejar que su argumento calara, y lo consiguió, pero no exactamente como él podría haber esperado.

—Hay algo en Jakob Martin que te saca de quicio —dijo.

—Sí, es la nariz hinchada que todavía no se ha curado del todo.

—Es más que eso y lo sabes, Zane.

—¿De qué coño hablas?

—No lo dejas pasar, tío. Sí, la rivalidad también significa algo para mí. Odio a los Larkin Lions con la intensidad al rojo vivo de mil soles, pero desprecio al *equipo*, no a un jugador en particular.

—¿Y qué hay de Levi Dunn, el tío que te atizó?

—Eso es diferente.

Levanté el dedo índice como si fuera a señalar algo, pero me contuve antes de hablar. Tenía *casi* razón en algo (¡alabado sea el Señor!), por mucho que quisiera negarlo.

Había algo en Jakob Martin que me daba mal rollo incluso antes de la pelea del Colter Bay Grill. Después de que su puño se familiarizara con mi cara, ese sentimiento creció, pero entendí que había algo más que eso. Quizás el hecho de que fuera tan malditamente engreído con todo el asunto había sido la causa. Que

pareciera sentir un control total de la situación había contribuido a mi animosidad.

—¿Qué pasa? —preguntó Jax.

—Nada. No sé de qué hablas.

Y realmente no lo sabía. Me había fijado en algunas cosas de Jakob que no había compartido, y que ahora, desde luego, no compartiría, después de que Jax se hubiera revelado como un aguafiestas.

Jakob no solo parecía mantener el control de la situación, sino que se mostraba imperturbable. Pero era casi como si no lo hubiera estado con nadie más. Podía manejar una confrontación conmigo, como si yo fuera la excepción a la regla. O tal vez no era la excepción en absoluto. Tal vez era un idiota que no sabía distinguir el culo de las témporas. Vale, me quedo con ser la excepción a la regla. Suena genial, ¿eh?

Imaginé el aspecto que debía de tener Jakob cuando el policía me paró. En esta fantasía, Jakob sonreía de oreja a oreja, mostrando los hoyuelos más increíbles que el mundo había visto jamás. Ciertamente, yo los encontraba excepcionales.

Aún más loco era el hecho de que nunca me pararía a pensar en algo así. Solo en Parkside Candy había visto a Jakob Martin tan de cerca (cuando no tenía su puño en mi cara, claro), y nunca me había fijado en que tenía una dentadura perfecta.

No debería haberme fijado en los hoyuelos ni en los dientes. De hecho, no debería haberme fijado en el brillo de sus ojos. Era raro. No tenía ni idea de adónde llevaría todo aquello. Dios, necesitaba escaquearme de esta conversación antes de que se me fuera la olla de verdad.

—Puedo ponértelo mucho más fácil —dijo Jax—. El entrenador ya nos advirtió sobre meternos en más líos con los Lions. No estaba de broma, y lo sabes.

—Sí, sí, a Jakob le soltó el mismo rollo su entrenador.

—Pero esto no es un rollo, Zane. Iba en serio. El hockey es un asunto serio por aquí, lo sabes. Toda esta historia de la rivalidad son gilipolleces… son buenas gilipolleces, pero solo si no interfieren con las victorias.

Cerré los ojos con fuerza, odiando admitir la derrota, pero entendí que me había vencido.

—Te necesitamos en el equipo y con buena reputación si vamos a ganar un título —dijo—. Y no estarás aquí si te metes en líos con Jakob Martin o con cualquier otro de los Larkin Lions. No importa si es en el Colter Bay Grill, en Parkside Candy o en el puto zoológico. Sabes que el entrenador nunca le tomaría el pelo a nadie.

Jax tenía razón, otra vez. Maldita sea.

—Vale, de acuerdo —dije—. Olvida que he sacado el tema.

Cogí el palo y patiné de vuelta al centro del hielo, dejando atrás a Jax Echlin y su estupidez. Entendía los límites que nuestro entrenador nos había marcado y entendía la necesidad de estar disponible para los Riptides más que nadie. Me habían pasado cosas raras desde aquella noche en el Colter Bay Grill. No se trataba solo de que me hubieran dejado K.O. y luego me hubieran ganado en astucia.

Mientras barría un disco y me deslizaba por la pista, no podía desterrar de mi mente los pensamientos sobre Jakob Martin, especialmente su sonrisa, sus dientes perfectos y sus hoyuelos.

No me preguntes por qué.

8

JAKOB

—¡Eh, Jakob, espera! —oí que gritaba una voz cuando salía del Spot Coffee, en la avenida Elmwood.

Al principio, pensé que me lo había imaginado y seguí andando. Cuando la voz volvió a llamarme, me detuve y suspiré. Estaba bastante seguro de saber a quién pertenecía en realidad —quizá esa fuese la verdadera razón por la que había ignorado la llamada la primera vez— y quería evitar la conversación.

Oí un par de pies golpear la acera detrás de mí, y entonces sucedió: Zane Hirst se deslizó en mi camino, bloqueándome el paso.

En lugar de hacerle caso, lo rodeé, continuando por la acera mientras daba un sorbo a mi café.

Y Zane me siguió. Menuda puta sorpresa, ¿eh?

Esta vez, saltó delante de mí, como si estuviera haciendo un bailecito, y yo intenté esquivarlo una vez más. De nuevo, hizo todo lo que pudo para seguir siendo el centro de mi atención. Lo aparté con un gesto, acelerando el paso, con la vana esperanza de perderlo de vista.

—¿Tienes prisa por ir a algún sitio? —preguntó, esforzándose por alcanzarme.

—¿Y a ti qué te importa?

—¿Que qué me importa? —Se rio con la risa típica de un vendedor de coches de segunda mano—. No es que quiera meterme donde no me llaman ni nada, tío. He pensado que deberíamos charlar un poco, eso es todo.

—¿Charlar? ¿Tenemos algo en común?

—El hockey.

—Aparte de eso.

—Esto podría sorprenderte, Jakob, pero nos parecemos más de lo que crees.

—Sin ofender, colega, pero estás como una cabra.

Hizo una pausa y luego puso cara de sorpresa, como si se le acabara de ocurrir una idea.

—Oh, espera —dijo—, crees que voy a partirte la cara, ¿a que sí? Oh, no, no, no, no, no. No pretendo hacer nada de eso, en absoluto.

Aquello me habría arrancado una carcajada de no haber estado tan decidido a alejarme de él de una puta vez. ¿De verdad podría darme una paliza? No lo sé. La leve hinchazón que aún le quedaba en la cara sugería lo contrario. En ese momento, desistí de la idea de que Zane me dejara en paz y se comportara como un ser humano normal, pero entendí que necesitaba mantener la guardia alta. Ya sabéis cómo pueden ser los de los Remington Riptides.

Si hubiera aparcado más cerca de la cafetería, podría haberme librado de este marrón mucho antes…

—Sabes, es de buena educación responder cuando alguien te habla —dijo.

—Y es aún de mejor educación dejar a alguien en paz cuando es bastante obvio que no quiere hablar contigo.

—Eso es solo porque no me has dejado decirte de qué quiero hablar en realidad.

Sí, debería haberle mandado a freír espárragos hace mucho. Admito sin reparos que soy un negado para decirle que no a la gente. También soy famoso por ser un blando. A pesar de todo, no tuve ningún problema en soltarle un puñetazo en el fragor del momento. Y sí, me gusta recordármelo.

—Si aguantas solo un minuto, te diré de qué quiero hablarte de verdad. ¿Quieres saberlo?

—¿Te callarías de una puta vez si te dijera que no?

Le siguió otra risa estúpida.

—Probablemente no —dijo.

Claro que no. El sentido común nunca había sido un rasgo distintivo de los Remington Riptides. Una parte de mí quería preguntarle qué pretendía decirme para así quitármelo de encima, pero comprendí que lo haría de un modo u otro.

—Vale, allá va —dijo—. Me gustaría pedir una tregua.

—¿Una tregua?

—¿Hay eco aquí o qué? Sí, me gustaría pedir una tregua, dejar atrás todas estas tonterías.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que estabas como una cabra?

—Claro. Ha sido hace menos de dos minutos. No tengo amnesia, ¿sabes?

—Bien, porque lo decía totalmente en serio. De hecho, creo que estás más loco que una puta cabra y que deberían reservarte una bonita habitación acolchada y una camisa de fuerza. ¿Qué te parecería eso?

—Como un sueño hecho realidad.

—Era de esperar.

Quería ganar la batalla dialéctica además de haber dejado a Zane K.O. (aunque seguro que él diría que le había dado un golpe a traición). De momento, iba en cabeza, pero por muy poco. Zane quería engatusarme. Lo sabía. Así es como operaban los tíos como él y yo no iba a caer en la trampa.

—Actúas como si una tregua fuera una locura.

—Una tregua *es* una locura.

—No, no lo es. Es lo que hacen los adultos maduros. ¿Puedes darme una buena razón por la que no deberíamos darnos la mano y ser amigos?

—Empecemos por cómo prácticamente me obligaste a salir contigo hace solo un par de días. Y en una tienda de chuches, por el amor de Dios.

—Pero no saliste.

—Sí que salí.

—Pero tú…

Si seguía jugando con la semántica, quizá haría lo que yo quería (lo que toda América quería, en realidad): largarse y no volver a dejarse ver nunca más.

—Ya veo lo que haces —dijo.

—¿Y qué es?

—Estás intentando retarme. Quieres tocarle las narices al oso ahora porque crees que puedes, sobre todo porque soy yo el que tiende la rama de olivo.

—O a lo mejor lo hago porque eres un completo idiota.

—Ahí estás otra vez, tocándole las narices al oso.

No puedo negar que me estaba divirtiendo un montón tomándole el pelo a Zane Hirst. A ver, no podía garantizar que no fuera a estamparme el puño en la cara, de ahí la razón para ni siquiera considerar su estúpida oferta de tregua. Sabes de sobra que en realidad no quería hacer las paces; solo buscaba un buen sitio para clavarme un cuchillo. Al menos podía disfrutar a fondo pinchándolo mientras él ejercía la mayor contención posible para un mono afeitado.

—Entonces, ¿cuándo viste la luz? —pregunté.

—¿Ver la luz?

—Sí, estabas deseando pelear conmigo hace unos días.

—No estaba deseando pelear contigo, Jakob.

—Y una mierda, tío, prácticamente echabas espuma por la boca.

—Lo único que quería de verdad era que saliéramos y zanjáramos nuestras diferencias como caballeros.

Le arqueé una ceja para indicarle que sus sandeces eran más transparentes que el cristal.

—Como sea —dije—, no pudiste ver la luz entonces. Habrías acabado viendo las estrellas otra vez, igual que en el Colter Bay Grill.

Se mordió el labio como si quisiera lanzar una réplica mordaz, pero no lo hiciera, o no pudiera. Zane tenía la gracia en el culo, al fin y al cabo.

—Oye, quería preguntarte —dije—, ¿qué tal el dedo del poli?

—¿Eh?

—Vamos, Zane, sabes de lo que hablo. Ese poli gigantesco al que le estabas hablando al pecho. Parecía estar bien proporcionado. Eso

significa que debía de tener un dedo extragrueso, lo que habría sido problemático para ti cuando él… ya sabes.

—Oh, no fue nada de eso.

Crucé la calle sin problemas, pero Zane siguió siguiéndome y casi se lo lleva por delante un Chevy (se lo tenía merecido). El conductor le tocó el claxon y lo maldijo, y Zane le hizo una peineta. Luego se apresuró a alcanzarme porque, bueno, era Zane Hirst.

Y se echó a reír como si mi comentario le hubiera hecho mucha gracia. Te digo que era la risa de todos los gilipollas hipócritas de América, lo que me daba aún más razones para apresurarme hacia mi coche.

—Si quieres mi opinión —dijo—, estoy siendo el maduro aquí.

—¿De verdad?

—Ajá. Y no me digas que ha sido porque yo he sido el que ha empezado a montar movida en Parkside Candy. Esa pequeña charla con el Agente Enorme me ha abierto los ojos de verdad.

—¿A qué, exactamente?

—Al hecho de que me equivoqué. Actué de forma inmadura y estuve totalmente fuera de lugar. El entrenador nos ha taladrado tan a fondo el principio de la responsabilidad y el deber personal que nunca deberíamos olvidarlo. Yo, por mi parte, no le decepcionaré. Por ende, la tregua.

—Tío, ¿qué jugador de hockey dice *por ende*?

—Este, tío.

Intenté no poner los ojos en blanco cada una de las veces que me había llamado «tío». Luché por no vomitar cuando me tendió la mano, mostrando su mejor sonrisa de mierda. Al bajar la vista hacia su mano, consideré de verdad aceptarla, aunque solo fuera para poder superar este calvario y luego seguir con mi vida.

Entonces me di cuenta de que no podía. El numerito que había intentado montar en Parkside Candy era una gilipollez, aunque le hubiera explotado en la cara. Hasta un idiota se habría dado cuenta de que no quería zanjar nada como caballeros. Pretendía hacerme daño esa tarde. Por lo que yo sabía, todo esto era una actuación para atraerme a una falsa sensación de seguridad y que así pudiera hacer de las suyas. Simplemente, no iba a caer. Así de fácil.

Nunca te fíes de un Remington Riptide.

—No lo creo —dije.

—¿Eh?

—He dicho que no, Zane. Estoy seguro de que has oído esa palabra muchas veces, y en muchas citas.

—Espera, ¿me tomo el tiempo de acercarme a ti de buena fe, admito que me he equivocado, y te tiendo la mano, y así es como me lo pagas?

—Básicamente.

Sus ojos se abrieron como platos, como si quisiera flipar pero tuviera que morderse la lengua. La expresión no tuvo precio, una que atesoraría hasta el día de mi muerte. Esa era la ventaja de tener la sartén por el mango.

Para entonces, habíamos llegado a mi coche, pero el idiota bloqueaba la puerta del conductor. Y se quedó ahí un momento, como si no tuviera ni idea de que lo estaba haciendo. Ser un Remington Riptide significaba que era corto por naturaleza, cosa que ya sabía, pero no necesitaba lidiar con ello fuera del hockey.

Así que agité los dedos para espantarlo y finalmente se movió.

Abrí la puerta del coche y me metí dentro lo más rápido posible. Cuando intenté cerrar la puerta, Zane la agarró antes de que se cerrara del todo.

Por supuesto.

—¿Ya te vas? —preguntó.

—Me parece que sí, sí.

«En realidad, no veo la hora de largarme de aquí», pensé en decir, pero no iba a alargar la conversación ni por todos los discos de hockey de Toronto.

Mi mano se posó sobre la palanca de cambios y entonces vi las manos de Zane en mi ventanilla. Dios, seguro que también dejaría las marcas de los dedos.

—Ya sabes dónde encontrarme si cambias de opinión —le oí decir a través del cristal.

Metí la primera y levanté el pie del freno suavemente, haciendo que el Riptide retrocediera.

Mientras me alejaba, miré por el retrovisor y vi a Zane hacerse más pequeño, todavía mirándome.

9

ZANE

¿Sabéis lo que me saca de quicio de Jakob Martin? O sea, ¿aparte de básicamente todo? El hecho de que no quisiera creerme me volvía loco de remate. Quizá debería habérmelo esperado, ya que fue él quien prácticamente me estampó el puño en la cara. Yo seguía considerándolo un peso pluma, pero en el bar se puso muy bruto. Supongo que el haberlo retado a una pelea en una tienda de chucherías tampoco ayudó.

Pero también le había tendido una rama de olivo. La humildad no abunda en mi mundo y tuve que tragarme una buena dosis de orgullo para tenderle la mano. Si queréis que os diga la verdad, su negativa a aceptar mi muy meditada oferta de tregua decía más de él que de mí.

Y, aun así, Jakob no se me iba de la cabeza. Eso no me había pasado nunca. Había tenido algunos enemigos en la pista desde mis tiempos del instituto, pero los pensamientos sobre ellos nunca me habían atormentado fuera del hielo, de ninguna manera. Y, desde luego, no los perseguía fuera del hockey. Otra cosa que era diferente era que experimentaba una mezcla de emociones muy extraña con respecto a Jakob. No solo ira y odio, sino que había algo más, algo enorme, en realidad, pero no sabía ponerle nombre.

Si se lo contase a Jax Echlin, diría que se me estaba yendo la olla. Odiaba pensar en lo que diría el resto de mis compañeros de equipo. La cosa no se limitaba a pensar en Jakob Martin constantemente. Empezaron a pasarme cosas raras. ¿A qué me refiero con raras? Bueno, ya lo veréis.

Aquí va algo muy raro: empecé a verlo por ahí, en lugares de Buffalo que no eran ni Parkside Candy ni Spot Coffee. Creí verlo en el pasillo de los lácteos del Wegman's antes de darme cuenta de que era un cliente habitual que solo se parecía vagamente a Jakob. Y lo mismo me pasó haciendo cola para comprar una porción en La Nova Pizza.

Un jueves por la tarde, tuve otro avistamiento de Jakob que probablemente no era el Larkin Lion en absoluto, esta vez en el Planet Fitness. Nunca lo había visto allí, lo que me hizo dudar de si de verdad era él.

Al principio solo lo vi por el rabillo del ojo mientras gruñía haciendo curl con mancuernas. En realidad, me estaba mirando en el espejo, con los dientes apretados, viendo cómo mis pectorales y bíceps se tensaban con el esfuerzo. Entonces lo vi, también solo, cargando discos en una barra.

Entonces se me cayeron las mancuernas y por un pelo no me aterrizaron en los pies. Gracias a Dios, pareció no verlo mientras se tumbaba en el banco y se colocaba debajo de la barra. Los listillos como él se habrían puesto las botas con eso.

No me molesté en devolver las mancuernas a su sitio y me apresuré hacia Jakob. Me quedé de pie junto a él mientras la barra subía y bajaba sobre su pecho. Su cara se había puesto de un color rojo claro, tenía los ojos cerrados con fuerza, pero le vi los hoyuelos.

Vaya si se los vi.

Eso me dejó helado. Pensar en sus hoyuelos (o en cualquier otro rasgo de su cuerpo) de nuevo significaba que no era una coincidencia. Aún no había descubierto por qué se me pasaban por la cabeza esos pensamientos. Surgían sin más y no podía controlarlos de ninguna manera. Volví a mirar, como bebiéndome la imagen. De nuevo, aquello superaba mi propia comprensión. Solo me dejé llevar por lo que me pareció correcto en ese momento.

Cuando abrió los ojos, me vio de pie sobre él. Le temblaron las manos y casi perdió el control de la barra. Me incliné con ambos brazos y le ayudé a quitarse el peso del pecho.

—No deberías levantar peso solo —dije—. Podría ser peligroso.

—Así que así es como lo vas a hacer, ¿eh? —Se incorporó y salió del banco.

—¿De qué estás hablando?

—Estás intentando matarme, ¿a que sí? Hacerlo de esta manera no sería tan engorroso. Sí, habría algunos testigos, lo que complica las cosas, pero al menos puedes hacer que parezca un accidente.

Lo dijo con un tono tan inexpresivo que no pude evitar pensar que lo decía totalmente en serio. Era algo tan sumamente ridículo, tan de los Larkin Lions… tan de Jakob Martin. Y, sin embargo, una parte de mí entendía qué lo llevaba a pensar eso. Sin duda, me recordaría que había sido yo quien lo había retado con la venganza en mente. Aun así, le había ofrecido una tregua, y lo decía en serio. ¿Qué haría falta para convencer a este tío de que iba de buenas?

—Claro que no —dije—. El asesinato no podía estar más lejos de mi mente. De todas formas, ¿para qué iba a querer matarte?

—No sé, colega. Tú eres el que literalmente empezó una pelea en una tienda de chucherías.

¿Veis? Ya os lo decía yo.

—Eso fue una estupidez por mi parte, Jakob. Ya he admitido mi error. También te dije que el agente Enormes me había hecho entrar en razón sobre todo el asunto.

Jakob no se encogió de hombros, ni puso los ojos en blanco, ni hizo ningún otro gesto para comunicar su total desinterés en esta conversación. Solo que *desinterés* parece la palabra equivocada. *Aversión* suena mucho más apropiado, porque esa era la sensación que me transmitía. Quizá debería habérmelo esperado, pero una parte de mí pensó que se alegraría de verme.

Me doy cuenta de lo raro que debe parecer. ¿Cómo no iba a darme cuenta? No sabía qué me había impulsado a acercarme a él de esa manera, solo que necesitaba hacerlo. Era *lo correcto*. Como si, de no haber dado ese paso, pudiera arrepentirme para siempre.

Cuando llegan esos momentos, no luchas contra el sentimiento. Te dejas llevar.

—¿No me crees? —pregunté.

—¿Por qué iba a hacerlo? Eres un Remington Riptide. Si buscas *gilipollas* en el diccionario, te encuentras la foto de tu equipo.

—Ah, no me digas.

—¿Quieres que saque el diccionario, colega?

—No, creo que estaré bien.

Un silencio se instaló sobre nosotros como un frente frío que se negaba a pasar de largo. Observé cómo el pecho de Jakob subía y bajaba, algo que normalmente nunca hacía con nadie, pero ahora, por alguna razón, no podía evitarlo. Que Jakob llevara una camiseta de entrenamiento ultra ajustada no ayudaba. Mostraba los dos óvalos bien desarrollados de su pecho. También me fijé en un par de brazos descomunales que probablemente podrían haber manejado pesas mucho más pesadas que las que yo estaba levantando.

Aparté la vista de la escena. Como he dicho, normalmente no me fijo en esas cosas, como nunca antes me había parado a fijarme en los hoyuelos de alguien. No podía evitarlo. Una vez que mis ojos se posaban en ellos, me había hundido demasiado.

Dios, necesitaba desesperadamente dejar de pensar así.

—Mira, ayer te hice una oferta de paz —dije.

—Sí, ya lo sé.

—Entonces, ¿qué pasa?

—Lo que pasa es que no sé si puedo confiar en ti. Por lo que sé, puede que solo estés intentando ablandarme para que no sospeche nada. Y entonces, *¡¡BAM!!*, me das un golpe, me dejas KO y te has cobrado tu venganza.

Golpeó su palma con el puño en la parte del *bam*, como si no pudiera decir nada sin algún tipo de toque dramático.

—Sabes —dije—, en todo caso, *fuiste tú* el que me dio un puñetazo a traición, y…

Me callé antes de empeorar las cosas. Permitidme añadir algo a la lista cada vez mayor de cosas de Jakob Martin que me sacaban de quicio: podía hacer que me derrotara a mí mismo sin siquiera intentarlo.

—No voy a pegarte un puñetazo, ni una patada, ni a amenazarte, ni a hacerte nada malo. Tienes mi palabra de honor.

—Eres un Remington Riptide. No tienes honor.

Apreté los dientes y sentí que mis manos se cerraban en puños. Jakob Martin iba a hacer que me subiera por las paredes si seguía así.

—Lo juro por la tumba de mi madre.

—Eso es pasarse un poco, ¿no crees?

—¿Jurar por la tumba de mi madre en lugar de por algo menos serio?

—No, me refiero a jurar sobre la tumba de cualquiera cuando estás diciendo chorradas. Es una falta de respeto de cojones.

Respiré hondo, luchando por mantener la cordura.

—Hagamos una cosa —dijo—. ¿Por qué no haces tú press de banca y dejas que yo te ayude? A ver si yo te haría algo a ti.

—Trato hecho.

Me deslicé sobre el banco, busqué la barra y la agarré con los dedos. Luego la saqué del soporte y tensé los brazos, preparándome para soportar el peso. Gruñí al principio. Dios, pesaba muchísimo. Bajé la barra y me costó subirla desde el pecho, preguntándome cómo demonios se las había arreglado Jakob para hacerlo. A ver, el peso también había sido un reto para él, pero probablemente habría terminado su serie si no lo hubiera interrumpido. Normalmente, habría hecho de diez a doce repeticiones, pero eso era con menos peso. Con esta barra, juraría que mis brazos se rendirían después de las primeras seis, pero tenía que seguir.

Después de la séptima, no pude levantar la barra del pecho. Me quedé atascado. Juro por Dios que mis brazos parecieron abandonarme. Como he dicho, tenía que seguir, especialmente con Jakob ayudándome. Así que reuní todas mis fuerzas, luchando por levantar el peso de mi pecho, pero mis brazos se negaron.

Apreté los dientes y gruñí, pero no podía parecer un debilucho delante de Jakob. Tenía que al menos estar a su altura. Mientras luchaba, observé a Jakob sobre mí. Su pecho y sus brazos parecían aún más potentes desde ese ángulo. No me preguntéis por qué se

me pasaban esos pensamientos por la cabeza cuando una barra de casi cien kilos estaba a punto de aplastarme. Sabía que no ayudaría.

Oh, Dios, no podía hacerlo. Mis músculos podrían haberse convertido en papilla, y estaba totalmente jodido, pero mantuve la esperanza hasta el final de poder con ello yo solo.

Finalmente, Jakob se inclinó y me quitó la barra del pecho. Luego me tendió una mano para que la cogiera y me ayudó a incorporarme. Esperé a que hiciera algún comentario idiota sobre cómo casi me había aplastado la barra, pero no lo hizo.

Un tacto sorprendente para un Larkin Lion.

—Entonces, ¿confías en mí ahora? —pregunté.

—¿Confiar en ti? ¿Por qué coño iba a hacerlo?

—Acabo de dejar que me ayudaras.

—Tío, eso era solo para ver si estabas dispuesto a mostrarte un poco vulnerable. Pasaste esa prueba, sí, pero no puedo confiar en ti de verdad. No después de todo lo que ha pasado.

Luego, una risa de esas que sugerían que me consideraba un completo idiota se escapó de su boca. Y casi grité, honestamente preocupado de que pudiera volverme loco.

Pero aún tenía que hacerme la pregunta del millón: ¿por qué me importaba un pimiento Jakob Martin?

10

JAKOB

—¿Qué se cuece entre Zane Hirst y tú? —Levi Dunn no apartó la vista de la carretera mientras conducíamos hacia el norte por Grant Street en dirección a Amherst Street.

—No sé de qué me hablas.

—¿Que no sabes de qué te hablo? Eres colega de gimnasio del enemigo. Tiene que haber algo. No te hagas el tonto conmigo, Jakob. Que yo lo inventé.

Pillado. Lo único es que no tenía ni idea de quién se había chivado, así que no sabía a quién matar. Hora de averiguarlo, decidí.

—Supongo que no me harás el honor de decirme quién te lo ha contado, ¿no? —pregunté.

—Ni idea de dónde ha salido, tío, pero el cotilleo me lo pasó Ryan Detenbeck.

—Más le vale a Ryan Detenbeck dormir con un ojo abierto. Y lo mismo para quienquiera que se lo haya contado a él.

—Joder, colega, qué intenso.

—¿Cómo crees que se enteró el soplón de Detenbeck?

Levi se encogió de hombros. —Esto es Buffalo, tío, la ciudad más enana del noreste. No puedes cagar en este pueblo sin que todo el mundo sepa de qué color es.

—Encantador.

Resoplé una carcajada porque no pude evitar que comentarios como ese me hicieran cierta gracia. Sin embargo, que sacara el tema me alarmó. Zane Hirst era el enemigo, aunque sonara ridículamente dramático. Me habían pillado en público con él, aunque no hubiese sido yo quien iniciara nada. La mosca en la pared quizá no lo sabía. Sí, tener que dar explicaciones era una estupidez y, aun así, no parecía capaz de zafarme de ese aprieto.

—Para que conste, fue él quien se me acercó —dije—. Yo ni siquiera quería hablar con él.

—Ah, ya lo sé.

—Entonces, ¿por qué coño me das la brasa con eso?

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? ¿Darte la brasa? —Levi puso su mejor voz de indignado.

-—No sé. A mí me lo parece.

Cuando Levi se metió en el carril del Auto-King del Burger King, me di cuenta de que quizá había estado un poco susceptible con él. Simplemente no quería oír hablar de Zane cuando no estaba presente. Supuse que ya era suficiente con que me hubiera abordado en una tienda de golosinas y en el gimnasio. Dentro de poco, se cambiaría del Remington al Larkin para que pudiéramos jugar en el mismo equipo.

No os riáis. Hasta que no os ha aparecido ese matón en cada lugar insospechado de vuestra vida, no podéis valorar lo raro que es en realidad.

Levi se asomó por la ventanilla y gritó su pedido al micrófono. Tres hamburguesas con queso, un batido de chocolate grande y patatas. Luego pidió un Whopper con patatas y una Pepsi Light para mí. Cuando llegó a la ventanilla, pareció que pasaba la tarjeta de débito y cogía la bolsa de comida al mismo tiempo, pero pisó a fondo en cuanto le devolvieron el datáfono.

El arranque fue tan rápido que me empotró contra el asiento del copiloto. Debo mencionar que Levi siempre conduce como un maníaco. Atravesó el aparcamiento del supermercado Tops hasta el semáforo en rojo de Grant, pero no se detuvo antes de girar a la derecha.

—¿A qué ha venido eso? —pregunté.

—Haciendo mi magia, tío.

—¿Qué magia?

—No tengo suficiente pasta en la tarjeta para pagar este magnífico festín, pero el gilipollas de la ventanilla probablemente no se haya dado cuenta de que han denegado la tarjeta. ¿Y qué puede hacer ahora? Si atas cabos, significa que hoy comemos gratis.

Me di una palmada en la frente. Típico de Levi hacer una estupidez tan ridícula. Por otro lado, si desviaba el tema de Zane Hirst, me habría dado igual que hubiera atracado un banco.

—Si te sirve de algo, yo tampoco sé de qué va —dije—. No le encuentro mucho sentido, a menos que...

—¿A menos que qué?

—Esto va a sonar a locura, pero quizá solo esté intentando ser amable... o hacer las paces después de la pelea del Colter Bay Grill.

—¿Sabes una cosa, Jakob? Creo que tienes razón.

—¿En qué, en que está intentando hacer las paces y ser un ser humano decente?

—No, en que estás como una cabra.

Tendría que habérmelo imaginado.

En lugar de responder, le hinqué el diente a mi Whopper, saboreando el jugo que me inundaba la boca. Levi prácticamente se había metido la media hamburguesa con queso que le quedaba en la boca. Eso ya habría sido bastante malo sin su intento de hablar con la boca superando con creces su capacidad.

—Uo uedes iar en aluien omo él —dijo.

—¿Quieres comer con la boca cerrada, por el amor de Dios? Y ni se te ocurra intentar hablar así.

Vi cómo se movían sus mandíbulas mientras intentaba destrozar su hamburguesa como si fuera un tiranosaurio o algo así. Pareció tragárselo todo de un bocado, pero casi se atraganta.

—Vale —dije—. Ahora ya puedes decirme lo que sea que intentabas decir.

—No puedes fiarte de alguien como él.

—Claro que no puedo. Ni se me ha pasado por la cabeza fiarme de él. Es un Remington Riptide, y solo eso ya lo sitúa en la peor

categoría de la escoria humana. No he nacido ayer, ¿sabes?

—No es solo porque sea un Riptide, y lo sabes.

—Claro, hay mucho más, pero es que no lo entiendo. ¿Qué espera conseguir realmente yendo de amiguito conmigo?

—Venganza.

Me detuve y lo consideré. Sonaba como la explicación más fácil y lógica, pero entendía que el asunto era más complicado que eso. Levi se decantaría por la posibilidad que dejara a Zane Hirst y a los Riptides en el peor lugar posible.

—Desde luego no estaba intentando hacer las paces cuando te dijo que salieras a la calle en el Parkside Candy —dijo.

—Lo sé, lo entiendo perfectamente. Eso tira por tierra la única explicación que tiene sentido.

—En cuanto a lo del gimnasio, no sé qué decirte, salvo que no me fiaría de él ni aunque pudiera lanzarlo al otro lado de la calle.

Levi tenía razón. ¡Aleluya! Hasta un reloj estropeado da bien la hora dos veces al día. En realidad, me sorprendía que Zane no hubiera dejado que cien kilos de barra me aplastaran cuando tuvo la oportunidad. El hecho de que no lo hiciera no debería haber sido una señal de fiabilidad en un cabrón como él. Por lo que yo sabía, estaba esperando el momento oportuno.

—No me fío de él —dije.

—Pero estás dispuesto a hablar con él.

—Solo porque se me acercó él primero. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Mandarlo a la mierda.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—¿No tienes ni idea de lo maleducado que es eso?

—No tuviste ningún problema en pegarle un puñetazo en toda la cara en el Colter Bay Grill.

En eso tenía razón, pero hacérselo saber era un peligro. A estas alturas, no debería haber necesitado explicar nada. No podía decirle que solo había pegado a Zane en el fragor del momento y que nunca podría lograr tal hazaña en circunstancias normales. Eso arruinaría por completo cualquier imagen de tipo duro que me hubiera creado.

Desde luego, no podía decirle a Levi que me había sentido mal por el daño que le había causado a Zane en la cara. Nada permanente, por supuesto, pero ya he confesado aquí que pensé que era una pena estropear una cara tan guapa.

Sí, eso le sentaría como una patada en el culo.

—En resumen —dijo Levi—, si Zane se te acerca en cualquier sitio —me da igual que sea en la iglesia—, quiero que lo mandes a la mierda. Si no lo hace, dale otra ración de tu puño derecho de kriptonita.

Cerró el puño, hizo un gesto de dar un puñetazo, con un sonido de explosión en el fondo de la boca. No pude evitar que me pareciera divertido de una forma extraña. Sin embargo, no me permití sentirme demasiado cómodo. Cada vez que usaba palabras como *en resumen*, entendía lo en serio que lo decía y que no debía discutir. Aun así, pensaba que había tenido suerte de no haberme roto la mano en la cara de Zane la primera vez. Y no podía olvidar la advertencia del entrenador Hardison.

—Sí, bueno, esperemos que no se llegue a algo así.

—Oh, se llegará.

—¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

Levi no respondió de inmediato, lo que me descolocó. Normalmente, Levi Dunn tenía un comentario preparado para casi todo, así que no pude evitar preguntarme qué le rondaba realmente por la cabeza.

Cuando giró a la izquierda en Lafayette Avenue, todavía no me había dicho lo que estaba pensando, y me puse tenso. No tenía por qué sentirme nervioso por nada. Al menos, me lo repetía a mí mismo.

—Tienes algo en mente —dije—. ¿El qué?

—¿Crees que tu amiguito podría estar un poco obsesionado? —preguntó.

—¿Obsesionado con qué?

—Obsesionado contigo. ¿Necesitas que te haga un dibujo?

La risa se me escapó de los labios y me tapé la boca para que no me oyera. Al menos, eso me dije a mí mismo. Solo admitiré aquí que oí notas de tensión nerviosa en esa risa.

—¿Obsesionado conmigo? Venga ya, Levi, eso es ridículo hasta para ti.

—Vale, quizá no obsesionado contigo como persona, sino obsesionado con la necesidad de venganza.

—¿Porque lo dejé K.O. de un puñetazo?

—Pues claro. Nunca lo ha superado. Necesita demostrar que es un tipo duro. No sé una mierda; eres tú quien debería resolver esta mierda.

—Si pudiera resolverlo tan fácilmente, ya habría solucionado el problema. Tal como están las cosas, solo quiero averiguar cómo conseguir que me deje en paz.

—Ya te he dicho lo que tienes que hacer.

—Claro. Se supone que tengo que mandarlo a freír espárragos.

—No, no, se supone que tienes que mandarlo a la mierda..., y luego estamparle la galleta del siglo si no hace caso.

Me callé en ese momento. Toda la conversación parecía tan inútil. Puede que fuera jugador de hockey, pero no creía que la violencia lo resolviera todo. Parecía que había ojos y oídos por todo el oeste de Nueva York, lo que significaba que Levi se enteraría de que no había seguido sus órdenes.

Si no seguía sus órdenes, parecería un informal. Hacer lo que me decía significaba destrozarle la cara a Zane, lo que parecía una tragedia. Me da igual lo raro que suene.

Y tampoco era esa la peor parte de todo. Ese honor le pertenecía a algo que Levi había dicho.

Zane estaba obsesionado conmigo. Yo era su pensamiento número uno, veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Pero, por más que lo intentaba, no podía entender por qué Zane Hirst estaría obsesionado conmigo.

11

ZANE

Juro que no esperaba encontrarme a Jakob en el gimnasio. Un momento, esperad. Técnicamente, sabía que era posible que nos volviéramos a topar allí, ya que éramos socios del mismo centro. Sin embargo, quería evitarlo a toda costa. Incluso procuré ir a una hora distinta para reducir las probabilidades de que pasara. En fin. Nuestro encuentro en el gimnasio no os parecerá nada una vez que hayáis oído lo que tengo que contaros.

Todo empezó mientras me ponía la ropa de deporte. Iba con el tiempo justo y quería aprovechar para entrenar todo lo que pudiera antes de volver al campus para ir a clase. Con los auriculares puestos y la música a tope, estaba totalmente metido en el ritmo, pero entonces ocurrió: Jakob salió tranquilamente de la ducha.

No, no estaba desnudo, por si es lo que os estáis preguntando. Llevaba una toalla enrollada a la cintura y el pelo todavía mojado y revuelto. No podía apartar los ojos de él.

Esperad, eso suena fatal. Lo que intento decir es que me di cuenta del físico impresionante que tenía Jakob. Su torso lucía dos pectorales firmes y ovalados, rematados con una tableta de chocolate. Sus hombros poderosos daban paso a unos brazacos que incluían unos bíceps descomunales.

Vamos a ver, no a todo el mundo se le marcan los músculos con la ropa de calle, ni siquiera con la de deporte. A veces tienes que verlos pavonearse por ahí con una toalla para darte cuenta de lo bien que están en realidad.

Una parte de mí deseó no haberme cambiado ya, para poder enseñarle todo el trabajo que yo había invertido en mi propio cuerpo, sobre todo en el culo. Dios, qué raro sonaba eso. No me gustaba pensar así y, sin embargo, no podía evitarlo.

Cuando los ojos de Jakob se posaron en mí, se giró un cuarto de vuelta, dispuesto a irse en dirección contraria. Mierda, habría salido por patas si hubiera podido. El solo hecho de verme lo empujaba a ello. No he nacido ayer.

Por otro lado, no podía dejar que se fuera sin más.

—Jakob —dije—. Vaya, vaya, vaya.

Se quedó helado, se tensó y luego dejó caer los hombros. Volvió a girarse a su posición original, pero no me miró.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Tú qué crees?

Farfullé, esforzándome por no reírme un poco, porque ese había sido el gesto más valiente que había tenido contra mí desde... bueno, desde que me dio un puñetazo en la cara.

Dios, podía ganarme la partida sin siquiera intentarlo *ni* saber que lo estaba haciendo.

Cuando avanzó hacia mí, pensé que de verdad podríamos tener una conversación civilizada. Hasta yo puedo equivocarme, por muy raro que sea. Parecía dispuesto a pasar por mi lado sin más, y tuve que ponerle una mano en el pecho para detenerlo.

En su pecho desnudo, quiero decir.

Oh, Dios...

—Espera un segundo —dije—. Solo quiero hablar contigo.

—Que te jodan.

Escupió las palabras, como si las hubiera ensayado cien veces, pero no supiera si de verdad podría decirlas. Sentí como si me hubiera dado una bofetada, de una forma u otra. Intenté no enfurecerme, aunque no tenía ni idea de dónde sacaba la

desfachatez para hablarme así. Pero como quería construir una relación positiva con Jakob, decidí perdonárselo.

—Perdona —dije—, debo de estar imaginándome cosas. ¿Acabas de decir lo que creo que has dicho?

—Pues claro que sí.

—¿Por qué dirías algo así?

—Porque es exactamente lo que quiero que hagas. ¡Y ahora, vete a freír espárragos!

Cuando empezó a alejarse de mí otra vez, me puse delante de él y le puse ambas manos en los hombros.

En sus hombros increíblemente poderosos (y desnudos), quiero decir.

Y entonces le miré fijamente esos pectorales macizos. Luego le subí la mirada a los ojos y, sinceramente, sentí que me había dejado sin aliento. Ya que os he contado todo lo demás, no debería excluir eso.

—¿Zane? —preguntó.

—¿Sí?

—¿Acabas de ponerme las manos en los hombros desnudos?

—Eh, sí, desde luego, parece que lo he hecho.

Retiré las manos a una velocidad exasperantemente lenta. A ver, si las hubiera apartado de golpe, le habría dado a Jakob una idea equivocada.

¿Y qué idea es esa?, preguntó mi voz interior.

Respiré hondo, con ganas de ignorar eso, junto con cualquier otra cosa que amenazara con ponerme la zancadilla.

—¿Estás obsesionado? —preguntó Jakob.

—No te entiendo. ¿Obsesionado con qué?

—Obsesionado conmigo.

—No lo entiendo.

—Venga ya, hasta un idiota redomado como tú puede entenderlo. Por otro lado, puede que no sepas ni cómo se escribe.

Puse los ojos en blanco. Sí, me preguntaba por qué demonios me molestaba con un tío que no tenía nada mejor que hacer que insultarme. ¿Obsesionado? Sonaba tan estúpido, y tan propio de un Larkin Lion.

—No estoy obsesionado —dije—. No es culpa mía que los dos estemos aquí a la misma hora.

—Ah, no sé hasta qué punto es una coincidencia... o no. ¿Para qué discutir por eso? De todas formas, solo porque me hayas visto aquí no significaba que tuvieras que hablarme, y desde luego no significaba que tuvieras que...

¿Que tuviera que qué? Podía volverme loco con frases inacabadas como esa. Le habría preguntado directamente cómo pensaba terminarla, pero sabía que de alguna manera me daría largas. Las gilipolleces eran el método de los Larkin Lions, ya sabéis.

Volví a bajar la vista hacia su pecho y no pude evitar admirar la línea entre sus pectorales. Luego mis ojos se deslizaron más abajo y me fijé en un camino de la felicidad que se me había pasado por alto por completo. Bajando aún más, mis ojos se posaron en el bulto de la toalla.

Soy jugador de hockey. He estado en un millón de vestuarios y había visto esa estampa más veces de las que me gustaría contar. Nunca me había fijado de verdad en esas cosas. Un momento, eso no es verdad. Me había fijado, si no, no podría contároslo ahora. Me había fijado en esas cosas, pero no me habían importado. En otras palabras, puede que mis ojos hubieran visto bultos en las toallas, pero nunca se habían quedado fijos en ellos.

Levanté la vista para mirar a Jakob antes de que soltara alguna versión de «mis ojos están aquí arriba, Zane» que me diera ganas de gritar. Mis ojos se encontraron de nuevo con los de Jakob y me sentí atrapado. Sinceramente, creí que el corazón me había dado un vuelco.

—¿Vas a terminar esa frase? —pregunté.

—¿Por qué iba a hacerlo? Creo que ya sabes de qué va la cosa. Mierda, debería ser yo el que te preguntara a *ti* qué pasa.

—No pasa nada.

—¿Ah, no?

—Oye, soy socio de este gimnasio, colega. —Saqué el móvil del bolsillo y le enseñé mi suscripción en la aplicación de Planet Fitness —. No hay más que eso.

—¿Y que me estés dando la lata todo el tiempo?

—¿Dándote la lata? Estaba intentando hacer las paces. Pues denúnciame por ser el maduro aquí.

—El maduro, tiene gracia. No existe la madurez cuando se trata de los Lions y los Riptides. Se supone que tenemos que odiarnos.

—¿Quién lo dice?

—Lo dice la rivalidad entre los Lions y los Riptides. Hay toda una historia que viene de lejos. ¿Supongo que no te importa la tradición?

—¿Ves? Esa es la diferencia entre tú y yo.

—Bueno, eso y que yo uso jabón.

Dios, Jakob Martin podía ser tan exasperante.

—¿Crees que eso es gracioso? —pregunté.

—Lo que es gracioso es que creas que puedes hacer las paces conmigo y que voy a picar.

—Bueno, desde luego no me disculpo por intentar ser el más sensato en todo esto.

El capullo de mierda puso los ojos en blanco. Eso me sacó de quicio más que nada. Hasta ahora, pensaba que podía aguantar cualquier cosa que Jakob me soltara, pero había puesto a prueba mi paciencia.

—No me pongas los ojos en blanco. —Oí la rabia y el desprecio gotear en mi voz.

—¿Qué vas a hacer si los pongo en blanco otra vez? Ya voy uno a cero contra ti en peleas a puñetazos. Igual deberías pensártelo mejor antes de intentar nada físico.

—Me tumbaste con un puñetazo a traición, y lo sabes. Ni de coña aguantarías dos segundos conmigo en una pelea de verdad.

—¿Ah, sí?

—Sí, tío. Barrería el suelo contigo y luego te haría un nudo. Y después te machacaría si me aburriera.

Volvió a poner los ojos en blanco. Os juro por Dios que el tío debía de tener ganas de morir. El corazón se me aceleró, los músculos se me tensaron y la respiración se me volvió agitada. Juraría que estaba a punto de perder los estribos.

Cuando se apartó de mí, le agarré la muñeca y lo atraje hacia mí hasta que su pecho (desnudo) se apretó contra el mío. Los ojos de Jakob me miraron fijamente. Entonces me incliné y rocé mis labios

contra los suyos. Venga ya, ¿a quién quiero engañar? Prácticamente me lo tragué. Sin embargo, no se resistió. De hecho, parecía tan metido en el beso como yo. Mantuve mi agarre firme en su muñeca, pero él pasó el brazo por encima de mi hombro y me sujetó la nuca con la mano, presionando nuestras caras. Cuando nuestras bocas se abrieron, mi lengua se deslizó en la suya. Se lamieron la una a la otra, mezclándose y jugando.

El resto del mundo desapareció. Eso sí puedo decíroslo. No sonaron violines ni aparecieron pájaros, pero puedo decir sinceramente que en ese momento solo existíamos Jakob y yo. Me sentí ingrávido, como si estuviera lleno de helio.

Y entonces volví en mí.

Nuestros labios se separaron. Nos apartamos el uno del otro. No sabría decir quién hizo o dejó de hacer qué. Ambos rompimos el beso más o menos a la vez. Luego nos quedamos mirándonos como si no pudiéramos creer lo que habíamos hecho. Yo no estaba enfadado, sin embargo. No podía hablar por Jakob.

Me di cuenta de que no podíamos deshacer lo que acababa de pasar. Una parte de mí no quería, aunque entendía que podría tener graves consecuencias.

Cuando bajé la vista, me di cuenta de que su bulto ahora levantaba la toalla como una tienda de campaña. Peor aún, esa erección palpitante me habría rozado hacía solo un momento. No me había dado cuenta porque me había perdido en el momento.

—Me largo de aquí —dijo Jakob.

—¡Espera!

Jakob no solo me ignoró, sino que salió al pasillo de al lado del gimnasio, con la toalla, la erección y todo.

Puede que el beso hubiera sido incómodo, pero al menos yo no había hecho tanto el ridículo como Jakob.

Cuando bajé la vista, me di cuenta de que yo también lucía una erección palpitante.

12

JAKOB

Recibí un mensaje que simplemente decía: *Soy Zane, tenemos que hablar*.

Para empezar, quería saber cómo coño había conseguido mi número. No lo compartía con nadie, excepto con compañeros de equipo, amigos y ciertos familiares. Y se lo habría preguntado sin rodeos si no fuera porque un puto montón de pensamientos todavía más importantes me nublaban la mente.

Peor aún, había sugerido que quedáramos. No, *insistió* en ello. Bueno, en realidad, eso ni siquiera era lo peor. Le concedí ese título al hecho de que estaba de acuerdo con él al cien por cien. Era evidente que teníamos mucho de qué hablar y, ahora que había terminado de potar por el fiasco de los vestuarios, podíamos discutir la situación como adultos civilizados.

Le habría sugerido quedar en una cafetería, en parte porque allí no podría pasar nada raro. Zane insistió en venir a mi casa, a pesar de que le puse todas las excusas habidas y por haber para no recibirlo.

Por desgracia, perdí esa batalla.

Tenía un pequeño apartamento en una primera planta en la esquina de Norwood con Breckenridge. Mi compañero de piso se

había mudado el mes anterior, y yo había puesto un anuncio para buscar a otro, ya que pagar el alquiler yo solo estaba siendo un auténtico coñazo. Por primera vez, me sentí aliviado de que no hubiera nadie más.

Cuando di luz verde a la petición de Zane, prometió llegar en veinte minutos. Tiempo suficiente para ducharme y oler bien para él. Podría lavarme los dientes para que no me encontrara placa ni caries si sus ojos volvían a acercarse peligrosamente a mi boca.

Dios…

No podía pensar en nada sin que mi mente volviera al beso, a sus labios húmedos y cálidos. Recordaba su pecho presionado contra el mío, sintiendo sus pezones…

¡No!, me dije. *¡Para!*

Me di cuenta de que cuanto más pensaba en ello, más me atormentaría el pasado. Tanto la respiración como los latidos del corazón se me aceleraron mientras esperaba la llegada de Zane. Tampoco podía sentarme, lo cual lo decía todo. No paraba de dar vueltas por el suelo, seguro de que no tardaría en desgastar la alfombra del recibidor.

Digamos que Zane no tardó veinte minutos en llegar a mi apartamento. Dudaba que hubieran pasado siquiera diez minutos cuando recibí otro mensaje suyo, diciéndome que estaba en la puerta.

Me santigüé antes de abrir.

Venga ya, no es *tan* dramático. Si Zane apareciera en todos los sitios a los que fueras, y hubierais compartido un momento como el nuestro en el gimnasio, tú también te santiguarías. De hecho, probablemente también traerías ajos y agua bendita.

Abrí la puerta de un tirón, de la misma forma que arrancaría una tirita para minimizar la agonía.

Y allí estaba él, Zane Hirst, más alto que nunca, con el pelo más ondulado que le había visto jamás. Por fin se le había bajado la hinchazón del puñetazo que le había dado, devolviéndole su habitual aspecto ultraguapo.

Ultraguapo… no podía negar que ese término se había convertido en parte de mi proceso de pensamiento. Mi próximo proyecto sería

sacármelo de la cabeza.

En lugar de hacer eso, me quedé allí de pie, sintiéndome un poco perdido.

—¿No vas a invitarme a entrar? —preguntó.

—No.

Enarcó las cejas y yo me quedé callado.

—Lo siento —dije—, me ha salido fatal. Entra, entra.

Cuando cruzó el umbral, volví a sentir náuseas. No podía creer que Zane Hirst estuviera en medio de mi salón. De una forma extraña, sentí como si hubiera invitado al mismísimo Satanás a mi casa.

Vale, no era *tan* extraño, pero lo odiaba. Supuse que lo mejor sería abrir todas las ventanas para ventilar la casa después de que se fuera.

—Vale —dijo—, desembucha.

—¿Desembuchar el qué?

—Sabes de lo que hablo.

Al principio, me preocupó que se refiriera a mi polla, lo que no sonaba tan descabellado después de nuestro incidente en los vestuarios. No podía hacer más preguntas porque sabía a dónde podía llevar eso.

Sin embargo, vi la posibilidad de obtener otras ventajas. Se me ocurrió que si me quedaba allí plantado y le hacía explicar con todas las letras lo que tenía en mente, podría volverlo loco. Solo eso ya me proporcionaría una satisfacción inmensa.

—¿Por qué me besaste? —preguntó.

—No te besé. ¿Te drogas?

Cuando el pecho de Zane se hinchó, supe que su descenso a la locura había comenzado, y no había nada en el mundo que me resultara más delicioso.

—No me he drogado en mi vida, colega —dijo—. Y también estoy cuerdo y soy racional, que es más de lo que puedo decir de tu comportamiento en el gimnasio.

—Tergiversa la historia todo lo que quieras, chaval, pero fuiste tú quien me besó, no al revés.

Ahora su pecho no solo se hinchó. Su cara también se enrojeció. Poco a poco, lo llevaría al límite. Puntos extra si le explotaba la cabeza de verdad.

—No estoy tergiversando la historia —dijo.

—Sí que lo haces. Me agarraste la muñeca y me atrajiste hacia ti así…

Representé los movimientos para él, haciendo el beso lo más baboso y exagerado posible. Zane apartó la mirada, en parte porque debió de parecerle ridículo, pero también porque sabía de sobra que era verdad. Esperaba que lo negara. Zane no era precisamente un dechado de modestia.

—¿Y qué si lo hice? —preguntó—. Tú me provocaste.

—Entonces, ¿admites que fuiste tú quien me besó y no al revés?

—Sí, pero… pero no tenías por qué…

—¿No tenía por qué hacer qué?

—No tenías por qué pasearte con una toalla así.

—Pues resulta que sí tenía que pasearme con una toalla. Era la ducha de un vestuario y no sabía que ibas a estar allí. ¿Qué querías que hiciera?

En realidad, sabía que el hecho de que me hubiera besado primero solo me daba una cierta ventaja. Sí, había puesto sus labios sucios y asquerosos en los míos, pero yo podría haberle pegado un puñetazo a cambio, ¿no? ¿Y por qué no? Ya lo había hecho antes.

Pero ahora no podía hacer eso. Sus labios no eran realmente sucios ni asquerosos, y yo lo sabía. Eran muy bonitos, de hecho. Y odiaba pensar en estropear de nuevo su cara guapa casi tanto como esos pensamientos me llenaban de repugnancia.

—Mira, no vamos a ninguna parte con esto —dijo—. Pasó algo, y sé que no lo planeé.

—Yo tampoco lo planeé, listillo. Y no puedo evitar tener el cuerpo de un dios griego.

—Un dios griego, mis cojones. Y te diré otra cosa: tenías una erección.

—Mmm, tú también tenías una erección, Zane. Un milagro que pudiera encontrar algo tan pequeño.

La cara de Zane se encendió aún más. No diría que había alcanzado el nivel de rojez de un tomate, pero no estaba muy lejos.

Sí, tenía una erección, vale, pero no la quería en absoluto. Me recordaba a segundo de la ESO, cuando me salía una empalmadura involuntaria todas las mañanas en el instituto. La mayoría de las veces estaba sentado en mi pupitre, gracias a Dios. Un día, me llamaron para hablar delante de la clase y necesité taparme la erección furiosa con un libro de texto.

Mi erección del vestuario me recordaba mucho a aquello, solo que no podía negar que había tenido una razón para tenerla.

Bueno, podía intentarlo…

—Solo quiero que sepas que no disfruté del beso —dijo—. No me va ese rollo.

—Una mierda que no te va. No se puede fingir ese tipo de pasión.

—¿Pasión? —farfulló, y pareció a punto de soltar otra excusa ridícula. Podía seguir con el rollo todo lo que quisiera, pero yo sabía la verdad.

—Y por eso has estado apareciendo en todos estos sitios, ya sabes, «convenientemente».

—¡No fue nada conveniente! No puedo quitárteme de en medio.

—Oh, seguro que hay otras zonas de tu cuerpo que te gustaría que ocupara.

Su cara adquirió un tono de rojo aún más brillante. Cerró las manos en puños. Quizá debería haberme preparado para agacharme, pero algo me decía que no me daría un puñetazo por mucho que lo cabreara.

—¿Es que no lo entiendes? —preguntó—. No me va para nada ese rollo. No quiero que un estúpido besito me cambie la vida.

—El beso puede que fuera estúpido, pero desde luego no fue un besito.

—¿De qué estás hablando?

—Tío, me besaste como una mula comiéndose una manzana.

Volví a demostrárselo en mi mano de la forma más caricaturesca posible para arrebatarle lo poco que le quedaba de cordura.

—Sabes, Jakob, estás empezando a tocarme las narices de verdad. —Zane habló con los dientes apretados.

—¿Ah, sí?

—Sí.

Sus ojos se clavaron en los míos, y se acercó un poco más a mí.

—¿Y qué vas a hacer al respecto? —pregunté—. Ya te he pateado el culo una vez.

—Fue un golpe bajo. Y, por última vez, deja de inventarte mierdas.

Se acercó más, pegándose a mí. Sentí su aliento cálido en mi piel. Las piernas me flaquearon.

—No fue un golpe bajo —dije—. Te mandé a la puta luna, y lo sabes.

—Como dicen todos los que pegan a traición.

Su voz se había suavizado para entonces y la mía también, como si a ambos nos hubiera arrullado un estado de ánimo más tierno y cálido. También me sentí indefenso, como cuando intento mantenerme despierto, pero el sueño se apodera de mí.

A diferencia del beso del gimnasio, caímos en los brazos del otro, no con prisas, sino con la ternura de una manta cálida. En lugar de prácticamente inhalarnos el uno al otro, nos bebimos como si fuéramos un buen vino.

Nuestras bocas se abrieron una vez más, permitiendo que nuestras lenguas se mezclaran y jugaran. Presionó su poderoso pecho contra el mío y sentí sus pezones duros como piedras. Levanté un brazo para agarrarle la nuca, mis dedos hundiéndose en su pelo. Mi otra mano recorrió su espalda terriblemente fuerte.

Sí, sentí su erección contra mi pierna. No, tampoco era pequeña. Podía decir lo que fuera necesario para cabrear a Zane pero no negaría la verdad, al menos no a mí mismo.

No podía.

Me agaché y le cogí el bulto de la polla con la mano, acariciándoselo a través de los vaqueros, y Zane me devolvió el favor.

Entonces me aparté del beso, todavía con los brazos rodeándonos.

—Tienes algo en la cabeza —dijo Zane.
—Sí, así es.
—¿Qué es?
—¿Cómo conseguiste mi número?

13

ZANE

—Mira esto —dijo Jax Echlin—. ¿No parece que a esta tía se le van a salir las tetas del sujetador?

Jax levantó el móvil, con la sonrisa más orgullosa que le había visto jamás. Estaba claro que se creía que había hecho el descubrimiento de su vida. En la pantalla, vi a una chica rubia de veintipocos años con unas tetazas como melones que, la verdad, parecían estar poniendo a prueba la tela del bikini que llevaba.

—¿Es eso todo lo que haces? —pregunté—. ¿Fichar tías y puntuarles las tetas?

—Para que te enteres, no es *lo único* que hago. No me he perdido ni un solo entrenamiento en todo el año, ¿a que no? Además, hago muchísimo más que puntuarles las tetas. También tengo categorías especiales para sus culos.

—Qué clase tienes, Jax.

Normalmente, me habría reído de ese último comentario. Ya sabes, en otra vida, una que Jakob Martin no hubiera puesto patas arriba. Pero no me equivocaba. Jax tenía una obsesión extraña. Su Instagram estaba petao de fotos y vídeos de mujeres que no conocía ni conocería casi con toda seguridad. Lo mismo con TikTok.

Me habría quedado de piedra si no se la meneaba todas las noches con las tías de sus redes sociales.

—Has cambiado, tío —dijo.

—¿De qué hablas?

—Digo que no eres el mismo tío que conocía. El año pasado, te habrías vuelto loco con una foto así. No, espera, te habría estado recogiendo la lengua del suelo.

—Lo que tú digas…

No podía negarlo, y por eso mismo pretendía evitar decir más de lo necesario. La vida se había convertido en una montaña rusa. No sabía ni por dónde me daba el aire. Jax no necesitaba saber esa verdad. Un paso en falso y se me vendría todo abajo; estaría completamente jodido.

—No me jodas, tío —dijo—, por estas fechas el año pasado habrías estado parloteando sin parar sobre cómo te gustaría que esta tía se te sentara en la cara y se retorciera.

Se me escapó una risita. No pude evitarlo. A veces, Jax decía unas gilipolleces que hasta hacían gracia. Justo el tipo de cosas que los jugadores de hockey se dicen entre ellos en los vestuarios de todo el mundo. Aun así, no podía negar que había dicho otra verdad. En el pasado, me habría vuelto loco con esa foto. De hecho, me habría interesado muchísimo, pero ahora apenas me importaba. Mi Instagram había estado lleno de mujeres despampanantes, igual que el de Jax. Y lo seguía estando.

Entonces, ¿qué coño había pasado?

Las mujeres me seguían encantando. Eso era lo más fuerte. Las mujeres todavía me ponían igual de cachondo; en teoría. Sí, ya sé cómo suena eso, pero es otra verdad. Jax encontraría la forma de usarlo en mi contra, porque, bueno, era Jax.

—A lo mejor he madurado —dije.

Los ojos de Jax se abrieron como platos antes de que su cara se volviera de piedra. Debió de sonarle como la mayor locura que había oído en su vida. ¿Y por qué no? La madurez no tenía cabida en los Remington Riptides.

—Tío, bailaste por el vestuario con los calzoncillos en la cabeza —dijo.

—Bah, una vez. No me jodas.

—Fue la semana pasada, Zane.

Me callé.

—Ajá, sabes que es verdad —dijo—. Eso significa que no puedes jugar la carta de la madurez, señorito adulto responsable.

Metí en la bolsa los mismos calzoncillos que me puse en la cabeza antes de marcarme un tango en solitario (y en pelotas) en medio del vestuario. Sin embargo, hacer eso no me puso cachondo. De nuevo, eso pasaba en los vestuarios de todas partes.

—Vale, supongo que no —dije.

A veces hay que saber reconocer la derrota.

—Y toda esa mierda que te has traído con Jakob Martin te descalificará para el premio Fred Rogers —dijo.

Oh, Dios, lo ha dicho. Ese *nombre.* La situación ya era bastante mala sin que él soltara las cinco sílabas más letales de la lengua inglesa. Quería salir corriendo y esconderme para evitar seguir con el tema, pero entendía cómo se vería eso.

—No seguirás intentando vengarte de él, ¿verdad? —preguntó Jax.

—No. ¿Y podemos olvidar que ese tío existe, *por favor*?

Jax arqueó las cejas como si lo hubiera pillado por sorpresa. Sí, me había expuesto ante Jax. A decir verdad, casi me expongo ante Jakob Martin. Jakob casi se expone ante mí. Él…

Vale, tenía que parar ahí. Todo esto se me iría de las manos si no lo controlaba a toda prisa.

Los recuerdos de los labios de Jakob unidos a los míos me inundaron la mente. Todavía sentía su lengua mezclarse con la mía y no podía olvidar el aroma especiado de su gel de ducha. Había visto mi buena ración de cuerpos duros, incluyendo muchos desnudos en el vestuario, pero el de Jakob, de alguna manera, se distinguía del resto; sobre todo cuando se aferraba a mí.

Su polla era la gran incógnita… Sin segundas… creo. Solo entonces me di cuenta de que deseaba esa polla con todas mis ganas. La polla de Jakob había estado dura como una piedra. Sentirla pincharme la pierna no fue suficiente para mí. Quería verla. Espera, no, eso no está bien. Quería probarla.

Probarla implicaría que la polla de Jakob entrara en mi boca, algo que ni siquiera me había planteado antes. No podía negar que ahora pensaba en ello. Pero no podía contarle algo así a Jax, y no solo porque Jakob fuera un Larkin Lion. Jakob era otro hombre. No creo que haga falta haceros un croquis.

—No parece que quieras olvidar que el tío existe —dijo Jax.

—No te sigo.

—¿Cómo que no me sigues? Si no haces más que hablar de Jakob Martin.

—No, de lo único que hablo es de *vengarme* de Jakob.

—¿Y eso es mejor?

No lo era. También comprendía que estaba soltando una sarta de gilipolleces, pero tampoco podía admitírselo a Jax.

—Vale, ahora que hemos establecido que parece que no puedes hablar de ningún tema que no incluya a Jakob Martin, al menos déjame enseñarte esto y me dices qué te parece.

Jax rebuscó en su móvil y luego me lo mostró. En la pantalla, vi la cuenta de OnlyFans de Jax, que lucía una guapa pelirroja de veintipocos años trabajando en una camioneta. Estaba cambiando el aceite o apretando algunas tuercas (en más de un sentido) con el culo bien a la vista.

De nuevo, normalmente habría sentido un cosquilleo en los pantalones ante una visión así. La foto me seguía pareciendo muy sexi. No estoy hecho de piedra. Como he dicho, lo que pasó con Jakob no erradicó mi entusiasmo por las mujeres. Abrió una nueva puerta y un nuevo camino que explorar.

Oh, Dios, ¿de verdad estaba pensando así?

—Te pasa algo muy raro —declaró Jax.

Negué con la cabeza.

—¿Solo porque no he dicho ninguna gilipollez sobre tu tía de OnlyFans?

—No es por eso, Zane, y lo sabes. Llevo toda la conversación intentando decirte que has cambiado.

—¿Y cuándo tuvo lugar ese supuesto cambio?

—Por lo que yo sé, en el momento en que el puño de Jakob Martin impactó en tu cara.

Oh, perfecto.

—¿Y tú cómo lo sabes? —pregunté.

—Estaba allí.

—Estabas inconsciente en el suelo del Colter Bay Grill.

Se giró para ocultar su vergüenza. Tenía que ser eso. Imposible que fuera una coincidencia.

—¿Vas a dejarme en puto paz de una vez? —pregunté.

—Ni de coña. Sé que algo en ti cambió de verdad y eso es lo único a lo que puedo achacarlo.

¿Sabéis cuál era la peor parte de todo? Que tenía razón al ciento diez por ciento, si es que tal cosa era posible. Pero no le iba a dar tanto crédito.

—Ya te lo he dicho antes —continuó Jax—, ese tío se te ha metido en la cabeza de verdad. Eso es lo peor que le puede pasar a un jugador de hockey.

—Supongo que tienes razón.

—Sigo sin ver cómo eso ha hecho que tu libido se vaya a la mierda. Y no me digas que no es así. Antes, habrías sido tú el que me enseñaba fotos de tías buenas a *mí*.

Eso era cierto, pero no me preocupaba en este momento. Me importaba el hecho de que no se hubiera dado cuenta. Si lo hubiera hecho, lo habría soltado sin más. Nadie acusó nunca a Jax Echlin de tener tacto, o personalidad, o más de un puñado de neuronas.

El problema era que, tarde o temprano, se enteraría de mis verdaderos sentimientos. Y no, no podía simplemente reprimirlos o fingir que no existían. Si pudiera, para empezar no habríamos tenido esa conversación.

Cerramos las cremalleras de nuestras bolsas de deporte, nos las echamos al hombro y salimos del vestuario. Quería alejarme de Jax como fuera, pero ya sabéis la suerte que he tenido desde que mi cara se encontró con el puño de Jakob Martin.

—Este fin de semana vamos a The Government. —Jax se refería a la discoteca de West Chippawa Street—. Es un auténtico paraíso de chochetes. Imposible que no te vayas a casa con alguien.

Aquello despertó mi interés, y debió de notárseme, porque la cara de Jax se iluminó. Incluso el ambiente de las discotecas se

había borrado de mi radar en medio de todo lo que me había pasado. Al principio, me pregunté si también me encontraría con Jakob allí. Sería el colmo de mi mala suerte. Si por algún milagro me dejaba KO otra vez, habría un garito lleno de tías guapas y disponibles para presenciarlo.

—¿Te apuntas? —preguntó.

—Claro.

—Genial. Les diré a los chicos que vienes. Me piro. Tengo que terminar un trabajo.

Me saludó con un pequeño gesto mientras se iba hacia la derecha. Gracias a Dios. Sinceramente, pensé que nunca me desharía de ese tío.

Sin embargo, la ausencia temporal de Jax no resolvería mis problemas. Sabía que una visita a The Government, o el paraíso de chochetes como Jax lo había llamado tan poéticamente, no cambiaría nada. Jakob Martin se me había metido en la cabeza. Algunos dirían que vivía allí sin pagar alquiler. Lo peor de todo era que no podía hacer nada al respecto.

Claro, podía ir a The Government con los chicos, y podía llevarme a una chica a casa, pero no importaría. Estaría pensando en Jakob Martin todo el tiempo.

Dios, ayúdame…

14

JAKOB

Levi Dunn era de esos tíos que se aplastaban latas de cerveza en la frente y se zampaban cien alitas de pollo de una sentada si había una competición de por medio. Me sentía afortunado de que no se dedicara a volcar vacas o a prenderse fuego a los pedos. Aunque, bien pensado, tampoco pasaba cada segundo del día con él. En cualquier caso, el tío era un estereotipo con patas.

También salía con Quinn Standish, lo que nos dejó a todos de piedra por más de una razón. Todo salió a la luz el año pasado y no dábamos crédito. Levi Dunn, el señor Machote en persona, era gay.

Solo que nunca había usado la palabra gay. Ni bisexual. Ni ninguna otra, para el caso. Estaba liado con un empollón pelirrojo que no podía ser más opuesto a él. Tenía pene, y eso era lo único que importaba.

Íbamos por Main Street en dirección a la autovía Scajaquada en el coche de Levi. Cuando se saltó un semáforo en rojo, por fin reuní el valor para hacer la pregunta del millón.

—Entonces, ¿qué tal te van las cosas con Quinn? —pregunté.

—¿Quinn? Ah, le va genial.

—No, no, quiero decir, ¿cómo *van* las cosas con Quinn? O sea, ¿tú y Quinn?

Hizo una pausa, pero no como si la pregunta le molestara o le asustara. Si acaso, yo lo habría calificado de expresión de sorpresa. Al fin y al cabo, no todos los días alguien de los Larkin Lions le preguntaba por su relación con otro tío. Todo el mundo lo sabía, pero fingía que no. No, eso no suena bien. Todos lo sabíamos, pero tratábamos su relación como la de cualquier otro.

—Va genial —dijo—. Mejor que nunca.

Levi soltó un eructo descomunal, de esos que podrías confundir con un pequeño terremoto, y solo se tapó la boca al final del todo. Aquello volvió a poner en duda mi creencia de que Levi pudiera ser realmente gay o bisexual.

Me retorcí las manos como si fueran una toalla mojada. Quería hacer la pregunta del millón con todas mis fuerzas, pero me preocupaba lo que eso pudiera revelar sobre mí. Hasta ahora, solo Zane y yo sabíamos lo que había pasado entre nosotros. Aunque, bien pensado, Zane era el bocazas más grande de Buffalo y podría habérselo largado a todo el oeste de Nueva York.

—Lo siento —dije—, en realidad no era eso lo que quería preguntar.

—¿Ah, no?

—No, solo me preguntaba cómo surgió todo. O sea, ¿cómo empezó todo?

Levi mantuvo la vista fija en el parabrisas, conduciendo con una mano en el volante, y me pregunté si se estaría debatiendo si contarme algo o no. No parecía avergonzado de ello: hablaba mucho de Quinn y no lo trataba como un secreto inconfesable. Su novio también asistía a los partidos de los Lions, pero ahora Levi parecía extrañamente reacio a hablar de él.

—No tienes que contármelo si no quieres —dije.

Negó con la cabeza y dijo:

—No lo vi venir, pero probablemente debería haberlo hecho. Estuve colado por Quinn desde que éramos críos. Íbamos al mismo colegio. Joder, si es que lo puteaba a más no poder.

—¿En serio?

—Joder, claro que sí, tío. No sabía por qué lo hacía. Bueno, ahora sí, pero en aquel momento no tenía ningún sentido. Y entonces,

cuando por fin cedí, toda la mierda que no tenía sentido por fin cobró claridad.

—Entonces, ¿no tenías ni idea antes?

—No he dicho que no tuviera ni idea. ¿Me estás escuchando?

—Eh, sí.

Me esforcé por no sonrojarme.

—Sabía que pasaba algo desde el principio —dijo—, pero no lo habría admitido ni en un millón de años, ni siquiera a mí mismo.

—Pero ¿cómo puede ser?

Se encogió de hombros.

—Ni idea. Aunque es gracioso. Probablemente pensaba más en Quinn que en cualquier otra persona, incluidas las mujeres, cuando me hacía pajas, pero no era gay, no era bisexual, no me gustaban los tíos de verdad, nada de esa mierda.

—Negación de manual, en otras palabras.

—Llámalo como quieras. Lo único que sabía era que si lo ignoraba, y desde luego no le ponía nombre, no era gay.

—También conocido como negación de manual.

Levi sonrió de oreja a oreja, pero no me miró. Tenía los ojos fijos en la carretera. No podía descolocarlo, dijera lo que dijera. Una parte de mí habría considerado que eso era parte integral de su negación, pero yo sabía que no era así. La noticia no se había extendido por los cotilleos. Levi Dunn besó a Quinn Standish delante de todo el mundo, al diablo con las opiniones.

Daba igual, ya que a nadie del equipo parecía importarle. Era Levi Dunn, como siempre lo había sido. Sus compañeros de equipo seguían haciéndole bromas en la ducha como cuando lo consideraban totalmente hetero. Pero así era Levi Dunn, ¿no? ¿Serían igual de amables y tolerantes si fuera yo?

Pero Zane y yo no éramos pareja. No tenía que admitirle nada a nadie y, desde luego, no tenía que besarlo delante de un público. Aun así, odiaba guardármelo todo dentro. Si no otra cosa, necesitaba hablar con alguien que lo entendiera.

—No creo que importe cómo lo llames —dijo—. Al final todo salió bien.

—Pero ¿lo odiabas a muerte al principio?

—No.

—Me alegro de saberlo.

—Bueno, es un poco más complicado que eso. Estoy casi seguro de que él me odiaba con la intensidad abrasadora de mil soles hasta ese momento. Y probablemente durante un tiempo después también. Era su acosador número uno, ¿recuerdas?

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—En fin, que yo sabía que sentía algo por él y estaba totalmente seguro de que él sentía lo mismo por mí. No podía contenerme. Pensaba que era el tío con el aspecto más increíble que había visto jamás. Y listo de cojones, también. Eso me gusta mucho, de una forma rara. Sí, era un tío. Ese era el verdadero obstáculo, pero me daba igual cómo lo llamaras. Lo deseaba. Él se resistió, así que seguí insistiendo. Al final ocurrió.

—¿Quinn consiguió una orden de alejamiento?

Levi sonrió.

—Qué gracioso. Pues no.

—Pero era él quien se hacía de rogar, ¿no?

—Sí, ¿te lo puedes creer? Todo esto estaba aquí, servido en bandeja, y él actuaba como si no fuera para tanto.

Se señaló a sí mismo con ambas manos como si fuera el banquete más suntuoso de la tierra y Quinn se hubiera arriesgado a perdérselo. El coche se desvió al carril izquierdo, lo que provocó que otro conductor tocara el claxon y nos hiciera una peineta. Levi agarró el volante y enderezó el coche, sin hacer caso al conductor enfadado.

Quería contárselo todo a Levi, desahogarme. De todas las personas del mundo, él debería haber sido el último en juzgarme.

—Pero ¿se te hizo raro? —pregunté.

—¿El qué se me hizo raro?

Me encogí de hombros, sin querer decirlo en voz alta.

—Ya había tenido experiencia con tíos antes de Quinn, ¿sabes?

—¿En serio?

—Claro. Me he liado con montones de tíos.

—¿Y cómo es que nunca me he enterado?

—Porque no todo el mundo va presumiendo de sus hazañas sexuales.

—¿De qué cojones hablas? Antes nos contabas todo el tiempo las tías que te follabas.

Sonrió como si supiera que lo había pillado, pero discutir no le aportaría ningún placer.

—Los líos de una noche son una cosa —dijo—. No creía que me gustaran los tíos de verdad. Era solo sexo. No significaba nada. Y entonces apareció Quinn y me di cuenta de que podía sentir algo por él. Podía sentir mucho, de hecho.

—Eso es increíble.

—Venga ya, Jakob, no soy el primer Larkin Lion que tiene una relación con otro tío, ¿sabes?

—¿No? ¿Qué, a Ryan Detenbeck le han estado dando por el culo o algo?

Levi soltó una carcajada y hasta golpeó el volante un par de veces. Viniendo de cualquier otro, habría sonado odioso.

Cuando se calmó, volvió a centrarse en la carretera y dijo:

—Kayden Preston y Erik De Ruiter.

—¿Quiénes?

—Jugaron en los Larkin Lions. También jugaban a esconder el salchichón entre sus nalgas.

Me tocó a mí reírme a carcajadas, pero probablemente no lo habría hecho si lo hubiera dicho cualquier otro.

—No sabía nada de ellos —dije.

—Estaban en el equipo que ganó el campeonato hace unos años, antes de que tú llegaras.

En realidad, sí sabía quiénes eran; necesitaba un momento para que sus nombres se registraran en mi memoria. Ambos habían pasado a profesionales, pero había oído hablar mucho de ellos. Los medios de comunicación los habían cubierto porque su relación no se parecía a nada que el hockey a cualquier nivel hubiera visto jamás.

Ni siquiera pensé en ellos dos cuando solicité entrar en Larkin. ¿Por qué lo habría hecho? Nunca había experimentado un momento de lujuria por un hombre en mi vida hasta que Zane Hirst había

aparecido gruñendo en mi vida. Solo quería jugar al hockey a nivel universitario sin dejar de estar cerca de casa. También impulsaría mis esfuerzos para llegar a la NHL.

—¿Lo harías alguna vez por un jugador de hockey? —pregunté.

—Dejaría que Connor McDavid me diera un buen repaso, pero nada a largo plazo. Solo puedes hacer lo que te parezca correcto.

—¿Sabes una cosa? Tienes razón.

—¿Por qué? ¿Estás pensando en chupar una polla o algo?

Me callé en seco. Aquello me golpeó como un gancho al estómago, aunque sabía perfectamente que Levi solo estaba siendo Levi. No podía hablar aunque quisiera. Si abría la boca, Levi sabría que pasaba algo.

—Has visto a Ryan Detenbeck en la ducha, ¿verdad? —preguntó.

—Eh, sí, lo he visto.

—Menudo puto elefante. No paro de esperar que esa cosa empiece a aspirar cacahuetes o alguna mierda así.

No pude evitar reírme a carcajadas. No es que erradicara la tensión, pero la alivió un poco.

—Y luego están Kayden Preston y Erik De Ruiter. No sé quién era el activo y el pasivo en esa relación, pero no tengo ni idea de cómo podían andar después de todo.

Sonreí de oreja a oreja. En ese momento, supuse que había hecho lo suficiente para desviar la conversación de cualquier cosa que tuviera que ver con mi propia sexualidad.

Y sí, gran parte de lo que Levi había dicho tenía sentido. El problema era que no daba ni idea de cómo arreglarlo.

—¿Alguna vez pensaste que había un punto en el que podías apagarlo? —pregunté.

—¿Apagar el qué? ¿Mi empalme descomunal?

—Si quieres llamarlo así. En realidad, me refiero a tus sentimientos por Quinn.

—Antes de que las cosas se pusieran serias, sí, por supuesto. Pensé que podía controlarlo. Una vez que lo besé por primera vez, se acabaron las apuestas.

—¿Y Quinn?

—Él luchó contra ello mucho más que yo, pero por razones diferentes.

—Entonces, ¿estás diciendo que no podías hacer nada al respecto? ¿Estabas atrapado?

—No lo llamaría estar atrapado en absoluto. Sé que parezco un tremendo cabeza de chorlito...

—*Eres* un tremendo cabeza de chorlito...

—Gracias. Pero la verdad es que Quinn y yo estábamos enamorados. ¿Por qué coño iba a luchar contra ello?

Fue amable por su parte decirlo, a la manera de Levi Dunn. Por otro lado, su respuesta era el amor. Si esa era la única respuesta, yo estaba soberanamente jodido.

15

ZANE

Seguramente pensaréis que estoy loco por hacer esto, pero tenía que hacerlo, ¿vale? Desde que Jakob Martin y yo volvimos a estar juntos, he tenido que tomar medidas drásticas. No podía comer ni dormir. Mi rendimiento sobre el hielo se estaba resintiendo, y tenía que actuar de una vez por todas.

Le diría a Jakob que no quería tener nada que ver con él. Y de paso, le diría que se guardara sus asquerosos labios para sí mismo. También le diría que antes besaría con lengua a un hipopótamo que volver a encerrarme en otro beso con él.

Eso le dejaría las cosas claras.

Así que me presenté en casa de Jakob sin avisarle. Llamé directamente. Mirad, si le decía que quería verle, habría encontrado alguna excusa para escaquearse. Lavarse el pelo o hacer la declaración de la renta. Lo que fuera. Quería decírselo en persona porque necesitaba que supiera que iba en serio.

Cuando Jakob abrió la puerta, abrió los ojos como platos y exclamó:

—¡Ay, mierda!

Atentos: el idiota me cerró la puerta en las narices.

Así que golpeé la puerta con el puño para que supiera que no me iba a marchar.

Abrió al momento, con la expresión de falsa indignación más patética que he visto jamás. Que le retiren el Óscar, vaya.

—¿Estás loco? —preguntó—. Tengo vecinos.

—Sí, lo que tú digas. Necesito hablar contigo.

Pasé de largo junto a él, pero tropecé con el montón de zapatos esparcidos junto a la puerta. En serio. Me lancé hacia adelante y casi caigo de bruces. ¿Cómo habría quedado eso? Me enderecé antes de que pudiera soltar algún comentario sarcástico—lo único que realmente se le da bien.

—¿Sueles irrumpir así en las casas de la gente? —preguntó.

—Lo hago cuando tengo algo importante que decir.

Puso los ojos en blanco como si estuviera diciendo una tontería. Eso ya os dice mucho sobre Jakob Martin.

Dios, estaba guapísimo...

Me quedé helado. ¿De dónde coño había salido eso? Si quería acabar con este problema, tenía que eliminar ese tipo de pensamientos inmediatamente. Vamos, ¿quién le pidió al enemigo que dejara de ser tan jodidamente perfecto? Cuando contemplé el rostro de Jakob y miré a sus ojos, no pude hacerlo. Tenía algo poderosísimo y temí no poder superarlo.

—Tendrás un motivo para estar aquí —me dijo—. ¿Por qué no te apresuras y me lo cuentas antes de que me hagas perder más puntos de CI?

—Te diré por qué estoy aquí —dije—. Para decirte que esta *cosa* que sientes por mí va a terminar.

—Eh, ¿has tomado drogas?

—No, Jakob, claro que no he tomado drogas.

—No estoy tan seguro, Zane. Obviamente has fumado algo raro si crees que soy yo quien siente algo por ti.

—Tío, te puse tan tieso como la torre Eiffel.

—Podría haberme puesto tan tieso como la torre Eiffel, pero tú estabas a punto de reventarte los pantalones.

—Joder, que no fue así.

—Ah, sí que lo fuiste.

Movió las cejas en mi dirección con la burla más irritante de la historia.

—Y tú me besaste —dijo—.

—Otra vez equivocado, colega. *Tú* me besaste a *mí*.

—Ni hablar, eso no ocurrió.

—Eres jodidamente insufrible, ¿lo sabías?

Mientras discutía con él, no aparté la vista de sus ojos. No quería aquello. Comprendía el peligro. Cuanto más me peleaba, más débil me sentía. Me perdí en la mirada de Jakob, pero intenté liberarme, como un nadador forcejeando contra la resaca. Mi respiración se agitó, haciendo que mi pecho se hinchara y deshinchara.

Estallaría si seguía allí un minuto más. Debía dejar clara mi postura a velocidad de vértigo.

—Ambos sabemos que tú me besaste —dije—, y tú empezaste esta mierda.

—La única mierda aquí es que digas que yo la empecé.

—Esa es la verdad, te guste o no. ¿No te gusta? Jodida pena. Ahora lárgate de aquí.

—¡Vivo aquí!

Cualquier otro día habría gritado de frustración o contestado con otro reproche, pero de nuevo la resaca me atrajo. Cuando clavé la mirada en Jakob esta vez, sentí algo romperse dentro de mí. Como un pilar que cede ante un alud.

Jakob y yo caímos en brazos del otro como las dos veces anteriores, pero esta vez era distinto. Antes habría dado cualquier cosa por pausar los festejos para salir pitando. Ahora quería rendirme sin mirar atrás.

Nuestros labios se encontraron, las bocas se sellaron mutuamente, y las lenguas volvieron a mezclarse y jugar. Apenas nos sumergimos en el beso, noté la erección de Jakob clavándose en mi pierna. Casi me quedé sin aliento. No podía permitir que Jakob pensara que me afectaba tanto, pese a que ambos habíamos perdido el control. Necesitaba creer que me quedaba algo de fuerza de voluntad.

Me moría por tener esa polla en mi boca, pero Jakob parecía empeñado en hacerme esperar, negándome su sabrosa carne. Dios,

jamás había pensado así antes.

Me atrajo con más fuerza, rodeándome con sus brazos y apretando. No podía ignorar el palpitar de su carne contra mí. Deslicé las manos entre ambos, agarrando el bulto y acariciando su polla a través del pantalón. Él me correspondió y yo jadeé, casi interrumpiendo el beso, antes de que él me detuviera. Habría esperado que me desabrochara el cinturón o que me bajara los pantalones hasta los tobillos.

En cambio, agarró el bajo de mi camiseta y me la quitó por la cabeza, y yo le correspondí. Dios, había olvidado lo increíble que era el cuerpo de ese tío. Lo había visto tan de cerca antes, pero esto se sentía tan distinto. Primero, extendí la mano y pellizqué su pezón izquierdo, retorciéndolo con suavidad.

Luego me agaché para ver el pezón a la altura de los ojos antes de pasar la lengua y mordisquear la punta.

Jakob gimió y dijo: —Sí, joder, tío —mientras sus dedos nadaban en mi cabello. Besuqueé su pecho entero, especialmente el surco entre los pectorales, antes de erguirme de nuevo. Lo miré fijamente a los ojos, sabiendo que podía hechizarlo y dominarlo.

Me acerqué y volví a besarlo, sintiendo su barba rasparme la cara. Y sí, *yo* lo besé *a él*, y no al revés, como hubiera argumentado antes. Mi lengua se adentró en su boca, y rodeé sus costillas, agarrando sus nalgas y apretándolas. Podría haber sido mi primera vez, pero estaba decidido a disfrutarlo al máximo.

Al final, lo solté, preparado para dirigirme hacia el premio.

—Fuera esos pantalones —dije con toda la autoridad que pude reunir—. *¡Ahora!*

Jakob sonrió como si no aceptara órdenes. Bueno, yo no admitía rechazo, así que mantuve la mirada fija en él para reforzar mi mandato. Accedió aflojándose el cinturón, desabrochándose, bajando la bragueta y dejándose caer los pantalones al suelo. Cuando se salió de ellos, vi que sus calzoncillos seguían puestos, levantados por una erección que clamaba por liberarse.

—¿Qué cojones crees que haces con eso aún puesto? —pregunté.

—¿Qué cojones crees que haces *tú* con tus pantalones aún puestos, eh?

Él miró mi entrepierna del vaquero y levantó una ceja. No tenía ni idea de que aún llevara mis pantalones, pero no temía deshacerme de ellos delante de Jakob. De hecho, quería que viera todo lo que tenía... después de hacerle trabajar.

—Si no te gusta que lleve pantalones —dije—, ¿por qué no haces tú algo al respecto?

Sonrió tan ampliamente que mostró todos sus oh-tan-perfectos dientes. Dios, parecía capaz de meterse en un sinfín de travesuras de las mejores formas posibles.

Primero, me manoseó otra vez el bulto de la polla, dejándome sentir aquella sensación casi eléctrica que recorría mi miembro. Aspiré profundamente. Parecía que tenía que robar momentos así porque simplemente no podía saciarse. Luego aflojó mi cinturón pero no se molestó con el botón ni la cremallera. Me bajó los vaqueros directamente hasta los tobillos sin preámbulos.

Mi ropa interior seguía en su sitio, presentando un misterio persistente que esperaba ser revelado. Jakob observó mi entrepierna; no podía apartar la mirada de mi bulto. Parecía a punto de salivar, como si su hambre hubiera alcanzado el límite.

—Vale, tío —dijo—, vamos a ver esa polla grande.

No pude evitar que surgiera una sonrisa de oreja a oreja por más que lo intenté. Hasta yo me moría por mostrarle tanto como él por verla. Pellizcando la cintura de mis calzoncillos entre pulgares e índices, los bajé lentamente hasta que mi polla salió disparada. Los ojos de Jakob se abrieron y parecía listo para abalanzarse, pero le haría esperar. Dos podían jugar este juego.

Cuando mis calzoncillos cubrían mis tobillos, salí de ellos y los tiré a un lado por teatro. No tuve que ordenarle a Jakob que diera el siguiente paso. No había apartado los ojos de mi polla, que ahora se alzaba en ángulo.

Algo en estar completamente desnudo ante Jakob se sentía tan liberador, tan estimulante. Proporcionaba un subidón distinto a estar desnudo ante cualquier otro. Se agachó ante mí, cogiendo mi polla al descubierto con la mano, acariciándola de arriba abajo,

examinándola. Jadeé, sintiendo una repentina descarga de sensación en el glande.

Entonces el Larkin Lion se metió mi polla en la boca, humedeció el glande y me dejé deleitar con su cálida saliva. Me pellizqué ambos pezones y aspiré profundamente mientras su cabeza subía y bajaba en mi entrepierna. Le puse la palma en la coronilla y sentí como si estuviera botando lentamente una pelota de baloncesto.

Lo más alucinante es que no tuvo arcadas. No sabía si lo había hecho antes. En ese momento parecía irrelevante, pero no podía creer que chupara la polla como un puto profesional.

Me hizo cosquillas en la parte inferior de los huevos y luego agarró mi polla con la misma mano, deslizándola arriba y abajo mientras la mamaba. Eché la cabeza hacia atrás. No solo sentía placer en la polla. Todo mi cuerpo rebosaba de éxtasis. Nada en el mundo se sentía tan bien como la boca de Jakob Martin. Y lo más loco era que dudaba que algo más pudiera hacerlo jamás.

Dios mío, iba a correrme. La tensión aumentó, disparándose hacia el clímax, tan de repente que me sentí completamente desprevenido. Y no es que me preocupara correrme en la boca de Jakob si él no quería. No podía permitir que pensara que tenía tan poca resistencia.

O que pudiera ejercer más poder sobre mí del que yo pudiera ejercer sobre él.

Me retiré de su boca, mostrando mi hambre de devolverle el favor como excusa conveniente. Pero Jakob claramente sentía más que hambre. Parecía completamente voraz cuando se abalanzó sobre mi polla, devorándola de nuevo. Jadeaba y gemía porque no podía hacer otra cosa estando en una boca tan increíblemente perfecta.

Cuando me acerqué al clímax otra vez, me aparté de su boca, enganché mis manos bajo sus brazos y lo enderecé. Volví a pegarle un beso profundo, esta vez acariciando de nuevo su bulto. Solo una fina capa de tela se interponía entre mí y la polla de Jakob.

Me agaché frente a él para poner su bulto a la altura de mis ojos. Cuando se movió hacia adelante, lo mordisqueé a través de su ropa interior, provocando un gemido del León de Larkin. Aunque la

contención casi me mataba, quería mantener a Jakob Martin en suspense el mayor tiempo posible.

Cuando me llevé el bulto a la boca, él rotó las caderas de un lado a otro. Parecía ponerse aún más duro en mi boca. No podía soportarlo más. Tenía que ver lo que escondía este tipo.

Así que deslicé mi dedo bajo la cintura de sus calzoncillos, sintiendo un enredo de vello púbico, antes de apartarlos. Cuando su polla salió disparada, me miró directamente a la cara como un dedo acusador. Vi una gota de líquido preseminal en la punta de su carne. Lamiéndola, me la tragué al instante, para deleite de Jakob.

Me metí toda su longitud en la boca. Un gemido largo y profundo escapó de sus labios, diciéndome que sentía cada parte de mi boca y que no podía saciarse. Usé mi mano para acariciar arriba y abajo su húmeda longitud, como él había hecho conmigo, pero empecé a ahogarme y a tener arcadas de la nada.

Peor aún, el hijo de puta empezó a reírse.

—¿Qué coño es tan gracioso? —pregunté.

—Te has ahogado, tío.

—Sí, eso es solo una coincidencia. Mira esto.

Me metí en la boca todo lo que pude de Jakob Martin, lo suficiente para provocar otro gemido. El problema fue que pronto fue demasiado, y empecé a ahogarme y a tener arcadas de nuevo.

Y Jakob empezó a reírse de nuevo.

No podía permitir que ese pequeño cabroncete se saliera con la suya. No me importaba si este era el encuentro más caliente de toda mi vida. Me levanté y me puse derecho de nuevo y lo empujé sobre el sofá. Cayó en caída libre como un especialista sobre una colchoneta superflexible. Quería penetrarlo con todas mis ganas pero no vine preparado. Honestamente, ¿por qué iba a estarlo? Joder a Jakob Martin era todo lo que quería evitar… Pero ahora no podía, por mucho que lo intentara.

Jakob me miró con renovado hambre en los ojos. Metió la mano en el cajón de la mesita y sacó un bote de lubricante, como si los encuentros sexuales en el salón fueran algo habitual los sábados por la noche en la Casa de Jakob.

El León de Larkin destapó el bote y se lubricó el ano antes de adoptar la postura: culo arriba, cara hundida entre los cojines del sofá. Cogí el bote y me rocié el pene como si fuera ketchup en un perrito caliente. Luego observé el culo desnudo de Jakob y dudé. ¿Realmente iba a hacer aquello? La idea y sus implicaciones me asfixiaron, pero lo deseaba demasiado para echarme atrás.

Me coloqué detrás de él y le abrí las nalgas con las manos. Después acerqué la punta de mi polla a su ano y empujé. Jakob se puso tenso, como preparándose para el dolor inevitable. Pero eso no podía detenerme, sino que necesitaba continuar sin vacilar.

Tras vencer ligeramente la resistencia de su entrada, mi polla se hundió en el culo de Jakob. De su boca escapó un gemido distinto a los anteriores. Este sonido denotaba no solo placer, sino una profunda satisfacción.

Dios, el calor que envolvía mi polla penetrándole era distinto a cualquier otra sensación. Empujé lentamente adelante y atrás, oyendo sus gemidos, hasta que su ano cedió. Entonces aceleré el ritmo, agarrando sus caderas mientras mi pelvis golpeaba sus nalgas.

—Dios mío —dijo—. ¡Joder, sí!

Levanté la mano y descargué una bofetada en la nalga derecha de Jakob. Sinceramente, no sé qué sonó más fuerte: la palmada o su grito.

Entonces le agarré de los hombros y embestí con toda mi fuerza. Por sus gemidos descontrolados, entendí que podía hacerle correrse en cualquier momento. Pero en lugar de terminar, continué.

Le di la vuelta, sujetándole las piernas hacia atrás hasta que sus rodillas casi rozaron los hombros. Siguí follándole hasta que su rostro se crispó, como a punto de sufrir un ataque de pánico.

—¡Dios, voy a correrme! —exclamó.

Metió la mano entre nosotros y se masturbó hasta que sentí chorros de semen salpicar mi vientre. Aquello me excitó aún más. Embestí al León de Larkin a ritmo furioso.

La tensión creció hasta sentir fuego en las venas. Mi corazón martilleaba contra el pecho. No quería acabarlo; deseaba alargar el

momento, pero mi cuerpo decidió otra cosa. Corté la respiración cuando el clímax me arrastró. Me retiré justo antes de explotar.

Con apenas unos pases de mano, mi polla erupcionó en chorros de semen. Temblé convulso de placer.

Luego me incliné sobre Jakob como haciendo flexiones.

—¿Y bien? —pregunté.

—Alucinante —respondió.

Me acerqué y besé sus labios, introduciéndole la lengua. Después, permanecimos desnudos en el sofá. No podía creer lo que había hecho... pero jamás me habría arrepentido.

16

JAKOB

Acostarme con el enemigo. Eso fue exactamente lo que hice cuando Zane vino a mi casa. Ya no podía negar nada. El beso ya fue bastante malo. Algo así se puede perdonar si te convences a ti mismo de que no fue nada. ¿Pero el sexo? Eso ya entraba en una categoría completamente distinta.

Normalmente, salía pitando después de los rollos de una noche. Sí, sí, ya sé lo poquísimo romántico que debe de sonar, pero ni siquiera esos rollos con mujeres se suponía que tuvieran que ver con el romanticismo. Iban de sexo, simple y llanamente. Sin ataduras. El encuentro entre Zane y yo… Todavía no estoy listo para entrar en eso.

Hablemos primero de los asuntos prácticos.

No pude salir pitando porque el rollo ocurrió en mi casa, pero no puedo poner excusas. Tampoco le dije que se vistiera y se largara. Peor aún, Zane no se asustó, no hiperventiló ni salió corriendo desnudo a la calle porque el pánico le impidiera vestirse primero. Oh, no. ¿Sabéis lo que hizo?

¡Se quedó dormido!

En serio. Le dije lo genial que había estado (¡Puaj! Dudo que hubiera dicho algo tan vil en mi sano juicio) y le oí roncar a pierna

suelta. Me habría vestido y me habría ido a la otra habitación, pero… quería quedarme allí. Quería abrazarlo y empaparme de cada momento de contacto físico juntos. Nunca quise limpiarme su corrida del cuerpo.

Nada raro en ello, ¿verdad?

En fin, cuando se despertó, se paseó desnudo por la casa como si estuviera en la suya. No, más bien como si fuera el puto amo. Podría haber confundido mi casa con un vestuario, claro, pero yo sabía que había algo más. Se sentía tan orgulloso después del polvo que me echó; se lo vi en su sonrisita de suficiencia.

Ya que seguimos con el tema del sexo con Zane Hirst, diré que sabía que tendríamos que hablar de lo que pasó más pronto que tarde. Eso significaría volver a hablar con él. Si hubiera podido evitar incluso eso, para empezar no nos habríamos acostado.

¡Menudo calvario!

Me envió un mensaje al día siguiente. Al menos fue lo bastante caballero para hacerlo. Mejor aún, no hizo ni un solo comentario gilipollas sobre que me pusiera una bolsa de hielo en el culo después del meneo real que me metió. Le respondí diciéndole que teníamos que hablar, en persona.

Oh, Dios, eso significaría volver a verlo. Volver a verlo significaba otra mirada a esos ojos. Otra mirada a esos ojos me recordaría todo lo que pasó la noche anterior.

Acordamos quedar en el Spot Coffee de Elmwood Avenue, un lugar neutral. Ninguna posibilidad de que nos arrancáramos la ropa y empezáramos a follar en mitad de una cafetería.

Cogí una mesa cerca de la ventana. Cuando vi a Zane al otro lado de la calle, junto al 7-Eleven, me santigüé. No os riáis. Lo hice de verdad. Ojalá hubiera traído también una cruz y ajos.

Me puse tenso de arriba abajo y luego me recordé a mí mismo que no habría ninguna posibilidad de sexo en el Spot Coffee. Si conseguía atenerme a eso, tal vez todo iría bien.

En realidad, quería decirle que lo de anoche no podía repetirse. De hecho, ensayé todo lo que pensaba decir, memorizándolo.

Zane entró por la puerta como si nada y luego se giró, localizándome en la mesa. Sonrió e hizo un gesto con la mano. Dios

me ayude, se lo devolví. Tenía un aspecto tan increíble que quise acabar con esto mientras aún poseyera el libre albedrío para hacerlo. En lugar de dirigirse directamente a mi mesa, se acercó al mostrador para pedir un café.

¡Maldita sea!, pensé. Parecía que Zane lo hacía a propósito para aumentar mis niveles de tensión porque, bueno, era Zane Hirst.

Finalmente, se acercó a mi mesa, con una sonrisa radiante que erosionó aún más mi fuerza de voluntad. Cuando se sentó frente a mí, apenas podía respirar.

—Tienes muy buen aspecto —dijo.

—¿Qué coño se supone que significa eso?

Zane se quedó helado, como si le hubiera dado una bofetada. Los clientes de las mesas cercanas se giraron para mirar, como si hubiera tirado una pila de platos.

—Lo siento —dije—. Ha sonado fatal.

—Jo, eso espero. Solo quería decir que se te ve sano y en forma, no…

Lo que pasó anoche no puede volver a pasar, pensé. *Fue un error garrafal*.

Había ensayado esa y otras frases, totalmente preparado para soltárselas a Zane. Me sorprende no haberme abalanzado sobre el de los Remington Riptide antes de que tuviera la oportunidad de sentarse.

—¿Qué estás bebiendo? —preguntó y luego vio el espacio vacío delante de mí—. ¿Aún no has pedido? ¿Qué te apetece? Invito yo.

Oh, sí, otro capricho, como la carnosa polla con la que me alimentó anoche. No podía borrar eso de mi memoria, por mucho que lo intentara.

Zane estaba a medio levantar de su silla cuando terminó la frase. Lo agarré de la muñeca y tiré de él para que volviera a sentarse, asombrado de la naturalidad con la que podía tocarlo ahora.

—Espera —dije—. Hay algo de lo que necesito hablar contigo y siento que voy a explotar si no lo hago.

Zane pareció creer que estaba a punto de soltarle una noticia trascendental, lo cual, a mi manera, iba a hacer.

—Eso está bien —dijo—, porque yo también tengo algo que decirte.

Respiré hondo y ensayé mentalmente mis frases una vez más.

—Empieza tú —dijo.

—No, no, empieza tú.

—Vamos, Jakob, de verdad que deberías empezar tú. Insisto.

Cuando nos quedamos mirándonos, recordé la vez que nos observamos exactamente de la misma manera antes de lanzarnos el uno contra el otro.

Tenía que soltarlo antes de que ocurriera alguna locura.

Yo dije: «Quiero dar el siguiente paso contigo», simultáneamente a Zane diciendo: «Tenemos que explorar esto tan increíble que tenemos entre manos».

Entonces ambos nos callamos, como si cada uno hubiera soltado la blasfemia más ruin de la historia. Agradecí no tener cubiertos en la mesa porque podría haberme cortado la lengua. Zane resoplaba y jadeaba como si estuviera a punto de hiperventilar.

Yo dije: «Quiero que seamos pareja», al mismo tiempo que él dijo: «Creo que podríamos tener un futuro increíble juntos».

Ambos volvimos a callarnos. Eso no era ni *remotamente* lo que quería decirle. De hecho, ni siquiera estaba en la misma galaxia. Si Zane realmente había querido decir lo que había dicho, me habría horrorizado igualmente.

—Eso no es lo que quería decir —dije.

—Yo tampoco.

—¿Pero te dan ganas de quemarte la lengua?

—No llegaría a tanto… Pero ha sido bastante jodidamente ruin.

—Así está mejor.

Vale, sé que esa última parte también sonó fatal, pero palidecía en comparación con mis dos primeras frases.

—No es lo que querías decir, ¿verdad? —preguntó.

—¡Din, din, din! Tenemos un ganador. ¿Qué tenemos para él, Johnny?

En ese momento, me daba igual que la gente de las otras mesas nos mirara de nuevo.

—No, no lo es —dije.

—Podrías haberlo dicho así sin más. No tenías por qué ser un gilipollas.

Suspiré y me cubrí la cara con las manos.

Luego dije: —Esto no habría pasado si no te hubieras presentado en mi casa sin avisar.

—No habría pasado si no me hubieras dejado entrar.

—Oye, que entraste a la fuerza.

—Pero no me echaste.

—Ah, sí, muy bueno. Viniste a mi casa con toda la intención de follarme.

Ahora todos los clientes de nuestra zona no solo miraban de reojo, sino que me miraban fijamente. Por primera vez en la historia, puede que pareciera más idiota que Zane.

—Ehm… eh —dije—, quiero decir, que ibas a venir a mi casa a joderme a la Nintendo Switch.

Como todo el mundo (finalmente) volvió a lo suyo, solo pude suponer que se lo habían tragado.

—Sé que fue un error —dijo Zane—, pero dijiste lo que dijiste por una razón.

—¿No se aplica lo mismo a ti, colega?

Puso los ojos en blanco. No es mi culpa que fuera extremadamente selectivo con la historia.

—Vale, de acuerdo —dijo—. Se aplica a mí también.

—En ese caso, obviamente está pasando algo entre nosotros, aunque no lo admitas.

—¿Ah, sí? Pues tú tampoco lo admites.

—Ehm, creo que acabo de hacerlo. Límpiate la cera de los oídos, ¿quieres?

—¿Sabes una cosa, Jakob? Estás empezando a tocarme los cojones de verdad.

—Uy, qué *miedo* tengo.

—Pues deberías tenerlo, amigo.

—Y, ¿qué vas a hacer? Ponerme a cuatro patas y fo…

Me detuve antes de decir lo que realmente quería, porque sabía que los presentes nunca se tragarían un segundo desliz. Además,

sabía que era exactamente lo que él quería hacer, y mi intención era volverlo loco.

—No —dijo—, simplemente voy a cortar esto de raíz.

—¿Qué?

—Sabes de lo que hablo. Y antes de que lo digas, no, no estoy jodidamente asustado.

—Entonces, ¿nunca habías hecho *esto* con un tío?

Hice una O con el pulgar y el índice, y metí y saqué mi otro dedo índice. No os riáis. Eso me evitó hacer más comentarios desafortunados en voz alta.

—No —dijo—. Nunca he… lo que coño sea eso, con otro tío.

—Pero ahora que lo has hecho, estás atrapado.

—No, no lo estoy. Puedo evitar hacerlo de nuevo cuando quiera.

—Qué original.

—¿No me crees?

Negué con la cabeza. —No, la verdad es que no.

—Bueno, pues mírame.

Zane se levantó, pero se detuvo antes de abandonar la mesa.

—Me voy —dijo.

—Eso dices, pero no has dado ni el primer paso hacia la puerta.

—Lo voy a dar. Mira esto.

Avanzó arrastrando los pies y sonrió de oreja a oreja, como si hubiera logrado lo imposible. Me imagino que les dedicó a sus padres la misma mirada la primera vez que usó el orinal con éxito de pequeño.

—Sigues aquí —dije.

—Pero me voy. De verdad que sí.

—Zane, hay un límite de tiempo para irse de un sitio, sobre todo si quieres que te tome en serio.

—Me he ido.

Zane Hirst dio los que fueron sus pasos más parecidos a unos normales hasta el momento y se dirigió a la salida. Luego se detuvo en la puerta.

Por supuesto.

Lo miré fijamente hasta que finalmente empujó la puerta y salió a la acera. Observándolo por la ventana, lo vi cruzar Elmwood

Avenue en la esquina de Auburn. Se detuvo frente al 7-Eleven.

Cuando lo saludé con la mano, él levantó una mano para devolverme el saludo, pero se contuvo. Al menos Zane era lo bastante listo como para saber cuándo lo habían pillado.

Ojalá hubiera tenido un cartel que poder levantar, que dijera: *TE LO DIJE*.

17

ZANE

Le envié un mensaje a Jakob y le pedí que quedáramos. Respondió diciendo que qué casualidad, porque justo pensaba decirme algo. Le propuse que nos viéramos en Delaware Park, junto a la rosaleda que da a Shakespeare Hill.

Cuando vi a Jakob, fui aún más consciente de lo increíble que estaba. Como si la luz le diera de una forma especial. O eso, o que la camisa de vestir azul que llevaba le favorecía (aún más). Solo puedo decir que casi me abalancé sobre él como hice en su casa. Sí, sé lo poco sano que habría sido eso, pero el autocontrol era un bien escaso después de conocer a Jakob.

Nuestro último encuentro fue un puto desastre. Solo quería mandarlo a paseo..., y, por favor, no se te ocurran chistes verdes con eso, ¿vale? Iba a decirle que me lo había pasado bien, pero que ahí se tenía que acabar todo.

Cuando se paró delante de mí, respiré hondo para tranquilizarme.

—Has dicho que tenías algo que querías hablar conmigo, ¿no? —preguntó.

—Tú también has dicho que tenías algo que querías hablar conmigo. Empieza tú.

—¿Por qué? Has sido tú el que me ha contactado.

—Sí, pero tú ibas a...

Casi me atraganté con mis propias palabras. Podría decir que Jakob Martin me estaba volviendo loco, pero creo que es bastante evidente.

—Vale —dije—, si sirve para romper el hielo, empezaré yo. Lo que solté ayer en el Spot Coffee no era para nada lo que quería decir.

—Ni que lo digas. A mí me pasa lo mismo.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo sobre lo que dijimos los dos?

—Desde luego. Me habría cortado la lengua.

Hice una pausa, aunque ya tenía la siguiente frase a punto de salir disparada de mis labios. Con el dedo índice levantado, quise cambiar de tema y dedicarle unas cuantas lindezas al León de Larkin, pero me contuve.

—Es obvio que entre nosotros pasa algo más de lo que pensábamos —dije—. Y también está bastante claro que no va a desaparecer.

—Que Dios me ayude...

—Tomo nota de tu entusiasmo, Jakob. En fin, tengo un plan que nos ayudará a manejar... lo que coño sea que esté pasando entre nosotros.

—Adelante, cuéntamelo. Lo vas a hacer de todas formas, ¿no?

—Tu voto de confianza es absolutamente gigantesco, ¿lo sabías?

Cuando sonrió de oreja a oreja, me pregunté cómo demonios había acabado follando con Jakob Martin. O sea, ¿de entre todos los hombres del mundo? Peor aún, me pregunté cómo podía querer volver a por el segundo asalto.

—Bueno —dije—, el sexo fue ridículamente bueno. No se lo admitiría a nadie más, pero nunca he experimentado nada parecido. Pensé que nunca podríamos volver a hacer algo así, en parte porque parecía muy... raro. Pero ahora que han pasado unos días, creo que estoy listo para hacerlo otra vez. Quiero hacerlo. No, *necesito* hacerlo otra vez. Y mucho, muchísimo.

—Así que, esto es lo que propongo. Simplemente, follaremos. Sin darle más importancia. Vivimos en un país libre, ¿no? Nada nos lo

impide. Tú no tienes compañero de piso, así que probablemente lo mejor sea hacerlo en tu casa. Podemos hacerlo en la mía cuando mi compañero no esté. Ahora, los horarios. A mí me va bien los lunes, martes y jueves, a cualquier hora después de las siete. Los domingos podemos improvisar. Por supuesto, si alguno de los dos está tan cachondo que no puede aguantar ni un segundo más, podemos ajustar nuestros horarios.

—Eh, ¿Zane?

—Un minuto, Jakob, estoy hablando. Sé que el hockey es lo más importante del mundo para los dos. Y sí, es obvio que nuestros equipos se odian.

—Zane, mira...

—No me interrumpas. Al menos tenemos que asegurarnos de que lo que estamos haciendo no afecte a nuestro rendimiento en el hielo. Es más, creo que ayudará a nuestro juego. Follar con regularidad nos permitirá a ambos liberar un montón de tensión. En cuanto al sexo en sí, puedo seguir follándote, pero no descarto dejar que me la metas por el culo... *si* estoy de humor. Nadie ha dicho nunca que Zane Hirst no sea un tío justo, y...

Jakob me dio una bofetada. No me la dio fuerte; solo lo suficiente para callarme. Me llevé los dedos a la zona que me escocía antes de volver a la realidad.

—¿A qué coño ha venido eso? —pregunté.

—A que no tenía a mano un cubo de agua helada.

—No lo pillo.

—Claro que no lo pillas. Eres Zane Hirst. No hay nada en este planeta que no te pase por encima de la cabeza.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Se te podría lavar el cerebro con un cuentagotas. ¿Necesito decir más?

—Vaya, de repente creo que la cinta aislante será tan importante como el lubricante la próxima vez que follemos. Es la única forma de callarte.

—Eso es lo que tú te crees.

—¿Que es la única forma de callarte?

—No, que vayamos a volver a tener sexo.

—Pero... pero...

—Sí, sí, Zane, ya sé cuánto te gustó mi culo. Déjame decirte que este culo tiene un precio.

—Fue el momento más increíble de tu vida. Lo dijiste tú mismo.

—No dije que fuera el momento más increíble de mi vida.

—No con esas palabras, Jakob, pero tus ojos lo decían todo.

¿Sabes lo que hizo? Puso los ojos en blanco. Peor aún, lo acompañó de un pequeño bufido, como una guarnición.

—Entonces, ¿de verdad vas a decirme que no te gustó? —pregunté.

—No.

—Entonces, ¿solo fue un polvete mediocre, eh? Aunque te digo una cosa. Sé de buena tinta que no fingiste ese orgasmo. Te di uno de los buenos.

—Como de costumbre, Zane, necesitas que alguien te haga un croquis.

Si no hubiera tenido tantas ganas de follarme a Jakob hasta dejarlo seco, le habría zurrado por eso. En realidad, lo habría mandado a la luna por haberme abofeteado, y no podía decidir qué ofensa era mayor.

—He tragado con muchas cosas para echar un polvo —dije—, así que adelante, da lo peor de ti.

—El sexo fue genial —dijo.

—No me digas. Te estabas acostando *conmigo*.

—Yo tampoco he experimentado nada parecido en mi vida.

—Entonces, *sí* quieres repetir.

Avancé hacia él, tirando de su camisa con la esperanza de conseguir un revolcón rápido al aire libre en el parque.

Se apartó de mí como el perfecto tentador.

—Si quieres volver a tener sexo —dije—, ¿por qué coño sigues apartándome?

—No te estoy apartando. Te estoy manteniendo a raya. Hay una diferencia.

—Que hay una diferencia, ¿eh? Ah, eso me hace sentir mucho mejor.

—Te estoy manteniendo a raya para que no pierdas el control. Yo tampoco quiero perderlo.

—No nos habríamos metido en este lío si alguno de los dos tuviera la más mínima idea de lo que es el autocontrol.

—Así que ahora estamos en un lío, ¿eh? Bonito lapsus freudiano. En fin, al menos yo estoy dispuesto a hacer algo al respecto.

Jakob resultó ser mucho más duro de pelar de lo que esperaba. En serio. Habría pensado que con solo chasquear los dedos saltaría a mi cama. Pero no lo hizo. Y debía de ser algo más que el rollo de los Larkin Lions. Como ya no sabía por dónde iba a salir, decidí callarme para no meter la pata.

—Quiero acostarme contigo otra vez, de verdad —dijo—, pero tiene que ser en mis términos.

—¿Tus términos? Genial.

—Seguro que sobrevivirás, Zane.

—¿Por qué no me dices de una vez cuáles son esos términos?

—Yo no me acuesto con la gente sin más. No de la manera que tú quieres. Los polvos de una noche son una cosa, pero tengo que poner el límite en un acuerdo de follamigos.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Que al menos tengamos una cita de verdad antes de volver a meternos mano hasta debajo de los calzoncillos.

Para mí, fue como si Jakob hubiera dicho: *Saltemos de un puente a ver si sobrevivimos*, o *¿Por qué no disfrutamos de un buen cóctel de estricnina?*

—No lo dices en serio —dije.

—Siempre hablo en serio.

Farfullé, sabiendo que Jakob Martin rara vez podía terminar una frase sin soltar algún comentario estúpido.

—Una primera cita —dije—. Eso es lo que hace la gente si es gay, ¿no?

—Es lo que hace la gente cuando es bi. También lo hacen cuando... cuando no saben exactamente lo que son. No todo el mundo usa etiquetas, ¿sabes?

La sugerencia de Jakob me empujaba demasiado cerca de un territorio desconocido para mi gusto, e intenté resistirme.

—No sé si puedo hacer eso, Jakob, y no solo porque es la cosa más loca que has sugerido nunca.

—¿Una cita te suena más loco que nosotros haciendo chirriar el somier?

—Sí. Aunque parezca raro. Me da igual. Tengo que pensar en el equipo. O sea, *ambos* tenemos que pensar en nuestros equipos. ¿Qué coño dirían?

—Solo dirían algo si se enteran, Zane. Tomaremos las medidas necesarias para que no lo hagan.

Respirando hondo, desvié la mirada. Dios, este tío era imposible.

—Pero ni siquiera sabría adónde deberíamos ir —dije.

—¿Qué tal el Colter Bay Grill? Es una especie de «nuestro sitio», ¿no?

—Vaya, eres todo un humorista, ¿no?

—Mira, podemos quedarnos aquí discutiendo o podemos llegar a algún tipo de acuerdo. ¿Qué te parece?

—Jakob, si tenemos una cita ahora, existe la posibilidad de que conduzca a algo más.

—Sí, sé que podría.

—¿Y eso no te asusta?

—Oh, sí que me asusta. Pero la idea de que siquiera te tocara, y mucho menos que me acostara contigo sin razón aparente —dos veces—, me asusta aún más.

Consideré la posibilidad de abofetear a Jakob. Dios, qué bien me sentaría. Ojo por ojo, ¿no? Al final, entendí que Jakob tenía la sartén por el mango y que tendría que aceptar lo que pedía si quería volver a follármelo.

—No puedo hacerlo —dije—. Es demasiado raro.

—Tú te lo pierdes. —Zane se dio la vuelta y empezó a alejarse, pero se detuvo. Meneó el culo de una forma muy sutil, probablemente sabiendo que no me lo perdería. Luego miró por encima del hombro y bajó la vista como si hasta él necesitara echar un vistazo a su propio trasero.

Eso significaba que yo ya debería estar ahogándome en mi propia lujuria.

—No puedo hacerlo —dije.

—No hay problema. Solo quiero asegurarme de que sabes lo que te estás perdiendo.

Habló con una cantinela que amenazaba con volverme loco. Y entonces se llevó la mano atrás y se frotó el culo, fingiendo separar las nalgas para mí. Peor aún, siguió haciéndolo, probablemente pensando que me rendiría.

Pero iba a demostrarle de lo que era capaz.

Me crucé de brazos y dije: —No lo haré.

18

JAKOB

Yyyy, así, sin más, Zane Hirst iba a tener su primera cita de verdad conmigo. No os sorprendáis tanto. Los tíos como él son unos bocazas, pero se echan para atrás a la primera de cambio. ¿Por qué si no iba a estar tan seguro de que cedería?

Y ojo, que se presentó en mi casa con flores. Pero no unas flores cualquiera, no...

una docena de rosas de tallo largo. Os lo juro, debió de olvidarse de con quién había quedado. No me malinterpretéis. Agradecí el detalle, le di las gracias y busqué un jarrón para ponerlas.

Decidimos no complicarnos: una cena, preferiblemente en algún sitio alejado de los lugares donde pudiéramos encontrarnos con conocidos. Condujo Zane. Tenía un cochazo, aunque no pensaba decírselo. Todos sabemos que habría soltado alguna gilipollez. Gracias a Dios, se portó bastante bien de camino al restaurante.

El Tully's daba al Niagara Falls Boulevard. Ya había estado allí una vez y decidí que el ambiente de bar de deportes y restaurante sería perfecto para nosotros. Zane entró en el aparcamiento, aparcó y nos dirigimos al edificio. Una vez dentro, nos recibió una chica. Zane la recorrió con la mirada de arriba abajo y, sinceramente, me preocupó que se la estuviera comiendo con los ojos... ¡en nuestra primera cita!

—¿Usted no sabe quién soy, verdad? —le preguntó Zane.

—No, señor —dijo ella—. Es la primera vez que lo veo.

—Pero tampoco ha oído hablar de mí, ¿a que no?

Ella negó con la cabeza.

—¿Y mi amigo? ¿Le suena de algo?

Esta vez no negó con la cabeza. Se le abrieron los ojos como platos y su rostro se contrajo ligeramente. Como casi todo el mundo, debió de pensar que Zane era un bicho raro, pero no podía darlo a entender.

En lugar de responder a su ridícula pregunta, dijo:

—Entonces, ¿cena para dos esta noche?

¡Buena esa!

Cuando Zane asintió, ella cogió dos cartas y nos invitó a seguirla al comedor. Nos sentó en una mesa en el rincón más alejado y sentí un alivio inmediato al tener por fin a solas al Remington Riptide.

—¿Pero tú estás tonto o qué? —le pregunté.

—¿Cuál es el problema?

—¿Que cuál es el problema? Esa chica debe de pensar que estamos locos.

—No, probablemente piense que *yo* estoy loco.

Podría haberle dicho que eso me tranquilizaba muchísimo, pero quería zanjar el tema. Como era de esperar, Zane no me lo permitió.

—Solo me preocupaba que nos reconocieran, eso es todo —dijo.

—¿Y por qué iba a reconocernos alguien?

—Buffalo no es un sitio tan grande y somos jugadores de hockey.

—Jugadores de hockey universitarios, Zane. No estamos hablando de la NHL.

Miró alrededor del restaurante como si esperara encontrar agentes de operaciones especiales en la mesa de al lado o microcámaras ocultas en algún rincón del local. Dudaba haberme acostado alguna vez con alguien tan ridículo como Zane.

El camarero se acercó a nuestra mesa y nos tomó nota: alitas y Pepsi. Una bomba para nuestro cuerpo, pero a veces hay que darse un capricho.

—Y bien... —dije—. ¿Qué se siente al ser un Remington Riptide?

—¿Es esa tu forma pasivo-agresiva de preguntar qué se siente al ser un gilipollas de campeonato? O mejor aún, ¿si lo disfruto?

—Tómatelo como quieras.

—Ser un gilipollas es genial. La gente se desvive por ti. Les dices que salten y te preguntan cómo de alto. Los que son majos no disfrutan de esas ventajas.

Resoplé, preguntándome cómo habría reaccionado si le hubiera llamado el mismísimo demonio.

—A decir verdad, no hay nada que preferiría ser antes que un Remington Riptide —continuó—. Adoro al equipo y todo lo que representa.

—¿Y qué representa? ¿Ser una panda de capullos?

—No, imbécil. Representa el trabajo duro. Representa el honor y jugar como se debe jugar. Representa la pasión, el compromiso y la tradición.

Por un momento, pensé que se iba a levantar de la silla, ponerse firme, llevarse la mano al corazón y recitar el Juramento de Lealtad.

Solté un silbido y le dije:

—Desde luego, pareces un hombre con convicciones.

—No es para menos. Mi padre jugó en la NHL.

—¿En serio? No lo sabía.

—Casi toda su carrera había terminado antes de que yo naciera. Jugó en varios equipos, sobre todo dando tumbos por el sistema de filiales de los Detroit Redwings. Jugó bastantes partidos en las grandes ligas, pero en muchos de ellos se dedicó a calentar banquillo.

—Papá terminó su carrera con los Sabres cuando yo estaba en primaria. Jugó sobre todo para los Rochester Americans. Después de eso, quiso quedarse en el oeste de Nueva York porque a todos nos gustaba mucho, y por eso sigo aquí.

—¿Te gustaría haber visto más de su carrera como jugador?

—Ojalá hubiera tenido más éxito. Tenía todas las herramientas, ¿sabes? Tenía una velocidad endiablada y manejaba el disco con una destreza increíble. Por alguna razón, nunca tuvo su gran oportunidad, pero te digo que podría haber sido un jodido campeón de la Stanley Cup.

Antes, me habría puesto a farfullar al oír esas declaraciones. Habría sido Zane Hirst fanfarroneando por enésima vez. Pero ahora no me transmitía esa sensación. Zane no solo sonaba cuerdo y racional (toda una novedad), sino que parecía una persona completamente diferente.

—Por eso quisiste jugar al hockey, ¿eh? —pregunté.

—Si todo el mundo tuviera tu dominio de lo obvio, Jakob...

Me esforcé por no sonrojarme, pero no sabía si lo estaba consiguiendo.

—Por eso empecé a jugar al hockey. Papá probablemente me habría apuntado a la liguilla infantil cuando era un crío aunque no se lo hubiera suplicado. *Quería* estar ahí con todas mis ganas.

—Para seguir los pasos de tu padre, ¿no?

—Sí, pero había algo más. Quiero compensar la falta de éxito que tuvo mi padre.

—¿Enmendar algunos errores?

—¡Exacto! Algún día seré campeón de la Stanley Cup y será increíble.

Hizo otra declaración como si ganar el gran premio fuera un hecho consumado.

—Cuando gane la Stanley Cup —dijo—, le voy a dar el anillo a mi padre.

—Eso es muy noble por tu parte, Zane.

—Sí, bueno, dudo que lo aceptara.

—La intención es lo que cuenta.

Sí, ya sé lo tópico que sonó eso, pero no pude evitarlo. Nuestro camarero llegó con las alitas y a Zane se le iluminaron los ojos. Incluso se frotó las manos. Se me hizo la boca agua al verlo y estaba deseando hincarles el diente.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué se siente al ser un Larkin Lion?

Como mi detector de sarcasmo no se disparó, decidí responder a la pregunta.

—Ser un Larkin Lion es genial —dije—. Y es aún mejor cuando les damos una paliza a los Remington Riptides.

Zane, que se había llevado un muslito a los labios, se detuvo antes de morderlo.

—Tío, ¿es que no puedes tomarte nada en serio? —preguntó.

—Lo intentaré.

Mordió su muslito y yo hice lo mismo con mi alita. En cuanto el sabor me invadió la boca, cerré los ojos y lo saboreé.

—Jugaba al hockey antes de saber atarme los patines —dije—. Golpeaba pelotas de tenis hacia porterías improvisadas, cualquier cosa con tal de jugar. Y cuando por fin tuve mi primer par de patines...

—¿Ponía «TGIF» en las punteras?

—«Thank God It's Friday»? ¿Gracias a Dios que es viernes?

—No, «Toes Go In First». Los dedos van primero.

Habría soltado una risotada si no hubiera tenido la boca llena. Apuntadlo en los anales, amigos. Zane Hirst ha dicho algo ingenioso.

—Siempre sentí que jugaba al hockey por inercia —dije—. Puede que no naciera con un palo de hockey en la mano, pero casi. Y luego estaba mi padre. Fue mi mayor influencia en el hockey.

—¿También jugó en la NHL?

Negué con la cabeza.

—No, murió.

Zane enarcó las cejas. Ya ves, eso demostraba que después de todo no era un zombi sin cerebro.

—No pasa nada —dije—. Fue hace mucho tiempo. Tenía once años cuando falleció.

—Aun así, tuvo que ser horrible.

—Claro que lo fue. Tardé mucho en superarlo, pero me quedan los recuerdos. Lo más importante era ver el hockey juntos.

—Era un fanático del hockey, ¿eh?

—Oh, el que más. No era muy atlético, así que nunca jugó, pero sentía la misma pasión. Y no se perdía un partido. No paraba de decirme que algún día iba a llegar muy lejos. Nada de la Stanley Cup, pero parecía seguro de que algún día sería un jugador de hockey de éxito.

En cualquier otro momento, Zane seguramente habría aprovechado para soltar un comentario sarcástico, pero esta vez se contuvo.

—Ojalá pudiera verme ahora —dije—. No estoy en la NHL —todavía—, pero lo conseguiré.

—Puede verte.

Zane lo dijo como si lo creyera de verdad. La ternura no era el punto fuerte del Remington Riptide, pero me demostró que era capaz de preocuparse por los demás.

—Entonces, ¿cuál es tu objetivo final? —le pregunté.

—¿Mi objetivo final?

—¿Cuál es tu principal meta? Ya sabes, aparte de ganar la Stanley Cup.

—Tengo que llegar a ser profesional. No lo conseguí justo después del instituto como esperaba, pero voy a presentarme al *draft* esta próxima temporada.

—¿Esperas que te fiche algún equipo en particular?

—Los Sabres estarían bien, pero saber que tengo un futuro en el hockey es lo que más me importa.

No podría estar más de acuerdo.

~

Zane pagó la cuenta. Os lo juro. Quizá no debería haberme sorprendido, teniendo en cuenta que se había presentado con una docena de rosas de tallo largo.

Me llevó de vuelta a casa y me acompañó hasta la puerta.

—¿Quieres entrar? —le pregunté.

—No puedo.

«Menuda chorrada», quise decirle. Si le hubiera hecho la misma pregunta hacía unos días, se habría lanzado de cabeza a la oportunidad. Algo había cambiado, aunque no sabría decir el qué.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—Totalmente, ciento cincuenta por ciento seguro.

Por un momento, creí ver miedo en sus ojos. No era una mirada que te gritara o algo así, pero estaba ahí. Lo ignoré porque había demasiadas cosas en juego.

—Me lo he pasado muy bien esta noche —repliqué—. Mejor de lo que pensaba.

—No voy a dejar que me piques. Buen intento.

—No te estoy picando. Lo digo en serio. Habría pensado que una cita contigo incluiría al menos una pequeña discusión. En cambio... —Me encogí de hombros, sin más.

Nuestras miradas se encontraron. Ahora nos comunicábamos así porque las palabras ya no importaban. Dios, Zane era tan perfecto. A veces, hasta el simple hecho de verle me dejaba sin aliento. Antes habría odiado pensar eso, pero ahora admitirlo era liberador.

Me incliné hacia delante, pasé el brazo por encima de su hombro, le cogí la nuca con la mano y lo atraje hacia mí. Luego rocé mis labios contra los suyos y no encontré resistencia. Mi lengua se adentró en su boca y él me rodeó con sus brazos.

Los vecinos podían vernos, pero no me importaba en absoluto. Zane debía de sentir lo mismo. Cuando nuestros labios se separaron, nos sonreímos y volvimos a besarnos. No podíamos separarnos el uno del otro.

Y a mí me parecía perfecto.

19

ZANE

—Tienes cara de no haber dormido anoche —dijo Jax Echlin.

—No he dormido.

Mi compañero sonrió de oreja a oreja, como si le hubiera anunciado que me había tirado a Miss América.

—La cita debió de ir mejor de lo que pensabas, ¿eh?

—No te lo creerías. Fue la puta hostia, tío.

—¿Follaste?

Negué con la cabeza. Jax enarcó las cejas como si la idea de que una cita tan mágica sin intercambio de fluidos corporales fuese el concepto más extraño del mundo. La verdad es que debería haber mentido y dicho que habíamos echado un polvo tan bueno que casi entro en coma. Eso habría facilitado mucho la situación por razones que pronto verás.

—Espera un segundo —dijo—. ¿Tuviste una cita mágica y mantuvisteis la ropa puesta todo el tiempo?

—Me temo que sí.

—No te creo, tío. Las citas mágicas significan reventarse a follar, no esas mierdas emocionales. Aclara tus prioridades.

Sonreí, recogí un disco con el stick y me deslicé por la pista. Si hubiera alargado más la conversación, podría haber visto el miedo

en mis ojos. ¿Qué motivo tendría para tener miedo, te preguntarás? Empecemos por que mi cita con Jakob fue realmente bien. Increíble, de hecho. No, eso no es. Fue mágica, tal y como le dije a Jax. No podría haber soñado nada parecido.

¿A que tengo la peor suerte del mundo?

En realidad, Jakob me sorprendió. Sentí que podía abrirme a él. No dijo con esas palabras que podía contarle cualquier cosa, pero lo entendí de forma tácita. También mostró una pasión por el hockey que no sabía que tenía. Claro, jugaba al hockey universitario, lo que significaba que le encantaba el deporte, ¿pero y qué? Eso no significaba tanto como podrías pensar en la escala de relatividad. La pasión era algo completamente distinto.

Luego estaba el beso de despedida. No, espera, fue que no presioné para tener sexo, aunque lo habría conseguido sin duda. Ya no lo sabía. El hecho de que pudiera mostrar algo de contención decía mucho de lo que había cambiado entre nosotros en un instante. Y el beso fue más embriagador que cualquiera que hubiera experimentado antes de conocerlo.

Jax patinó hacia mí, empujando el disco con su stick. Armó el tiro y lanzó el disco, que salió disparado hacia la portería, donde entró limpiamente. Luego apoyó el stick y se inclinó sobre él.

—Entonces, ¿cómo se llama esa tía? —preguntó.

Me quedé helado y juraría que se me cerró la garganta. Cuando intenté hablar, no pude articular las palabras. Jax solo me había preguntado por qué no había podido quedar la noche anterior. Le había dicho que tenía una cita, pero sin dar detalles. Ahora que preguntaba, me había pillado y tenía que responder.

—Janice —dije.

—¿Janice?

—Eso es. —Hice una pausa antes de decir nada más. A veces, dar demasiada información solo te mete en un hoyo más profundo. Si aguantaba lo suficiente, podría salir de esta… hasta la próxima vez que preguntara por esa tal Janice.

—¿Y cómo se apellida la chica? —preguntó.

—Martin.

Escupí el nombre sin pararme a pensarlo. Su nombre completo se parecía demasiado a Jakob Martin para mi gusto. También demostraba en quién estaba pensando de verdad. Por lo que sabía, Jax se daría cuenta de la similitud (era tonto, pero no *tan* tonto) y un comentario gilipollas era inminente.

Ah, y no nos olvidemos del cotilleo obligatorio en redes sociales de mi cita femenina completamente ficticia. Venga ya, tú y yo sabemos que lo haría. La buscaría en Insta y sin duda encontraría al menos a una Janice Martin de Buffalo, Nueva York. Entonces me preguntaría si era la misma chica, y yo probablemente diría que sí porque no se me ocurriría otra cosa. También me sacaría del berenjenal en el que me había metido.

Hasta que la telaraña que había tejido se enredase cada vez más, claro.

—¿Vas a volver a salir con ella?

—Ni idea.

—Para el carro. Tiempo muerto. —Hizo una T con las manos—. Has dicho que tuviste una cita mágica con esta chica, y has insinuado que ella sintió lo mismo. Aunque no follasteis, hay muchas posibilidades de que se te siente en la cara muy pronto… ¿y no sabes si habrá una segunda cita?

—Para ser sincero, la idea de una segunda cita me da ganas de vomitar.

Jax no enarcó las cejas esta vez. En su lugar, me miró con cara de «tienes que estar de coña».

—Perdona —dijo—, si hay posibilidad de una segunda cita, ¿no debería ser *ella* la que tuviera ganas de potar?

Jax sacó la lengua, burlándose de mí. Le di un puñetazo en el hombro, que no le hizo ningún daño debido a todas las protecciones que llevábamos.

—Que te jodan, ¿quieres? —Lancé unos cuantos discos a la portería.

—Joder, Zane, eres tú el que no puede pensar en una cita con una tía genial sin meter la cabeza en el váter.

Porque no es una chica, quise decir desesperadamente. Oh, sí, ya me imagino cómo habría sentado eso. Odiaba pensar que Jakob

pudiera ser un partidazo, incluso si me fueran los tíos al cien por cien. Sin embargo, no podía negar que lo pensaba.

Escucharlo hablar de hockey lo provocó. Como dije, su pasión era evidente. Tenía muchas ganas de conocerlo mejor, pero me preocupaba lo que pasaría si no me detenía.

Como, ¿hasta dónde llevaríamos esto?

—No es lo que piensas —dije.

—¿Ah, no?

—Sería un paso muy grande para mí. Nunca antes me he metido en nada serio.

—Tío, es una segunda cita. No es como si fueras a pasar por el altar con ella ni nada.

La risa interrumpió su frase.

—Siempre existe esa posibilidad, ¿no? —pregunté.

—Supongo que sí, pero nunca te he visto ir tan rápido con nadie.

—¿Y cuánto tiempo hace que me conoces?

Su leve encogimiento de hombros me dijo que unos pocos años jugando en el mismo equipo de hockey le habían enseñado todo lo que necesitaba saber sobre mí.

Me di cuenta de que tenía razón, y también de que él tenía un punto de vista muy diferente en esta conversación. Que yo fuera un puto mentiroso de mierda no ayudaba. Peor aún, cuanto más hablaba, más posibilidades tenía de joderlo todo.

—No quiero hablar más de esto. —Patiné hacia la salida.

Jax me siguió porque, bueno, por supuesto que lo hizo.

—A mí me encantaría hablar de esto todo el día —dijo.

—Sí, ya lo sé.

Nos dirigimos al vestuario y nos quitamos los patines en cuanto llegamos. Dios, qué liberador era eso después de un largo entrenamiento. La taquilla de Jax estaba justo al lado de la mía, lo que significaba que no podía escapar de él por mucho que lo intentara.

Me quité el casco, la camiseta y las protecciones en sincronía con Jax. Esto solía parecerme lo más normal del mundo, y nunca le había prestado atención y mucho menos lo había analizado. Cuando se quitó la camiseta sudada, estudié el cuerpo musculoso que había

debajo. Jax estaba bueno. Fornido. En todas las diversas etapas de desnudez que había pasado con él, nunca me había fijado en su cuerpo, pero últimamente habían cambiado muchas cosas para mí.

Necesitaba saber si un tío que no fuera Jakob Martin podía ponerme cachondo.

Jax era más delgado que Jakob y fibroso. Jurarías por Dios que no tenía ni un gramo de grasa. Jakob parecía tener el tamaño perfecto; ni demasiado delgado ni demasiado corpulento. Liarme con él demostró que era fuerte como un toro, aunque yo hubiera adoptado un papel dominante. Probablemente podría zarandear a Jax como a un muñeco de trapo.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, aparté la mirada, esperando por Dios que не se diera cuenta de que le estaba echando un vistazo.

—Si yo fuera tú, me lo tomaría con calma con esta tía —dijo.

—¿Te refieres a Netflix y pillar?

Se tocó la barbilla con los dedos, considerándolo.

—Oye, si puedes marcar, deberías marcar —dijo—. Lejos de mí quitarle a alguien la idea de pillar cacho. Solo digo que no deberías meterte demasiado a fondo en esto, aunque te hayas metido muy a fondo en *ella*. Tienes que preocuparte por el hockey.

—Lo sé.

—Y también tienes que preocuparte por los Larkin Lions. Especialmente por Jakob Martin.

Eso me golpeó como un gancho en el estómago. En lugar de mencionar lo obvio que no quería oír, sacó a relucir lo segundo en la lista. Liarse con un Larkin Lion era una cosa, pero llevar las cosas a otro nivel era otra muy distinta. Aun así, sentía que no podía controlar su progreso por mucho que lo intentara.

Cuando Jax se quedó en calzoncillos, me di cuenta de que seguía estudiándolo como hacía un minuto. De nuevo, estaba bueno. Probablemente no le habría dicho que no a tocarlo si hubiera tenido la oportunidad. Eso me alivió un poco. Si me excitaba Jax, entonces quizá mis sentimientos no eran completamente por Jakob. Sí, estaba jugando con fuego, pero necesitaba considerarlo.

Se bajó los calzoncillos hasta los tobillos y salió de ellos. Jax lucía una polla larga, carnosa y sin circuncidar, en una maraña de vello púbico. Gracias a Dios que evité que se me escapara un jadeo.

—Tío —dijo—, actúas como si nunca me hubieras visto la polla.

Negué con la cabeza, volviendo en mí, y me di cuenta de que me había quedado embobado mientras estudiaba su verga. No pretendía ser tan raro, pero tampoco podía explicar lo que había estado haciendo.

—Te he visto la polla mil veces —dije—, y vaya puto monstruo que es.

Sonrió como si la confirmación de su gigantesca polla le complaciera enormemente.

—Ya sé que sí. Solo me pregunto por qué has elegido este momento para mirármela fijamente.

—No he elegido este momento para hacerlo. Simplemente ha surgido así.

Me tapé la boca con ambas manos antes de hacer más el gilipollas.

Jax soltó una carcajada.

—Oh, Dios mío, no puedes estar hablando en serio —dijo.

Pronto, vi lágrimas en sus ojos, mientras luchaba por calmarse.

—Pero todo bien —dijo—, siempre y cuando yo pueda mirarte el culo.

Me dio una palmada en el trasero como el bruto que era antes de estallar en otra ronda de risas.

Menos mal que no me puso *tan* cachondo la virilidad de Jax, es decir, que no se me puso dura al verla. De alguna manera, la idea de sentir una atracción poderosa por él sonaba peor que mi deseo demencial por Jakob Martin.

20

JAKOB

Me tomé un par de antiácidos antes de quedar con Zane. No me preguntéis por qué. A estas alturas, ya deberíais saberlo. Debo admitir que tenía más motivos de lo habitual para sentirme un poco revuelto en presencia de Zane.

Se pasó por mi casa después del entrenamiento, sobre todo porque yo estaba solo y él tenía compañero de piso. Al principio, me pareció bien. Estaba decidido a que no pasara nada. Pero no todo sale según lo planeado. Una vez dentro de mi casa, agarré a Zane, tiré de él hasta que nuestros pechos quedaron pegados y lo atrapé en un beso. Cerré la puerta detrás de nosotros con la mano que me quedaba libre y Zane me hizo retroceder hasta ella.

Estábamos hambrientos. Voraces, incluso. A decir verdad, palabras como *insaciables* no sonaban imprecisas para describir lo que sentíamos cuando nuestros labios y lenguas se encontraron. Nuestros leves gruñidos subrayaban nuestra hambre.

Me aparté del abrazo de Zane antes de que pudiera quitarme la camiseta por la cabeza o despojarme de cualquier otra prenda. A juzgar por la intensidad de su mirada, no se sintió disuadido, así que me escabullí y pasé a su lado.

—¿Qué pasa, no aguantas la presión, eh? —preguntó.

—Deberíamos hablar de algunas cosas primero.

Entré tranquilamente en la cocina y me senté a la mesa mientras Zane se quedaba en la puerta como un babuino en celo.

—Eh..., será mejor que vengas y te sientes conmigo, Zane.

Se apresuró a entrar en la cocina como si de verdad se hubiera despistado y se sentó frente a mí. Entrelacé los dedos, intentando con todas mis fuerzas tomarme esto en serio.

—¿De qué quieres hablar? —dijo.

—De nosotros.

—Ya, ¿y qué pasa con nosotros?

—Somos pareja.

Escupí las palabras. La expresión de Zane no cambió, como si mis palabras le hubieran pasado por encima de la cabeza... Ya sabéis, como casi todo.

—Pero nunca lo hemos dicho —dijo él.

—Sé que no, pero somos pareja.

—Ni siquiera hemos hablado de si queremos serlo. Solo tuve esa estúpida cita contigo porque no te habrías vuelto a acostar conmigo si no lo hacía.

—Lo sé, Zane. Sin embargo, somos pareja. No podemos resistirnos y, desde luego, no podemos quitárnoslo de encima a base de discutir. Es lo que hay.

Zane se tensó como si quisiera oponerse. Por supuesto que quería. Era Zane Hirst. Se relajó cuando vio que yo no iba a abandonar esta lucha a corto plazo.

El Riptide de Remington se me quedó mirando un momento como si no supiera qué decir y esperara que yo tampoco.

—A veces ser pareja no es algo que te sientes a decidir conscientemente —dije—. Ni siquiera hacerlo todo oficial es necesariamente la panacea. Las parejas son lo que son. No siempre lo eligen.

Puede que solo conociera a Zane desde hacía un mes o así, pero sabía lo que estaba pensando. También sabía que mis palabras habían penetrado en su dura mollera. ¿Por qué si no sentiría que éramos una pareja de verdad?

No puso los ojos en blanco ni suspiró, pero sabía que lo tenía en el anzuelo y que lo odiaba a muerte.

—Entonces, ¿qué somos? —preguntó—. ¿Novios?

No detecté desprecio en su voz, pero podía notar que la revelación tampoco le entusiasmaba.

—No sé cómo llamarlo —dije.

—Vale, novios será.

—¿Debería decirte lo que quiero de regalo de aniversario?

Resopló.

—Y supongo que no vamos a cambiar nuestro estado sentimental para reflejar nuestra nueva situación, ¿eh? —pregunté.

—Ni de coña. Tienes suerte de que esté dispuesto a seguirle el rollo a esta locura.

—¿Locura? Te he dado el mejor sexo de tu vida. No te habrías corrido ni de lejos con tanta fuerza follándote a ninguna de tus novias.

Zane le dedicó una sonrisa irónica.

Una vez, se lo imaginó pensando. *Me has dado una noche de sexo trascendental. ¿Quieres una medalla o algo?*

—Hay una cosa de la que tenemos que hablar —dije.

—Sí, ¿cuál?

—El hecho de que los Lions y los Riptides se enfrentarán de nuevo.

El rostro de Zane no palideció. Nada tan dramático. Su expresión tampoco cambió, lo que me preocupó. Normalmente, habría descartado mis preocupaciones como si nada, pero hasta un zoquete como él se habría dado cuenta. Nos habíamos dejado llevar por la diversión y los juegos y nos habíamos olvidado de los asuntos serios que dominaban nuestras vidas reales.

—¿Cuándo volvemos a jugar contra vosotros?

—La semana que viene, en Remington.

Ahora sus ojos se abrieron de par en par, como los de un hombre al que pillan en la cama con la mujer de otro.

—¿Sorprendido? —pregunté.

—Supongo que sí.

—Habría pensado que ya lo sabrías —dije—. Yo lo he sabido todo el tiempo. Marcamos en el calendario las fechas en las que jugamos contra vosotros, gilipollas.

—Nosotros también marcamos las fechas en que jugamos contra vosotros, capullos, y déjame decirte que nos pone a mil.

Zane era un fantasma. No necesitaba haberle hecho el salto del tigre para saberlo. Básicamente, si no se le ocurría una respuesta decente a algo, decía lo primero que le venía a la cabeza para evitar el silencio incómodo. Así sabía que iba de farol.

Por desgracia, se lo había visto hacer en demasiadas ocasiones.

—Vale —dijo él—, así que volvemos a jugar muy pronto. ¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? Zane, ¿no entiendes lo que esto significa?

—Claro que lo entiendo. Significa que vamos a barrer el suelo con vosotros. Eso se da por hecho, ¿no?

—No se dio por hecho cuando os dejamos en ridículo la última vez.

—Sí, pero eso fue solo porque tú...

Ni siquiera los hechos podían callar por completo a Zane Hirst.

—No culpes al mensajero —dije—. Solo lo saco a relucir ahora porque sé que ya va a ser bastante difícil ser novio de alguien que me revuelve el estómago como para además preocuparme por lo que pase en el hielo.

Zane frunció el ceño como si no pudiera tomarme en serio.

En el fondo, sabía que el simple hecho de ser novios ya era un reto mayúsculo, incluso antes de tener en cuenta toda la demás mierda. La idea de que cualquiera pudiera ser mi novio todavía sonaba a locura. Eso significaba que nuestra relación era algo más que sexo, aunque sudar entre las sábanas siguiera siendo el objetivo número uno de Zane. Ahora teníamos que pensar en cómo equilibraríamos nuestra relación con la competición de alto nivel. Zane podía restarle importancia todo lo que quisiera, pero el momento de la verdad no tardaría en llegar.

—No podemos contarle a nadie lo nuestro —dijo Zane.

—No soy estúpido, ¿sabes? Por supuesto que no podemos, y por más de un motivo.

—Tampoco podemos vernos antes de los partidos.

—Algo así como no ver a la novia antes de la boda, ¿eh?

—Que te jodan.

—Tiene sentido. Ambos estaremos bastante ocupados en las horas previas al saque inicial.

—Estaba pensando que no deberíamos vernos en absoluto durante uno o dos días antes del partido.

Quería preguntarle si me estaba tomando el pelo. Si hubiera puesto el sexo como prioridad en la agenda, su tono habría cambiado en un instante, pero me guardaría eso en la manga por ahora. Al principio no cambió de expresión, probablemente esperando que lo entendiera. Como no respondí, se levantó y se paseó por la habitación.

—Ya sabes lo que me pasaría si me vieran contigo, siendo simpático y no digamos ya, bueno, *simpático*.

—Lo sé. Probablemente lo mismo que me harían los Lions a mí si me pillaran siendo muy *simpático* contigo.

—¿Colgarte de las pelotas?

—Solo puedo esperar que fueran así de delicados.

Una carcajada se escapó de su boca. A veces hay que bromear para relajar situaciones tensas. Aun así, no podía negar que parecíamos estar metiéndonos en un lío cada día más gordo. Todo parecía divertido, como una fruta prohibida, con consecuencias que simplemente no queríamos considerar.

—Y cuando estemos en el hielo, tenemos que fingir que no nos conocemos —dijo.

—¿Hablas en serio?

—Sí, hablo en serio. ¿Sabes lo que dirían?

—¿Te preguntas qué dirían si salieras con un tío? ¿O de todas las otras cosas que has hecho conmigo y que no puedes deshacer?

Decir eso me recordó lo intrínsecamente complicada que era nuestra relación. Más allá de una rivalidad, tendríamos que explicar una relación (y unos deseos secretos) que habíamos mantenido en silencio ante todo el mundo. Una parte de mí seguía sin arrepentirse. No podíamos evitar lo que sentíamos. No, más bien no podíamos evitar lo que se había vuelto abrumador.

—Entonces, ¿cuál es el plan? —pregunté.

—Jugamos el partido como si nada. Nos olvidamos de que nos hemos metido mano y de que nos hemos follado hasta la extenuación.

—Qué imagen más bonita.

—Son solo negocios. Jugamos al hockey y competimos. Así de simple. Nos quitamos eso de en medio y podemos volver a comernos las pollas.

Aunque odiaba lo cabezota que sonaba Zane, no podía negar que tenía razón. En cualquier otro momento, habría estado totalmente de acuerdo con él. Cada equipo tenía que ocuparse de sus asuntos, y ganar lo era todo.

—Entonces, ¿habrá resentimiento cuando volvamos a patearos el culo? —pregunté.

—Oh, vale, ¿estás tan seguro de eso?

—Lo hicimos una vez este año. Lo haremos de nuevo.

—Me gustaría verte intentarlo.

—No verás nada. Estarás tirado en el hielo igual que en el Colter Bay Grill.

Me levanté, con ganas de retarlo en broma. Se deslizó hacia mí con facilidad y pasé los brazos a su alrededor con naturalidad y lo apreté. Lo besé como si lo hubiéramos hecho mil veces antes. Ahora me resultaba tan natural como respirar.

Nos desplazamos hasta el sofá. Caí de espaldas sobre los cojines y Zane aterrizó encima de mí. Su polla, dura como una roca, se hizo notar a través de sus vaqueros. Una erección palpitaba en mis bóxers y la cogió con la mano, amasándola.

Por un momento, mis problemas se desvanecieron. El contacto de ese tipo con un hombre atractivo le haría eso a cualquiera. Durante las siguientes horas, me olvidé por completo de que esperaba otro partido entre los Larkin Lions y los Remington Riptides.

21

ZANE

—Chicos, dejadme que os diga cómo van a ser las cosas —dijo el entrenador Mack—. Este equipo, los Larkin Lions, es una espina que tenemos clavada. Lo han sido durante años. No hace falta que os lo diga, pero esta panda en particular es peor que ninguna y hay que hacer algo al respecto.

Varias voces mostraron su acuerdo por toda la sala. Yo mascullé lo mismo por lo bajo y sonó como un chillido. Por algún motivo, me sentí obligado a seguirle la corriente al sermón del entrenador (hasta el momento), pero sin parecer demasiado entusiasta.

Creía haber escuchado mil charlas motivacionales de Bill Mackenzie, o eso parecía, pero esta ya tenía un tono fuera de lo común. Aun así, no podría haberme preparado para lo que vino después.

—Si alguien va a interponerse en nuestro camino para ganar el campeonato esta temporada, son esos malditos rivales de la otra punta de la ciudad. Y ya nos han ganado una vez. Si son listos, cosa que dudo, sabrán que nos ganaron de verdad. Querrán meterse en nuestra cabeza. Espero de verdad que todos conservéis ese sabor amargo en la boca bien fresco.

Ese sabor retorcido había permanecido la mar de fresco en mi propia boca, sin importar lo que tuviera con Jakob Martin. Y el entrenador Mack tenía toda la razón: los Larkin Lions no solo eran una espina clavada, sino la amenaza más creíble para nuestra temporada de campeonato.

—Voy a subir la apuesta. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó un fajo de billetes—. Esta es la herramienta de entrenador de mi arsenal que no sacaría en cualquier momento. Circunstancias como esta parecen justificarla. Os gusta ganar dinero, ¿verdad?

Habría esperado que la sala se quedara en silencio ante tal sugerencia, aunque no había dicho nada explícitamente. No era necesario. Supe lo que quería decir en el segundo en que nos enseñó el dinero.

—El trato es este: mil dólares para quien saque a un Larkin Lion del partido de este sábado.

Entonces, un murmullo de voces recorrió la sala. Debí de ser el único jugador que no dijo ni pío.

—Lo habéis oído bien. Mil por sacar a un jugador del partido, pero la cosa se pone más jugosa. Mil quinientos si podéis infligir una lesión grave. Conmociones cerebrales. Piernas rotas. Lo que se os ocurra. Si se pierden un tiempo por ello, seréis generosamente recompensados.

A pesar de todo, me siento raro diciendo que la sugerencia del entrenador Mack me dio náuseas. No, eso no es correcto. Me sentó fatal, se me revolvió el estómago. Sé que participé tan activamente como cualquiera en esa pelea de bar, pero aquello fue algo del fragor del momento. No había dinero de por medio y ninguna lesión grave habría sido intencionada.

—Sé que esto es algo que cualquiera de vosotros haría gratis, pero nunca está de más ponerle un aliciente y *asegurarse* de que ocurra. Bien, he dicho que pagaré hasta mil quinientos por una lesión grave a un jugador de los Lions, pero eso solo se aplica a la mayoría del equipo. Algunos jugadores valen más, si sabéis a lo que me refiero. Esos jugadores merecen tener una diana en la espalda.

No me importaba a qué jugador se refería. Esa sola expresión me asustó. Hice un esfuerzo consciente por calmar mi respiración y no

mostrar mi desacuerdo.

—Jakob Martin —dijo—. Todos sabéis quién es.

En lugar de un murmullo de voces, la sala estalló en una cacofonía de las mismas. No me habría esperado que tantos compañeros de equipo tuvieran un problema con él en particular. Este nuevo giro hizo que me quedara helado.

—A todos nos gustaría que le pasara algo, ¿verdad? Es importante para su equipo. Acabad con él y sufrirán. Corta la cabeza y el cuerpo morirá.

Al menos la mitad de la sala aplaudió. Los demás simplemente se mostraron de acuerdo.

—Así que, para reiterar —dijo—, son mil dólares por sacar a un jugador del partido y mil quinientos por una lesión a largo plazo. *Dos* mil si da la casualidad de que el jugador es Jakob Martin.

Sinceramente, creí que iba a vomitar. Ni en mis momentos más estúpidos se me había ocurrido lesionar intencionadamente a otro jugador, incluido un Larkin Lion. Pero mi problema aquí estaba a punto de pasar de malo a peor.

—Zane. —Me miró al fondo de la sala. Daba igual que estuviera en primera fila—. Sé que para usted hay muchos incentivos adicionales para hacerle daño a Jakob Martin, ¿me equivoco?

Todo el mundo se giró para ver mi reacción. Por un momento, se me olvidó respirar. Se me secó la boca. Habría preguntado si alguien había subido el termostato, pero sabía que me delataría. Encogerme para evitar responder habría hecho lo mismo.

Como no respondí, la mayoría de mis compañeros de equipo siguieron mirándome fijamente, y yo no sabía qué demonios decir. Jakob habría dicho que yo era un veterano de los momentos incómodos. Aunque fuera verdad, me habría sentido igual de incómodo en aquella sala de reuniones.

—Confío en que todos ustedes entiendan lo que estoy diciendo —dijo—. Me harán saber su respuesta con lo que me demuestren en el hielo.

Una pequeña sonrisa apareció en su rostro antes de salir de la sala. Un buen toque dramático, desde luego, pero lo que había dicho sonaba francamente malvado.

La verdad, nunca me había alegrado tanto de largarme de una reunión. Algo me carcomía y al principio no sabía cómo llamarlo. No me gustaba lo que el entrenador Mack había sugerido. De hecho, lo odiaba. Y no era solo por Jakob. Era por todo. ¿Cortar la cabeza para que el cuerpo muera, por el amor de Dios? Venga ya.

Incluso antes de tener novio (Dios mío, ¿acabo de decir eso?), no me habría parecido bien nada de eso. No me importa lo que pasó en el Colter Bay Grill. Yo sabía distinguir entre el bien y el mal.

Joder, un poco más de esta mierda de moralidad y acabaría con mi reputación de gilipollas neandertal.

Sin embargo, no podía escapar tan fácilmente. El entrenador Mack me había mirado específicamente durante la reunión. No, literalmente me había llamado por mi nombre y había actuado como si yo fuera el jugador lógico para eliminar a Jakob. Eso significaba que esperaba que yo liderara el ataque para hacer el trabajo.

Pero el equipo incluía a un montón de tíos más. *Ellos* podían hacer el trabajo sucio.

Espera, ¿en qué estaba pensando? No podía permitir que algo así sucediera, ¿o sí?

No llegué al final del pasillo antes de que Jax Echlin me alcanzara.

¡Joder, qué bien!

—Tío, vaya pastizal que ofrece el entrenador Mack, ¿no? —preguntó.

Me encogí de hombros, sin saber qué responder.

—Venga, colega. —Me dio una palmada en la espalda—. Esto podría ser la hostia para uno de nosotros. Quizá incluso para varios. Ya sabes cómo está la economía.

De nuevo, me quedé en silencio. ¿Qué coño se suponía que debía decir?

—Piénsalo, Zane —dijo—, puede que Jakob no sea el mejor jugador de los Larkin Lions, pero en muchos sentidos es el alma de ese equipo. Si lo dejas fuera de combate, el equipo sufrirá de verdad, casi como si hubieran perdido a su jugador estrella.

Corta la cabeza y el cuerpo morirá, resonó en mi cabeza.

Odiaba pensar en ello y quise salir de esta conversación en cuanto apareciera una vía de escape.

—Con los Lions fuera de juego, nos haremos con el Título Nacional sin despeinarnos.

—No necesariamente. No lo ganaron todo el año pasado. Ni siquiera llegaron a la final.

—Lo sé, pero eso no importa. Como ha dicho el entrenador Mack, llevan siendo una espina clavada desde siempre. Lo mejor que podemos hacer por nuestro equipo es arrancarla.

Incluso hizo un gesto de arrancar con el pulgar, el índice y el corazón. Ya sabes, porque es un tío muy gracioso. Gracias a Dios que no soltó un *corta la cabeza y el cuerpo morirá.*

—Supongo que esto será mejor para ti que para nadie —continuó —. Podrás quitarte de encima esa espinita de Jakob Martin y ser dos mil quinientos dólares más rico.

—¿Dos mil quinientos? Pensaba que solo ofrecía dos mil por darle a Jakob Martin.

—Y así es. Yo le pongo un aliciente. ¿Te apuntas?

Debí de quedarme con los ojos como platos. No sé qué cara le puse, pero sí sabía cómo me sentía. Había visto demasiada *grima* de mi entrenador y mis compañeros por una tarde.

—Como te decía, es una gran oportunidad para ti —dijo.

—Pero ¿por qué yo?

—¿Por qué tú? Porque odias a Jakob Martin más que nadie. El dinero motivará a los otros, claro, pero tú tienes un incentivo que ellos nunca podrán tener.

De nuevo, me negué a responder. Cualquier cosa que dijera parecía condenada a volverse en mi contra.

—Venga, tío —dijo—, piénsalo. No hace tanto tiempo le ordenaste que saliera de una tienda de golosinas para poder partirle la cara.

Ya, pero eso fue antes de que le comiera la polla y le follara el culo hasta el fin de los tiempos, pensé.

Respuesta perfecta.

—Te ha humillado más de una vez, Zane. Sé las ganas que tienes de vengarte. Ahora tienes la oportunidad perfecta delante de ti.

Asentí, no en señal de acuerdo, sino para demostrarle que estaba escuchando.

—Déjame que te pregunte —dije—, ¿cuántos de esos tíos se tomarían la molestia de hacer daño a *cualquiera* de los Larkin Lions por esta recompensa?

—¿Recompensa? Venga, tío, no seas dramático. Es un premio en metálico.

—Por lesionar a gente, a veces a jugadores específicos. ¿Tú cómo lo llamas?

En lugar de responder a mi segunda pregunta, volvió a la primera.

—Todos —dijo—. ¿Estás de coña? No puedes ir enseñando esa pasta y pensar sinceramente que los tíos no se sentirán inspirados para hacer un poco de daño, si me entiendes.

Esa sensación de malestar se intensificó tanto que me empezó a sudar la frente y las sienes.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con tus dos mil quinientos pavos? —preguntó.

Me miró fijamente esperando una respuesta, y yo me quedé allí callado como un completo idiota.

Finalmente, dije: —Meterlos en el banco, supongo.

Cualquier cosa con tal de que se callara la puta boca.

—Piensa en lo que te he dicho, ¿vale? —Me dio otra palmada en el hombro y se fue.

Comprendí de inmediato que no podría evitar estas sugerencias para siempre. Tarde o temprano, tendría que decirle que no quería ser el monstruo que lesionara intencionadamente a otros jugadores, y menos por dinero.

Pero había mucho más. ¿Qué le decía a Jakob?

Dejad que lo formule de otra manera: ¿*se lo digo* a Jakob?

22

JAKOB

—Si pasa algo, les arrancas la cabeza —dijo Ryan Detenbeck con la boca llena en el Spot Coffee. Sí, tenía aproximadamente los mismos modales en la mesa que Levi Dunn, y todavía menos conciencia de sí mismo.

—Tío, ¿de qué coño hablas?

—Hablo de los Remington Riptides este sábado. Tenemos que partirles la boca… en más de un sentido.

Hice una pausa para calibrar la seriedad del comentario de mi compañero de equipo. ¿Se refería a un juego físico y agresivo o nos estaba pidiendo que les partiéramos la boca literalmente?

¿O algo peor?

—Creo que no te sigo —dije.

—¿Cómo que no me sigues? Es la semana de los Riptides. Es casi como si fuera Navidad.

—Bueno, pues a decorar el puto árbol. ¿No tuvimos la semana de los Riptides hace solo unas pocas semanas?

Se encogió de hombros y dijo:

—Son nuestros rivales de la ciudad. Jugamos mucho contra ellos. Ahora hay todavía más en juego.

No podía rebatir eso. A pesar de la larga y amarga rivalidad, de alguna forma habíamos conseguido caldear aún más el ambiente. Puede que yo fuera el único Larkin Lion que no esperaba el partido con ganas. No hacen falta explicaciones, ¿verdad?

—Lo sé —dije—, pero ¿no dijo el entrenador Hardison que todos los partidos son iguales? Ya sabes, ¿que tenemos que tener siempre en mente la victoria y saltar al hielo jugando con pasión e intensidad?

—Ya sé lo que dijo, pero ¿no hay excepciones para todo?

—Supongo.

—Y los Remington Riptides son la mayor excepción a la regla que he visto en mi vida. Es algo personal. Es una cuestión de orgullo. No me puedo creer que nuestro entrenador no lo pille.

—Vale, pues jugaremos por nuestro orgullo. Da igual, mientras salgamos ahí y ganemos, ¿no?

—Pero no puede tratarse solo del orgullo o de ganar un puto partido. Ya les hemos demostrado quién manda tanto dentro como fuera del hielo, pero nuestra posición es frágil. Sabes de lo que hablo, ¿verdad?

No respondí, pero no porque no quisiera. Mi búsqueda de una respuesta inteligente a un comentario ridículo no había dado frutos. ¿Qué narices habrías hecho tú?

—Jakob, ¿no lo entiendes? —preguntó—. Pensaba que estarías más entusiasmado que nadie por salir ahí y patearles el culo seriamente.

—¿Por Zane Hirst?

—No, por la madre Teresa de Calcuta. Pues *claro* que hablo de Zane Hirst. Piénsalo, Jakob. Piénsalo, Jakob. ¿No te gustaría demostrarle al mundo que dejar a Zane K.O. no fue de chiripa?

—*No fue* de chiripa.

—Pero ellos no lo saben. Y desde luego, Zane Hirst no lo sabe. No te habría presionado tanto para una revancha si todo el asunto del Colter Bay Grill no estuviera lleno de dudas.

—No lo había pensado de esa forma.

—Eso es solo lo que hay para ti. Te dejaré que te encargues de él todo lo que quieras. Yo tengo la vista puesta en ocuparme de ese

neandertal capullo de Jax Echlin. Levi probablemente podría encargarse de dos o tres de esos gilipollas él solo si las cosas se ponen feas.

Para empezar, Levi no podía encargarse de dos o tres tíos él solo, a menos que fuera en un videojuego. En la vida real, podía despachar a cualquier tío sin problemas, claro, pero seamos realistas. Te digo esto porque sentía que no podía hacer entrar en razón a Ryan Detenbeck. No es que alguna vez pudiera hacerlo, pero esto parecía peor de lo normal.

—Mira —dijo—, no te estoy diciendo que te lleves una escopeta al partido. Solo quiero que estés preparado para írseles a la yugular.

—Eso no suena a lo que estabas sugiriendo hace solo un minuto.

—Porque parecías tímido ante la idea de un poquito de agresividad.

—Pero no estabas hablando de un *poquito* de agresividad extra. No sé a qué te referías, pero no sonaba tan inocente.

Vale, oficialmente había decepcionado a mi compañero de equipo. No necesitaba que nadie me lo dijera. Quería pensar que no habría estado de acuerdo con algo así incluso antes de que Zane Hirst se me echara encima. Sencillamente, no se jugaba así. Punto. Tomando prestada una frase del entrenador de los Bills Marv Levy: «No se juega de forma estúpida, y no se juega sucio».

—Vale —dijo Detenbeck—, seré más directo. Necesitamos salir ahí y darles una paliza a esos tíos.

—Pero ¿por qué?

—Porque nos van a hacer algo muy, muy chungo.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Cómo lo sabes?

Sonrió y consiguió reprimir una risa, como si yo fuera el último en enterarme de un secreto divertidísimo.

—Son los Remington Riptides —dijo—. No hace falta ninguna explicación. Pero si de verdad hay que decirlo, espero totalmente que preparen alguna.

—¿Como qué?

—No estoy seguro. Creo que van a intentar hacernos daño, pero no sé cómo. Quiero pensar que ocurrirá en el hielo, pero no puedo garantizar nada ahora que la mierda se ha vuelto extra loca entre nuestros equipos.

Sentí un frío por todo el cuerpo. A pesar de todo lo que había pasado últimamente, no se me había pasado por la cabeza la idea de que quisieran hacernos daño físicamente.

—¿Quieres decir que intentarán lesionarnos a propósito o algo? —pregunté.

—Joder, Jakob, ¿no eres rápido de cojones?

—No entiendo por qué esto es un problema tan grande ahora. Les hemos vuelto a ver desde la pelea del Colter Bay Grill. ¿Por qué no intentaron hacernos daño entonces?

—Probablemente porque estaban demasiado destrozados y solo medio conscientes de la noche anterior, tío.

No pude evitar sonreír. Tenía razón, pero me sentía incómodo con todo el asunto.

—Antes de que empieces a pensar que soy un mal tipo, déjame asegurarte que no lo soy —dijo—. Es solo que hay que hacer cosas desagradables.

—No es que piense que eres un mal tipo, pero…

—¿Pero lo que estoy pensando hacerle a Remington es un poco malo?

—Esa es tu palabra, no la mía.

—Pero lo estás pensando. Sé que lo estás pensando. Lo noto.

No respondí, en parte porque no quería que pensara que poseía algún tipo de extraña habilidad para leer la mente. Además, habría hecho casi cualquier cosa por callarle la boca.

—No sé si los demás estarían de acuerdo con algo así —dije—. Es bastante cuestionable, ¿no crees?

—Para tu información, Levi Dunn está de acuerdo. De hecho, me lo propuso él a mí para asegurarse de que *yo* lo haría. Ahora necesito asegurarme de que tú también tienes las narices para ello.

—Puede que Levi lo sugiriera, pero es un bárbaro con novio.

—¿Y qué importa? Sigue dispuesto a echarle un par y ocuparse de esos tíos. No se trata solo de la supremacía en el hockey en la

ciudad de Buffalo. Se trata de supervivencia.

—¿Supervivencia? —farfullé—. Venga ya.

—¿Crees que estoy de broma? Creo que esos tíos están planeando hacernos algo mucho peor. Así que, básicamente, les haríamos a ellos lo que ellos quieren hacernos a nosotros, pero antes.

Eso no me hizo cambiar de opinión exactamente, pero me hizo dudar. Que nuestro equipo estuviera considerando la violencia intencionada significaba que los Riptides podrían estar haciendo lo mismo. Como eran rastreros, sucios, asquerosos y patéticos, parecía algo seguro. Y si de verdad planeaban hacernos daño, parecía más inteligente detenerlos antes de que empezaran. Aun así, sabía que no podía ser tan simple.

—¿Y el entrenador Hardinson? —pregunté.

—¿Qué pasa con él?

—Ya sabes lo que nos dijo sobre meternos en cualquier lío con Remington. Y ambos sabemos que no estaba de broma.

—Se refería a meterse en peleas fuera del hielo, no a defender nuestra posición durante un partido.

Le eché una mirada que decía que él y yo sabíamos que eso no era verdad.

—Vale, de acuerdo —dijo—, así que, quizá Hardison quería cubrir más terreno que eso. Pero piénsalo: ¿puede castigar a todo el equipo?

No podía comprometerme a nada, especialmente con Zane en los Riptides. Y luego había principios básicos que considerar. La defensa propia en el Colter Bay Grill era una cosa. Buscar pelea era otra.

—Sí o no, Jakob. ¿Puede castigar a todo el equipo o no?

—No, supongo que no.

—No parezcas tan tímido. No estaríamos haciendo nada grave. Solo nos estaríamos defendiendo. Y a veces la mejor defensa es un buen ataque.

Se metió medio bagel de pizza en la boca y yo aparté la mirada.

—¿Tiene todo esto sentido? —preguntó.

—Supongo que sí.

—¿Por qué tu tono no me inspira confianza?

—Caray, Ryan, no lo sé. Todo esto suena un poco excesivo. Espero que no tengamos que ir al estadio en un tanque.

El portero se tocó la barbilla con los dedos como si yo le hubiera dado una idea cojonuda.

—Como mínimo —dijo—, quiero que al menos estés preparado.

—Gracias por el detalle, supongo.

—Y recuerda, si la mierda llega al ventilador, Zane Hirst es todo tuyo.

—Qué suerte la mía.

23

ZANE

Apenas abrí la boca para hablar con nadie en las horas previas al partido. Antes de que preguntéis, la respuesta es sí, eso incluye a Jakob. Quería advertirle, o al menos insinuarle lo que se avecinaba, pero sabía la de mierda que eso provocaría. Olvidaos del principio de «lo que pasa en el vestuario se queda en el vestuario». Por más que le di vueltas, no encontraba la forma de justificar esto.

Durante los calentamientos, tuve que evitar mirar a Jakob en todo momento. Por favor, no penséis que soy un mal tipo por ello. En el fondo, deseaba con todas mis fuerzas saludarlo con la mano, pero no podía. Esto era hockey. Un asunto serio, ¿sabéis?

Mientras sonaba el himno nacional, la letra me entraba por un oído y me salía por el otro porque estaba demasiado preocupado pensando en formas de mantener a Jakob a salvo. Por ahora, la única garantía que podía dar era no darle un golpe bajo ni a él ni a ningún otro Lion de Larkin.

Pero no podía prometer nada con respecto a mis compañeros de equipo.

Acabado el himno, me acerqué al círculo central para el saque inicial. Miré a Levi Dunn directamente a la cara y me di cuenta de lo guapo que era. Dios, me recordó a cuando aprecié más el cuerpo de

Jax al tomarme el tiempo de estudiarlo. Corrían rumores de que Levi Dunn tenía novio, lo que de alguna manera rompía los estereotipos incluso más que lo de Jakob y yo. Desterré ese pensamiento tan pronto como cruzó por mi mente porque teníamos un partido que ganar.

O eso me repetía a mí mismo.

A lo que iba.

Mirando fijamente a Levi a los ojos, quería intimidarlo durante el *face off*. A veces esos momentos se hacían eternos. Este saque fue el más largo de toda mi vida.

Finalmente, el árbitro soltó el disco y yo me hice con él, luego usé mi velocidad para alejarme de Levi. Le pasé el disco a Jax Echlin, quien lo llevó más allá de la línea azul hasta el territorio de los Lions. Luego me lo devolvió. Me preparé, golpeé el disco y lo lancé hacia la portería. Ryan Detenbeck detuvo el tiro con facilidad, pero eso no impidió que nuestro público estallara en abucheos como si la cosa hubiera ido por los pelos.

Jakob se encargó del siguiente *face off* contra Jax Echlin. Mi novio (¿en serio acabo de llamarlo así?) se apoderó del disco y salió disparado hacia el otro extremo de la pista a la velocidad del rayo. Todos lo perseguimos y yo tuve que fingir, al menos, que lo cazaba con avidez por el bien de mis compañeros. ¡Qué demonios!, estaba compitiendo y quería ganar, así que alcancé a Jakob y lo choqué contra la valla…, pero no *tan* fuerte.

Solo lo golpeé lo suficiente como para que soltara el disco, sin hacerle daño. Con el disco en mi poder, avancé unos metros, pero Jakob no me siguió. Y no fue porque no tuviera velocidad para seguirme el ritmo. Jax Echlin lo embistió por detrás, haciendo que se golpeara de nuevo contra las vallas y se desplomara sobre el hielo.

Me quedé sin aliento, luchando por ocultar mi conmoción.

Antes de que pudiera gritar: «¿Qué coño haces?», el árbitro pitó y sancionó a Jax con dos minutos por dureza excesiva. El público local abucheó la decisión, a pesar de que el árbitro había tomado claramente la decisión correcta.

Jakob se levantó lentamente, sacudiendo la cabeza para despejarse. Y yo me quedé allí mirando. Sí, así es. Jax casi le

arranca la cabeza a mi novio y yo no hice absolutamente nada. Pero ¿qué habrían dicho los Riptides si hubiera ido a ayudarlo? Quizá habrían sugerido que, ya que estaba, le diera un abrazo y un beso. Dada la agenda actual de mi equipo, dudaba que fueran tan amables.

Había empezado. La guerra, quiero decir. Podríais decir que siempre ha existido una guerra entre Remington y Larkin, pero no es verdad. Hay una diferencia entre una rivalidad intensa y una guerra sin cuartel, y eso lo aprendí esa noche. El ridículo golpe de Jax a Jakob representó el primer disparo.

En la siguiente jugada, Levi cogió el disco y se dirigió directamente a nuestro territorio. Se preparó, golpeó el disco y lo disparó directo a la red. El público abucheó su gol aún peor que la sanción totalmente justificada a Jax Echlin. Estaba completamente seguro de que Levi le habría hecho una doble peineta al público de no haber sido por sus guantes de hockey.

En fin, el marcador era cero a uno, y no veía razón para entrar en pánico… con lo de ganar, quiero decir. Aún era el principio del primer tiempo, quedaba un montón de hockey por jugar. Me preocupaban más las actividades extracurriculares de mi equipo que cualquier otra cosa.

En el banquillo, Clay Morris se inclinó y preguntó:

—¿Qué pasa, Hirst? ¿Vas a quedarte ahí sentado tocándote las narices?

—¿De qué hablas?

—Tío, has tenido al menos una oportunidad cojonuda para sacar del partido a Jakob Martin y ganar una pasta gansa, y lo has dejado pasar.

—No he dejado pasar nada. Y no he dejado que Jakob Martin se fuera de rositas. Lo he estampado contra la valla, ¿no?

—¿Ese toquecito cariñoso?

—Yo no lo llamaría un toquecito cariñoso, Morris. Le he dado lo bastante fuerte como para que soltara el disco.

Cogí una botella y me eché agua en la boca, queriendo ignorar a mi compañero mientras luchaba contra el impulso abrumador de defenderme.

—Has visto lo que le ha pasado a Jax por el golpe que ha dado, ¿no? —pregunté.

—Le han caído dos minutos en el banquillo. ¡No te jode! Son solo daños colaterales.

—¿Daños colaterales? Levi Dunn ha bajado por la pista y ha marcado en cuanto nos hemos quedado con un hombre menos. No sé qué te has fumado.

Eso hizo callar a mi compañero y, por supuesto, sabía que ese precioso silencio duraría poco. Antes de que volviéramos al hielo, dijo:

—Sal ahí y arráncale la cabeza a Jakob, ¿quieres?

El mantra del entrenador Mack —*Córtale la cabeza y el cuerpo morirá*— resonaba en mi cabeza, y no podía quitármelo de encima.

Quedaban treinta segundos de la sanción de Jax cuando el disco volvió a caer. Rápidamente nos vimos envueltos en un barullo detrás de la portería de los Riptides, donde intenté desesperadamente robarle el disco a Jakob. Definitivamente no estaba allí de brazos cruzados. Invertí toda la energía y la fuerza de mi cuerpo porque mi prioridad era ganar.

Ya sabéis, ¿ganar limpiamente?

Saqué el disco del barullo y lo lancé pista abajo. Todos corrimos tras él, solo que yo centré más mi atención en que Jax Echlin salía del banquillo de penalización.

Resultó que no era el único que miraba, porque vi a Levi Dunn girar la cabeza en cuanto vio a mi compañero exiliado volver al hielo.

Le pasé el disco a Jax, esperando que lo llevara a territorio Lion, pero Levi Dunn tenía otros planes. Cargó directamente contra Jax, estampándolo contra las vallas con una ferocidad que nunca antes había visto. No digo que tuviera que taparme los ojos, pero fue jodidamente brutal.

Sinceramente, parecía como si un camión volquete hubiera pasado por encima de un cucurucho de helado.

Casi nada.

Cuando mi compañero cayó al hielo, sinceramente me pregunté si se volvería a levantar. El resto de los Riptides fueron a por Levi, y

yo los seguí, al menos fingiendo que me importaba una mierda el golpe asqueroso de Levi.

El que la hace, la paga. No podía creer que esa frase me hubiera venido a la mente *en contra* de los Riptides, especialmente con Larkin de por medio, pero no podía negar que el comportamiento de mi equipo se había pasado de la raya.

Los árbitros necesitaron varios minutos para separar a todo el mundo y calmarlos. Aunque sugerir que siquiera pudieran calmarse parecía muy falso. Ambos equipos estaban caldeados y no había forma de pararlos.

El árbitro principal anunció una penalización de dos minutos a Levi Dunn por dureza excesiva. Los abucheos llenaron el estadio porque el público probablemente quería que expulsaran a Levi del partido por completo. A esas alturas me daba igual lo que los árbitros hicieran o dejaran de hacer. Solo quería que el partido se acabara de una puta vez.

Al menos los Lions lograron aprovechar su superioridad numérica. Desde luego, yo no podía decir eso de los Riptides. Desperdiciamos dos minutos enteros de cinco contra cuatro, buscando constantemente tiros que hacer.

Clay Morris estampó a Jakob contra las vallas, usando mucha más fuerza de la necesaria. En cuanto Jakob se estabilizó, respondió devolviéndole el golpe a Morris. La cosa se iba a poner seria. Patiné hacia ellos, sintiendo el impulso abrumador de pegarle un puñetazo a mi propio compañero, pero los Lions se me adelantaron (tanto en sentido figurado como literal). Una vez más, los árbitros intervinieron para evitar una pelea que seguramente habría hecho que el incidente del Colter Bay Grill pareciera un juego de niños.

Me quedé atrás y contemplé a Jakob. Dios, era tan guapo. Se veía aún más impresionante cuando le estaban pateando el culo.

Vale, sé lo raro que suena eso. Supongo que no podía evitar admirarlo sin importar el momento. Estaba vulnerable y tenía una diana en la espalda. Habría dado cualquier cosa por ayudarlo.

Cuando me miró, esperé que sintiera lo mismo, al menos sin la parte de la vulnerabilidad. Solo esperaba que supiera que yo no

tenía nada que ver con las gilipolleces que mis compañeros estaban haciendo.

Pero ¿sería eso suficiente? Sabía lo que habían planeado, no había avisado a Jakob y no había hecho nada para evitar que mi bruto compañero le hiciera daño.

De vuelta en el hielo, Levi Dunn terminó el resto de su penalización y regresó a la acción. Me estampó contra las vallas y reuní todas mis fuerzas para absorber el golpe. Cuando me robó el disco, lo perseguí por la pista y lo choqué contra las vallas. De nuevo, lo hice de la manera normal, sin intentar arrancarle la cabeza. Que sintiera como si me hubiera chocado contra un muro de ladrillos era harina de otro costal.

Cuando me estabilicé, avancé hacia la portería y le marqué a Ryan Detenbeck. El público se volvió loco. Eso al menos empataba el partido a uno, y podía decir que había contribuido con mi parte al equipo, incluso si mi contribución no incluía golpes bajos.

Cuando terminó el tiempo, incliné la cabeza y di gracias a Dios porque no hubiera pasado nada grave.

Aún.

Mientras entrábamos al vestuario, juraría que acababa de terminar el tiempo de hockey más largo que había jugado jamás.

Pero no pasaba nada. Solo quedaban otros cuarenta minutos de tiempo reglamentario, ¿verdad?

24

JAKOB

Decir que el partido se había puesto bronco en un santiamén sería quedarse corto. Esperaba intensidad y animosidad por parte de estos dos equipos, pero no que el partido se pusiera feo tan rápido. Qué demonios, ¿por qué no lo digo sin rodeos? Aquello era una puta guerra.

Los Lions y los Riptides iban empatados a dos goles al entrar en el tercer periodo. Esperaba que el entrenador Hardison nos cantara las cuarenta, que nos dijera que estábamos buscando problemas con Remington, pero no hizo nada de eso. Al contrario, la mirada ardiente de sus ojos lo delataba. Sabía lo que nos había dicho, y aun así teníamos que salir ahí no solo a defendernos, sino a salir victoriosos.

Cuando volvimos al hielo, estiré el cuello lo suficiente para entrever a Zane sentado en el banquillo de los Riptide. No sabía cuánto sabía él de lo que estaba pasando. Es decir, ¿estaba todo planeado? ¿Lo sabía él? Y ¿había intentado al menos disuadir a sus matones de intentar hacerme daño?

En cualquier caso, no parecía dispuesto a participar en ello. Zane era un capullo, sí, pero no tanto como el resto de su equipo. Él, por

lo menos, estaba dispuesto a jugar limpio. También era mucho más guapo que sus compañeros, pero eso era otra historia.

Salí al hielo para el primer turno del segundo periodo, al igual que Zane. Nos encontramos en el centro del hielo para el saque neutral y nos miramos fijamente a los ojos. Me flaquearon las rodillas. Eso no me pasaba nunca en esos momentos. Normalmente, me concentraba tanto, decidido a intimidar al otro, que no tenía tiempo para pensar en la extraordinaria belleza de nadie.

Zane ponía eso a prueba. Hacía que sintiera un calor y un hormigueo por dentro, incluso en un momento así, y luché conmigo mismo para reenfocar mi energía.

Cuando el árbitro soltó el disco, me abalancé hacia delante, pero Zane me lo arrebató. Luego me adelantó y avanzó por el hielo, hacia nuestra portería. Lo perseguí, alcanzándolo rápidamente, y estampé al Riptide contra las tablas.

Sí, has leído bien: estampé a Zane Hirst contra las tablas, a pesar de nuestros increíblemente intensos sentimientos y de las Olimpiadas Desnudas que protagonizaban nuestros momentos a solas. La diferencia aquí fue que usé una cantidad de fuerza normal y no apunté a arrancarle la cabeza.

Ya sabes, simplemente jugamos al hockey como se supone que debe jugarse.

Sin embargo, dudaba que el resto de nuestro equipo quisiera jugar limpio y justo. Cuando le recuperé el disco a Zane, Jax Echlin me placó contra las tablas con tanta fuerza que caí al hielo. Odio decir esto, pero por un momento, el cabrón me hizo ver las estrellas.

Sí, no me gusta decirlo sobre todo porque admitir cualquier tipo de debilidad me jode una barbaridad. Cuando levanté la vista, vi a Zane discutiendo con Jax mientras mis compañeros se arremolinaban a su alrededor. ¿De verdad estaba haciendo lo que yo creía que estaba haciendo? Es decir, ¿de verdad se delataría a sí mismo?

Eso no importó por mucho tiempo, ya que los árbitros se habían metido entre los jugadores en un intento extremadamente vano de mantener el orden. Jugadores de ambos equipos apartaron a los árbitros para poder lanzarse más golpes.

Sabía una cosa con certeza: esto no iba a acabar bien.

Quedaba menos de un periodo, me dije. Ni siquiera veinte minutos completos. Seguro que podíamos aguantar eso sin que se desatara el infierno.

Los Riptides me querían a mí, nos querían a *nosotros*, pero yo tenía una diana en la espalda en particular. Habían coordinado algo; podía notarlo. Quizá su entrenador no los había incitado a ello. Quizá incluso les había advertido contra este tipo de comportamiento, pero fácilmente podrían haber ido por libre. Lo peor era que mis compañeros no se habían comportado mucho mejor que esa escoria de Remington.

Cuando Jax Echlin cargó contra mí en la siguiente jugada, lo esquivé, de modo que se dio de bruces contra el cristal. Claro, podría haberle dado un golpe bajo durante su segundo de vulnerabilidad, pero pasé de hacerlo. A veces hay que optar por la vía elegante.

El problema es que la vía elegante no significa mucho cuando todo tu equipo espera que actúes de otra manera. Miré por encima del hombro y vi a Levi Dunn y a Ryan Detenbeck fulminándome con la mirada, como si se preguntaran por qué no le había metido un golpe a traición en un momento tan perfecto. Normalmente, ni siquiera pensaba en esas cosas y mucho menos las buscaba en medio de un partido, pero este no era un encuentro cualquiera. Estaba a punto de convertirse en otra batalla más en la guerra continua entre los Larkin Lions y los Remington Riptides.

Lo que sucede a continuación es probablemente lo más loco que ha pasado entre nuestros dos equipos. Abrochaos los cinturones.

Hacia el último tercio del tercer periodo, Levi Dunn fue a por Zane. Lo siento. Eso no es del todo correcto. Cuando digo que fue a por Zane, quiero decir que intentó cargárselo.

Sí, en serio. Dejad que os cuente lo que pasó.

Zane tenía el disco y había avanzado hacia nuestro territorio. Debió de entrar de lleno en el radar de Levi Dunn, porque Levi bajó la cabeza y cargó, como un toro que ve el rojo. Esperaba que Zane tuviera la presencia de ánimo de apartarse. A pesar de todo lo que había pasado entre nosotros, Zane Hirst no era ningún blandengue y

podía soportar un castigo considerable. Por otro lado, Levi Dunn era uno de los jugadores de hockey más fuertes y duros que he conocido. Podría haberle arrancado la cabeza a Zane si hubiera querido.

Gracias a Dios que no le dio su mejor golpe, pero no fue ni de lejos a medio gas. Probablemente hasta yo me habría encogido al verlo si no me hubiera acercado a ellos. Cuando alcancé a esos dos, Levi había agarrado a Zane por la camiseta, listo para pasársela por encima de la cabeza. Los tres árbitros se abalanzaron para tratar de separarlos, pero yo hice algo drásticamente diferente cuando me metí en la refriega.

Agarré a Levi por el cuello de la camiseta y lo aparté de Zane.

Palabra de honor, me sentí como un hombre poseído y no pude controlarme. Lo juro. Solo quería calmar la situación, aunque en lo más profundo de mi corazón realmente quería proteger a Zane. Simplemente lo hice todo rematadamente mal. Debería haberme limitado a meterme entre ellos y asegurarle a Levi que lo hacía por su propio bien.

Se puede decir que la cagué a base de bien.

Levi se giró y probablemente me habría lanzado una mirada muy fea si ambos equipos no hubieran convergido en ese espacio. Decir que las cosas se convirtieron rápidamente en una batalla campal en toda regla sería quedarse corto.

Pero eso no es todo. El partido terminó con varias expulsiones, incluyendo a Levi y Jax Echlin. A Zane también lo echaron cuando volvió a meterse en la pelea, decidido a dar unos cuantos golpes por su cuenta. Eso dejó a muchos reservas para terminar el partido.

Aquí viene la parte jodida de verdad: los Riptides ganaron 3-2.



—¿Qué coño te pasa? —preguntó Ryan Detenbeck al acercarse a mi taquilla.

Me encogí de hombros ligeramente. ¿Acaso le debía una explicación?

—No finjas que no sabes de qué estoy hablando —dijo—. No soy tan tonto como parezco.

Hizo una pausa y desvió la mirada, como si deseara con todas sus fuerzas poder retirar esa última frase. Yo haría lo siguiente mejor: no usar sus palabras en su contra.

Recuerda, no le debía una explicación ni a él ni a nadie, así que empecé a vestirme con la intención de irme del vestuario sin decir ni una palabra sobre el hecho de haber apartado a Levi de Zane.

Supongo que a estas alturas ya sabes con qué frecuencia salen las cosas como yo quiero.

—Lo que has hecho ahí fuera ha sido una soberana mierda, tío —dijo.

De nuevo, no dije nada.

—Sé que no eres el jugador más peleón del equipo. Joder, no eres nada peleón. Nunca te peleas con nadie, y eso es una cosa. Levi Dunn *sí* es un jugador peleón que sabe cómo hacer el trabajo. Podría haberle clavado una estaca en el corazón a Remington para siempre si tú no te hubieras metido con él y con Zane. ¿Por qué no podías dejarle hacer lo suyo?

—¿Nunca has oído hablar de salvar a alguien de sí mismo?

Al instante me arrepentí de haber roto mi promesa de no hablar de todo el asunto. Ahora que había abierto la boca, tendría que atenerme a las consecuencias.

—¿Eres su padre o qué? —preguntó Detenbeck—. No necesitaba que lo salvaran, tío. Sabía perfectamente lo que hacía.

—¿No te das cuenta de las consecuencias de esto?

—¿De quién? ¿Del entrenador Hardison?

—No, de las altas esferas. Esas expulsiones podrían acarrear suspensiones, ya verás.

—Nada de esa mierda importa, ya sabes. No cuando se trata de los Riptides.

¿No crees que ya es hora de dejarlo?, pensé. Las palabras casi se me escaparon de la boca. Gracias a Dios que no lo hicieron, porque odiaba meterme más en el fango.

—Algo pasa —dijo.

—No pasa nada.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué actúas tan raro?

Finalmente, había picado lo suficiente como para llegar al verdadero meollo de la cuestión. Respiré hondo, cerré los ojos y reuní todas mis fuerzas para poder quitármelo de encima.

—Ajá —dijo—. No has negado que actúas raro. ¿No es eso casi como una confesión de culpabilidad?

—Eres idiota, ¿lo sabías?

Se señaló a sí mismo como pidiendo confirmación de que él era, en efecto, el idiota al que me refería, y luego se rio de una manera que sugería que no estaba ni de lejos bromeando. Entendí en ese momento que mi compañero de equipo no se rendiría y que necesitaba pasar a la ofensiva.

—¿Planeasteis eso? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, Detenbeck, si de verdad no eres tan tonto como pareces, entonces sabes perfectamente de qué estoy hablando.

—¿La pelea? ¿Me estás echando la culpa de eso?

—No digo que hicieras nada directamente o solo, pero tengo la sensación de que esto no fue un accidente.

—Ellos empezaron. —La forma en que escupió las palabras le hizo parecer un niño de cinco años. También delató su culpabilidad —. Si no te hubieran dado un golpe bajo a *ti*, nada de lo que pasó después habría ocurrido.

Hice una pausa, sintiéndome sumamente insatisfecho.

—¿Planeasteis eso? —pregunté de nuevo.

—Joder, tío, te acabo de decir que no hicimos nada. Solo reaccionamos a las cosas que *ellos* hicieron, y no me puedo creer que me estés interrogando por ello como si hubiera hecho algo malo.

No tuvo que decirme la verdad. La vi en sus ojos. Ya sabía que el tipo de relación que tenía con Zane sería un desafío. Cualquier idiota podría decírtelo. No me había dado cuenta de que mi relación con mis compañeros de equipo se complicaría tanto sin que ellos siquiera lo supieran.

25

ZANE

—¿Qué coño estabas haciendo ahí fuera? —preguntó Jax Echlin—. Espera, más bien sería: ¿qué coño *no* estabas haciendo ahí fuera?

Jax, que siempre había sido un pesado engreído, normalmente reservaba sus peores facetas para los demás, dejándome a mí al margen, pero siempre hay una primera vez para todo. Podría haberle dado una respuesta rápida y fácil, pero preferí ni mirarlo. Después de cómo había acabado el partido —victoria para nosotros o no—, no estaba de humor para aguantar sus gilipolleces.

—Sabes que no has jugado en equipo ahí fuera, ¿verdad? —preguntó.

—¿Ah, sí?

—Ajá.

—¿Y qué he sido, entonces?

Habría esperado que alguien con una boca tan grande como la de Jax soltara una respuesta ingeniosa, pero se quedó ahí parado con cara de pasmarote. Menos mal, porque le habría cantado las cuarenta, fuera el capitán de nuestro equipo o no.

En lugar de continuar la conversación, seguí metiendo el equipo a presión en la bolsa y me preparé para ir a la ducha. Sí, el partido

había sido muy diferente a como esperaba, aunque no le faltó su dosis de hostilidad. Simplemente, me sentía aliviado de que nadie hubiera resultado herido de gravedad.

Eso significaba que el plan del entrenador Mack había fracasado estrepitosamente. No iba a echarme a llorar por eso. Si Jax preguntaba, quizá le soltaría toda la sinceridad que su cerebro de mosquito pudiera soportar.

Fuera como fuese, sabía que no había zanjado el tema.

—El equipo tenía una misión que cumplir esta noche —dijo Jax—, y…

—Y yo he ayudado a alcanzar el objetivo del equipo. Nadie puede decir que no lo haya hecho.

Jax abrió los labios, como si fuera a interrumpirme, pero no se lo permití.

—Hemos ganado el partido —dije—. De calle, y punto. Ni siquiera hemos necesitado prórroga. No entremos en la misión del equipo, Jax. Sé cuál es desde el primer día.

—No me refiero a eso, y lo sabes.

Claro que lo sabía, pero habría preferido ceñirme a nuestro verdadero propósito que ceder a la estupidez de Jax. Bueno, técnicamente era la estupidez del entrenador Mack, pero hay que ser todavía más idiota para secundar las tonterías de otro.

—Creo que el objetivo aquí estaba bastante claro —dijo—. No me habría enfadado si no hubieras conseguido eliminar a Jakob Martin, siempre que al menos lo hubieras intentado. Pero no lo has intentado. Era como si no quisieras hacerle daño a nadie.

—No quería hacerle daño a nadie.

—Quiero decir que tenías miedo de hacerle daño a alguien.

—No tengo miedo, Jax. Sencillamente, no iba a hacerlo.

Jax se quedó helado. Movió los labios, pero no salió ninguna palabra, como si no se lo hubiera esperado, y mucho menos de mí. En lugar de seguir escuchando sus gilipolleces, me quité los calzoncillos y la camiseta, cogí una toalla y me fui a la ducha. Jax hizo lo mismo. Por muy molesto que estuviera, no pude evitar echarle un vistazo a su polla grande, que se balanceaba de un lado a otro como un metrónomo mientras caminaba.

Abrí los grifos de la ducha y me deleité con el agua caliente rociándome la cara. Eso tendría que ser lo más destacado de mi postpartido, ya que no podía contar con una celebración de verdad, al menos en lo que a Jax respectaba. No se habría quedado contento a menos que se hubieran llevado a alguien en camilla.

—Debes de tener mucha pasta, colega —dijo Jax, de pie bajo la alcachofa de al lado.

—¿De qué hablas ahora, Jax?

—Has dejado pasar un pastón. Piénsalo. Podrías haberle entrado de forma limpia a Jakob. Lo tenías delante de tus narices; más de una vez, de hecho. Y también sé por qué no lo has hecho.

Dios mío, pensé. *¿Lo sabe?*

Se me revolvió el estómago y me costó ocultarle mi miedo a Jax. Aunque, ¿de qué tenía que tener miedo? No quería tener miedo. Tampoco quería sentir vergüenza, y la única sensación que me invadió fue el miedo a admitir mi relación con Jakob. Aun así, si creía que Jax se había puesto duro conmigo por no haberle hecho daño a Jakob, sabía de sobra que aún no había visto nada.

Hasta el momento, el silbido del agua y el chapoteo sobre cuerpos desnudos y los azulejos de la ducha habían sido la única respuesta.

Me embadurné la parte superior del cuerpo con gel de ducha y eché un vistazo a Jax haciendo lo mismo. Aunque una parte de mí había llegado a odiarlo, no pude evitar ceder a lo único que nunca había hecho antes de conocer a Jakob. Si seguía así, acabaría volviéndome adicto… o se me pondría dura en el peor momento posible.

—¿Nada, Zane? —preguntó—. ¿Ninguna respuesta?

Me encogí de hombros, sin saber qué decirle.

—Por cierto, ¿qué pasa con Jakob?

—No sé de qué hablas.

Mi compañero de equipo bufó, como si supiera reconocer la mierda cuando se ahogaba en ella.

—Vale, te lo preguntaré de otra manera —dijo—. ¿Por qué te quitó de encima a Levi Dunn?

—Ni idea. ¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Porque te lo estoy preguntando a ti.

Hacía años que sabía que Jax Echlin era un gilipollas integral, lo que no me parecía gran cosa antes porque yo era tan gilipollas como él. Solo que ahora era menos gilipollas, aunque tampoco fuera un angelito. Digamos que juntarme con Jakob me había rebajado a ser solo un capullo.

Siguió mirándome con esa expresión odiosa que antes me parecía guay, pero que ya no soportaba. Joder, quería partirle la cara, pero eso solo habría empeorado las cosas.

—No sé por qué hizo eso —dije—. Me habría encantado darle un buen golpe a Levi Dunn. De hecho, me habría encantado darle un puñetazo en toda la nariz a Jakob Martin. Podría haberle enseñado modales de una vez por todas.

—Algo para lo que has tenido más de una oportunidad y que, por alguna razón, has desaprovechado cada vez.

Jax pensaba que le estaba tomando el pelo. No hacía falta que me lo dijera con palabras ni con su lenguaje corporal. *Yo* no me creía lo que había dicho, lo que era garantía de que ni Jax ni nadie más sería tan tonto como para creérselo.

Basta de esto, decidí. Me aclaré, cerré los grifos y me sequé con la toalla. Jax hizo lo mismo, como si pretendiera pegarse a mí como una ameba. Cuando volvimos al vestuario, el resto del equipo se nos unió, pero nadie estaba celebrando. No digo que la escena pareciera un funeral, pero cabría esperar que estuvieran mucho más contentos después de apuntarse una victoria, sobre todo una a costa de los Larkin Lions.

Sin embargo, mis problemas no acababan en la falta de celebraciones. La gente pasaba a mi lado, sin decir nada, casi como si no existiera.

Como siempre, el entrenador Mack tomó la palabra una vez que todos se hubieron acomodado.

—Buen trabajo ahí fuera, hombres —dijo—. Sé que la mayoría de ustedes se dejaron la piel. Teníamos una misión importante en mente, y en eso hemos fallado, aunque hayamos conseguido la victoria.

Sonaron unos pocos aplausos en la sala, que palidecieron en comparación con la atronadora ovación que normalmente acompañaba cualquier punto álgido de un discurso de victoria. La mirada pétrea en sus ojos sugería que realmente creía que habíamos fracasado en esta ridícula misión, tal como había dicho Jax.

¿Y qué demonios quería decir con *la mayoría de ustedes?* Puede que Jakob Martin me hubiera ganado por lo que parecía la centésima milésima vez, pero sabía de sobra que se refería a mí. Sería un entrenador de hockey, pero eso no significaba que no pudiera ser pasivo-agresivo.

—Si les preocupa una sanción, déjenme decirles que no se preocupen por nada —dijo—. No habrá ninguna sanción por mi parte.

Ahora aplaudieron más manos. No podía creer lo que estaba oyendo. Parecía que mis compañeros de equipo todavía se tragaban toda esa locura, incluso después del caos que se había desatado en el hielo. Peor aún, yo habría estado ahí con ellos si no hubiera forjado un vínculo tan fuerte con Jakob.

—No quiero que ninguno de ustedes piense en hoy como un fracaso —continuó—. Y desde luego no quiero que piensen que fue su última oportunidad. Volveremos a jugar contra esos gilipollas muy pronto.

Esta vez no hubo aplausos (gracias a Dios), pero voces animadas resonaron por la sala. Mucho de lo que oí sonaba a galimatías, pero pude traducir algunos de los murmullos. En pocas palabras, todo el mundo esperaba con ansias otra oportunidad para hacerles daño a los Larkin Lions.

Todos excepto yo, claro.

—Ahora, quiero que todos se tomen un día libre y disfruten de la victoria —dijo—. Se lo merecen.

Eso trajo de vuelta los aplausos. Los grupos de jugadores y entrenadores asistentes se dispersaron contentos. No se me escapó el hecho de que el entrenador Mack no me mirara ni una sola vez. Después de todo, él había puesto la recompensa sobre la mesa y me había declarado el jugador lógico para cazar a Jakob Martin en primer lugar.

Y le había fallado. Cualquier jugador de hockey que hubiera pisado el hielo para el entrenador Mack sabe que ese hombre no aceptaba que le fallaran. Tampoco aceptaba que nadie se negara a cumplir sus órdenes. Solo que yo no me había negado a nada, no directamente. ¿Acaso no hacer algo horrible constituía una negativa?

Una parte de mí quería parar a algunos compañeros y explicarles la situación, pero sin decir nada sobre Jakob y yo. Quería creer que eran gente buena y decente, y que entenderían que se nos había pedido que lleváramos a cabo una acción incivilizada contra los Larkin Lions. La violencia formaba parte del juego, claro, pero nunca se debía buscar.

Sin duda, me preguntarían por qué Jakob me había quitado de encima a Levi Dunn, y no tendría respuesta. Como he dicho, ni *siquiera yo* sabía la razón. Lo que sí entendía era que las consecuencias de mi relación con él estaban empezando a florecer. Sinceramente, sabía que, técnicamente, algo malo podía pasar, pero en realidad no *creía* que fuera a pasar. Piénsalo como saber que tu casa podría incendiarse como la de cualquiera, pero dudas que te vaya a pasar a ti hasta que la ves envuelta en llamas. Había cruzado el punto de no retorno. Lo más loco era que, de todos modos, no tenía ningún deseo de mirar atrás.



Al día siguiente, recibí una notificación de la NCAA de que me sancionarían con tres partidos por mi implicación en esa pequeña tangana. Supongo que a eso se refería el entrenador Mack cuando dijo que no habría ninguna sanción por su parte. Me importaba una mierda. Eso me permitiría un tiempo muy necesario lejos de los Remington Riptides.

Pero, por primera vez, el hockey no era lo más importante en mi mente.

26

JAKOB

Zane me embestía con la polla, haciéndome sentir la potencia de cada estocada. Mantuve la cabeza gacha y los ojos cerrados, absorbiéndolo todo. Unos instantes antes, me había follado duro y rápido, llevándome al borde del orgasmo, para luego reducir la velocidad y permitirme saborear cada gramo de placer. Pensad en ello como darle caña a la cinta de correr o a la máquina de escaleras. Te vas esforzando cada vez más y le das duro durante un rato antes de aflojar, pero aun así a tu cuerpo le pasa factura.

Zane aceleró en un feroz estallido de energía y me agarró los hombros con ambas manos. Sentir su agarre férreo intensificó el placer. Y yo sentía la precisión experta con la que Zane follaba. No os riáis. Es algo real, algo que nunca habría esperado de él.

Nuestra primera vez juntos había sido torpe y apresurada, como si hubiésemos estado jugando a luchar, pero desnudos. Esa había sido nuestra válvula de escape para liberar la tensión que casi se había apoderado de nosotros esa noche.

Sus manos se deslizaron hacia delante y me rodearon el cuello, no con la fuerza suficiente para ahogarme, pero sí con la presión necesaria para cortarme un poco el aire.

Zane no anunció que estaba a punto de correrse. Su respiración agitada y el ritmo vertiginoso al que me follaba lo decían todo. Sentí que la tensión se acumulaba bajo mi cintura y me di cuenta de que mi propio orgasmo estaba mucho más cerca que el horizonte.

Mientras me agarraba la polla con la mano, masturbándome con fuerza, Zane me embestía con cada espasmo del orgasmo que lo recorría. Sus gemidos eran música para mis oídos. Sentí su corrida caliente chorrear dentro de mí, la gota que colmó el vaso y desencadenó mi propio clímax.

La polla de Zane permaneció dentro de mi culo mientras él se inclinaba sobre mí. Sentí su cuerpo esculpido y sudoroso presionar contra mi espalda mientras me besaba el cuello, anclándome a un mundo de éxtasis durante unos instantes más.

Cuando Zane se retiró de mí, me di la vuelta y me quedé tumbado boca arriba, con la mirada fija en el techo. El sexo me había distraído de mi pensamiento constante desde el último partido. Como habréis adivinado, mis compañeros de equipo, Zane y el caos que se había desatado dominaban esos pensamientos.

Decir que me sentía en conflicto sería quedarse corto, pero la verdad era muy complicada. Desde la victoria de los Riptides sobre nosotros (Dios, cómo odio decir eso), el problema no había hecho más que agravarse y se había convertido en otro elefante en la habitación.

Necesitaba hablar de esto con Zane, pero no sabía cómo. Este parecía un momento tan bueno como cualquier otro, quizá porque ambos habíamos conseguido lo que queríamos.

Normalmente, me habría levantado de la cama y me habría metido en la ducha en cuanto hubiese acabado el clímax, si me hubiera estado tirando a una de mis exnovias. El sexo con Zane era diferente. Vale, eso es obvio. Lo que venía después también resultaba muy diferente.

Ya sabéis a lo que me refiero.

Se dio la vuelta y apoyó la cabeza en un puño. Le sonreí, deseando vivir en ese momento para siempre. Le acaricié con el dedo el pliegue del centro de su pecho y luego me incliné para besarle los labios.

—¿Te ha gustado, eh? —preguntó.

—Oh, sí…

No dijo nada más. Sinceramente, no sabía si buscaba que se lo confirmara. Parecía más bien que quería preguntarme algo, pero no sabía cómo.

Cerré los ojos un momento. Quería que supiera que el sexo había sido genial, pero no iba a hacer demasiado evidente el hecho de que me había aguantado varios asaltos. No necesitaba que se le subieran los humos, sin segundas intenciones.

—Le estás dando vueltas a algo. —No necesitaba exigir una respuesta, al menos no directamente.

Tenía razón, pero no pensaba soltar prenda.

—Aunque sí que tengo que preguntarte algo —dijo.

—¿El qué? —pregunté.

—¿Por qué me quitaste de encima a Levi Dunn?

—Porque iba a hacerte daño, por eso.

Cuando se quedó callado, supe perfectamente lo que estaba pensando. Era más que el hecho de que odiara la idea de que otro hombre se preocupara de que le destrozaran la adorable carita a su niño bonito, aunque supuse que eso debía de influir. Odiaba ver un puño estrellarse contra una cara tan bonita como la de Zane; eso era verdad. Aunque ya había aprendido a leer a Zane como un libro abierto, no podía descifrar la pieza que faltaba.

Algo pasaba aquí, pero ¿qué?

—Tiene que haber algo más —dijo.

—Pues no lo hay. Me pareció una mierda la entrada de Levi y quería evitar que las cosas fueran a peor.

—Pero no tenías por qué meterte, Jakob. Podrías habernos dejado jugar el partido.

—Si os hubiera dejado jugar el partido, la cosa se habría ido de las manos.

—La cosa *se fue* de las manos, así que no habría habido mucha diferencia si me lo hubieras quitado de encima o no.

—Perdona por preocuparme, Zane. ¡Per*dona*! Tenía buenas intenciones, y no me digas que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

No dijo nada porque sabía de sobra que esa frase había estado a punto de salir de sus labios.

—Y ya que estamos —dije—, ¿por qué no hiciste nada con tus compañeros neandertales que respiran por la boca cuando intentaron arrancarme la cabeza?

—Porque los estaba dejando jugar el partido. Tenemos árbitros en el hielo para mantener el orden, ¿sabes? Además, sé que eres lo bastante duro para aguantarlo.

Otra ración generosa de gilipolleces.

No iba a presionarlo demasiado porque no quería que me hiciera demasiadas preguntas sobre por qué los Lions habían ido tan a saco contra los Riptides. Podría haber habido algún estímulo tácito —o explícito— para lesionar a los jugadores contrarios. Si había ocurrido en el vestuario de los Lions, seguro que también podría haber ocurrido en el de Remington.

Sin embargo, tenía más motivos de los que iba a admitir para salvarlo del malo malísimo de Levi. Para empezar, ver que le hacían daño a Zane me dolía. Ya sabes, yo podría haber hecho algo al respecto. No tenía por qué salir herido. Y sentía lo mismo sobre dejar que los tíos jugaran al hockey. Puede que no fuera tan cabezota como Zane, pero entendía que jugábamos a un deporte duro.

Simplemente, odiaba que alguien le pusiera las manos encima a mi hombre.

—¿Sabes la de palos que me cayeron por lo que hiciste? —preguntó.

—¿Cuántos?

—Una tonelada. Todos los tíos del vestuario querían saber qué coño pasaba.

—Menuda cosa.

—¿Menuda cosa? Para mí lo fue, Jakob. Puede que sea el mejor jugador del equipo, pero no soy yo el que corta el bacalao. Ese es el trabajo de Jax, y le cabreó una barbaridad.

Mi intención era sentir cierta satisfacción por eso, sobre todo porque detestaba a Jax Echlin más que a cualquier otro Riptide. Aun

así, no podía obviar la mirada lastimera de Zane, con la piel fruncida entre las cejas. Hora de pasar a la ofensiva.

—Para que te enteres, yo también recibí un montón de críticas de mis propios compañeros —dije.

—¿Y a quién coño le importa? Fue por tu propia estúpida culpa, ¿no?

—Esa no es la cuestión, Zane. Es que fue demasiado para mí ver que Levi Dunn estaba a punto de darte una paliza.

Cuando Zane se incorporó de golpe, supe que me había metido en un lío de cojones.

—Eso suponiendo que Levi Dunn pueda hacerme una mierda, colega.

—Oh, creo que sí puede. Es nuestro matón, por no mencionar que es el mayor cabeza de chorlito de nuestro equipo. Hace este tipo de cosas por diversión. Eso lo hace doblemente peligroso.

No me molesté en recordarle que yo mismo había dejado a Zane K.O. y era lo más alejado a un tipo duro en nuestro equipo… para los estándares del hockey. Subestimar a Levi solo garantizaba que la próxima vez saldría herido.

—Mira, me da igual —dijo Zane—. Creo que este pequeño incidente ha dejado algo perfectamente claro.

—¿Y qué es?

Hizo una pausa, como si quizá nunca hubiera tenido un argumento y solo hubiese intentado salir del paso con un discurso dramático.

Cuando salió de la cama, se puso los calzoncillos que había tirado al suelo, y yo le miré la polla, saboreando cada momento de su libertad antes de que los bóxeres la ocultaran.

No podía negar que algo estaba pasando aquí. Había sentido algo en el hielo, mientras los jugadores de ambos equipos nos habían rodeado. Sin embargo, no sabía exactamente qué.

—No esperaba que las cosas se convirtieran en un problema tan grande —dijo.

Me encogí de hombros y dije: —Yo no esperaba que ambos equipos salieran con la artillería pesada de esa manera.

Vale, le había soltado una buena sarta de mis propias gilipolleces, pero donde las dan las toman, ¿no? Por supuesto que sabía que ambos equipos saldrían a por todas. Siempre lo hacen. Y quizá debería haber esperado que el nivel de intensidad subiera al menos unos cuantos grados para este partido. Eso me convencía aún más de que los Riptides habían planeado lesionarnos a propósito.

Podía creérmelo. Los Lions habían hecho lo mismo, aunque yo me había negado a participar. Quizá Zane se encontraba exactamente en la misma situación, pero no podía admitirme que sabía lo que estaba pasando.

Éramos dos, supongo.

Cuando Zane terminó de vestirse, perdí la esperanza de que hubiera una segunda parte y me levanté de la cama. Lo miré, sabiendo que aún no había terminado de hablar.

—No sé qué decirte —dijo—. Lo único que sé es que la próxima vez que nuestros equipos jueguen, actúa como si no me conocieras.

—No puedes hablar en serio.

—Vale, quizá no finjas que no me conoces, pero si Levi Dunn viene a por mí, *no* quiero que vengas al rescate. Quiero que sigas adelante y dejes que me parta la cara.

Zane hizo una pausa, pareciendo comprender lo rara que había sonado esa última frase. Convoqué toda mi fuerza de voluntad para no reírme.

—Ya sabes a lo que me refiero —dijo.

Y lo sabía, pero odiaba el mensaje. También me dolía, aunque no lo fuera a decir. De cualquier modo, entendí que no estaba de humor para que lo desafiaran, y a mí se me habían quitado las ganas de discutir.

Cogí una toalla y me dirigí a la ducha. Cuando giré los grifos, recibiendo un chorro de agua caliente en la cara, no pude evitar preguntarme si tendría el valor y el alma para cumplir sus deseos la próxima vez.

Y definitivamente habría una próxima vez.

27

ZANE

Normalmente, nunca habría aceptado respuestas como la que me dio Jakob. Se lo habría dicho tal cual, pero no pude. O sea, no es que fuera literalmente incapaz de hacerlo, pero ahora me sentía débil. Impotente, incluso.

Espera, olvida eso. Ninguna frase que incluya palabras como *impotente* acaba bien.

Algo pasaba (joder, otra vez con el tema de la impotencia), y tenía que saber el qué. Me senté frente a Jakob en un reservado de Amy's Place, un restaurante en la calle Main. Estaba a unas pocas puertas de Parkside Candy, donde Jakob me había engañado de forma tan, em, eh, ingeniosa. Devorábamos hamburguesas con queso y patatas fritas, casi ajenos al hecho de que estábamos juntos en público y cualquiera podría vernos. ¿Y qué demonios haríamos entonces?

Sí, sí, los clientes del restaurante nos verían, pero el riesgo era bajo. Mientras les importara una mierda el hockey universitario local, estaríamos a salvo. Búfalo era una ciudad grande, pero, aun así, un maldito pañuelo. Ninguno de mis compañeros de equipo frecuentaba Amy's Place pero, como se suele decir, siempre hay una primera vez para todo. Cualquier tipo de aparición pública juntos suponía un

riesgo y, sin embargo, me sentía inusualmente cómodo, siempre que tuviera a Jakob conmigo.

—Y bien —dijo Jakob—, ¿qué viene ahora?

Al menos, eso fue lo que creí que había dicho. Salió sonando más bien como un «y ien, é iene ahoga» porque formuló la pregunta con la boca llena de hamburguesa.

Vaya clase que tiene, ¿no?

—Perdona, Jakob, ¿qué coño me acabas de preguntar?

—Y ien, é iene…

—¿Quieres comer con la boca cerrada, por el amor de Dios?

—V-le.

Masticó la hamburguesa, casi atragantándose con ella, antes de tragar.

—Vale —dije—, ahora, adelante, haz tu pregunta.

—¿Qué viene ahora?

—¿A qué te refieres?

Apartó el plato, le dio la vuelta al mantel individual de papel y sacó un boli de la mochila. Y entonces se puso a dibujar algo.

—¿Por qué cojones te pones a garabatear en un momento como este? —pregunté.

—Para ayudarte a entender la pregunta supersencilla que te acabo de hacer. Es obvio que necesitas que te hagan un croquis.

Quise quitarle el boli de la mano de un manotazo. No, espera, quise coger ese boli y metérselo por la nariz. Esa opción sonaba particularmente tentadora, pero reconocí la necesidad de autocontrol.

En lugar de hacer lo que de verdad me sentaría bien, me conformé con arrebatarle el mantel, arrugarlo hasta hacer una bolita y estrellársela contra la frente.

Cuando eché un vistazo al restaurante, me di cuenta de que la gente en la barra nos miraba por encima del hombro, así que volví a centrar mi atención en Jakob.

—¿Ha quedado claro? —pregunté.

—¿A qué coño ha venido eso?

—A que intentaras hacerme un croquis como si fuera un idiota solo porque te he pedido una aclaración.

—Un poco a la defensiva, ¿no?

—¿Cómo no voy a estar a la defensiva? ¿Has tenido la desfachatez de preguntarme qué viene ahora?

Vale, quizá sí que estaba un poco a la defensiva. Pero, para ser justos, tenía una buena razón. Si se refería a nuestra relación, entonces tenía motivos de sobra para oponerme a que sacara el tema durante la comida, cuando solo quería relajarme y no tener que pensar en nada denso. Joder, el hecho de que hubiera sacado el tema en un lugar público debería haberme cabreado más que cualquier otra cosa. Dejando a un lado el sentido común, me ponía en un aprieto y también me obligaba a comportarme.

Quizá de eso se trataba.

Aun así, era incapaz de mirar a Jakob al otro lado de la mesa y seguir enfadado con él más de treinta segundos.

—Vale, Jakob —dije—. Ilumíname. ¿Qué quieres saber sobre lo que viene ahora?

—Quiero hablar de lo que viene ahora para nosotros. Y no parezcas tan emocionado.

Bueno, casi me atraganté con la rabia, y estoy cien por cien seguro de que se me notó. Apúntale una victoria moral a Jakob. Podría haberme abalanzado sobre la mesa hacia él, pero se lo habría tomado como una insinuación sexual. Hacerlo también constituiría la segunda victoria moral para ese imbécil.

Respira hondo, chaval. Despacio, inspira y espira.

Seguí el consejo de mi voz interior, pero no pude evitar que mis dedos se curvaran, listos para arañar el tablero de la mesa.

—Con todo lo que ha pasado solo en la última semana —dijo—, creo que al menos tenemos que hablarlo. No puedes dejar las cosas sin resolver porque el problema solo se enquistará.

—¿Y eso dónde lo has oído?

—Del Dr. Phil. Todavía sale de vez en cuando por la tele, ¿sabes?

—¿Y qué dijo sobre nosotros?

—Nada. Solo recuerdo que dijo que hay que resolver la mierda o el problema se enquistará.

—Seguro que lo dijo con esas mismas palabras, sí.

Jakob hizo una pausa. No se enfadó. No se vengó necesariamente, al menos no de forma activa. De hecho, Jakob Martin era realmente el jugador de hockey más tranquilo que había conocido, pero tenía sus límites, y parecía que yo me había acercado al menos a uno de ellos.

—Estás dando largas. —Habló en voz baja, y no pude confundir su significado. Fue una de las pocas cosas que le oí decir sin sarcasmo.

—Vale, puede que esté dando largas, es solo que… no quiero analizar lo que sea que tengamos entre manos…

—Somos novios.

—Claro, eh…

Había usado esa palabra. Joder. Sí, ya habíamos acordado que teníamos algún tipo de relación, aunque en gran medida habíamos evitado las etiquetas, pero algo en esa palabra me resultaba muy extraño. *Persona especial*, quizá *un muy buen amigo* o incluso *un polvo fijo* habría funcionado perfectamente, aunque no lo diría ahora mismo. Jakob tenía demasiadas cartas en esta conversación como para que yo discrepara.

—Después de ese último partido —dijo—, algo me quedó muy claro.

—¿Qué te quedó claro?

Sus ojos se desviaron hacia la entrada como si esperara que alguien se uniera a nosotros y luego suspiró. Parecía que sabía lo que quería decir, pero no podía articularlo. Peor aún, parecía carecer de la fuerza para que las palabras salieran de sus labios.

—Puedes decir lo que sea que quieras decir —le dije.

Inhaló profundamente y luego soltó el aire a la fuerza.

—Para empezar —dijo—, sé que vamos a estar en esto *a largo plazo*. No sabía qué pensar cuando nos metimos en esto. Fue tan raro para mí como para ti. Pero me dejé llevar y escuché lo que me dictaba el corazón. Y sigo escuchando a mi corazón ahora.

Esa última frase me apuñaló con mil pequeñas agujas. ¿Había escuchado a su corazón? Sí, se podría decir que yo había hecho lo mismo (además de escuchar a partes del cuerpo mucho más sensibles), pero no habría descrito mi decisión con esas palabras.

Los jugadores de hockey no se guían por el corazón. Puede que hagan lo que creen correcto. Desde luego que escuchan a sus instintos. ¿Pero el corazón?

A la mierda con eso.

—Vale —dije—, ¿a qué te refieres con *a largo plazo*?

—Significa que esto no es a corto plazo. No es un rollo pasajero. No puedo predecir el futuro más que tú. Solo digo que estamos juntos, y es algo permanente, aunque nunca lo hayamos dicho de esa manera. Por eso tenemos que averiguar cómo van a ser nuestras vidas de ahora en adelante.

Jakob tenía razón. Por el amor de Dios, no le digáis que he dicho eso. Ya era bastante malo que me hubiera acorralado durante esa conversación. No necesitaba que además se le subieran los humos.

—Piénsalo —dijo—, que te salvara el culo de Levi es el último síntoma de que nuestra relación no es una tontería.

—No me salvaste el culo de nadie. Podría haberme encargado de ese cabeza hueca sin problemas, ¿sabes?

—Puede ser, pero el hecho de que sintiera la imperiosa necesidad de quitártelo de encima dijo más de lo que las palabras jamás podrían. Y el hecho de que apenas me tocaras en ese partido, cuando tus compañeros intentaban arrancarme la cabeza, dice mucho de lo que sientes por mí.

Podría haber contraatacado diciendo que nadie había intentado arrancarle la cabeza, pero no habría sido cierto. Tenía razón. Habían ido a por él y yo lo había sabido todo el tiempo. Una punzada de náusea se me instaló en las entrañas al darme cuenta de que debería haber hecho más para salvarlo del resto de los Riptides. Después de todo, lo que habían intentado hacer iba más allá de simplemente jugar al hockey.

Pero eso no era todo. Sentado frente a Jakob y contemplando su rostro, supe que había tenido razón sobre este asunto del «largo plazo». Negarlo no me llevaría a ninguna parte. Al principio, había sentido que le había seguido el juego a Jakob con todo este asunto de la relación. Me había sentido confuso, pero también cachondo de cojones, a decir verdad. No hace falta darle más vueltas a cómo

nunca habría esperado que un tío me llevara a un frenesí sexual. Eso ya está más que trillado.

Habría esperado que ya hubiera terminado. A ver, sé lo mal que suena eso, pero míralo desde mi punto de vista. Ya había pasado por esto cien veces antes. Nunca con un tío, y definitivamente no con un acérrimo rival, pero ¿a quién le importa? La cuestión es que te metes en estas cosas, te diviertes y luego te sales. Sencillo. Solo que lo que tenía con Jakob desafiaba los principios básicos.

Y, por supuesto, no podría compartir esos pensamientos con él ni en un millón de años, porque eso aniquilaría cualquier argumento que quisiera exponer.

Entonces, como si erigiera un muro emocional entre nosotros, dije: —¿Sabes que nos vamos a meter cada vez más a fondo en esto, verdad?

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—¿Y a ti te parece bien?

Se encogió de hombros, mojando un par de patatas fritas en un charco de kétchup.

—No creo que tengamos elección —dijo.

—Claro que tenemos elección. Somos seres humanos, ¿no? Tenemos libre albedrío.

—El libre albedrío se aplica a la mayoría de las áreas de la vida, pero hay excepciones.

—Vamos, Jakob, ¿estás diciendo que no tenemos control sobre nuestras propias vidas?

—No es tan malo como lo pintas, pero definitivamente te estás acercando.

—Genial.

Podría haber declarado igualmente que nuestra relación era un tren de mercancías que nadie podía detener. Ni siquiera Superman o Flash. Si lo hubiera dicho de verdad, habría encontrado algo mucho más grande que un mantel de papel arrugado para estrellárselo contra la cabeza.

Tampoco podía negar que yo también había sentido algo que deseaba decirle desesperadamente, aunque no pudiera articularlo

con claridad ni hacer que las palabras salieran de mis labios. Peor aún, si lo decía, no habría vuelta atrás.

28

JAKOB

—Estás enamoraaaado. —Levi Dunn lo dijo con una vocecilla cantarina que tenía más en común con la de una adolescente cotilla que con la de un matón del equipo de hockey de un metro noventa y cinco y ciento nueve kilos.

Me habría sonrojado mucho más si alguno de nuestros compañeros hubiera estado cerca para oír esa insinuación. Se habrían sumado al cachondeo, creando una situación sin escapatoria. Aun así, debí de sonrojarme un poco, porque sentí un calor por todo el cuerpo y luché contra el impulso de mirar hacia otro lado.

—Vamos a jugar al hockey, ¿qué me dices? —pregunté y golpeé un disco hacia el otro extremo de la pista.

Levi se abalanzó y me arrebató el disco, y yo me lancé hacia delante para recuperarlo. Como se quedó con el disco, me pegué a él, intentando vencer al bruto, pero fue como si me hubiera estampado contra un muro de ladrillo.

Joder, qué grande era.

Se me escapó, deslizándose por el hielo a una velocidad que nadie de su tamaño tenía derecho a poseer, y lo perseguí. Solo cuando se acercó a la portería logré alcanzarlo. La rodeó, pegado a

la valla. Intenté placarlo otra vez, con peor suerte que antes. Esta vez, aterricé de espaldas y me quedé mirando las luces del techo.

Entonces vi a Levi, que se cernía sobre mí, riéndose a carcajadas al más puro estilo Levi Dunn.

—¿Te gusta tanto el hielo que vas a quedarte ahí tumbado todo el día? —preguntó.

No le respondí. Ese comentario demostraba el rasgo que lo convertía en Levi Dunn, para empezar.

Me puse de nuevo en pie, agradecido por la vergonzosa caída. Aquello debería haber creado la distracción perfecta para la inesperada e incómoda insinuación de Levi.

¿Qué se suponía que debía decir? ¿Que me había enamorado perdidamente del enemigo? ¿Que estábamos coladitos el uno por el otro? Mejor aún, que íbamos a casarnos y que quería que el mismísimo Levi Dunn me llevara al altar. Esa última parte sonaba como la respuesta perfecta para un Larkin Lion, pero no podía dejar que siguiera hurgando en la herida.

—¿Qué ha pasado, tío? —preguntó.

—No sé. Debo de haberme resbalado y caído.

—¿Como si hubieran estado tirando pieles de plátano en el hielo?

—Sí, debe de ser eso.

—O es eso o… estás enamoraaaado.

Sacó la lengua tanto que me preocupó que se le cayera de la boca.

¿Recuerdas hace un minuto cuando dije que esperaba que mi caída desbaratara la incómoda insinuación de Levi?

Pues a la mierda con eso.

—Admítelo y ya está, tío —dijo—. Tu vida será cien millones de veces más fácil.

—Para el carro, tiempo muerto. —Hice una T con las manos—. ¿Qué te hace estar tan seguro de que estoy enamorado de alguien?

—Se te nota en la cara, tío.

—¿Qué pasa, llevo un cartel puesto o algo?

—No, pero como si lo llevaras. Últimamente has estado superdistraído, como si tuvieras la cabeza en otra parte, pero no en

el mal sentido, ¿sabes? Además, tienes esa cara de idiota en los ojos.

—Esa cara de idiota es mi cara normal.

Una sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro, y deseé con todas mis fuerzas poder retirar ese comentario, tanto como para añadirlo a mi lista de regalos de Navidad.

—No siempre hacen falta palabras —dijo—, pero veo lo que te pasa más claro que el agua y, recuerda, soy el tío que se aplasta latas de cerveza en la frente.

Quizá debería haberlo soltado sin más, pero no podía. No podía decirle a Levi que tenía razón, aunque al parecer siempre hay una primera vez para todo.

Espera, ¿en qué coño estaba pensando? No podía decírselo a Levi, y no por las razones que quizá pensáis. Ceder ante ese cabezón significaría más preguntas, ahondando cada vez más y más en los detalles. Tal vez no le diría de inmediato que no estaba enamorado de una mujer, pero él seguiría sondeando hasta llegar a ese punto.

¿Y entonces qué coño haría? Veréis, toda mi vida he sufrido de la mala costumbre de decir la verdad. Podría haberme ahorrado un montón de desdicha si al menos hubiera estado dispuesto a soltar una mentirijilla, por no hablar de tergiversar la verdad.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

No dije nada. Comparad mi falta de respuesta con la advertencia Miranda. Cualquier cosa que dijera o hiciera podría y sería usada en mi contra en un tribunal. Solo que no sería un tribunal normal con la balanza de la justicia y la foto del presidente. Sería el tribunal de los Larkin Lions, con Ryan Detenbeck presidiendo, ataviado con una toga negra y una ridícula peluca empolvada.

—Venga, tío —dijo—, si una tía buena te está comiendo la cara todas las noches, deberías aprovechar para presumir un poco.

Solté una carcajada, sobre todo porque acababa de hacer otro comentario muy propio de Levi Dunn. Aunque fuera un pelmazo, siempre podía contar con él para echarme unas risas.

—¿Tú estás enamorado de Quinn de verdad —pregunté— o…?

—¿A qué viene esa pregunta?

—A que es sincera. Como has sido tú el primero en romper el hielo con preguntas personales, me parece que estoy en mi perfecto derecho.

—En este equipo no existen las preguntas personales.

Levi tenía razón. Aunque solo se sobreentendía, se suponía que no había temas tabú entre compañeros de equipo. Los Larkin Lions eran una hermandad, y mis compañeros, mi familia. Eso solo lo empeoraría todo mucho más. Si se enteraban de la verdad, podía imaginarme hasta dónde volaría la mierda.

—Si no hay temas tabú, ¿por qué no respondes a mi pregunta? —pregunté.

—Sin problema, tío. Lo quiero a muerte. No voy por ahí diciéndoselo a la gente, pero a *él* se lo digo bastante, si sabes a lo que me refiero.

—¿Y qué se siente?

—El que está enamorado eres tú. ¿No deberías saberlo?

Me entraron ganas de arrearle un puñetazo… ya sabéis, si no fuera porque me sacaba diez centímetros y unos quince o veinte kilos.

—Supongo que lo que pregunto es ¿cómo lo supiste? —dije—. Cuéntame sobre el momento en que te paraste y te dijiste: *¡Joder, es esto!*

—No fue así, tío. No hubo un momento en que me enamorara de Quinn. Siempre lo estuve.

—¿Qué quieres decir con que siempre lo estuviste?

—Quinn y yo nos conocíamos del colegio. Solía putearlo a más no poder. No lo pillaba en ese momento, pero estaba enamorado de él. Simplemente no sabía cómo manejarlo. Comportarme como un gilipollas era mi estúpida forma de lidiar con ello.

—¿Porque tenías miedo?

Se encogió de hombros. Me sentí algo aliviado por su reacción contenida. Habría esperado que se pusiera hecho una furia al mencionar el miedo. Los tíos como él insisten en que esa palabra no existe en su vocabulario.

—No creo que tuviera miedo —dijo—. Solo estaba confuso. Crecí pensando que a los tíos como yo se supone que nos gustan las tías,

y punto.

—¿Y los gais?

—Ah, claro, sabía de esas cosas, pero imaginaba que los gais eran pocos. No pensaba que te pudieran gustar sobre todo las tías, pero también un tío… y que mis sentimientos por el tío fueran mucho más fuertes que lo que había sentido por ninguna de las tías.

—Pero no tuviste, digamos, un momento de revelación, ¿no? ¿Nada que te gritara A-M-O-R?

—Eso solo pasa en las novelas románticas, tío. Bueno, quizá algunos de los clichés son ciertos. En mi caso, sí que hubo una sensación cálida y reconfortante. Sé que suena a algo totalmente sensiblero para nenazas, pero es la verdad.

Se me escapó una risa porque ese último comentario resultó ser el más propio de Levi Dunn hasta el momento. No podía negar que también me había tocado la fibra sensible. Yo había sentido esa calidez y ese bienestar con Zane Hirst, un cambio radical con respecto a los días en que me daban ganas de vomitar, pero así era.

—Pero había más —dijo Levi—. No podía dejar de pensar en él.

—Ah, sí, eso lo entiendo.

Levi enarcó las cejas como si hubiera confesado un asesinato… o como si hubiera confirmado su primera suposición. A decir verdad, no veía la diferencia.

—Eh, hum, quiero decir, puedo entender perfectamente cómo te sentirías —dije.

Esbozó una media sonrisa como diciendo que no le había ocultado una mierda y que me tenía caladísimo.

—Pero era más que eso —continuó—. No me rendía. No importaba cuántas veces me diera calabazas al principio, yo no desistía. ¿Sabes por qué?

—Dime.

—Porque estaba predestinado a ser, tío.

Lanzó un disco que recorrió toda la pista y, de hecho, acabó justo dentro de la portería. Una forma perfecta de subrayar su proclamación.

—¿Y qué hay de lo que dijiste de que las cosas sensibleras para nenazas solo existen en las películas románticas? —pregunté.

—Eso es otro tema. Me preguntaste por un momento de revelación. Y no fue eso. A veces simplemente sabes que algo está bien. Eso es exactamente lo que me pasó. Sabía que estaba bien, nadie podía hacerme cambiar de opinión, y me aferré a ello hasta que todo encajó. El hecho de que sea más cabezota que la mayoría de la gente es pura coincidencia.

Se golpeó la sien con los nudillos. Sonreí y lancé yo también un disco por el hielo, pero fallé la portería.

Me di cuenta de que todo lo que había mencionado era un reflejo de mis sentimientos por Zane. Claro, no lo conocía desde el colegio, pero aun así. Incluso había intentado expresarle mis verdaderos sentimientos mientras comíamos hamburguesas con queso en Amy's Place, pero me di cuenta de que no era ni el momento ni el lugar para un anuncio tan cargado de emoción. Más que eso, me preocupaba que él no hubiera sido capaz de asimilarlo.

¿Y sentiría él lo mismo?

—Así que, ahora que hemos establecido que estás enamorado hasta las trancas —dijo—, ¿por qué no me dices quién es la afortunada?

Golpeé otro disco con el palo y volví a fallar.

—¿No me lo vas a decir? —preguntó.

—Das por hecho que hay algo que contar.

Mostró una amplia sonrisa llena de dientes. Sabía que le estaba contando una milonga.

Y me pareció bien. Podía pensar lo que quisiera, y yo me mantendría en mis trece. Al menos había escapado de esta conversación sin irme demasiado de la lengua. Aun así, no podía negar que me estaba enamorando loca y profundamente (y sin remedio) de Zane Hirst. Se suponía que eso no debía pasar. No lo había planeado. Nunca lo había querido. Pero ahí estaba, me gustara o no.

Y me hundiría en ello cada vez más y más y más.

29

ZANE

Mis labios siguieron pegados a los de Jakob durante los últimos instantes en los que mi verga se hundía en él. Jakob se entrelazó las manos detrás de la cabeza, prácticamente juntando nuestras caras a la fuerza, mientras la tensión entre sus piernas alcanzaba un punto álgido. Continuó hasta que la tensión se hizo demasiado grande para controlarla. Al llegar al clímax, sentí como si se hubieran abierto las compuertas. Gruñí mientras mi verga se corría dentro de él.

Jakob me apretó y aferró las piernas a mi cintura, como si con eso fuera a obligarme a follárselo un poco más fuerte. Cuando me salí, me giré y me quedé mirando fijamente al techo. El sudor me cubría el cuerpo, lo cual era lo normal en nuestros revolcones, pero también me encontré sin aliento. A ver, había decidido convertirme en atleta profesional más pronto que tarde y debería haber aguantado el tirón sin despeinarme. Nunca me había sentido tan agotado después de un polvo con nadie. No es que considerara el sexo con Jakob una obligación, para nada, pero no podía negar que el acérrimo rival de mi equipo me había dejado hecho polvo.

Jakob también parecía deliciosamente cansado.

Había algo diferente en el sexo, algo que no estaba bien. No, bien no. En realidad no quería llamarlo así. Antes, el tío me enfurecía. Había querido partirle la cara. No, había querido aniquilarlo. Ahora, no deseaba otra cosa que pasar cada segundo que estuviéramos despiertos juntos. El sexo seguía siendo mágico, pero atenuado. Ya no era lo más destacado del tiempo que pasaba con Jakob.

Mis ojos seguían fijos en el techo cuando su mano encontró la mía. ¿Un accidente? No lo creo. Nuestras manos tropezaron la una con la otra, como si estuvieran librando un combate de lucha libre, hasta que finalmente se asentaron. Normalmente no hacía ese tipo de cosas. O sea, lo normal era levantarme de la cama después del sexo, listo para meterme en la ducha y tomarme un tiempo para mí. Pero ahora, no se me ocurría un lugar mejor en el mundo que bajo las sábanas con Jakob Martin.

Me giré y besé los labios de Jakob. Sabían tan cálidos y húmedos como en nuestro primer beso. Lo miré a los ojos y juraría que me había transportado al paraíso. Dios, el simple hecho de decir esas palabras contaba toda la historia del cambio que se había producido en mí. No era el tío que había sido unos meses antes, desde luego. Eso podía soportarlo siempre y cuando pudiera pasar la eternidad en este paraíso.

Aunque Jakob no lo había expresado con palabras, sabía que sentía exactamente lo mismo. Antes, él también se habría levantado de la cama y habría seguido con su vida en el momento en que nuestros orgasmos se hubieran desvanecido. Eso había cambiado. Como yo, parecía más que feliz de quedarse en la cama y saborear el momento.

Cuando contemplaba a Jakob, veía algo o a algui*en* diferente, dependiendo de cómo lo miraras. En lugar de ver a mi polvo fijo, encontré a alguien sin quien no podía vivir. No digo cosas así a la ligera. De hecho, pierdo un trozo de mí cada vez que hago esas confesiones, pero sinceramente sentía que no podía perderlo de vista.

—Sigues aquí —dije, sonriéndole.

—Podría decir lo mismo de ti. ¿No deberías estar ya duchado y vestido?

Me negué a poner los ojos en blanco, en parte para negarle la satisfacción de verlo, pero también porque me haría parecer débil. Cuanto más tiempo pasaba en la cama con él, más crecía el sentimiento dentro de mí. Un poco más de esto y estallaría.

A menos que dijera lo que pensaba.

El sentimiento que ardía dentro de mí prácticamente pedía a gritos ser expresado con palabras. De hecho, parecía un crimen mantenerlo reprimido.

Aun así, mantuve los labios sellados.

—¿Jakob?

—¿Qué?

—¿Puedo preguntarte una cosa?

—No, no puedo dejar que vuelvas a intentar follarte el culo todavía. Todavía me duele un poco del primer asalto, así que ten paciencia como un buen chico, ¿vale?

—No me refiero a eso, idiota. Quiero hablar contigo de algo mucho más serio.

Comprendí que bien podría pasarme los próximos cuarenta o cincuenta años devolviéndole los golpes por su increíble (y a menudo intencionada) estupidez. Probablemente me restaría años de vida. Ni siquiera ese espantoso pensamiento pudo disuadirme de continuar la conversación.

—¿De qué quieres hablar conmigo? —preguntó.

—Querías que hablara de lo que viene después. Siento no haber estado muy receptivo antes. Es que me pillaste con la guardia baja.

—¿Porque nunca lo habías pensado?

—Exacto.

Me frené antes de decir que había sido mi polvo fijo o quizá solo mi curiosidad. Ambas cosas tenían algo de verdad, pero también eran totalmente falsas. Tiene todo el sentido del mundo, ¿verdad?

Como mínimo, Jakob había sido parte de mi obsesión, aunque incluso eso se quedaba corto como descripción precisa. La obsesión siempre había sido parte de mi naturaleza. Me obsesiono con lo que quiero. Me impulsa, igual que ganar partidos de hockey. Ahora me

encontraba obsesionado con Jakob, pero era diferente a la infatuación habitual.

—Ya hemos dicho que somos novios —dijo Jakob.

—Sí, pero en realidad no me lo creía.

Los ojos de Jakob se abrieron de par en par. —¿Qué quieres decir con que en realidad no te lo crees? No oí ninguna objeción por tu parte cuando salió el tema.

—Fue porque…

Porque, en ese momento, realmente *había* considerado a Jakob un polvo fijo, al menos en mi mente consciente. Sí, no me importaba si duraba o no, porque Jakob no me había llegado. No había visto al tío que era en realidad. Y desde luego no me había… Ya llegaré a eso en breve. Podría haber intuido sentimientos que acabarían floreciendo, pero en ese momento no me abrumaban.

—Mira, cuanto más tiempo pasamos juntos, más quiero asegurarme de que nada cambie nunca entre nosotros.

—Yo también, tío.

—Es que no sé cómo va a funcionar algo así. O sea, tengo al equipo soplándome en la nuca.

—Yo también.

—¿Qué, tienes a los Larkin Lions encima de ti sin parar?

—No, quiero decir que tengo a los Remington Riptides encima de mí sin parar. Dios, juro que los matones a los que llamas compañeros de equipo iban a por mí específicamente en el último partido.

Oír eso fue como un gancho en las tripas, casi me abracé el estómago. Necesitaba reconducir la conversación antes de que acabara yéndome de la lengua sobre las payasadas de mis compañeros.

—La temporada no dura tanto —dije—. Tenemos que aguantar, pero no para siempre. Quiero dar un gran paso después de que todo haya terminado.

—¿Cómo es para ti un gran paso?

—Podemos tener una relación de verdad, eso es.

—Pensaba que ya teníamos una relación de verdad. Estuviste de acuerdo en que fuéramos novios, ¿no?

—Dije lo que tenía que decir en ese momento.

Normalmente, me habría regañado a mí mismo por revelar tanta verdad, pero no había sido un accidente. Podría haber mentido, pero no lo haría. No *podía*. Quería ser sincero con él porque así es como funcionan las relaciones sanas. Cualquier otra actitud habría sido cien por cien incorrecta.

—Escucha —dije—, no es tan malo como suena. Dije lo que tenía que decir, en ese momento, sobre todo porque estaba bajo presión. No puedo darte así sin más la respuesta perfecta que sé que quieres oír, así que dije lo que tenía que decir para salir del paso.

—¿Salir del paso hasta cuándo? ¿Hasta que realmente dijeras las cosas que querías decir?

—Las cosas que realmente quería *decir* y *hacer*. Necesitaba hacerlo a mi manera y a mi ritmo. No me disculpo por dudar un poco. La situación es nueva para mí y he tenido que orientarme… y eso lo sabes.

—Lo mismo para mí, tío.

—Entonces deberías entender perfectamente por qué no es pan comido para mí soltar y decir que somos novios… o cualquier otra cosa de la que no pueda retractarme una vez que haya salido de mi boca.

Jakob cerró los ojos por un momento y se acurrucó más cerca de mí, como para recordarme lo que perdería si la cagaba. Mi vida había cambiado tan rápido que juraría que me daba vueltas la cabeza. Una parte de mí quería aferrarse a la vida que conocía, pero mis entrañas me decían que lo dejara todo.

Sabía lo que quería decirle a Jakob. De hecho, me preocupaba que explotara si no expulsaba las palabras de mi boca. Eso era lo que él quería que hiciera, ¿verdad? ¿Que lo dijera sin rodeos?

—Jakob, quiero decirte una cosa.

—¿Qué? —Su voz se redujo a un susurro.

No le respondí de inmediato. Sabía lo que quería decir, y sin embargo no podía formar las palabras. Ni siquiera sabía las palabras exactas que usar.

—Jakob, quiero estar contigo para siempre.

Esas no eran las palabras que pretendía usar, pero encerraban mucha verdad. *Sí* que quería estar con Jakob hasta el fin de los tiempos, sin importar cuánta mierda tuviéramos que soportar ambos para que funcionara.

Me apretó la mano y dijo: —Yo también quiero estar contigo hasta el fin de los tiempos.

Cuando me senté, miré a Jakob y me pregunté por qué decir algo tan potente y a la vez tan simple podía resultar tan amenazador.

—Pero eso no es todo —dije—. Hay algo más.

—Dime.

Se lo había dicho a mujeres montones de veces, probablemente porque había necesitado decir algo para calmarlas también. Ellas solían decírmelo primero, y luego yo correspondía, porque sabía el infierno que me esperaba si no lo hacía. Pero esto era como la noche y el día. Si formaba las palabras, esta vez lo diría de verdad.

¿Habéis intentado alguna vez exprimir los restos de pasta de dientes del tubo, pero os habéis quedado lamentablemente cortos?

Todos lo hemos hecho, apostaría.

Así es como me sentía en ese preciso instante.

—Te lo diré más tarde —dije.

Los ojos de Jakob se abrieron de golpe, como si creyera que no podía estar hablando en serio.

—Espera un segundo —dijo—, me has soltado toda esta mierda de que tienes algo muy importante que decirme, ¿y ahora vas a dejarme con la intriga?

Me levanté de la cama, me puse los calzoncillos y me los subí hasta la cintura. Era la única forma que tenía de ganar tiempo.

Como he dicho, decirlo de verdad era más difícil que exprimir el último resto de pasta de dientes del tubo. En el fondo, sabía que Jakob se encontraba exactamente en la misma situación.

30

JAKOB

Estaba sentado en el sofá de casa de Zane, acurrucado con el Remington Riptide, y dejé que me alborotara el pelo con los dedos. Por muy ardiente que hubiera sido nuestro sexo, jamás habría esperado rendirme a momentos tiernos como este. Vimos *Los Cazafantasmas* de 1984 mientras usaba su pecho como almohada. Me abrazaba y me hacía sentir seguro. Mi ritmo cardíaco se ralentizó y me relajé, deseando no estar en ningún otro lugar del mundo que no fuera en los brazos de Zane.

Algo me quemaba por dentro desde ayer. No es que estuviera enfadado con él por haberme dejado con la palabra en la boca. Sabía lo que quería decir. Vamos, por favor, que no me he caído de un guindo. Necesitaba que dijera las palabras que yo ansiaba decir para que *yo* pudiera decirlas. ¿Tiene sentido?

Pero no había dicho lo que yo esperaba. Ahora me sentía tan abrumado por la emoción que creía que iba a estallar si no se pronunciaban las palabras. Imagina una olla cuyo contenido rebosa aunque le hayas puesto la tapa de golpe.

Algo tenía que ceder.

—Te quiero —las palabras salieron de mi boca como si las hubiera provocado la más mínima insinuación.

—¿Qué? —preguntó Zane.

—Te quiero.

Saltó del sofá tan rápido que caí de golpe sobre los cojines. Gracias a Dios, el aterrizaje fue mullido y agradable. Cogió el mando, pausó la película y congeló la imagen de Bill Murray señalando con el dedo a William Atherton.

Mi novio se paseaba por la habitación como si acabara de decirle que un hacker le había vaciado la cuenta de ahorros. No era exactamente la respuesta que buscaba.

—Espera —dijo—. ¿Puedes repetirlo una vez más?

—¿Puedes limpiarte los oídos? Así no tendré que repetirme.

—Sí, claro, lo que sea.

—Te quiero.

—*¡¡Sí!!* —Zane dio una palmada, hizo una pirueta y se puso a pavonearse por la habitación, chasqueando los dedos. Gracias a Dios, se contuvo antes de ponerse a bailar el charlestón.

—¿Vas a estar bien? —le pregunté.

—¡Ni de coña! —Su sonrisa de oreja a oreja se desvaneció—. Quiero decir..., sí, por supuesto que estaré bien. Nunca he estado mejor.

—Me alegro de que mi pequeño anuncio te siente tan bien.

—Hace mucho más que eso, amigo. Me hace sentir de maravilla. ¿Sabes por qué?

—Dime.

—¡Porque he conseguido que *tú* lo dijeras primero! ¡Ja, ja, he ganado!

Zane Hirst podría haber decidido explorar su lado más tierno, pero eso no lo hacía menos odioso.

—Me parece bien —dije—, sobre todo porque me imaginaba que serías demasiado gallina para decirlo primero.

Al principio, pareció no darse cuenta de lo que había dicho. Le entró por un oído y le salió por el otro, como la mayoría de las cosas que le decía la gente. Cuando por fin captó el significado, se quedó de piedra.

—Un momento, ¿qué acabas de decir?

—He dicho que eras demasiado gallina para decirlo primero. Y lo mantengo. ¡Qui-qui-ri-quí, qui-qui-ri-quí, qui-qui-ri-quí!

Me levanté del sofá y me tocó a mí bailar por el salón como un idiota. Solo que yo aleteaba con los brazos como si fueran alas y cacareaba como un pollo. De alguna manera, creía sinceramente que, aun así, Zane Hirst conseguía parecer el más idiota de los dos.

—Para ya, ¿quieres? —dijo.

—Oblígame. Este es un país libre, colega.

Zane puso cara de póquer, pero yo sabía que no era porque estuviera realmente enfadado o siquiera legítimamente molesto. Si acaso, debía de sentirse contrariado porque yo le había ag aguado la ridícula celebración que parecía estar disfrutando.

—¡Jakob! —Puso las manos en las caderas para demostrar que iba en serio.

Pero yo no pensaba parar. Me estaba divirtiendo demasiado burlándome de él.

—Que alguien llame al Coronel Sanders —dije—. ¡Necesitamos que te fría con su receta original, bien crujiente!

Cuando empecé otra ronda de baile del pollo, me agarró por los hombros y me tiró al sofá. Luego se abalanzó sobre mí, dejando que sintiera todo su peso. Esa sensación siempre me ponía a tono y esta vez no fue una excepción.

Mi novio se inclinó y me besó. El solo hecho de pensar en Zane como mi novio con tanta naturalidad era aún más increíble que el sabor de sus labios. Nada en el mundo superaba eso, y sentí que acababa de conseguir un dos por uno.

Su lengua se deslizó en mi boca y, por un momento, juré que pronto nos arrancaríamos la ropa y empezaríamos a hacerlo allí mismo. Pero Zane siguió besándome lenta pero ávidamente, como si quisiera saborear cada instante de aquel momento.

La erección que se marcaba en sus pantalones me rozó la pierna. Mi propia polla estaba dura como una piedra y prácticamente pedía a gritos ser liberada. La respiración de mi novio se aceleró y gruñó, lo que me indicó que se había sumergido profundamente en el momento.

Finalmente, rompió el beso y se incorporó. Yo me senté también, siguiéndolo, y me abalancé para robarle otro beso al Remington Riptide. Era lo más despreocupado que me había sentido en nuestra relación desde... quizá desde siempre. El sexo había sido abrasador, pero sentía que habíamos ascendido a un nivel completamente nuevo.

Sinceramente, pensé que las dos palabritas que había dicho nos habían bendecido, eran un medio para dejar de preocuparnos por la realidad que nos acosaba. Aun así, sabía que tendríamos que volver a preocuparnos por esas cosas, de un modo u otro.

—Vale —dije—. Ahora que hemos establecido que eres un gallina, ¿tienes algo que decirme?

—Sí, que te jodan.

—¿Así me lo agradeces? ¿Te digo que te quiero y tú me mandas a la mierda?

Puso los ojos en blanco, sacudió la cabeza y luego me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Tienes algún problema o qué? —preguntó.

—Estoy esperando a oírlo.

—¿Esperando a oír qué?

—Vamos, Zane, ni siquiera tú puedes ser tan zoquete. Estoy esperando que digas que me quieres con locura.

—El que va a acabar hecho un millón de pedacitos eres tú si no tienes cuidado.

Sacudió el puño hacia mí.

—¿Se supone que tengo que tener miedo?

—Por supuesto.

—No veo por qué. Después de todo, sé lo que pasó la única vez que *sí* tuvimos un altercado físico.

—No vas a dejar que lo olvide nunca, ¿eh?

—No mientras me lo esté pasando tan bien recordándotelo.

Zane gimió de forma caricaturesca, se tapó la cara con las manos y se desplomó en el sillón contiguo al sofá. Se deslizó por el sillón como si fuera a caerse y acabar en un montón en el suelo. Nunca esperé que desarrolláramos una relación de verdad, pero tampoco habría pensado jamás que le diría a Zane Hirst que lo quería.

En lugar de dejar morir el asunto, me quedé mirando a Zane aunque mantenía las manos sobre la cara. Separó dos dedos para espiar y los volvió a juntar en cuanto me descubrió mirándolo.

Finalmente, bajó las manos, con aspecto demacrado por haberle fastidiado con tanta insistencia.

La cuestión es esta: me lo quedé mirando así porque no había nada en el mundo tan divertido como volver loco a Zane Hirst.

—De verdad que vas a hacerme pasar por esto, ¿no? —preguntó.

—Pues claro que sí.

Se tiró del cuello de la camisa y jugueteó con las manos. Menudo rey del drama. Cualquiera diría que el mundo se acabaría si me decía lo que sentía de verdad.

—¿Tanto te cuesta? —pregunté—. Son solo dos palabritas.

—Para *ti* son solo dos palabritas. Para mí, son...

—Tres palabras de una sola sílaba cada una. Ya veo cómo eso podría suponerte un desafío.

Se levantó y se paseó por la habitación. Sinceramente, ¿quién habría pensado que pronunciar tres míseras palabras supondría no solo un desafío, sino una amenaza?

Entonces se detuvo y dejó caer los hombros.

—Vale, de acuerdo, te quiero —escupió las palabras—. ¿Contento?

—Eso no ha sonado muy sincero.

Apretó los dientes y los puños. Mi novio contuvo un grito. Solo con eso supe que había ganado la batalla, si no la guerra.

—Vale, vale, de acuerdo —dijo—. Lo diré para que suene más sincero —respiró hondo—. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Te quiero. Un puto millón de veces, te quiero. ¿Satisfecho?

Hice una pausa porque no podía concederle la satisfacción de una respuesta inmediata. Podría haberme atravesado con la mirada en ese momento, pero no podía perturbarme.

—Vale, supongo que estoy satisfecho —dije.

—¿*Supones*?

—Mira, no todos los días admito que me has dejado satisfecho, así que deberías conformarte con lo que hay.

Ahora Zane frunció el ceño. Quería matarme, lo notaba. Eso solo significaba que había cumplido mi misión.

—En ese caso, quizá deberías dejar que te deje satisfecho otra vez.

Cuando se abalanzó de nuevo sobre el sofá, volví a ver la erección que se marcaba en sus vaqueros. Si pudiera decir una sola cosa buena de Zane Hirst, sería que podía pasar de cero a cien en un tiempo récord.

Me tumbó en los cojines, permitiendo que sintiera su peso como había hecho antes. En ese momento, no quería preocuparme por nada más.

Su lengua se deslizó de nuevo en mi boca, y le eché los brazos al cuello y a los hombros, apretándolo con fuerza. Luego liberó una mano para desabrocharme el cinturón y ayudarme a quitarme los pantalones. Esto era simplemente una evasión, un medio para olvidar los problemas mayores que nos esperaban.

Pero a veces nos ayudaba hacer lo que nos sentaba bien. Nos ayudaba hacer lo que parecía tan correcto.

31

ZANE

—Pon las pilas, ¿quieres? —dijo Jax Echlin mientras patinaba hacia mí. Cuando se detuvo, las cuchillas de sus patines me lanzaron una ráfaga de virutas de hielo. No, qué va, no lo hizo a propósito ni nada por el estilo.

—Claro que lo *estoy*, dame un respiro. —Le di esa respuesta porque no sabía qué más decir.

—No, no lo estás. Has estado ahí parado, tocándote los huevos y mirando a las putas musarañas.

Normalmente, me habría encogido de hombros ante un comentario gilipollas como ese. Mis compañeros me habían dicho cosas mucho peores, y el comentario hiriente de vez en cuando formaba parte del juego. Pero esto era diferente. No era ninguna broma. Iba a por mí directamente. Dejando a un lado la ducha de virutas de hielo, quería partirle la cara a Jax.

—¿De verdad vas a decirme que no es cierto? —preguntó.

Me encogí de hombros, me levanté el casco para tener un poco de comodidad y libertad, y me apoyé en la valla.

—No sé qué decirte.

Pero era una gilipollez. Sabía perfectamente qué decirle al capitán del equipo. Solo que no podía decirlo en voz alta si no quería

buscarme un lío.

Jakob Martin ocupaba una parte importante de mi mente, pero no por las razones que uno podría pensar. No se trataba de competición ni de sexo salvaje. Cuando Jax me abordó, estaba soñando despierto con la sonrisa de Jakob. Siempre parecía tan natural, nunca forzada. Tenía una dentadura perfecta, pero no de esas que cuestan miles de dólares en tratamientos dentales. Estaba impecable, lo cual no es moco de pavo si tienes en cuenta las brechas que lucen la mayoría de los jugadores de hockey en la boca.

También me había perdido imaginando los hoyuelos marcados en sus mejillas, que se hacían más profundos cada vez que mostraba una de sus sonrisas perfectas. Esa imagen, incluso como un recuerdo en mi mente, me reconfortaba por completo.

Y entonces sonreí al pensar en el carácter afable de mi novio, y en cómo parecía ganar todas las discusiones incluso después de que yo debería haberle dado una paliza en toda regla. Es más, me lo restregaba por la cara, de una forma que debería haberme vuelto loco, pero esa cualidad me resultaba tan entrañable como sus atributos físicos.

¡Estaba enamorado!

Sí, mi novio me había sacado las palabras a la fuerza, y yo se lo había echado en cara, pero no podía negar lo que sentía. Una vez que lo admití para mis adentros, una sensación cálida y agradable me invadía cada vez que volvía a pensar en el tema.

Quizá podría explicárselo así a Jax, sobre todo la parte de estar enamorado de un jugador del equipo rival. Sí, claro, no podía salir nada mal.

—Sea lo que sea que te pasa, colega, más te vale espabilar, pero a la de ya —dijo.

—¿Por qué? ¿Has oído algo que yo no?

—No, no me refiero a eso, colega.

—¿Entonces no has oído nada sobre mí de boca del entrenador Mack?

Negó con la cabeza. —No del entrenador Mack, pero la gente habla. Los chicos han tenido mucho que decir últimamente. Si me preguntas, eso es incluso peor que enemistarte con el entrenador.

—¿Por qué lo dices?

Esbozó una media sonrisa, como si yo no debiera tener ningún problema en entenderlo. Esa mirada ultrahiriente definía a Jax Echlin. No me había dado cuenta de lo potente y molesta que era porque nunca la había sufrido antes.

—Tus compañeros de equipo son los que saben cuándo pasa algo, no el entrenador —dijo—. El entrenador sale al hielo, claro, y entra en el vestuario, pero pasa la mayor parte del tiempo en un despacho y en salas de reuniones. No sabe lo que de verdad pasa en el equipo como nosotros.

¿Y qué es lo que pasa?, pensé en preguntar, pero comprendí que eso invitaría a Jax a responder. Como odiaba escucharlo, empecé a patinar hacia el otro extremo de la pista. Jax me siguió. Quién lo iba a decir, ¿eh?

—Has cambiado —dijo mi compañero—. Antes, el hockey y los Remington Riptides eran todo tu mundo. Ahora… no sé qué es, pero sé que no eres el mismo Zane Hirst que eras hace tan solo un par de meses.

Le habría dado a Jax el mérito de ser al menos un poco más listo de lo que pensaba, pero entendí el peligro. En cualquier caso, no jugaba en un equipo de lumbreras. Si realmente había cambiado, quería pensar que era para mejor. Jakob me había hecho reevaluar algunas cosas y cuestionarme qué tipo de hombre soy en realidad. No es que esperara que un zoquete como Jax entendiera eso ni en un millón de años.

—Entonces, ¿cuándo crees que tuvo lugar ese supuesto cambio? —pregunté.

—Lo más que puedo deducir es que fue en el momento en que el puño de Jakob Martin impactó contra tu cara en el Colter Bay Grill.

—¿De verdad lo crees?

—Ahí fue cuando de verdad empezaste a perder el control. ¿Qué pasa, te dejó secuelas en el cerebro o algo?

—¿Y cómo coño lo ibas a saber tú? Estabas inconsciente en el suelo.

Jax se mordió el labio y de hecho hizo una pequeña embestida antes de detenerse. Había tocado un punto débil. Así son las cosas

con tíos como Jax. Aun así, no podía negar que mi compañero tenía razón. Realmente había cambiado mucho, y el origen se podía rastrear hasta el puñetazo de suerte (o más bien, el golpe bajo) que Jakob me había colado aquella noche.

De nuevo, había cosas que era mejor guardarme para mí, aunque me hubiera encantado darle en toda la cara a mi compañero con la verdad.

—Tienes una tía, ¿es eso? —preguntó Jax.

Giré la cabeza para mirarlo, pero no respondí. Si le daba cualquier tipo de respuesta, en un sentido u otro, me enredaría en mis propias mentiras. Cavaría mi propia tumba, por así decirlo.

—¿Por qué no la has traído por aquí? —preguntó.

De nuevo, no quise responder. Jax parecía decidido a pensar lo que quisiera de una forma u otra.

—Vamos, Zane, no tienes por qué ser tan nenaza. Sé que normalmente eres de los de «te echo un polvo y si te he visto no me acuerdo», pero la mierda cambia cuando se te mete en la cabeza la locura de sentar la cabeza con alguien.

—¿Y tú qué sabrás, machote? La última vez que lo comprobé, mantenías una relación seria con tu mano derecha.

Jax lució al menos una media sonrisa hasta ese momento. Entonces se le borró, lo cual me produjo un placer nada desdeñable.

—Haz todas las bromas que quieras —dijo.

—No estoy bromeando. Te haces una paja sin parar. He oído que te pillaron meneándotela cuando estabas solo en el vestuario.

Ahora Jax frunció los labios en una línea apretada y sus ojos se encendieron. Debéis saber que Jax Echlin era el tipo de persona que podía hacer bromas, pero ay de ti si le soltabas una buena. Decidí calmarme porque no necesitaba que mi compañero explotara contra mí.

—Algo te pasa, sea lo que sea —dijo—, pero no puedes perder la cabeza. Tienes que centrarte, colega. Sé que hemos tenido una temporada de mierda, pero todavía tenemos una oportunidad de llegar a las eliminatorias.

Odiaba usar o incluso pensar en la palabra *eliminatorias* durante la temporada. No solo me recordaba a la diatriba de Jim Mora Sr.

sobre las eliminatorias que todas las cadenas deportivas del mundo han repetido durante décadas. Mantener la concentración me importaba, dijera lo que dijera ese imbécil. El problema era que el tío estaba decidido a darme la tabarra, y no podía quitármelo de encima.

—Sabes tan bien como yo que mientras no estemos matemáticamente eliminados, seguimos vivos —dijo—. Y si seguimos vivos, tenemos una oportunidad. Todo lo que tenemos que hacer es entrar en la postemporada y podremos llegar hasta la final. Solo tienes que pillar una buena racha en el momento justo.

—Estás empezando a sonar como el entrenador Mack.

—Pero es la verdad, ¿o no?

No me encogí de hombros, porque llevar a Jax a la locura total no me convenía en ese momento.

—Piénsalo, Zane —dijo—. Si nos ponemos las pilas, podemos hacer una buena carrera y ganarlo todo. No importa una mierda lo inestable que haya sido la mayor parte de nuestra temporada.

—Eso ya lo sé.

—Entonces, ¿qué me dices? ¿Vas a muerte?

—Claro que sí.

—No me lo creo, Zane.

—¿Y eso por qué?

—Algo en tu voz me dice que parte de tu atención está en otro sitio. Joder, ¿tu atención? Más bien tu pasión y tu garra.

Eso me dio tantas ganas de pegarle a Jax que juraría que levanté el puño. Cuando me detuve y respiré hondo, descubrí que mi brazo solo se había movido un poco, y no corría peligro de dejar K.O. al capitán del equipo. Gracias a Dios.

—Mi pasión y mi garra están perfectamente, gracias —dije.

—No es lo que yo he visto.

—¿Y quién coño eres tú? ¿La pera limonera del hockey?

—No creo que sea la pera limonera de nada, pero soy el capitán de este equipo de hockey, y es mi trabajo asegurarme de que todos los jugadores estén en la misma onda. *Tú* no estás en la misma onda que el resto de nosotros, y eso puede causarnos problemas

más adelante. Solo estoy tratando de corregir el problema antes de que empeore.

Apreté los dientes y me encontré mirando fijamente a mi propio capitán. Eso no era inusual. Los ánimos se caldean. Los tíos se frustran. Pero sabía que esto era diferente a todo eso. Peor aún, la falta de intensidad de Jax me decía que era demasiado tonto para darse cuenta de que podría llevarse un sopapo en cualquier momento.

—Hay un equipo al que tenemos que seguir el ritmo si queremos llegar a la postemporada —dijo—, y ese equipo es el de los Larkin Lions.

Por supuesto que lo era. El universo funcionaba así. Ya sabes, se aseguraba de que tuvieras que enfrentarte al peor escenario posible.

—Parece apropiado, ¿no te parece? —preguntó—. Siempre son una piedra en nuestro zapato.

—Si tú lo dices.

Los ojos de Jax ardían, y juraría que quería empujarme. Ya sabes, ¿para despertarme? Menos mal que no lo hizo, porque con gusto lo habría tumbado de un guantazo.

—Mira, tío, no podemos andarnos con tonterías. A mí tampoco me puedes engañar. Sé que has perdido la concentración, la mirada del tigre, pero lo peor es que es como si te hubieras ablandado con los Larkin Lions.

—No sé, Jax, quizá es que no soy un capullo mezquino.

—Di lo que quieras, colega, pero si no llegamos a las eliminatorias, va a ser por tu culpa.

Y luego se fue patinando antes de que pudiera decirle que era un completo idiota. En su lugar, levanté el dedo corazón antes de darme cuenta de que todavía llevaba los guantes de hockey. Eso me hizo sentir mucho más ridículo que malote. Me di cuenta de que mi ritmo cardíaco se había acelerado y no tenía nada que ver con el hockey. Sinceramente, me preguntaba cómo iba a coexistir en el mismo equipo con alguien con una cara tan hostiable y una actitud a juego.

No todos los problemas ocurren durante los partidos, y me di cuenta de que me estaba convirtiendo en un extraño para mi propio

equipo. Esto no podía durar para siempre, lo entendía. Empezaba a sentirme como el bicho raro de mi propio equipo.

Por cierto, Jax solo tenía razón a medias. No me había ablandado con todos los Larkin Lions, solo con uno en particular.

32

JAKOB

—Este es el camino que tenemos que seguir si queremos llegar a los *playoffs*. —El entrenador Hardison señaló la pizarra blanca que tenía detrás—. Tenemos que ganar al menos seis partidos más. Si no, podemos ir despidiéndonos de la postemporada.

Normalmente, nuestro entrenador nunca mencionaba los *playoffs* y casi nos había prohibido hacerlo. Que lo mencionara ahora me indicaba que iba en serio. Por supuesto, el ceño fruncido que bien podría llevar tatuado en la cara ayudaba.

—Quiero que todos me escuchéis con mucha atención. Siempre queremos ganar todos nuestros partidos. Si podemos ganar al menos seis de los próximos nueve, tendremos una posibilidad realista de clasificarnos. Ya sabéis a qué me refiero.

Desde luego que lo sabía. Ninguna victoria estaba garantizada, pero nos habían enseñado a saltar al hielo esperando ganar y no simplemente deseándolo. Cuando todo estaba en juego, teníamos que darlo absolutamente todo por el equipo.

No había nacido ayer.

—Como todos sabéis, entrar en el torneo nos permitirá dar mucha guerra, pero no podemos hacer nada si no logramos clasificarnos. Eso significa que necesito un esfuerzo extra de todos y

cada uno de vosotros para darnos el empujón que necesitamos. Uno de los partidos importantes que jugaremos será contra los Remington Riptides. Pero bueno, apuesto a que eso ya lo sabíais.

Y tanto que sí. Las voces que corearon al unísono no hicieron más que confirmarlo. El cabrón hasta esbozó una media sonrisa. En circunstancias normales, me habría encantado ese entusiasmo, pero en ese momento no pude evitar temerlo.

—Cuando llegue el partido contra los Riptides, quiero que juguéis con pasión, concentración e intensidad. La intensidad va a ser especialmente importante. No me gusta entrar en los jueguecitos de mierda que tanto os gustan a algunos, pero…

Juraría que me estaba mirando directamente a mí cuando habló. Quizá me estaba volviendo paranoico. La parte de mí que sabía —y se sentía orgullosa— que estaba enamorado de un Riptide debía de haberme provocado un poco de paranoia.

Hasta ahora, no me habían sometido al aluvión de preguntas que, técnicamente, mis compañeros de equipo *podrían* haberme lanzado. El entrenador tampoco había preguntado. Zane se había quedado a dormir en mi casa la mayoría de las noches de la última semana, debido a que él tenía compañero de piso. Joder, prácticamente estaba *viviendo* en mi casa. No, no era un simulacro para descubrir cómo sería la vida de casados. Simplemente, no soportábamos estar separados.

Sí, así es como funcionan las relaciones nuevas, pero nosotros tuvimos que pisar el acelerador a fondo antes de volvernos inseparables. Decir esas tres palabritas lo cambió todo. Convirtió una relación ya de por sí candente en una a toda marcha.

Mientras nuestro entrenador continuaba, juraría que sus ojos habían permanecido fijos en mí. Apenas oí nada de lo que dijo a partir de ese momento. Quizá, sencillamente, no quería oírlo. Todo me sonaba a una orden para hacer daño a Zane. Y eso no podría hacerlo por mucho que lo intentara.

—Así que espero que todos y cada uno de vosotros hayáis entendido lo que os he dicho.

La sala rugió con voces porque todos sabíamos que no debíamos parecer ni un ápice de poco entusiastas delante de Hardison.

—Vale, chicos, a cambiarse —dijo—. Os espero a todos en el hielo y listos para empezar en veinte minutos exactos. Venga, vamos.

Cuando el equipo se agolpó en la puerta, juraría que vi los ojos de Hardison posarse en mí una vez más.



—Cuando el entrenador Hardison hablaba de nuestra concentración contra los Riptides, ¿crees que en realidad se refería a mí? —le pregunté a Levi Dunn mientras salíamos del vestuario después del entrenamiento.

—No lo creo, tío. De todas formas, ¿por qué ibas a pensar que te hablaba a ti personalmente?

—No sé. Te juro que fue como si me estuviera mirando directamente todo el rato. Vale, quizá no fue *todo* el rato, pero al menos la mitad. Ya sabes, durante las partes en las que hablaba de los Riptides.

Se encogió de hombros. Gracias a Dios. Sabía que me metería en terreno pantanoso con este tema, por eso había decidido hablarlo solo con el mayor zoquete del equipo.

Bueno, también tenía otras razones. Ya veréis a qué me refiero.

—Sigo sin ver por qué te iba a hablar a ti específicamente, tío —dijo.

—Ya lo ha hecho antes. ¿No te acuerdas de que una vez se puso un poco borde con ese tema? Además, te aparté de Zane Hirst antes de que pudieras hacerle daño de verdad.

—Sí, tenía pensado preguntarte a qué vino eso.

Zoquete o no, algunas cosas no se las podía colar fácilmente a Levi Dunn.

—Pensé que se te estaba yendo de las manos —dije—. Incluso se podría decir que te estaba salvando de ti mismo.

Farfulló.

—No necesito que nadie me salve. Estaba siguiendo el plan a rajatabla en ese partido.

—¿Y cuál era el plan?

—Hacer pupa a los Riptides. Ya lo sabes.

Se me revolvió un poco el estómago, pero por suerte no lo suficiente como para ponerme malo. Sabía a qué se refería, y aunque al principio me había sentido incómodo, ahora estaba francamente asustado.

Porque estaba enamorado de Zane Hirst.

Ya no era una rivalidad que había desembocado en un sinfín de polvos tórridos. Ni siquiera tenía que ver con la emoción de que nos pillaran. Era amor, sin duda la emoción más poderosa que había experimentado jamás. Ojalá no hubiera esperado hasta la universidad para descubrir lo que se sentía de verdad. Salvo que entendía que uno no elige cuándo enamorarse. Y, más importante aún, no puedes elegir el objeto de tu afecto. Si hubiera podido, nunca me habría enamorado de Zane, ni de ningún otro Riptide. ¿Pero era eso cierto?

—Entonces, ¿estás diciendo que se suponía que de verdad tenía que hacer daño al equipo contrario? —pregunté.

—De eso hablamos, ¿no?

Vale, esta conversación no iba para nada en la dirección que yo quería. Era hora de reconducir las cosas.

—Supongo que sí —dije—, pero déjame preguntarte algo. ¿Y si Quinn fuera jugador de hockey?

—¿Te refieres a mi novio, Quinn?

—Sí, a ese.

—No querría jugar al hockey ni en un millón de años. No puede ni patinar más de tres metros sin acabar de culo en el suelo.

—Esa no es la cuestión, Levi. No estoy diciendo que se convierta de verdad en jugador de hockey. Estoy hablando *hipotéticamente*.

—Oye, el patético eres tú, no yo.

Puse los ojos en blanco.

—Solo te estoy pidiendo que te imagines que Quinn es un jugador de hockey en este caso, ¿vale?

Hizo una pausa y se quedó mirando al vacío. Me lo tenía bien merecido por intentar tener una conversación profunda (o incluso

superficial) con un bruto como Levi Dunn. Aun así, sentía que era el único tío del equipo con el que podía sentirme identificado.

—O sea, que finja que Quinn podría aguantar más de dos segundos en el hielo con jugadores de hockey universitarios.

—Yo no lo habría dicho así, pero sí.

Se llevó el dedo índice a los labios como si todavía estuviera intentando imaginárselo.

—Vale, ahora pongamos a Quinn en otro equipo —dijo—. Y tú vas a jugar contra su equipo. ¿Podrías estamparlo contra la valla con hasta la última gota de fuerza de tu cuerpo?

—Mmm. Sí, podría estamparlo contra la valla, pero quizá no con hasta la última gota de fuerza.

—Claro. Le haría daño. Y probablemente también le causaría una lesión.

—Eso es porque yo soy grande y fuerte y él es muy pequeño.

—Ya lo sé, pero esto es hipotético, ¿recuerdas?

—Sí, sí, me está costando bastante eso.

—Quizá debería ponértelo más fácil. Se acabaron las hipótesis. ¿Y si Quinn de verdad jugara en otro equipo?

—Ya, pero no juega.

—Hipotético, recuerda.

—Pero si acabas de decir…

—Lo que sea. Si Quinn jugara en el otro equipo y necesitaras ganar a toda costa, ¿qué harías?

—Si jugara en el otro equipo, más le valdría andarse con ojo, a no ser que quiera que lo arrollen.

—¿En serio?

—Claro que lo digo en serio. ¿Para qué preguntas si no quieres saber la respuesta?

—Pero es tan pequeño y frágil y tú eres tan grande y fuerte.

—Hipotético, ¿recuerdas?

—¡Maldita sea!

Joder, sabía que estaba en un aprieto cuando hasta Levi Dunn podía ganarme la partida en un debate.

—Sé exactamente lo que haría —dijo—. Si Quinn estuviera en el otro equipo, lo mandaría al quinto pino de un placaje.

Se golpeó la palma con el puño e hizo un sonido de explosión con la boca. Ya sabes, como si fuera un niño destruyendo sus soldaditos de plástico con una bomba nuclear de juguete.

—Pero pensaba que lo querías —dije.

—Y lo quiero. Pero tienes que dejar los sentimientos a un lado cuando estás en el hielo. No es nada personal. Es solo hockey.

En ese momento, por fin aprendí la lección y dejé de hacer preguntas. Levi Dunn siempre sería Levi Dunn. De una forma extraña, no dudaba de que Levi quería a Quinn. Lo que no podía creer es que pudiera anteponer el hockey al amor de su vida sin pensárselo dos veces.

Yo no podría hacerle eso a Zane. Había cosas más importantes que el hockey. No muchas, pero algunas sí, y quería pensar que Zane Hirst era la excepción.

—¿A qué vienen tantas preguntas? —preguntó Levi—. ¿Van a empezar a dejar que los equipos de hockey de chicas jueguen contra los de chicos? Si es así, no sé si podría placar a una tía contra la valla como lo haría con un tío. Sé que puedo ser duro, incluso despiadado, pero tengo mis límites.

—Me alegro de que sepas dónde está el límite.

Levi sonrió, pero eso no me transmitió la confianza que cabría esperar. Significaba que, en la misma situación, no tendría ningún problema en jugar duro con alguien a quien quería. Nadie dijo nada sobre infligir lesiones intencionadamente, pero eso no importaba. No tenía ninguna duda de que Levi también estaría dispuesto a llegar a ese extremo. Quién sabe lo que le habría hecho a Zane si yo no hubiera intervenido.

Mi compañero no hizo más preguntas, menos mal. Sabía que este problema solo se haría más grande, no más pequeño. Tarde o temprano, la verdad saldría a la luz.

De eso era de lo único que estaba seguro.

33

ZANE

—¿Cuándo vamos a contarles a todos quiénes somos en realidad? —preguntó Jakob—. Quiero decir, ¿cuánto tiempo más tenemos que mantenerlo todo en secreto?

No respondí de inmediato. Quería tiempo para prepararme una buena respuesta. Aun así, Jakob me miró, no con impaciencia, sino como si de alguna manera quisiera la respuesta para ayer. Nuestra situación ya se había complicado lo suficiente como para forzar las cosas antes de que fuera el momento.

—No lo sé.

Al decir eso, en realidad quería decir que no sabía si *alguna vez* podríamos hacerlo. Es decir, que mantendríamos nuestra relación como un secreto inconfesable para siempre. Como os podéis imaginar, eso no habría sentado muy bien. Si hubiera sabido que nuestra relación se complicaría tanto, no habría…

¿No habría hecho qué?, me pregunté. Odiaba pensar que no habría empezado ningún tipo de relación con Jakob Martin. Sin embargo, quería creer que no me arrepentía de nada en lo que a él respectaba.

Si no hubiera ido a por todas, no podría reclamar como mío por completo a un tío que me volvía loco. No habría disfrutado de la

cantidad de sexo tórrido que conllevaba. Y, más importante aún, no me habría enamorado.

Amor. Sonaba perfecto. La palabra podía deslizarse por la lengua y crear una hermosa melodía en mis oídos. Estaba enamorado de Jakob Martin. No quería ocultarlo. Joder, quería gritarlo a los cuatro vientos. Quería que todo el mundo lo supiera.

Pero entendía nuestras limitaciones.

No se trataba solo de que fuéramos chicos. Se trataba de la intensa rivalidad.

El hockey primero, y todo eso.

Me encogí de hombros ligeramente, no porque quisiera, sino porque tenía muy pocas opciones.

—No creo que nadie nos haya calado todavía —dije—, pero lo harán. Tengo mis sospechas sobre algunas cosas.

—¿Qué te ha puesto la mosca detrás de la oreja?

—La forma en que se ha estado comportando el equipo. Me han estado dando la tabarra con que me centre, creen que he perdido el norte. Me están vigilando, Jakob, y de verdad que no puedo permitirme meter la pata.

Eso era más cierto que nunca. Habíamos ganado suficientes partidos para clasificarnos para la postemporada, pero, seamos sinceros: no estábamos en ella solo para hacer acto de presencia. Teníamos toda la intención de ganarlo todo. Antes de Jakob, ganar habría sido la única cosa en el mundo que me importaba. Ahora, pensaba que podía haber algo más en la vida.

Quizá.

—Los Lions también se han estado comportando de forma rara —dijo él.

—¿Como siempre o es algo distinto?

—Algo dist… Oye, un segundo. ¿Qué se supone que significa eso?

Le dediqué una sonrisa irónica. Podría estar coladito por Jakob, pero eso no significaba que no fuera a tomarle el pelo.

—¿Crees que podemos retomar esta conversación después de que mi equipo gane el campeonato? —pregunté.

Farfulló con tanta fuerza que me salpicó.

—¿El campeonato? —preguntó—. ¿Qué demonios te hace pensar que existe la más mínima posibilidad de que eso ocurra?

—Estamos en los playoffs. Una vez dentro, solo tenemos que…

—Nosotros también.

Me quedé helado. —Espera, no querrás decir…

—Sí, Zane, por supuesto. El entrenador dijo que necesitábamos ganar seis de nuestros últimos nueve partidos. Hemos ganado ocho. Estamos dentro.

—Y ahora que lo estáis, supongo que pensáis que vais a armar un jaleo de la hostia, ¿no?

Hinché el pecho sin darme cuenta. Jakob sin duda debía de pensar que de verdad podía dar la campanada en los playoffs, incluso (o especialmente) conmigo allí. Eso significaba que tenía que pincharle el globo y hacerle volver a la tierra.

—No habría ninguna razón para que yo estuviera allí si no tuviéramos la intención de ganarlo todo.

—Ya veo. No me había dado cuenta de que teníais alguna posibilidad de llegar a los playoffs. Habéis estado jugando de pena.

—Vaya, gracias, Zane.

—¿Cuándo pensabas contarme todo esto?

Jakob se encogió de hombros. En realidad no necesitaba responder a la pregunta. Debía de esperar que me enterara por mi cuenta. Ya sabes, porque es increíblemente bueno para las confrontaciones.

—Estaba esperando el momento adecuado —dijo.

—¿Y cuándo exactamente habría sido ese momento? ¿A las mil y quinientas?

Suspiró como si yo fuera un caso perdido. Entendía que el hecho de que ambos hubiéramos llegado a los playoffs significaba que podríamos tener que enfrentarnos de nuevo, y esta vez sería a todo o nada.

Habíamos vuelto a jugar en un partido mucho más tranquilo, dadas las suspensiones impuestas tras el anterior. Cualquier partido que jugáramos en la postemporada lo significaría todo, y esperaba por Dios que Jakob lo entendiera.

—No tiene por qué ser para tanto, ¿sabes? —dije—. Podrías habérmelo contado sin más.

—Quería esperar al momento justo. Ya sabes, no eres la persona más fácil con la que tratar, al menos no cuando se trata de hockey.

—¿Así que ahora le vas a echar la culpa a esto?

Cuando puso los ojos en blanco, me frené. Mantener la boca cerrada supuso una lucha mayor de lo que podría haber imaginado. Además, no quería empezar una pelea bajo ningún concepto.

—Lo siento. —Me dejé caer en el sofá y me puse una mano en la frente—. Solo estoy un poco ansioso, ¿sabes?

—Claro que lo sé. Yo también soy jugador de hockey, por si lo has olvidado.

Me reí, pero no porque me hiciera gracia. Jakob podía ser el perfecto grano en el culo sin levantar la voz, o sin invertir mucho esfuerzo. Solo eso ya me daba ganas de gritar. Cuando le eché un vistazo a su preciosa cara, supe lo que podía perder si no arreglaba esto.

—Puede que los Riptides aún no sepan lo nuestro —dije—, pero ya me están presionando para que tome algunas decisiones.

—Tú también, ¿eh?

Asentí. —Saben que mi atención se está desviando en más de una dirección, y se nota. No importa qué lo esté causando. Quieren que mi concentración apunte en una sola dirección. ¿Entiendes lo que digo?

—Y si nuestros equipos acaban jugando el uno contra el otro…

—Todo podría salir a la luz. Pero no sé si tendría que suceder de esa manera. Si jugamos el uno contra el otro, no hay forma humana de que pueda concentrarme. Esa es la única razón por la que perdimos ese partido contra vosotros la semana pasada.

—Ah, así que *esa* es la razón ahora. Gracias por decírmelo. Por un momento, pensé que me estaba volviendo loco.

—Sabes que esa es la razón.

—Sinceramente, pensé que era porque los Riptides son inferiores a los Larkin Lions en todos los sentidos.

Apreté los dientes, queriendo estrangular a mi novio con todas mis ganas, pero logré contenerme. Después de todo, era el maestro

consumado en sacarme de quicio.

—No somos inferiores a vosotros en absoluto —dije—. Sácate esa idea de la cabeza. Solo sé que si jugamos el uno contra el otro en los playoffs, será un puto desastre total.

—No tiene por qué serlo.

—¿De qué coño estás hablando?

—Mira, ¿qué probabilidades hay de que realmente juguemos el uno contra el otro?

Me encogí de hombros y suspiré. —No sabría decirte un número.

—Puede que no sea tan malo como crees. Ambos nos hemos colado en el torneo por los pelos, ¿verdad?

—Odio verlo de esa manera, pero…

—Es lo que hay, Zane. Ninguno de los dos equipos es campeón de división, y eso significa que no jugaremos el uno contra el otro en la primera ronda, seguro.

—Vale, ahora te sigo.

—Tampoco jugaremos en la segunda ronda. Bueno, supongo que no es del todo imposible.

—Solo que no es muy probable.

—Exacto. Obviamente, *existe* una posibilidad de que acabemos enfrentándonos.

—¿Y cuál es?

—De todas formas, ¿qué probabilidades tienen los Riptides de acercarse ni de lejos al partido por el título?

Ahora apreté los dientes y gruñí. Y luego me reí al ver la expresión en la cara de mi novio. Incluso cuando ambos necesitábamos ponernos serios, no podía evitar ponerme esa cara, y eso me ayudaba a relajarme.

—Creo que nuestras probabilidades son bastante jodidamente buenas, listillo. —Me levanté, pasé mis brazos por su cintura y lo besé. No había nada mejor que la barba de Jakob rascándome la cara. Sí, de verdad.

Una parte de mí quería olvidarse del hockey y preocuparse solo por Jakob y por mí. Sentir su pecho presionado contra el mío provocó eso. ¿O simplemente exacerbó un sentimiento que ya tenía?

No sentía una erección en sus pantalones —aún—, pero eso llegaría más pronto que tarde. Por ahora, quería empaparme del momento.

—Deberíamos pensar en un plan, sin embargo. —Mi cara permanecía a solo un par de centímetros de la de Jakob.

—Por mí, vale.

—Si nos enfrentamos en el partido por el título, no podemos tener ningún contacto.

—¿Lo dices en serio?

—Ajá. Sabes que tendremos que ponernos manos a la obra y el equipo también lo esperará.

—Supongo que tienes razón.

—Eso significa que tampoco podremos quedar para follar. Ni siquiera una paja.

Estuve a punto de poner un puchero, pero quería mantener la dignidad.

—Sé que será un gran sacrificio —dijo—, pero creo que podemos soportarlo. Además, si acabamos jugando el uno contra el otro de nuevo, tendremos que concentrarnos.

—Lo sé.

—Eso significa que ni siquiera deberíamos pensar en el otro hasta que todo esté dicho y hecho.

Ese comentario fue el que más me afectó. En todo caso, habría esperado ser yo quien sugiriera una medida tan extrema. Quizá solo lo había dicho como una forma de hablar. Como si en realidad no quisiera decir que debíamos desterrarnos mutuamente de nuestros pensamientos.

¿Era eso siquiera posible?

No habría esperado ser yo el que se sintiera herido por ello, pero…

No, no admitiré algo así. No me dolió en absoluto. Simplemente no me gustaba la idea. ¿No deberíamos ser capaces de concentrarnos sin fingir que el otro no existe?

—Vale —dije—. Al menos hay casi cero posibilidades de que vosotros juguéis en el partido por el campeonato.

Jakob esbozó una última sonrisa.

34

JAKOB

Nuestro partido de la primera ronda nos enfrentó a los Larkin Lions contra Miami de Ohio. Sinceramente, no pensé que saldríamos vivos de ese partido, pero aun así logramos hacernos con la victoria. De algún modo. Sin lesiones, gracias a Dios, pero decir que nos dejamos la piel (y las tripas) sería quedarse corto.

El partido terminó con una tanda de *shootouts* en la prórroga. El gol de la victoria lo marcó un servidor, Jakob Martin. Eso me haría ganar puntos con los compañeros que me habían dado la matraca con mi falta de concentración. Tendrían que ver lo bien que se me daba aislarme de todo, ¿no?

En lo que respecta a Zane, no hablamos de nuestros partidos ni de los *playoffs*. De hecho, ni siquiera hablamos de hockey. Hicimos el amor. Constantemente. Preguntádselo a los vecinos, porque debimos de tenerlos en vela toda la noche. Estuvimos a punto de tener que hacernos la reanimación cardiopulmonar el uno al otro, pero mereció la pena. Al fin y al cabo, necesitábamos una válvula de escape para liberar nuestro estrés.

Para las semifinales, supe que los Larkin Lions habíamos cogido carrerilla. El equipo de hockey de los Pitt Panthers era una potencia de la que se esperaba que lo ganara todo. Zane probablemente me

habría recordado este hecho, y que nos iban a pulverizar, pero no estábamos hablando de hockey, ¿os acordáis?

Jugamos ese partido fuera de casa, mientras que los Riptides viajaron a Boston para enfrentarse a Northeastern. Ganamos nuestro partido en Pittsburgh a pesar de todos los pronósticos en contra y del clamor del público. Los seguidores de Pitt se quedaron en silencio mucho antes del final del tercer período. Sus enormes esperanzas se desvanecieron así, sin más. Vencimos al gigante, lo que significaba que pasaríamos a la final.

Aunque parezca mentira, el entrenador de Pitt se acercó al entrenador Hardison después del partido con la mano extendida. Le dijo a Hardison: —Los Larkin Lions son un equipo predestinado. —Y luego añadió—: Espero que lleguen y lo ganen todo.

Hardison no solía compartir con nosotros los detalles de conversaciones privadas. Que se lo contara a todo el equipo de verdad me infundió la creencia de que podíamos conseguirlo.

Dicen que no importa si ganas o pierdes, sino cómo juegas el partido. Incluso yo sé que eso no es del todo cierto. Ganar importaba, y no solo por la gloria. Jugar en la NHL había sido muy importante para mí desde que era pequeño. Joder, lo era *todo*. Ganar un campeonato de la NCAA solo mejoraría mis posibilidades de ser seleccionado en el *draft* y de hacer realidad mi sueño.

Y la oportunidad de hacer mis sueños realidad estaba cada vez más cerca.



Después del partido contra Pitt, el vestuario se volvió más bullicioso de lo que lo había visto nunca. Nos vaciamos botellas de champán por la cabeza los unos a los otros. Cantamos canciones de victoria. Los chicos se bajaron los pantalones hasta los tobillos. Ya sabéis, lo de siempre.

Ryan Detenbeck, como nuestro jugador más veterano, dio un discurso. Nos recordó que él era uno de los pocos jugadores que quedaban del primer equipo campeón y que estaba cualificado para

decirnos todo lo que necesitábamos saber. Reconoció que estábamos ansiosos por disfrutar de la misma gloria que él ya había vivido.

—Vamos a disfrutar de esto esta noche —dijo—. Pero mañana, vuelta al trabajo. Tenemos una oportunidad de oro justo delante de nosotros. De ninguna manera podemos desperdiciarla. Y no importa quién sea nuestro rival. Tenemos el talento y la voluntad de ganar. Y, sobre todo, tenemos el *ímpetu*. ¡Ahora, vamos a demostrarle al mundo de qué pasta están hechos los Larkin Lions!

La sala estalló en vítores. Era lo mejor que me había sentido desde que… bueno, desde que le dije a Zane que lo quería. Sí, suena muy cursi, pero es la verdad. Aun así, no podía pensar en mi novio en este momento.

Concéntrate, ¿recuerdas?

Detenbeck siguió hablando y el equipo continuó animando, pero dejé de prestarle atención. Me había dejado llevar por el momento y sentía que podía caminar sobre el aire.

Entonces nuestro encargado de material se acercó al portero. Detenbeck se inclinó para que el hombre pudiera susurrarle algo al oído. Los ojos de Detenbeck se iluminaron como si no pudiera creer lo que acababan de decirle.

—¡Uh, oh! —exclamó Detenbeck—. Última hora: ya sabemos quién será nuestro rival en la final.

Hizo una pausa como si esperara un redoble de tambores.

—¡Suéltalo de una puta vez! —dijo Levi, dando un trago a una Budweiser.

—¡Nuestro rival en la final no será otro que los Remington Riptides!

La sala volvió a estallar, esta vez con una mezcla de vítores, pero también de murmullos y quejas. De una forma extraña, equivalían a lo mismo. Estaban emocionados, sin perder de vista el odio y la animosidad que sentían desde hacía mucho tiempo. Nuestro equipo no podría estar más feliz de enfrentarse a los Remington Riptides cuando de verdad importaba. Era una oportunidad para infligir el mayor sufrimiento posible a un enemigo jurado. Para tíos como Ryan Detenbeck y Levi Dunn, este era el escenario soñado.

Para mí, era una pesadilla.

Se me encogió el corazón, sentí un frío por todo el cuerpo y el apetito se me fue al garete.

Había recibido mensajes de Zane mientras estaba en Boston, pero ninguno decía que los Riptides hubieran ganado o pasado a la final. Eso no era una sorpresa. No nos hablábamos de hockey, ¿os acordáis?

Y yo tampoco había dicho nada sobre nuestra victoria.

Quizá había querido esperar a que estuviéramos solos para darme la noticia. Sinceramente, no habría sabido qué decirle. Todo aquello me resultaba demasiado abrumador.

Me dejé caer en un banco mientras la sala empezaba a vaciarse. Levi Dunn se sentó a mi lado, porque todo el mundo necesita a un cabeza hueca cerca en el momento más inoportuno.

—¿Por qué esa cara larga, tío? —preguntó—. Vamos a la final. ¿No deberías estar más contento que unas castañuelas como el resto de nosotros?

—Ojalá fuera tan fácil.

—Espera, no me dirás que de verdad no estás disfrutando de esto, ¿verdad?

No supe qué decirle al cabeza hueca. Sinceramente, sentía que todo lo que dijera o hiciera estaba destinado al fracaso.

—No sé. A lo mejor solo son los nervios. En plan, nunca he estado en la final de nada, ni siquiera en el instituto.

Eso no era verdad. Ganamos el campeonato todos los años en el instituto. Odiaba mentir a Levi, pero sentía que no tenía otra opción.

—Sé lo que quieres decir —contestó él.

—¿Ah, sí?

—Claro. Recuerda que yo no era titular, y desde luego no era el matón del equipo, cuando ganamos la primera final.

—Eras un calientabanquillos.

—Vaya forma de hacer que suene como algo malo, colega.

Levi me dio una palmada en la espalda demasiado fuerte, pero no con rabia. No, lo hizo porque era un completo y absoluto cabeza hueca.

—Pero sigo sabiendo todo lo que necesitamos saber sobre ganar —dijo—. Eso es importante con todos los chicos nuevos que hay en

este equipo.

—Sí, ¿y qué se siente al tener que concentrar hasta la última gota de energía en un solo partido porque es el momento más importante de tu vida?

—No te voy a mentir, es un puto caos. Vas a querer salir a tomar aire en algún momento, y no podrás, porque estás demasiado metido en la puta pomada.

—Tan exigente, ¿eh?

—Joder que sí. Pero no todo es malo. En realidad solo tienes que pensar en una semana de preparación muy intensa y luego el partido en sí. No es la Super Bowl.

—Para mí lo es.

—Eso es lo que me gusta oír.

—Pero, ¿cómo se puede superar un partido tan importante?

—No sé. Estaba demasiado ocupado potando antes del saque inicial como para sobreanalizar nada.

—Ponte serio, ¿quieres?

—Oye, que *estoy* hablando en serio.

—Lo siento, creo que los nervios me están jugando una mala pasada.

Al menos eso era en parte verdad. Una parte de mí quería decirle a Levi cuál era mi problema y no andarme con rodeos, para no tener que ser prisionero de una mentira nunca más. Pero no podía arriesgarme. Incluso Levi Dunn, que podría entender fácilmente mi amor por otro hombre, pondría el límite en lo de estar colado por el enemigo.

—Lo mejor que puedes hacer es despejarte de toda la mierda de la mente —dijo él.

—Eh, ¿y cómo se hace eso?

Una risotada gigantesca brotó de él. Me preparé para otra palmada demasiado fuerte en la espalda que, por suerte, no llegó.

—Es fácil. Simplemente dejas tu mente en blanco.

Cuando se quedó mirando al vacío, comprendí que probablemente ya había comenzado el proceso de hacer exactamente eso.

—No sé, Levi. El enfoque de no pensar no parece funcionarme muy bien.

—Tú mismo. A mí me funciona de maravilla.

Respiré hondo y luego solté el aire. Quería hablarle de la montaña de problemas que tenía que escalar, pero no podía. Zane seguiría en mi cabeza quisiera o no. Comprendí que tendría que tomar decisiones a pesar de mis mejores esfuerzos por evitarlas.

—¿Alguna vez te preocupa cómo se sentirá el otro equipo? —pregunté—. Ya sabes, por perder.

Una sonrisa apareció en su rostro, pero luego frunció el ceño.

—Dime que no hablas en serio —dijo.

—Bueno, sí… Quiero decir, no, claro que no. Espera, quiero decir…

Ahora que lo había dicho, no podía retractarme. ¿Por qué no podía mantener la boca cerrada?

—No es eso lo que quería decir exactamente —dije—. Solo quiero decir, ¿entiendes cómo se sentiría el otro equipo si acabara en el lado perdedor del marcador?

—No necesito hacerlo. ¿Sabes por qué? Porque *yo* sé lo que es estar en el lado perdedor del marcador, y por eso haré cualquier cosa para asegurarme de no volver a acabar ahí.

—Pero…

—Y me importa una mierda cómo se van a sentir los Riptides cuando les demos la paliza del siglo. De hecho, estoy deseando verlos llorar en el otro banquillo.

No pude ocultar el suspiro que se me escapó de la boca.

—Tienes que ser despiadado —dijo—. Y si no puedes, recuerda la noche en que dejaste a Zane K.O. Hiciste lo que tenías que hacer en ese momento, ¿verdad?

Aunque odiaba admitirlo, Levi tenía razón. La diferencia era que en realidad no conocía a Zane antes, más allá de algún placaje ocasional y un choque de manos durante un partido.

En esas situaciones, él no era el tipo al que había dejado K.O. en una pelea de bar ni el tipo con el que me había acostado innumerables veces. Ciertamente no era el hombre que me había sorprendido con su personalidad y su capacidad de amar.

Y no era el chico con el que podría pasar mi vida.

Sí, he dicho eso. Solo soy honesto sobre lo que pensé en ese momento. Aunque no digo que ayudara. En todo caso, solo complicaría la situación mucho más.

35

ZANE

Pasé el vuelo de vuelta de Boston atrapado en un torbellino de pensamientos. Qué decirle a Jakob, qué no decirle a Jakob. Mi novio consumía todos y cada uno de mis pensamientos mientras mis compañeros de equipo se comportaban como los gamberros que eran.

«Quizá no debería decir nada», pensé. No hacer nada me había venido de perlas hasta ahora. Pero soy realista, no un soñador. El sentido común dice que no se puede mantener esa farsa para siempre. Podíamos fingir que el partido no importaba cuando, en realidad, lo era todo.

Cuando llegamos a Buffalo, fui directo a casa de Jakob y, ya sabéis…

Mirad, los dos habíamos mostrado un nivel de contención de locos últimamente y teníamos que desahogarnos en algún momento. Además, me permitió liberar la tensión nerviosa que se había acumulado durante el vuelo.

Después, pedimos una pizza de La Nova, a pesar de que sabíamos que ninguno de los dos necesitaba nada tan pesado en el estómago.

Observaba a mi novio por el rabillo del ojo, incapaz de negar lo increíblemente sexi que se veía simplemente sentado ahí, por el amor de Dios. Incluso devorando un trozo de pizza, Jakob Martin parecía un dios. El sexo que acabábamos de tener no podía apagar el fuego que ardía en mi interior por él. Pero no podía permitirme seguir pensando así. Necesitaba concentrarme en la tarea que tenía entre manos, que era vencer a los Larkin Lions en la final del campeonato… lo que significaba vencer a Jakob Martin, dios del sexo por excelencia.

—¿Jakob? —pregunté.

Mi novio mantuvo los ojos pegados al televisor, donde estábamos viendo *¿Quién es el jefe?*. Actuaba como si yo ni siquiera estuviera en la habitación.

—¿Jakob?

Nada. Solo el sonido de Tony Danza acompañado de los ruidos asquerosos que Jakob hacía al comer.

No tenía por qué aguantar esto, ¿sabéis? Puede que hubiera hecho alguna concesión a ese zopenco en el dormitorio, pero pretendía mantener el control de todo lo demás, muchas gracias.

Alargué la mano y le pellizqué el pezón a Jakob, retorciéndoselo con fuerza. Mi novio se levantó de un salto, casi dejando caer el trozo de pizza al suelo, antes de darme un puñetazo en el brazo.

—¿He conseguido llamar tu atención? —le pregunté.

—¿A qué coño ha venido eso?

—¿Tú qué crees? Si hubieras respondido a la primera, no habría tenido que hacer eso.

Mi novio me fulminó con la mirada como si hubiera cometido un acto de traición. Luego se dejó caer de nuevo en el sofá, como si por fin estuviera listo para escucharme.

—Tenemos que hablar en serio.

—¿De qué?

Mis manos se lanzaron hacia delante, listas para estrangularlo, al diablo con los dedos pringosos. Peor aún, me sentí profundamente estúpido. En plan, ¿me había pasado meses follando con alguien tan corto?

—De la gran victoria —dije—. Vamos a la final del campeonato. Los Riptides, quiero decir.

—Sí, ya lo sé.

El silencio se apoderó de nosotros. Esperé a que me felicitara por mi logro, pero no lo hizo. Justo, supongo, teniendo en cuenta que yo no lo había colmado de elogios por el pase de los Lions al gran partido.

—Creo que es algo de lo que tenemos que hablar —dije.

Dejó el trozo de pizza. Por Dios, esperaba que eso significara que estaba listo para escuchar.

—Pensaba que no querías hablar de hockey —dijo—. Quiero decir, para nada.

—Y sigo sin querer. Esa regla era sobre todo para cuando nosotros…

—¿Para cuando no teníamos casi ninguna posibilidad de enfrentarnos en la final del campeonato?

—Exacto.

Me sentí un poco estúpido, pero no debería. Entendía que pocas posibilidades no equivalen a cero posibilidades. Simplemente tenía tan mala suerte que el peor de los escenarios posibles acabaría haciéndose realidad.

—Deberías darme un respiro —dije—. No vi venir esto.

—¿Cómo que no lo viste venir? ¿Cómo ibas a no verlo?

—Bueno, sinceramente no esperaba que vosotros llegarais al partido.

—¿Ah, sí?

—Sinceramente, esperaba que os eliminaran en la primera ronda.

Jakob farfulló con tal fuerza que me escupió en toda la cara. Me limpié la saliva del rostro y me preparé para la acción, porque aún no había terminado con él.

—¿Qué coño te hizo pensar una gilipollez así? —preguntó.

—Bueno, para empezar, tuvisteis suerte de llegar a los *playoffs*.

—Ejem, perdona, pero los Riptides solo entraron por los pelos de los cojones.

—Qué bonita analogía, Jakob. Deberías escribir poesía.

Puso los ojos en blanco. A pesar de nuestro historial, casi nunca discutíamos, y debía de echar de menos que yo saliera victorioso… igual que en la cama.

—Mira, ambos sabíamos desde el principio que jugar el uno contra el otro era una posibilidad —dijo.

—Bueno, sí. Pero yo pensaba más bien que solo existía la posibilidad de que nosotros llegáramos a la final. No esperaba tanto de los Lions, es triste pero cierto.

El comentario me sonó bastante a broma, pero sabía de sobra que en realidad no estaba bromeando. No del todo, al menos. No es que pensara que Jakob o los Larkin Lions fueran una mierda ni nada de eso. Tenían talento y entrenador. Tenían ganas y empuje. Incluso en el peor momento, sabía lo suficiente como para respetar siempre a mi oponente. Ponerse demasiado gallito era una forma segura de que te dieran una paliza.

Entonces sí que estaríamos totalmente jodidos.

—Vale —dijo—, pues vamos a jugar el uno contra el otro. Es lo que hay. Hemos jugado el uno contra el otro un montón de veces, ¿no?

—Cierto.

Pero no era cierto. No del todo. Nos enfrentaríamos por centésima milésima vez, pero lo que estaba en juego era ahora demasiado importante como para fingir que no importaba. Antes podíamos simplemente prometer no hablar de ello. Sin roces, sin animosidad, sin competición. Solo buenos ratos con mucho sexo caliente. Ahora, teníamos que hablar del elefante en la habitación.

Cuando contemplé a Jakob, me volví a enamorar. No es que se lo fuera a admitir. Ni de coña. Para empezar, nunca me gustó admitirlo, pero eso no hacía que los hechos fueran menos ciertos.

—Mira —dije—. No quiero entrar en esto.

—Pero tienes que hacerlo. Sacaste tú el tema, ¿no?

Puse los ojos en blanco, odiando tener que admitir nada. Quería escapar de esto, pero no encontraba una salida de emergencia. Y cómo no, Jakob Martin se cruzó de brazos como si tuviera todo el día para esperar una respuesta.

—Es solo que no quiero que haya resentimientos cuando ganen los Riptides —dije.

Los ojos de Jakob casi se le salieron de las órbitas.

—Un momento, un momento, un momento, para el carro —dijo —. Tiempo muerto. ¿Cuándo ganen los *Riptides*?

—Sí, eso es.

—Sé que te caíste de cabeza cuando eras pequeño y todo eso, pero esto es ridículo. ¿Qué, en nombre del puto Wayne Gretzky, te hace pensar que tenéis la más mínima posibilidad?

—La historia, muchacho.

—¿«Muchacho»? No me jodas. ¿Y la historia? Tío, los Lions han ganado a los Riptides más veces de las que vosotros nos habéis ganado a nosotros desde que ambos estamos en las plantillas.

—Me importa una mierda. Siempre os ganaremos cuando más cuenta.

No puedo mentir. No tenía ni puta idea de lo que estaba diciendo. Mi naturaleza competitiva exigía que dijera e hiciera lo que fuera necesario para mantenerme por delante. Pretendía ganar esta discusión y no me importaba que no hubiera un árbitro para levantarme la mano.

—Ese es el problema contigo y con esos primates a los que llamas compañeros de equipo —dijo—. Sois unos creídos.

—¿Somos unos… qué?

—Unos creídos, zoquete. Significa que tenéis los humos muy subidos, y no me refiero precisamente a la cabeza de abajo.

Me di cuenta de que ya había cerrado las manos en puños, probablemente después de la pulla de «zoquete». A estas alturas, seguramente me habría hecho heridas en forma de media luna en las palmas con las uñas.

—Tienes mucha cara al hablarme así, ¿lo sabías? —declaré.

Esbozó una media sonrisa, lo que me dijo que al menos había estado bromeando en parte. Mi novio era un graciosillo de mucho cuidado. Pero esto parecía demasiado serio como para andarse con tonterías.

—Mira, sabes lo mucho que esto significa para mí, ¿verdad? —preguntó.

—Claro que lo sé. Soy jugador de hockey, por si lo has olvidado.

—Lo sé, pero…

No conseguiría nada diciéndole básicamente que mis mismas esperanzas y sueños eran más importantes que los suyos. Y no básicamente, tampoco. *Estaría* presentándolos como más importantes.

Podía predecir la respuesta de Jakob. Diría alguna estupidez, o algo peor. En lugar de prepararme para ello, decidí pasarle por encima.

—Te das cuenta de que, cuando los *Lions* lo ganen todo, esperaré que me beses el anillo, ¿no? —Mostró su mano como si ya estuviera adornada con joyas.

—*No* pienso besarte el anillo.

—Sería mejor que besarme el culo, ¿no?

Se giró a medias, mostrando su trasero, y se dio una palmada en una de las nalgas.

Casi me atraganté con las palabras que amenazaban con salir de mi boca y apreté el puño. Jakob no me tomaba en serio y nunca lo haría, y su lengua viperina me estaba sacando de quicio.

—Supongo que te crees muy gracioso, ¿eh? —pregunté.

—Soy la hostia de gracioso.

—No te reirás tanto cuando los Remington Riptides estén levantando el trofeo y echándose champán unos a otros por encima.

Resopló como si hubiera dicho algo gracioso.

Cerré los ojos y respiré hondo. Una parte de mí quería seguir discutiendo con él, pero no lo haría. Eso sería jodidamente desesperado y totalmente indigno de mí. Además, sería mucho más conmovedor cuando mis compañeros y yo les diéramos una paliza a los Lions.

Puede que Jakob no me tomara en serio en su casa, pero lo haría cuando nos viéramos las caras para jugárnoslo todo.

36

JAKOB

—¿Sigue el ritmo, ¿quieres? —dijo Zane mientras corríamos por Delaware Park—. Te estás quedando atrás otra vez.

—No es verdad. Y tampoco me estaba quedando atrás la primera vez. Infórmate bien.

Zane era un fantasma. ¿Sabéis cómo lo supe? Y no me refiero a que estuviera moviendo los labios. Su respiración era mucho más dificultosa que la mía. Sí, ambos éramos atletas y podíamos aguantar mucho, pero sabía que había forzado bastante a mi novio.

Aceleré para dejarlo atrás solo para remarcar mi punto. Cuando miré por encima del hombro, vi que me había adelantado demasiado. Hizo un gesto de sorpresa y cargó hacia delante. Como corredor habitual, había aprendido a dosificarme, lo que significaba que no debería tener problemas para superar al señorito Zane Hirst.

En más de un sentido, si sabéis a lo que me refiero.

Zane casi me alcanzó, eso sí. Por una fracción de segundo, me alcanzó por completo antes de volver a quedarse atrás. Volví a mirar por encima del hombro y no pude ocultar la sonrisa que se dibujó en mi cara.

Venga, gente, soy humano.

Finalmente, bajó el ritmo, lo que significaba que podría adelantarlo sin problemas si quisiera. En lugar de eso, aminoré la marcha, permitiendo que me alcanzara. ¿Por qué no? El gran y malvado Zane Hirst necesitaba recuperar el aliento.

—Venga, tómate un descanso —le dije—. Lo necesitas.

—Que te jodan.

Chasqueé la lengua contra la parte posterior de los dientes un par de veces, pero me contuve de negarle con el dedo. Claro, tratarlo con condescendencia sería divertido, pero prefería humillarlo con mi superior destreza atlética.

—¿No te dijo tu madre que si no tienes nada bueno que decir, mejor no digas nada?

—Métetelo por el culo.

Casi tuve que taparme la boca para contener la risa.

—Ya me he metido un montón de cosas por el culo por ti y sigo caminando, y con bastante normalidad, si me permites añadir.

Vi cómo se encendía el fuego en los ojos de Zane por primera vez en un tiempo, probablemente desde que le di plantón en Parkside Candy. Sabía que a veces podía ser un gilipollas beligerante, pero supongo que no sabía cuándo podría resurgir esa faceta suya.

—Eso es hacer trampa, ¿sabes? —Se llevó una mano al pecho, y yo permanecía prácticamente impasible después de nuestra carrera. Me juego lo que quieras a que eso lo volvía loco.

—¿De qué hablas?

—Lo que acabas de hacer. Ha sido una soberana gilipollez.

—¿Te refieres a que te haya ganado en esta carrerita? No sabía que llevaba unos pequeños propulsores instalados en los lados de las zapatillas. Aunque molaría.

—Eso no, Jakob. Deja de hacerte el listillo.

—¿Por qué? Es lo que se me da bien.

—Has convertido esto en una carrera sin decírmelo y luego has intentado declararte ganador. Para mí, eso es una mierda.

—Ya, bueno, tu libro es bastante fino. No tiene muchas páginas. Además, no intentaba que fuera una carrera de verdad. Me dijiste

que siguiera el ritmo. No solo he hecho lo que me has pedido, sino que te he pateado el culo. ¿Qué me dices a eso?

El fuego en sus ojos se intensificó y traté de no reírme. Venga ya, es muy difícil no jugar con la mente de mi novio cuando se pone así.

—No me has pateado el culo y lo sabes —dijo.

—Claro que sí. Te he adelantado enseguida. Cuando te has quedado sin fuelle, te he dejado mordiendo el polvo.

Miré hacia abajo y vi que apretaba los puños como había hecho en mi salón la noche en que volvió a casa de Boston. Eso solo subrayaba el hecho de que yo tenía toda la razón, y mi novio no podía soportarlo. En cualquier caso, me sentía feliz de joderle la cabeza tanto como me gustaba joderle... bueno, la polla.

—Solo digo que si querías una competición justa, podrías habérmelo dicho —dijo—. Así podríamos hacerlo como es debido.

—En otras palabras, quieres un argumento que te beneficie al máximo, ¿eh?

—¡*No!* —casi gruñó. Espera, qué coño, *sí* que gruñó. Menos mal que ya tenía la cara roja, porque si no, habría tenido otro síntoma de rabia que señalar. Para mí, este Zane Hirst tenía mucho más en común con el tipo al que le había dado un puñetazo en el Colter Bay Grill que con el que había disfrutado de constantes juergas sexuales. Algo le había tocado la fibra sensible. Al principio, pensé que había sido yo, pero estaba seguro de que tenía que ser algo más.

—Estás tan seguro, ¿eh? —le pregunté.

—Joder que sí.

—En ese caso, ¿por qué no lo repetimos? Te dará la oportunidad de demostrar que me equivoco.

—Me encantaría.

—Entonces, hagámoslo.

Zane adoptó la posición de carrera, flexionando una rodilla y balanceando un poco los brazos colgando. Reprimí una risa, negué con la cabeza y me uní a él. Ni siquiera tuvimos la oportunidad de hablar de lo que recibiría el ganador, pero algo me decía que no importaría. Para este zoquete, el derecho a fanfarronear ante mí significaba más que cualquier otra cosa.

—Vale —dijo—. ¿Estás listo?

—Más que nunca.

—Muy bien. Preparados..., listos..., ¡*ya*!

Solo que Zane salió disparado antes de que la palabra *ya* saliera por completo de su boca. Y una mierda la competición justa, ¿eh? Hay gente muy desesperada. Da igual. Ganaría esta competición de una forma u otra.

Me lancé hacia delante, recortando la distancia entre nosotros casi al instante. Él miró por encima del hombro, con el pecho agitado por el esfuerzo, como si mantenerse por delante de mí, incluso después de hacer trampas, requiriera toda su fuerza. Aún mejor, sus ojos se abrieron como si no pudiera creer que ya lo había alcanzado.

Segundos después, alcancé a mi novio, pero no lo adelanté. Aun así, todavía no había encendido todos los propulsores. Digamos que quería jugar con él y me sentía tan seguro de la victoria que podía permitirme ponerme chulo.

Entonces ocurrió algo que no os creeríais: Zane casi se estrella contra una mujer que llevaba un niño pequeño en brazos. En serio. Casi se la lleva por delante en su afán por ganarme. Gracias a Dios, frenó en seco. Solo que, no diría que frenó en seco propiamente. Disminuyó la velocidad lo suficiente para esquivarla, pero eso también me permitió pasarle de largo.

No habíamos establecido una línea de meta para esta carrera porque el cabezota de Zane había tenido que empezar antes de acordar las reglas. De hecho, había empezado antes de lo que debía y yo iba a ganarle de todos modos. Con ambos brazos alzados al cielo, me declaré ganador.

Zane me alcanzó momentos después, con los pulmones otra vez a pleno rendimiento. Pensé que sería mejor no dar una vuelta de la victoria. Ganar a mi novio en cualquier cosa era recompensa suficiente.

—Eso ha sido una mierda, ¿sabes? —dijo.

—¿De qué hablas?

—Lo que acaba de pasar. Había un puto obstáculo en medio de la pista.

—No estamos en una pista, Zane. Estamos en medio de un parque público.

—Me importa una mierda.

—Claro que no.

—Lo que digo es que si hay un obstáculo en el camino, entonces se debería haber hecho algo al respecto.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Parar para que pudiéramos decirle a esa mujer que se largara de tu pistita?

—Sí, eso es exactamente lo que digo.

Hice una pausa, esperando —bueno, rezando a Dios, en realidad — a que me dijera que solo estaba bromeando. No hubo suerte. Mi novio iba tan en serio como quien va a un funeral.

—Vamos a repetirlo —dijo.

No respondí con un «¿*repetir el qué*?», porque sabía perfectamente a qué se refería... y no quería creérmelo.

—Venga —volvió a adoptar la posición.

—Zane, ponte recto y vamos a caminar el resto del camino como personas normales, ¿vale?

—Y una mierda. Solo dices eso porque sabes que te habría ganado si no fuera por ese estúpido obstáculo en mi camino.

Puse los ojos en blanco. Lo siento, pero no pude evitarlo. Zane estaba siendo estúpido incluso para ser Zane, lo que ya era decir mucho.

—Zane, tío, venga ya.

—Lo digo en serio. Preparados, listos.

Señaló el asfalto como si pudiera darme órdenes.

—No voy a competir contigo otra vez —dije.

—¿Ah, no? ¿Tienes miedo o algo?

Empecé a reírme. Lo admito sin reparos. Vosotros también lo haríais si os enfrentarais a alguien que se comporta tan estúpidamente como mi novio en ese preciso momento.

—Zane, espero que no vayas a...

—Responde a la pregunta, ¿quieres? —dijo.

—No, no tengo miedo, pero tampoco voy a ceder a tu tonta competición.

—¿*Tonta* competición?

—Perdona, a tu obsesión de mierda, cabezota, para tontos desesperados y patéticos. ¿Contento?

Se quedó paralizado como si le hubiera dado una bofetada. Creedme, hice todo lo posible por no darle una buena de verdad. Habíamos llegado a un punto muerto. A eso se reducía todo. Me había desafiado y yo lo había rechazado de plano, pero no iba a rendirme ante él a menos que estuviéramos en la cama.

—¿Cuál es el problema? —preguntó—. Solo quiero tener una carrera justa. Esa mujer estaba totalmente en medio y lo fastidió todo. Te habría *ganado*, Jakob. Juro por Dios que lo habría hecho.

—Le estás dando demasiada importancia a chorradas. Tienes que dejarlo pasar. Y además, no podrías haberme ganado ni en tu mejor día.

Y me alejé. No es que quisiera actuar con arrogancia, pero no tenía un micro que soltar. Como antes, Zane estaba claramente echándose una siesta antes de apresurarse a alcanzarme. Otra vez dormido en los laureles.

—Si estás tan seguro de que no podría ganarte en mi mejor día, ¿por qué no echamos otra carrera y la hacemos bien esta vez?

—Porque yo estoy cuerdo y soy racional, Zane. Lástima que no pueda decir lo mismo de ti.

Eso le cerró la boca. Gracias a Dios. Aún mejor, mantuvo su bocaza cerrada el resto del camino hasta mi casa. Una vez allí, nos duchamos juntos y luego nos fuimos a la cama (lo que requirió otra ducha). Podríais pensar que apenas podría soportar montármelo con él, pero debo decir que, de algún modo, fue uno de los mejores polvos que habíamos echado.

Una buena distracción, en realidad, ya que sabía que esto no había terminado. Si no entendéis por qué pienso eso, no habéis aprendido mucho sobre Zane Hirst.

37

ZANE

La carrera fue una puta mierda. Las explicaciones de Jakob fueron una puta mierda. ¿Sabéis qué? Creo que Jakob podría haber contratado a esa mujer con el niño para que apareciera en Delaware Park, en ese punto exacto, en ese preciso instante, solo para joderme.

Sí, ya sé que suena a locura, pero me importa una mierda. Sé de sobra que soy más rápido que mi novio corriendo. Joder, era el doble de rápido que él sobre el hielo, dijera lo que dijera.

Hasta ahora no habíamos hablado casi nada de hockey, pero no nos hacía falta para mantener la tensión bien fresca. Resultó que a mi novio no se le había olvidado cómo ser un auténtico grano en el culo. Sabía de sobra que en realidad quería restregarme su «victoria» en la carrera, ya que era lo más parecido a un triunfo que había conseguido sobre mí. Y no, dejarme KO en el Colter Bay Grill no cuenta. Usemos un poco el sentido común.

En el gimnasio, me puse delante del espejo y flexioné los músculos. No, no posé como Hulk Hogan ni como ninguno de esos culturistas que se ven en la tele. Solo quería ver lo que el resto del mundo tenía el placer de disfrutar. Cuando tienes un cuerpo como el mío, ¿para qué andarse con sutilezas?

¿Pero acaso Jakob podía con eso? Ni de coña. Se puso detrás de mí y se quedó mirando con una sonrisita de gilipollas en la cara, como si yo *no pudiera* verlo en el espejo. Así es como a mi novio le gustaba hacer las cosas.

Muy maduro, ¿eh?

—¿Qué haces? —Jakob intentó que la pregunta sonara seria, pero yo lo conocía demasiado bien. Podría caer una bomba atómica sobre Buffalo y él seguiría haciendo chistes de mierda.

—Posar, ¿qué te parece?

—¿Para quién?

—Para quien quiera admirar este puto cuerpo increíble.

Extendí las manos frente a mi cuerpo porque me pareció que me merecía un poco de dramatismo.

Él sonrió a medias pero no dijo nada, lo que casi me saca de quicio.

—Tío, si vas a posar, deberías probar algo como esto.

Agitó los dedos como para espantarme. ¡Y yo, idiota de mí, me aparté! Dios, no os imagináis lo exasperante que podía llegar a ser a veces. Pero la cosa se pone peor. Oh, mucho peor.

Cuando se puso frente al espejo, parecía que ese era su sitio. Con eso quiero decir que él *creía* que ese era su sitio. ¿Sabéis?, ¿porque estaba increíblemente pagado de sí mismo?

Adoptó una pose, pero no como la inocente y sutil que había hecho yo. No, él se creía Lou Ferrigno, por el amor de Dios. O Schwarzenegger en su apogeo. Hice todo lo posible por no poner los ojos en blanco. Joder, intenté no potar hasta la primera papilla. Era obvio que Jakob estaba tratando de eclipsarme, igual que había hecho en Delaware Park.

—Anda ya —dije—. ¿Quieres quitarte de en medio para que podamos ponernos a lo nuestro?

Pero no me hizo caso. A saber si siquiera me oía. Lo juro por Dios, estaba completamente ensimismado.

—¡Jakob! —le di una palmada—. Tenemos un entrenamiento que terminar. Vamos, ¿nos ponemos en marcha?

Y Jakob siguió posando como si mis palabras le hubieran entrado por un oído y salido por el otro.

—Eh, ¿qué tal? —se acercó Corbin, el cachas del gimnasio al que más me quería parecer, con un aspecto de estar cuadrado de cojones. Me alegré de no estar posando en ese momento. Habría sido casi imposible superar su físico hercúleo.

El problema fue que, cuando saludó, no me estaba hablando a mí. Ni de coña. Se dirigía a Jakob, por el amor de Dios.

—Te has puesto muy en forma, colega —dijo—. Pareces capaz de levantar un Buick en press de banca.

—Gracias, tío —dijo Jakob—. Significa mucho viniendo de ti.

—¿Pero has visto qué congestión? ¡A ver esos músculos!

Jakob sonrió de oreja a oreja y aceptó la invitación de volver a flexionar. Por supuesto que lo hizo. Estaba pagado de sí mismo, ¿os acordáis? Flexionó los músculos y Corbin miró a mi novio como si de verdad *fuera* Schwarzenegger.

—Tenía razón —dijo Corbin—. Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi. ¿Qué usaste como motivación?

—El hockey, por supuesto.

—¡Claro! —señaló a mi novio con el dedo índice—. Jugáis la final del campeonato dentro de poco, ¿no?

—Así es, y vamos a ganar de puta madre, además.

Vale, juraría que se había olvidado por completo de que yo estaba allí. Aun así, hacían falta un par de cojones para dar por sentado que iban a ganar.

—Espero que todo os vaya bien —le dijo Corbin, siguiéndome tratando como al hombre invisible—. Y sé que lo harás genial. Esos Remington Riptides son una mierda.

—Y que lo digas.

Y ambos se rieron como si ese último comentario fuera lo más gracioso del mundo.

Estaba claro que se habían quitado los guantes.

—Déjame echarte otro buen vistazo —dijo Corbin.

Jakob flexionó para él, incluso dando una pequeña vuelta. Corbin lo miró como si se le fuera a poner dura en cualquier momento. De hecho, empecé a preguntármelo. Le chocó la mano a Jakob, pero bien podría haberle dado una palmada en el culo.

Extendí la mano, pero no solo no me la estrechó, sino que siguió andando. ¿Sabéis?, ¿como si de verdad fuera el hombre invisible?

Miré por encima del hombro, pensando que Corbin enmendaría su error y volvería para pedirme a *mí* que flexionara los músculos. Pero no ocurrió.

—¿A qué ha venido todo eso? —pregunté.

—Ese era Corbin —dijo.

—Ya sé quién es, Jakob. Solo me pregunto por qué te ha prestado tanta atención a ti y a mí absolutamente ninguna.

¿Y a qué viene esa basura de que los Riptides son una mierda? quise preguntar. *¿Y quién coño ha dicho que tú y tu equipo de perdedores tenéis la más mínima oportunidad contra nosotros?*

Me guardé las preguntas, ya que había aprendido que lo único que se le daba realmente bien a Jakob era usar esa lengua afilada que tenía.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntó.

—Ninguna, Jakob, solo quiero terminar este entrenamiento, ¿vale?

—Vale.

Nos dirigimos al banco más cercano y cargué cien kilos de peso en la barra. Luego me senté, me deslicé debajo y la agarré con los dedos. Cuando la levanté, un gruñido se me escapó entre los dientes apretados. Bajé la barra hasta el pecho, sinceramente preocupado por si se me caía. Me di cuenta de que mi novio estaba inclinado sobre mí, listo para quitarme el peso del pecho si lo necesitaba, pero que le jodan a eso. De ninguna manera necesitaba que nadie me ayudara.

Por un momento, me preocupé de verdad de que se me fueran a caer los brazos a cachos, pero no dejé que eso me impidiera terminar. Finalmente, llegué a mi serie de diez y volví a colocar la barra en su soporte.

Cuando me incorporé, habría invitado a Jakob a ocupar mi lugar, pero se abalanzó sobre él, como si tuviera toda la prisa del mundo.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo? —pregunté.

—¿Qué quieres decir?

—Cien kilos es mucho, ¿no crees?

—Tú acabas de hacerlo.

—Lo sé, pero tú eres… da igual, olvídalo. Adelante.

Se tumbó bajo la barra y yo me coloqué en posición.

La cara de mi novio se enrojeció casi al instante cuando levantó las pesas. Luego se le hincharon las mejillas al bajar la barra hasta el pecho. Al principio, sinceramente no creí que fuera capaz de volver a subirla. Por favor, no confundáis eso con desear que fracasara. Jamás podría desear algo así.

Mientras bajaba la barra hacia su pecho de nuevo, vi pasar a Corbin.

—Oye, Corbin, ¿tienes un segundo? —pregunté—. Quería preguntarte por tu régimen alimenticio.

—Perdona, ¿te conozco?

—Pues claro que sí. Zane Hirst. Hemos hablado cien veces.

—Oh, claro, Zane Hirst —chasqueó los dedos—. Perdona por eso.

—Bueno, a lo que iba, ¿es verdad que te levantas en mitad de la noche para comer y así mantener el metabolismo activo?

—Oh, intento hacerlo, pero es difícil hacerlo todas las noches.

—Hagas lo que hagas, está dando sus frutos. Estás hecho un puto toro.

—Eh, gracias, colega, yo… um, mierda, colega, tu amigo está a punto de palmarla.

Cuando me giré, me di cuenta de que la barra estaba a punto de aplastar el pecho de Jakob. Corrí a quitársela de encima.

Cuando se incorporó, dijo:—¿Qué intentas hacer? ¿Matarme?

—Claro que no. ¿Por qué ibas a pensar que yo podría hacer algo así?

No respondió, pero supe que entendía la razón. Se levantó del banco y no dijo ni una palabra más. No hice nada para restregarle que yo podía levantar los cien kilos en una serie entera y él no podía hacer una mierda sin que la barra le cayera sobre el pecho.

Lo único que me importaba era que yo había ganado este asalto. Al fin y al cabo, no hay nada en el mundo más importante que la victoria.

38

JAKOB

Acostarme con el enemigo. Así es como me sentía de verdad. Los constantes ronquidos de Zane, que parecían una sierra eléctrica, quizá contribuyeran en parte, pero había mucho más. Saber lo que dirían mis compañeros de equipo probablemente pesaba más que cualquier otra cosa. Pero, vamos, había mucho más que eso.

En los últimos días, Zane había vuelto a ser el zopenco que conocía antes de que empezáramos a hacer temblar las sábanas. No era solo el tío al que dejé K. O. en el Colter Bay Grill. Era más bien como el tío que se había propuesto pelearse conmigo otra vez simplemente porque no soportaba perder.

Cuando nos despertamos esa mañana, supe que tendríamos que hablar del elefante en la habitación.

Se inclinó para besarme, y yo lo acepté, reprimiendo el asco. No, nuestras discusiones no habían causado la desconfianza. Es que no os podéis imaginar lo asqueroso que era el aliento mañanero de Zane. El Gobierno de Estados Unidos podría usarlo para aniquilar un país pequeño.

—¿Qué hay para desayunar? —preguntó.

—¿Por qué no bajas a la cocina y lo averiguas?

Frunció el ceño como si le hubiera soltado una pulla sin venir a cuento. El tema es que Zane siempre insistía en que le preparara el desayuno como si su madre viviera en mi casa. Yo se lo consentía sobre todo porque quería que mi novio siguiera dándome guerra en la cama. Habría puesto el límite en hacerle la colada.

—Venga, tío, sabes cuánto me gustan tus desayunos —dijo.

Cuando salí de la cama, decidí que ya había perdido la discusión. A mí también me apetecía un buen desayuno y sabía que me miraría con esos ojitos de perro abandonado si no se lo preparaba.

Aun así, algo no encajaba y necesitaba llegar al fondo de la cuestión.

Una vez abajo, batí unos huevos en un cuenco y vertí la mezcla en una sartén. Luego hice lo mismo en otra sartén con un puñado de salchichas. Puse la cafetera mientras Zane esperaba en la mesa como un niño emocionado. Si me pedía que le quitara los bordes a la tostada, esa sería la gota que colma el vaso.

Aunque el desayuno probablemente no lo arreglaría todo. No había olvidado cómo se había comportado como un gilipollas integral en el gimnasio. Podía soportar todas las demás formas que tenía de ser un gilipollas. En otras palabras, todo formaba parte de estar con Zane Hirst. Aun así, tenía que pintar una raya en la arena.

—Y bueno, ¿qué planes tienes para hoy? —preguntó.

—Prepararme para patearte el culo en el gran partido.

Sus ojos se clavaron en mí como si mi comentario realmente lo hubiera cabreado.

—Vaya —dije—. Quiero decir, que tengo que ir a entrenar.

—Deberías haber dicho eso desde el principio, tío.

Técnicamente, mi novio tenía razón. No tenía por qué decir eso y, normalmente, habría tenido mucho más tacto. Pero me resultaba muy difícil después de todo lo que Zane había dicho y hecho. El fiasco del gimnasio fue lo peor de todo. Quería fingir que todo era una coincidencia, que Zane era en realidad un buen tío con una capa de gilipollas. Ya sabéis, ¿como un caramelo muy retorcido?

También quería creer que podríamos superar el partido por el título sin que perjudicara nuestra relación. Éramos adultos y una

pareja. El amor nos ayudaría a superar los peores momentos, bla, bla, bla.

Cuando pensaba en el comportamiento de Zane, no podía creer que alguien de su edad pudiera actuar de esa manera.

—Supongo que tú también irás a entrenar, ¿no? —pregunté.

—Sí, y enseguida me pondré a prepararme para patearle el culo a algún león. Más vale que vayas preparando el pañuelo para llorar.

Esa estuvo a punto de sacarme de quicio. Normalmente, podía aguantar las provocaciones de todo el mundo. Era parte del juego. Y la verdad es que *no* me habría costado nada aguantárselas a Zane porque era un tonto y porque sabía que en realidad no lo decía en serio.

Visto su comportamiento reciente, tendría que replantearme esa teoría.

—Creo que tenemos que hablar —dije.

—¿De qué? Estoy comiendo.

—Ya, lo sé. He pensado que ahora que te han servido el desayuno, ya estás de humor para provocaciones.

—Qué va, tío. Lanzo provocaciones porque tú has empezado.

Ahí tenía razón. ¡Joder! Lo había dicho porque se había convertido en una costumbre, sobre todo desde su rabieta de niño pequeño en Delaware Park. Se podría decir que me estaba defendiendo de forma proactiva.

—Quizá deberíamos haber tenido una conversación sincera sobre el partido desde el principio —dije.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

—No, no lo es. Podemos cortar la hemorragia, evitar que las cosas empeoren.

—Gracias por el momento Barrio Sésamo, Jakob.

—No es un momento Barrio Sésamo, muchas gracias. Además, ¿crees que Espinete podría chupar una polla o que se la metieran por el culo como yo?

Zane desvió la mirada más allá de mí, como si estuviera reflexionando.

—Mira, estoy intentando mantener las cosas en son de paz, y no estás ayudando.

—Si quisieras que todo estuviera en son de paz, no habrías montado el numerito ese de mierda en el parque.

Otra vez con eso. En serio. Parte de mí se preguntaba cómo pude haberme sentido atraído por un hombre que podía obsesionarse tanto con niñerías. Sin embargo, me di cuenta de que era algo más que eso. Su naturaleza ultracompetitiva podía descontrolarse de vez en cuando, y nunca se sabía cuándo volvería a aparecer.

Quizás era todo eso y nada de eso. Podría reducirse simplemente al hecho de que era un Remington Riptide.

No se esperaba de él que actuara como un ser humano racional.

—No quiero volver a meterme en el asunto de Delaware Park —dije.

—Claro que no quieres. Es porque sabes de sobra que hiciste trampas.

—¿Qué? ¿Quieres que volvamos y repitamos esa estúpida carrera que nunca significó nada?

—Sí.

Cuando mi novio no pestañeó, supe que lo decía ciento diez por ciento en serio. Malas noticias.

—Mira, tenemos que hablar —dije—. Aquello no fue una carrera de verdad. Solo estaba haciendo el tonto. No hay más.

—¿Cómo puedes decir eso? Te estabas regodeando como si no hubiera un mañana.

—Sí, lo hice. ¿Por qué no iba a hacerlo? Somos atletas, Zane. Provocar un poco es lo que hacemos. No habría pensado que fueras tan sensible.

Eso hizo que abriera los ojos como platos. No me arrepentí del comentario. Para mí, era un comentario perfectamente válido.

—Fue mucho más que una provocación, y lo sabes, Jakob.

—Siento que lo veas así. Sé que te gusta ganar.

—No, Jakob, me *encanta* ganar. Odio todo lo que no esté relacionado de alguna manera con la victoria.

—Oye, yo soy competitivo y ganar también significa mucho para mí, pero no estoy dispuesto a convertirme en un completo idiota por la cosa más insignificante.

Alcé las manos. Sinceramente, me preocupaba que mi novio nunca entrara en razón.

—Solo digo que tenemos que llegar a un entendimiento sobre todo esto, especialmente antes del gran partido.

—¿Por qué? —dijo—. Ya te he dicho que los Riptides van a barrer el suelo con vosotros.

Respiré hondo, pero no suspiré. Eso le diría que me había afectado, aunque no le devolviera el golpe. No se sacaría nada bueno de tomar represalias.

—Si no resolvemos algo, puede que nuestra relación no sobreviva a este partido —dije.

En realidad, si no resolvíamos algo, no llegaríamos *al* partido de campeonato. No me atreví a decir eso. Ya debéis saber lo insoportable que era Zane.

—Mira, ¿por qué no hacemos lo que hacíamos antes y no hablamos de hockey... ni de ninguna otra cosa que nos crispe los nervios? —preguntó.

En lugar de decir *vale* ni nada que sirviera como punto final, dejé el tenedor y seguí comiendo en silencio.

Como he dicho, mi novio había retrocedido hasta convertirse en el tío al que le partí la cara en el bar. Oh, ¿a quién quiero engañar? Había vuelto a la maldita infancia, por el amor de Dios.

Sin embargo, yo sabía lo que quería. Quería a Zane Hirst, el mismo Zane del que me había enamorado. Por otro lado, quería ganar el campeonato. Quería disfrutar de la gloria que conllevaba. Sobre todo, quería posicionarme para el estrellato en la NHL.

¿Era realmente mucho pedir tenerlo todo?

39

ZANE

Sé que Jakob y yo hemos tenido nuestros altibajos. También sé que debemos de haber tenido la relación más rara de la historia. Con todo lo que había pasado desde que nuestros equipos avanzaron a la final del campeonato, sabía que algo tenía que saltar por los aires.

La pregunta era: ¿cuál sería la legendaria gota que colmaría el vaso?

Soy el tipo de persona que necesita dejar las cosas estar. A lo mejor no lo crees, pero me parece que no se saca nada bueno de darle vueltas a un asunto. Le había dicho a Jakob que no debíamos hablar de hockey. Lo decía en serio. Lo mejor que podíamos hacer por nosotros y por nuestros equipos era fingir que se trataba de un partido cualquiera, al menos en lo que a nuestra relación concernía.

Pero ¿podía Jakob con eso? Ni de coña. ¿Podía entrar en razón? Venga ya. Os contaré cómo se fue todo al traste. En otras palabras, cuándo se fue todo a la mierda de verdad. Solo tened por seguro que todo fue culpa suya, ¿vale?

Cuando nos acurrucamos en su sofá, admito que me sentía tenso. Puede que yo no hablara de ello, pero eso no significaba que todo el asunto no me hubiera destrozado los nervios. Recordad que

esta era mi primera oportunidad de alcanzar la verdadera grandeza. También era la de Jakob, pero eso no me preocupaba. Mirar por uno mismo puede que no sea algo que guste a todo el mundo, pero todos lo hacemos alguna vez.

En fin, estábamos acurrucados en el sofá y todo iba genial. Sinceramente, pensé que la tensión entre nosotros se calmaría un poco. Eso es lo que *pensé*. Que no debe confundirse con la ridícula realidad que Jakob solía traer consigo. Ni siquiera me importaba si follábamos, lo cual es algo enorme para mí. Solo me importaba un poco de paz y tranquilidad.

Pero ¿creéis que el señor Jakob Martin me dejaría tenerla?

Ni de coña.

Tuvo que levantar la cabeza de mi pecho y mirarme a los ojos. Luego hizo una pausa. Cuando hacía mierdas como esa, sabía que no me iba a gustar lo que saliera de su boca.

—¿Zane? —dijo.

—¿Sí?

—Sobre el partido de este sábado…

—No quiero hablar del partido.

—Pero de verdad creo que deberíamos.

—Te he dicho que no quiero hablar de ello.

—Pero…

—Tío, relájate un poco, ¿quieres? Si te he dicho que no quiero hablar de algo, lo digo totalmente en serio.

La cara de Jakob enrojeció un poco. Normalmente, no se enfadaba. Usaba esa lengua afilada suya para burlarse constantemente. Ahora, podía ver que lo había sacado de sus casillas.

—Las cosas no han estado bien entre nosotros últimamente —dijo—. Y has estado muy diferente. Siento que estamos retrocediendo en lugar de avanzar.

—Ahora estás siendo ridículo.

—¿Ves? A eso me refiero exactamente, Zane. Intento sacar un problema y no quieres hablar de ello. Peor aún, me cortas como si estuviera siendo ridículo.

—Pero es que *estás* siendo ridículo. Ninguna sorpresa, tío.

Hizo una pausa como si necesitara reagruparse. Por mí, perfecto. A lo mejor no se le ocurría nada útil que decir y tiraba la toalla con esta discusión.

—El partido es un problema —dijo—. Necesito que lo admitas.

Hice una pausa, sin decir nada. Ni siquiera quería tener esta conversación, y mucho menos admitir nada de lo que él quería que admitiera.

—Puede que tú no lo creas —dijo Jakob—, pero eso es sobre todo porque tienes la cabeza más dura que una piedra.

—¿Ves? Ya estás otra vez. No se puede tener ninguna conversación contigo sin que la conviertas en una broma.

—Lo siento, es la única manera que sé.

—Sí, y ser un capullo de campeonato es la única manera que sé *yo*.

—Yo no lo llevaría como una medalla, Zane.

Ambos hicimos una pausa. Esto podía salirse de madre en un santiamén. No quería que eso pasara, pero tampoco quería dejar que Jakob ganara la discusión, o que creyera que la había ganado.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté—. Así soy yo. Este es el tío con el que te liaste y el que te robó el corazón.

Frunció los labios y levantó el dedo índice como si quisiera decir algo —casi seguro que otra gracieta— y tuvo que contenerse.

Ahí lo tenéis, ¿no?

—Sé que enfrentarnos en la final del campeonato complica las cosas un huevo —dije—, pero darle demasiadas vueltas a todo también. ¿Por qué no podemos jugar el partido y que sea lo que Dios quiera?

—Porque sé lo que pasará cuando pierdas. *Si* pierdes. *Cuando* pierdas… ya me entiendes.

Eso fue la gota que colmó el vaso. Algo saltó dentro de mí cuando dijo eso, y no por primera vez. Todo ese numerito de arreglar las cosas y aclarar el ambiente era una gilipollez. Él era tan responsable de las tensiones entre nosotros como yo.

—¿*Cuando* pierda? —pregunté.

—Ya me entiendes.

—Para el carro, no pasemos por alto eso. Acabas de insinuar que vais a ganarnos. Ese es el tipo de cosas que empezaron los problemas en primer lugar.

—Pero *tú* hiciste exactamente lo mismo.

—Mmm, si no me falla la memoria, fuiste tú el que lanzó la primera pulla en ese aspecto.

—Lo siento, Zane, pero la verdad es que no lo recuerdo así.

La verdad era que yo tampoco recordaba exactamente cómo había sido. Solo sabía que a Jakob Martin había que mantenerlo a raya, o podía sacarte ventaja… de la peor manera posible.

—Quizá no —dije—, pero creo que podemos estar de acuerdo en que no nos habríamos metido en este problema si simplemente no hubiéramos hablado de una mierda como se suponía que debíamos hacer.

—No estoy de acuerdo.

—¡Joder!

Me levanté del sofá lo bastante rápido como para que Jakob cayera sobre los cojines. Luego me puse a caminar de un lado a otro porque tenía demasiada energía acumulada que gastar.

—Creo que es hora de aclarar algo —dije—. El hockey es mi vida. Puedo conseguir sexo increíble cuando quiera. Este partido de campeonato… Haré lo que tenga que hacer.

—¿Así es como me ves, Zane? ¿Solo como un polvo más?

Daba igual lo que le dijera. Nunca me creería.

—Sé que significo más para ti que eso —dijo con su mejor tono objetivo—. No me digas que no.

—Ya te he dicho que no podemos meternos en estas cosas. Es una distracción que ninguno de los dos necesita.

—Quizá algumas cosas sean más importantes que el hockey, Zane.

Entonces sentí que se me aceleraba el corazón. Apreté las manos en puños. Me había esforzado tanto por mantener la calma y ser la voz de la razón, pero mi novio simplemente no me lo permitía.

—Solo intento ver el panorama general —dijo—, o ¿es que es un concepto demasiado denso para ti?

—Tienes que dar un paso atrás.

—¿Y si no quiero?

—Confía en mí, querrás.

Sonrió con suficiencia y dijo:

—Supongo que puedes intentar pegarme. Simplemente te dejaré inconsciente como hice en el Colter Bay Grill.

—Vete a la mierda con lo del bar, ¿vale? Fue un puñetazo a traición, y lo sabes.

—Hice que vieras las estrellas, Zane. Y todavía no te has resarcido.

—Sabes, debo de haber estado loco para pensar que podía hacer que algo funcionara con un Larkin Lion.

Debería haber dicho que debía de haber estado loco para pensar que podría tener una relación exitosa con otro tío, pero eso quedó en segundo plano aquí. Una locura, lo sé.

—Debí de estar loco al pensar que podía hacer que algo funcionara con un neandertal arrastranudillos de los Remington Riptide.

Lo dijo como si hubiera sido un crimen no colar algún comentario gilipollas.

—Así es como te sientes de verdad, ¿no? —pregunté.

—Y tanto que sí.

—Si ese es el caso, entonces no me necesitas, Jakob. Y no tendré que sentirme mal cuando los Remington Riptides levanten el trofeo del campeonato.

—A la mierda con eso…

Ya me había dado la vuelta para cuando dijo eso. No tenía ninguna intención de escuchar el resto de lo que este idiota tenía que decir.

Te lo juro por Dios, casi me olvido de ponerme los zapatos antes de salir por la puerta dando un portazo. Lo último que necesitaba era un momento embarazoso al que ese listillo pudiera aferrarse.

Cuando cerré la puerta de un portazo, lo di todo por zanjado. Pensad en ello como un punto y final. Las rupturas tenían que ser así. Hacerlo todo al cien por cien, sin medias tintas.

ülke=""> Ni siquiera miré por encima del hombro para ver si Jakob me perseguiría. Ni una última mirada antes de irme. Hice una

ruptura limpia.

Quizá suene mal, pero el campeonato era lo único que me importaba.

40

JAKOB

—¿Cuál es el problema, tío? —preguntó Levi—. Parece que ha venido alguien y te ha plantado un buen pino en toda la cara.

—Qué imagen más bonita, Levi.

—Perdona. Parece que ha venido alguien, ha sacado su pedazo de polla y te ha pegado una corrida monumental en toda la cara.

Vale, con esa me reí a carcajadas. De hecho, fue la primera risa que se me escapó desde que Zane se largó de mi casa. El shock me había dejado hecho polvo y después no sentí nada. Supuse que quizá me mandaría un mensaje para disculparse. En un mundo perfecto, admitiría ser un completo idiota y me suplicaría perdón.

No llegó ningún mensaje. No apareció en mi puerta bajo la lluvia torrencial, poniéndose de rodillas e implorándome que volviera con él. No sabía cómo se suponía que funcionaban estas cosas. Nunca antes había roto con un tío.

La cuestión es… *¿habría* vuelto con él? No. No podría hacer algo así. Después de cómo se comportó, no podría haber confiado en él. Le había dado el beneficio de la duda y había decidido que era un buen tío una vez que lo conocías. Me lo agradeció comportándose como un auténtico gilipollas.

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó Levi, apoyándose en la valla.

—No pasa nada.

—Venga ya, Jakob. Sé que tengo un cociente intelectual a temperatura ambiente, nhưng tôi đủ thông minh để biết khi có chuyện gì đó xảy ra.

—No pasa nada. Venga, volvamos a entrenar. Apenas nos queda tiempo.

Empecé a patinar por el hielo y nuestro *enforcer* me siguió. Sí, sí, ya sé que no era más que una evasiva poco convincente, pero tenía que intentar al menos cambiar de tema.

Levi debería haber sido capaz de encajar que yo había estado con un tío todo este tiempo, pero nunca podría decirle con *quién* había estado. Eso sería pasarse al bando enemigo, ¿y a quién coño le importaba que se hubiera acabado? No había sido leal a los Larkin Lions, y eso era lo único que le importaría una mierda.

Cuando nuestro *enforcer* me alcanzó, dijo:

—Mentir es pecado mortal, ¿lo sabías?

—No pasa nada. No soy católico.

—Pero sigues mintiendo. Y te veo las intenciones como a través de las bragas de una vieja.

De nuevo, no pude evitar reírme a carcajadas. Si necesitas una cura para la depre, búscate a Levi Dunn. Te cuidará bien.

—Vale, puede que esté mintiendo —dije—. ¿Es tan malo?

Se encogió de hombros ligeramente.

—No sé por qué ibas a mentir o a guardarte los trapos sucios. Somos un equipo, tío. Una hermandad. Nos lo contamos todo, ¿no?

—¿Le contaste a todo el mundo que te estabas tirando a Quinn?

Cuando se quedó callado, supe que lo tenía contra las cuerdas.

Este era mi verdadero problema: *quería* decir la verdad. Cuando me pasaba algo malo, quería contárselo a otros y desahogarme. No quería guardármelo todo y volverme loco.

Había pasado por un par de rupturas con novias formales. Ninguna me había sentado así. Claro que ninguna de esas chicas era Zane Hirst. Era muchísimo más fácil lidiar con ellas.

—No le conté a nadie lo de Quinn por razones bastante obvias —dijo Levi—. Pero al final lo solté todo.

—La pregunta es, ¿qué te hizo hacerlo, Levi?

—Tenía que hacerlo. No aguantaba más.

—Pero ¿qué fue? ¿Como una vocecita en tu cabeza que te dijo que tenías que hacerlo?

—No, fue porque iba a perderlo si no encontraba la manera de ser sincero al respecto. Se redujo a una elección. Odiaba pensar cómo sería mi vida sin Quinn Standish en ella, así que hice lo que tenía que hacer.

Pero Quinn no jugaba en el equipo contrario, el rival acérrimo. Él no había ocultado algo *así* a todo el mundo.

—Mejor olvidemos que he preguntado nada —dije.

—Ni de coña, tío. No puedo olvidar que lo has preguntado. Quinn y tú no habréis empezado a salir a mis espaldas, ¿verdad?

Resoplé y negué con la cabeza. Por cómo hizo la pregunta, no podía estar cien por cien seguro de que estuviera bromeando.

—No olvides que al menos he intentado ayudarte —dijo.

—Sí, sí, sí.

—Pero como no quieres hablar de lo que te preocupa, pues olvídalo.

Me detuve y le lancé a mi compañero de equipo una mirada interrogante.

—¿Crees que estoy de broma?

—No, es solo que…

Decirle que no era tan simple como olvidarlo me dejaría aún más vulnerable. Aunque Zane había sido un completo gilipollas, no podía evitar pensar que en realidad era el buen tío que yo había visto. Y odiaba pensar en no tenerlo en mi vida. Quiero decir, sin Zane, ¿de quién me iba a reír?

No podía evitar pensar en el enorme vacío que había dejado en mi corazón. Podía intentar olvidar a Zane todo lo que quisiera, pero no sería fácil decirlo y hacerlo.

La mano de Levi me golpeó el hombro, no porque fuera agresivo, sino porque era un cabeza hueca.

—Tienes que concentrar toda tu energía en este partido —dijo—. ¿Sabes por qué?

—Dime.

—Es más que el campeonato. Eso siempre deberías tenerlo como objetivo. Es como nuestra meta número uno. Pero si los Riptides nos ganan, no vamos a dejar de oírlo en la vida. En realidad, será mucho peor que eso.

—¿Cómo puede ser peor?

—Sácate la cabeza del culo, ¿quieres?

No me enfadé con él por decir eso. Levi era un cabeza hueca, ¿recuerdas?

—¿Cuánto tiempo lleva esta guerra entre los Lions y los Riptides? —preguntó.

—Desde que los dinosaurios poblaban la tierra, que yo sepa.

—Eso es. Cualquiera diría que esta guerra no tendría fin. Bueno, pues este partido va a poner fin a la rivalidad de una vez por todas.

Por primera vez en la historia, puede que Levi Dunn hubiera tenido un pensamiento inteligente.

—Creo que te sigo —dije—, pero por si acaso, ¿qué prevés?

—Siempre nos hemos quedado con el derecho a fanfarronear de los partidos individuales. Siempre queremos ganar, sobre todo cuando nos enfrentamos a esos gilipollas. Solo que este no es un partido más. Ni siquiera es un partido normal de *playoffs*. Podríamos discutir sobre esos partidos hasta la saciedad, pero nunca significó una mierda. Ahora sí.

—¿Porque es por el campeonato?

—Absolutamente jodi-do. Quien gane —nosotros— podrá restregárselo al perdedor —ellos— por toda la eternidad. Incluso los jugadores de los Lions y los Riptides que vengan después de nosotros estarán atados a los resultados de este partido. Pueden intentar iniciar una rivalidad, pero te digo que será un fracaso total. El ganador podrá proclamar su superioridad sobre el perdedor para siempre.

Silbé, asombrado.

Si no hubiera pasado por lo que pasé con los Lions, todo me habría parecido una tontería. Sí, soy competitivo, pero nunca he pensado en la superioridad o la supremacía. Es decir, hasta que los Remington Riptides entraron en la conversación. Nunca habría pensado que la rivalidad llegaría a su fin. Pero claro, tampoco había

pensado nunca que Levi Dunn pudiera tener un pensamiento inteligente.

—Por eso no podemos perder esto —dijo—. Ni siquiera podemos *pensar* en perder esto. Si lo hacemos, más vale que nos olvidemos de una rivalidad el año que viene. Y piensa en la próxima generación de jugadores que vengan a jugar aquí. Si los Riptides lo ganan todo, ¿a quién se supone que van a odiar?

—Me alegro de que tengas claras tus prioridades.

—Te lo digo en serio: tenemos que ir a este partido a tumba abierta. Y si tenemos que sacar a unos cuantos Riptides del partido, eso es exactamente lo que vamos a hacer.

—¿Otra vez con eso?

—Hay demasiado en juego como para aceptar una derrota. Quiero que te sientes ahí y pienses en lo mucho que los odias, y en lo glorioso que será cuando les sirvamos sus cabezas en putas bandejas.

Me alejé patinando de Levi.

—Oye, tío, ¿he dicho algo que no debía? —preguntó.

Cuanto más escuchaba a Levi, más temía este partido. Deseaba con todas mis fuerzas que se acabara de una vez.

Diera igual lo que me dijera Levi, tendría a Zane en la cabeza. No le diría nada más porque no podía decir la verdad. Probablemente a Levi se le caería la mandíbula al saber que para mí Zane era más importante que el campeonato.

41

ZANE

Nadie puede decir que me antepongo al equipo. Sí, estaba lidiando con problemas personales, pero lo daba todo por ganar un campeonato. Eso significaba olvidarme de todo. Cuando Jakob y yo separamos nuestros caminos, mi intención era que el acuerdo fuese permanente. Mis compañeros de equipo no sabían que yo había cruzado a territorio enemigo (repetidamente). No sabían que alguna vez había experimentado siquiera un atisbo de atracción por otro hombre. Eso podía guardármelo para mí. De hecho, ni siquiera seguiría siendo un recuerdo agradable. Lo borraría de mi mente tan rápido como pudiese.

Sin embargo, me había mantenido en silencio antes del partido. Por un lado, eso es bastante normal en mí. Ya sea un partido normal o el campeonato, me concentraba tan intensamente en el hielo que el resto del mundo desaparecía. Solo que esta vez mi concentración era diferente. El mundo entero *no* desaparecía. Simplemente estaba mucho más callado de lo normal, ignorando a mis compañeros de equipo que repasaban la estrategia previa al partido.

Las siguientes tres horas decidirían mi destino. O lo ganaba todo, con la oportunidad de convertirme en el jugador de hockey que siempre había querido ser, o perdía y veía mis sueños hacerse humo.

El público vitoreó cuando salimos al hielo. Los aficionados en las gradas parecían una mancha gigantesca. Sentí que se me formaba un nudo en el estómago, pero lo ignoré. No puedes dejar que esas pequeñas cosas te superen. El mismo principio que cuando vi a Jakob ahí fuera. Me aparté de él al instante y patiné de vuelta por el hielo. No había necesidad de ponerse sentimental.

Aun así, miré por encima del hombro y vi al tío que me había pegado un puñetazo… no, espera, al tío al que había besado. El tío cuya cama había compartido innumerables veces. Era guapísimo; no podía evitar darme cuenta.

Me devolvió la mirada, pero yo me di la vuelta, fingiendo que no existía.

Sentí como si una mano me estuviera estrangulando. Sí, lo sé, he dicho que intenté borrar por completo mis recuerdos. El problema era que no podía hacerlo con Jakob justo ahí, joder.

Tres horas. Solo tres horas, salvo prórroga o tanda de penaltis, y este calvario se acabaría de una vez por todas.

Sonó la bocina y ambos equipos se alinearon en el centro del hielo para el himno nacional. Mientras sonaba la canción, centré la vista en la bandera tanto como fue posible. Aun así, no pude evitar desviar un poco los ojos. Aunque no fue suficiente para vislumbrar a Jakob. Miré por encima del hombro, sabiendo lo mucho que molestaría a mis compañeros.

Cuando el himno finalmente terminó, la multitud vitoreó de nuevo, y «Back in Black» de AC/DC sonó a todo volumen por los altavoces. Nuestros equipos se alinearon para el saque inicial. No os voy a mentir, creí que iba a vomitar. No os preocupéis. Sentir que podía ponerme malo antes del partido era tan habitual como quedarme en silencio.

Quería un uno contra uno contra Jakob, pero me lo negaron cuando Jax se encargó del saque. Cuando el disco cayó, Jax lo barrió, pasándomelo casi de inmediato. Ese cabezabuque de Levi Dunn prácticamente salió disparado hacia mí. Sí, era increíblemente rápido para un tipo de su tamaño, pero yo no me iba a echar atrás.

Me preparé para un placaje. No, hice más que eso. Bajaría mi hombro y se lo clavaría, para demostrarle al señorito Levi Dunn que

yo sabía devolver los golpes. La realidad se impuso en el momento en que chocó contra mí.

¿Habéis tenido alguna vez un accidente de coche? Una vez una anciana me embistió por el lateral. El golpe que me dio Levi me recordó mucho a eso.

Al menos no me tiró de culo. Me desequilibró, y *podría* haber acabado de culo en el suelo, pero molineé los brazos para ayudarme a mantenerme en pie. Sin embargo, Levi me arrebató el disco de un golpe y se hizo con él. Lo perseguí por el hielo pero, sorprendentemente, no llegué a alcanzarlo.

Levi lanzó a portería pero falló, golpeando la valla detrás del portero. Me lancé a por el disco, decidido a recuperarlo, pero ¿a que no adiviná is? Jakob Martin apareció de la nada y se llevó lo que era mío.

Hijo de puta.

Esto no tenía por qué ser del todo malo. Podía aprovechar la oportunidad para demostrarle a mi *ex*novio quién mandaba… y quién era el mejor jugador de hockey. Así que lo perseguí por el hielo, bajé mi hombro y lo estampé directamente contra la valla.

El golpe hizo que Jakob perdiera el equilibrio, pero se recuperó con bastante rapidez. Sonaron los silbatos y ambos equipos nos rodearon a la velocidad de la luz. Jakob no intentó pelear conmigo, pero eso no significaba que el resto de los Larkin Lions no intentaran armar jaleo.

Mirad, me daba igual haber sido el primero en atacar, pero poneos en mi lugar. Para mí, fue *Jakob* quien empezó con ese puñetazo a traición en el Colter Bay Grill. A eso se reducía todo. Una parte de mí todavía estaba soberanamente cabreada por lo que pasó y quería poner las cosas en su sitio.

Cuando los árbitros separaron a todos los jugadores, una cebra me agarró del brazo y me llevó al área de castigo. Estaba parloteando sobre juego duro o alguna mierda así. ¿Como si me importara una mierda?

El árbitro anunció una penalización de dos minutos por dureza excesiva, y no podría haberme importado menos. Yo jugaba un hockey duro y agresivo, especialmente contra nenazas como Jakob y

su panda de gilipollas. Si no podía aguantar eso, entonces no pintaba nada en el hielo.

Me senté en el área de castigo, con una sonrisa de oreja a oreja, y observé a mis compañeros. Sabía que la penalización valdría totalmente la pena. Alguien tenía que enseñarles a los Larkin Lions quién mandaba, y bien podía ser yo.

Aun así, los Lions marcaron en menos de los dos minutos que pasé en el área. Eso no importaba. El entrenador Mack nos había dicho cien veces, si no más, que mantuviéramos la calma cuando las cosas se pusieran feas.

Solo que las cosas no estaban realmente feas. Era un miserable gol, y solo había llegado durante un cinco contra cuatro. No es que tuvieran una ventaja real sobre nosotros. Los Lions deberían atesorar ese gol, decidí, ya que probablemente sería el único de la noche.

Estar en el área de castigo no me pareció un castigo. Alimentó mi ímpetu, haciéndome sentir más hambre de volver al hielo y patear unos cuantos culos.

Los Lions estuvieron peligrosamente cerca de marcar de nuevo cuando los árbitros me liberaron del área de castigo. Seamos realistas, los Riptides habían remontado situaciones peores para ganar partidos. La única razón por la que no fui directamente a por Jakob de nuevo fue el hecho de que su entrenador lo había sacado del hielo y había enviado al siguiente turno. Tuvo suerte. Puede que no lo hubiera tirado de culo la primera vez, pero me aseguraría de que no tuviera tanta suerte la próxima.

Gané el siguiente saque inicial, me hice con el disco y corrí por el hielo. Mi primer tiro a puerta rebotó en el poste, pero no me desanimé. Rodeé la portería y colé el disco, dejando a Ryan Detenbeck ahí plantado con cara de gilipollas.

La multitud rugió y levanté los brazos en alto como si ya hubiera alcanzado la victoria. Me daba igual que nos quedaran otros dos periodos de hockey por jugar. Quería restregarles ese gol a los de Larkin por la cara tanto como fuera humanamente posible.

Cuando volví al banquillo, todos los chicos me chocaron la mano, me dieron palmadas en el hombro y en prácticamente cualquier otra

parte del cuerpo que pudieron alcanzar.

Jax me sonrió y dijo:

—Eso ha sido la puta hostia, tío. Llevaba tiempo esperando a que desataras *esa* versión de Zane Hirst.

Jax parecía que quería decir algo más, pero las palabras no le salían de la boca. Además, no sabía si solo pretendía elogiar mi gol o el placaje que le había metido a Jakob. O ambas cosas. De cualquier manera, me hizo pensar que el verdadero Zane había estado desaparecido durante demasiado tiempo. Ya sabéis, los meses que pasé follando con Jakob Martin sin parar y dejándolo despertar en mis brazos. Cortar por lo sano con aquello dio paso a que el verdadero Zane Hirst regresara para ganarlo todo.

Antes de mi siguiente turno en el hielo, sonó la bocina, poniendo fin al primer periodo. Los Lions y los Riptides estaban empatados a uno. Para vuestra información, la única razón por la que estábamos empatados era porque yo había pasado dos minutos en el área de castigo por casi tirar de culo a mi exnovio.

Cuando volvimos al vestuario, el entrenador Mack nos dijo lo bien que lo estábamos haciendo, pero que aún no era suficiente. Quería que *machacáramos* a los de Larkin y que se arrepintieran de haber aparecido. Eso sonaba muy típico del entrenador Mack. Elogió nuestro juego físico, pero nos recordó que podíamos ser aún más intensos.

Esta vez no ofreció ningún incentivo económico, pero entendí lo que quería decir. Quería que saliéramos ahí y les hiciéramos daño a los Larkin Lions. No importaba a qué jugador, siempre y cuando hiciéramos el trabajo.

Al entrenador Mack no hizo falta que me lo dijera dos veces.

Apenas me enteré de nada más de lo que dijo nuestro entrenador. Mi concentración se había vuelto así de intensa e implacable. Cuando volvimos al hielo, mis ojos no se apartaron de Jakob Martin. Lo deseaba con todas mis ganas, y no de la forma en que lo había deseado durante meses. Parecía tan apocado, tan débil, y vi mi oportunidad.

El disco cayó de nuevo, dando comienzo al segundo periodo. Jax me lanzó el disco y yo me precipité por el hielo. Jakob se interpuso

en mi camino y aparté a mi ex con un brazo rígido para mantenerlo a raya. Entonces me arrebató el disco justo por detrás de mi palo.

El cabroncete.

Lo perseguí por el hielo y le clavé el hombro por segunda vez. Ese golpe no estuvo ni cerca de derribarlo, pero al menos no me penalizaron por el simple hecho de jugar al hockey.

De todos modos, era solo el comienzo del segundo periodo. Tenía tiempo de sobra para asestar un golpe que *sí* contara.

42

JAKOB

Sabía lo que Zane se proponía. Quería jugar sucio porque los últimos meses le habían pasado factura y habían sacado a la luz al hombre que era en realidad. Quería eliminar para siempre esas partes..., las buenas, quiero decir. Las partes de Zane Hirst de las que me había enamorado.

No he nacido ayer.

A estas alturas, ni siquiera me importaba quién ganara el partido. Aunque soy competitivo, una parte de mí siempre se ha preocupado más por las cosas realmente importantes de la vida. Zane siempre estaba centrado en las superficialidades. Aun así, lo quería. Supongo que, de una forma rara, todavía lo quería. No se pueden encender y apagar los sentimientos como si fueran un grifo.

Por otro lado, había sido un capullo integral. No se podía esperar de mí que aguantara a alguien que exhibía con alegría su comportamiento infantil y cruel. Aunque no quisiera a otros tíos *per se*, podía aspirar a algo mejor que él. Después de todo, no tenía la polla más grande y mejor de Buffalo. No sabía a quién le correspondía ese honor, pero estaba seguro de que podía encontrar algo incluso mejor que los veinte centímetros de Zane.

Cuando sonó la bocina, volvimos al centro de la pista. Gané el saque neutral, me hice con el disco y corrí hacia el lado de la pista de los Riptide. Al principio, Jax me persiguió, lo que me llevó a pasarle el disco a Levi Dunn, que lo retuvo unos metros antes de devolvérmelo. Y entonces ocurrió. No podría haberlo visto venir. Bueno, *sí* que lo vi venir, pero solo durante una fracción de segundo.

Zane Hirst se abalanzó hacia mí como un loco; aunque quizá *abalanzarse* no era la palabra correcta. *Parecía* que se movía a una velocidad de vértigo, pero en realidad parecía moverse a cámara lenta.

Se podría pensar que eso me habría dado la oportunidad de defenderme, pero no fue así. Fue como estar en un accidente de coche. Una vez estuve implicado en uno bastante feo, así que sé de lo que hablo. El mundo entero se ralentiza hasta un punto agónico mientras esperas el impacto. Pero no puedes *prepararte* para él. Te sientes incapaz de hacer nada al respecto.

Y entonces el otro coche por fin te golpea.

Zane se precipitaba hacia mí de esa misma manera. Indefenso, lo único que podía hacer era esperar que el impacto no estuviera a la altura de mis temores.

Y entonces todo se volvió negro.

43

ZANE

Supe que la había cagado pero bien en el instante en que choqué contra Jakob. Ah, sí, hasta ese momento me había sentido cargado de adrenalina y mala uva. Joder, había estado a mil durante todo el partido. No puedo disculparme por eso. Estábamos hablando de hockey, el deporte que amo. O juegas con dureza e intensidad o mejor ni te calces los patines.

Algo en la forma en que lo placé me hizo darme cuenta de que algo había salido terriblemente mal. No llegué a ver cómo se le iba la cabeza hacia atrás, pero mi instinto me dijo que había ocurrido. El quejido que se le escapó de la boca con el impacto contó el resto de la historia.

Sí, quería hacerle daño. No voy a andarme con rodeos sobre eso. Una parte de mí quería infligirle algo de dolor a mi ex, pero mi intención no era causarle nada permanente.

Una vez más, se me activaron los instintos y me dijeron que algo iba mal incluso antes de que se golpeara contra la valla y se desplomara sobre el hielo.

Y se quedó completamente inmóvil.

Grité de inmediato al banquillo pidiendo ayuda, pero la asistencia no fue lo primero que llegó. Primero, se vaciaron los banquillos.

Todos los Lions y los Riptides se lanzaron al hielo con los cuchillos entre los dientes. Los Lions vinieron directos a por mí para defender a su jugador. Los Riptides los perseguían de cerca para asegurarse de que no me arrancaran la cabeza.

¿Pero qué digo? A los Riptides no les habría supuesto ningún problema moral el placaje que le había metido a Jakob. Recordad, a estos tíos no les temblaba el pulso con un programa de recompensas. Sin embargo, no puedo decir que me sintiera orgulloso. Al principio no tuve tiempo de preocuparme por lo que pensaba de una forma u otra, porque estaba demasiado ocupado intentando defenderme.

Levi Dunn me agarró de la camiseta y casi me estampó contra el hielo. Entonces vi a ese monstruo cernirse sobre mí, listo para aplastarme. Solté un *¡uf!* cuando aterrizó de lleno sobre mi pecho. Seamos realistas, el tío pesaba ciento cinco o ciento diez kilos. Era como si me hubiera tirado una tonelada de ladrillos encima. Gracias a Dios, un par de árbitros llegaron para quitármelo de encima antes de que pudiera meterme un puño en la boca.

Me quedé mirando las luces mientras se llevaban a rastras al matón de los Lions, sabiendo que básicamente me había librado de que me mataran. No habría sido un puñetazo a traición como el que Jakob me había dado en el Colter Bay Grill. Ese tío era duro como una piedra y quería vengar a su compañero de equipo.

Finalmente, me levanté y vi que el tumulto inicial se había calmado. Todos los jugadores rodeaban ahora a Jakob, que seguía tendido en el hielo. El público se había quedado en silencio.

Sabía exactamente lo que eso significaba.

Los jugadores no sufrían lesiones graves en todos los partidos, pero la amenaza siempre existía, y ya lo había visto pasar una o dos veces. Nunca antes había sido el responsable de una lesión grave, pero había oído a otros hablar de esa sensación. Los segundos se convierten en minutos y los minutos parecían horas. Así era, joder. Bueno, casi. Mi caso parecía mucho peor debido a nuestra historia.

Ah, sí, sé que he soltado un montón de mierda hasta ahora. Me había dado muchos aires. A veces tienes que hacer cosas así para prepararte para la acción. Y, claro, quería ganar. Todos en el hielo

querían ganar. Todos teníamos esperanzas y sueños y solo una forma de alcanzarlos. Desde luego, no sales ahí a perder.

Aun así, me preocupaba si el precio de la victoria merecería la pena. Cuanto más tiempo permanecía Jakob inmóvil en el hielo, más convencido estaba de que no.

Dios mío, espero que no esté gravemente herido.

Podría tener una conmoción cerebral. Sí, he dicho que la gente no se lesiona de gravedad en todos los partidos, pero las conmociones cerebrales son comunes en los deportes. Aunque no te las puedes tomar a la ligera. He sobrevivido a unos cuantos golpes en la cabeza sin sufrir una conmoción cerebral en toda regla, pero algunos jugadores rivales me han hecho ver las estrellas. Ninguno de ellos jugaba para los Lions, para que os hagáis una idea. Equipos más grandes y duros fueron los responsables de eso.

Y entonces todos los jugadores de los Lions hincaron una rodilla en el hielo alrededor de Jakob. Corrí para ver a mi exnovio, pero no pude verlo entre tantos cuerpos.

Entonces los sanitarios entraron en el hielo con una camilla. Cerré los ojos. Como si todo lo demás no hubiera sido un indicio bastante claro de que *algo* iba mal, tuve que quedarme allí de pie viendo a los sanitarios atender a Jakob.

Hinqué una rodilla en tierra e incliné la cabeza. Nunca he sido una persona de rezar y no iba a empezar ahora, pero las vibraciones positivas ayudaban, ¿no? Como que, si le enviaba a Jakob toda mi energía positiva, ¿todo saldría bien?

En el silencio sepulcral del estadio, podía oír hablar a los sanitarios, pero no distinguía las palabras. Quería pensar que estaban hablando con Jakob y que él respondía. O quizá estaban diciendo que Jakob se pondría bien, pero entendía que eso era solo una ilusión. Después de todo, yo sabía que algo había ido terriblemente mal desde el momento en que lo había placado.

De repente, el partido ya no significaba nada para mí. Olvidé que estaba en el hielo con un palo en la mano, y mucho menos rodeado de unos cuantos miles de personas. Había querido ganar… Ay, Dios, ya no podía pensar en eso. Incluso si los Riptides salían victoriosos de este partido, seguiría sintiendo que había perdido.

Los sanitarios levantaron la camilla y se llevaron a mi novio —no, perdón, a mi *ex*novio— fuera del hielo. El público aplaudió y busqué un pulgar hacia arriba.

No hubo ninguno.

Patiné hacia los sanitarios para ver a Jakob, deseando más que nada en el mundo cogerle la mano y asegurarle que todo iría bien. Quería decirle que lamentaba el placaje que le había metido. Quería que supiera que el partido ya no me importaba una mierda.

No pude ver a Jakob por encima de los sanitarios, que se lo llevaron a toda prisa hacia la ambulancia que esperaba.

Uno pensaría que mis compañeros de equipo vendrían a darme una palmada en el hombro o a ofrecerme algunas palabras de consuelo. Deberían haberme asegurado que lo que pasó no fue culpa mía (aunque lo era total y absolutamente). No hicieron nada de eso. Simplemente me dejaron allí de pie, sintiéndome como un gilipollas integral por lo que había hecho.

Una vez que el juego estuvo listo para reanudarse, un árbitro me cogió del brazo y me llevó al área de penalización, donde cumplí otros dos minutos por dureza excesiva. Joder, empezaba a sentirme como en casa en ese pequeño espacio.

A pesar del cinco contra cuatro, Jax logró marcar otro gol a los Larkin Lions. Me encantaría decir que lo había hecho porque Ryan Detenbeck era el peor portero del hockey universitario, pero sabía que no era cierto. Era un gran portero, o de lo contrario los Lions no habrían llegado a la final.

Debía de sentirse desmoralizado, junto con el resto de los Larkin Lions. Estoy seguro de que yo me habría sentido exactamente igual si alguno de los Riptides hubiera sufrido una lesión como la de Jakob.

Cuando los árbitros me liberaron del área de penalización, me limité a patinar. No puedo llamar a lo que estaba haciendo jugar al hockey. Cuando jugaba bien, me sentía feroz e imparable. Sentía un hambre voraz. Ahora, tenía la cabeza gacha, los hombros caídos y me sentía como un completo pelele. No tenía apetito de nada en absoluto.

Solo quería que este partido terminara de una vez por todas lo antes posible. El problema era que los segundos pasaban a paso de tortuga, y me preocupaba pasar una eternidad en el hielo, sin saber si Jakob estaría bien.

Los Riptides iban ganando tres a dos cuando sonó la bocina final y el público enloqueció. Eso es lo que mi corazón debería haber estado haciendo en ese momento. Debería haber mantenido la cabeza y ambos brazos en alto. Debería haberme unido a los abrazos con el resto del equipo en lugar de dejar que me abrazaran y odiarlo.

En ese momento, podría haber llorado. En serio. No sabéis lo difícil que es para alguien como yo admitir eso. Sí, podría haber llorado, pero habría sido por los motivos equivocados.

Ver cómo nos entregaban el trofeo no significó nada. Una vez había ensayado todo lo que diría si ganábamos el campeonato. Un discurso de aceptación, por así decirlo. Ahora no quería hablar con nadie.

Juraría que estos tíos se habían olvidado de que alguien había resultado gravemente herido en el partido. O quizá nunca les había importado una mierda. Si eso era cierto, me preguntaba si quería estar rodeado de gente así.

No me duché después del partido. Me quité el equipo, me vestí y me fui sin decir una palabra.

Me pregunté si alguien se habría dado cuenta.

44

JAKOB

Zane haría lo correcto. O eso quería creer, vamos. Sabía que lo que hizo no fue a propósito y que en realidad no tenía intención de causarme la lesión que me provocó. Conociendo a mi exnovio, probablemente entró en razón en el momento en que me sacaron en camilla del hielo.

O en el momento en que me golpeó, si tenía suerte.

A juzgar por cómo acabaron las cosas tanto para mí como para los Larkin Lions, tenía la peor suerte del mundo.

Dejad que os cuente cómo sucedió todo. Lo último que recuerdo con claridad es ver a Zane abalanzándose sobre mí. Ya he mencionado que todo pasó a cámara lenta, como un horrible accidente de coche durante los segundos previos a la colisión de dos vehículos. Mantengo esa descripción.

Todo se volvió negro en el momento del impacto. Luego las luces parpadearon un montón de veces mientras perdía y recuperaba el conocimiento. No podía moverme ni sentir gran cosa. Oía a gente a mi alrededor: los sanitarios que me pondrían un collarín, me colocarían en una tabla y me subirían a una camilla.

Daba un miedo de cojones, sobre todo en retrospectiva, y era vergonzoso de una forma extraña. Al fin y al cabo, toda una multitud

vio lo que pasó. El partido se estaba retransmitiendo. Ah, sí, quizá no lo viera la audiencia nacional en horario de máxima audiencia. No era la Super Bowl. Pero uno no quiere que montones de personas presencien el accidente más espantoso de su vida. Pero la cosa mejora, eh.

¡Una parte de mí quería terminar el partido! ¿Os lo podéis creer? Allí tirado, casi inconsciente e incapaz de moverme, una parte de mí pensó de verdad que me levantaría, me sacudiría el polvo y terminaría el partido. Esa parte de mí debía de considerarse invencible. Por otro lado, puede que fuera absurdamente estúpido.

No, ingenuo. No era estúpido por pensar así, solo un poco ingenuo.

¿Voy a morir?

El sanitario respondió: *Hoy no*.

¿A que es la puta historia de siempre?

Un consuelo de mierda, supongo. Que me metieran en la ambulancia destrozó cualquier fantasía que pudiera tener de levantarme y jugar lo que quedaba de la final, pero no me daría cuenta del daño que me había hecho de verdad el golpe de Zane hasta que hablé con el médico a la mañana siguiente.

Llevaba horas sin ver a ningún médico. También había creído ingenuamente que me iría a casa por la mañana, pero seguía en el hospital. La vida te da estas sorpresas, supongo.

El médico sonaba casi robótico cuando me dijo que había sufrido una conmoción cerebral. Tendría que cuidarme mucho durante las próximas dos semanas. Nada de hockey, como si me tuviera que preocupar por el partido ahora.

También me dijo que tenía una vértebra del cuello fracturada. Solo una fisura leve, dijo, pero tendría que permanecer inmóvil.

Por mí, perfecto. No me iba a mover de allí.

Le pregunté si me iría a casa hoy. No dudó ni un segundo en decirme que podría irme a casa mañana como muy pronto, pero que lo más probable era que fuera pasado mañana… o al día siguiente.



Levi Dunn ocupó todo el umbral de la puerta de la habitación del hospital con un oso de peluche gigante bajo el brazo.

—Mira lo que te he traído —dijo—. La tienda de regalos del hospital es la hostia, ¿a que sí?

Le dediqué una sonrisa forzada. Bueno, quizá la sonrisa no fue tan forzada. A veces no te queda más remedio que reírte de las cosas que Levi decía y hacía. Era la única forma de sobrevivir a ellas. De una forma extraña, el oso de peluche me reconfortó un poco. Significaba que mis compañeros pensaban en mí, y que al menos a uno de ellos no le daba demasiada vergüenza comprarme un regalo así.

—Gracias, Levi. Es un detallazo.

—Oye, ¿quieres que te traiga a la rubia del puesto de enfermeras? Seguro que le encantaría sentarse en tu cara.

Se me escapó una carcajada, y me alegré de ello, aunque hacer cualquier cosa doliera. Más graciosa aún fue la mirada de Levi, como si esperara una resposta.

—No creo que esté en condiciones de que nadie se me siente en la cara, Levi.

—Ya. Pues a lo mejor podría venir a tocarte los huevos. Ya sabes, si no te llegas por la lesión.

—Estaré bien dentro de poco. La fractura no es para tanto.

—Entonces, ¿Zane Hirst te ha roto el cuello de verdad?

—Técnicamente. Es solo una fisura leve y…

—Ese hijo de puta. —Levi se dio un puñetazo en la palma de la mano—. Si alguna vez le pongo las manos encima, deseará…

Levi se calló al ver que no me unía a él para rajar de mi exnovio.

—¿Quieres que lo mate por ti? —preguntó Levi.

Me reí.—No, no será necesario.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. Los Lions ganarán el campeonato de calle conmigo en el hospital y tú cumpliendo cadena perpetua.

—Avísame si cambias de opinión.

—Lo haré.

Lo más loco de todo era que no podía asegurar que Levi estuviera bromeando. Podría tener toda la intención de acortarle la

vida a Zane por lo que había pasado, solo que yo no quería que eso ocurriera. De una forma extraña, ni siquiera sentía rabia hacia él. Sinceramente, todavía no sabía qué sentir.

—Querrás vengarte de él como poco, ¿no? —preguntó Levi.

—No creo que lo hiciera a propósito.

Levi abrió los ojos como platos.

—¿Cómo coño puedes decir que no lo hizo a propósito? Vi el golpe que te dio con mis propios ojos.

—Lo sé, pero…

A esas alturas, ya no necesitaba ocultarle nada a Levi ni a ningún otro compañero. Aun así, no me sentía preparado para contarle la verdad. Puede que entendiera la parte de haberme enamorado de otro tío. En cierto modo, tenía que hacerlo, dada su relación con Quinn Standish. Pero no podía permitir que supiera que me había pasado al bando enemigo.

Me preguntaba cuándo —o si— Zane aparecería por el hospital. Aparecería, ¿verdad? En las historias románticas, el amante del que te has distanciado aparece en momentos como este, justo cuando estás a punto de perder la fe. A lo mejor tendría un oso de peluche bajo el brazo. O llevaría una docena de rosas.

No, no, no querría que trajera rosas, ni un oso de peluche, ni caramelos, ni pizza, nada. Solo quería que Zane Hirst se trajera a *sí mismo*. Quería verlo bien. Cada vez que alguien cruzaba la puerta, pensaba que sería él y se me encogía el corazón al ver que no era así.

Sí, suena a locura. O sea, ¿por qué iba a *querer* que apareciera después de lo que pasó? Me había tratado como una mierda. Me había hecho daño, intencionadamente o no. ¿Qué motivo tendría para siquiera reconocer su existencia?

Asuntos pendientes, supongo. Nunca he sido el tipo de tío al que le gustan los cabos sueltos. Como mínimo, quería tener una sensación de cierre.

—Siento mucho la derrota —dije.

—¿Que sientes la derrota? ¿Por qué tienes que sentirlo tú?

—Ya sabes a lo que me refiero. Me necesitabais ahí para jugar como un equipo completo. No podía hacerlo mientras me llevaban

de urgencia al hospital.

Puso los ojos en blanco un poco y negó con la cabeza. Hasta un bruto como Levi Dunn sabía que eso era totalmente irracional. Aun así, no podía evitar echarme la culpa. A veces se puede llevar la responsabilidad demasiado lejos, supongo.

—No puedes culparte por la derrota —dijo—. Ganamos como equipo y perdemos como equipo. Y, ¿sabes qué? Lo que hizo Zane fue una cabronada. Los Larkin Lions jugamos un hockey duro y agresivo, pero no vamos por ahí causando lesiones graves a propósito.

—¿De verdad crees que Zane lo hizo a propósito?

Me arrepentí de la pregunta en cuanto salió de mi boca.

—Claro que sí —dijo Levi—. Tienen un equipo entero lleno de gilipollas sin clase. Zane atropellaría a su propia abuela si pensara que con eso ganaría un título. No me creo ni por un segundo que no lo hiciera a propósito.

—¿Qué ganaría con eso?

—Gana el dejar fuera de juego a un titular importante, eso es lo que gana. Y justo cuando más te necesitábamos. Esa es la razón principal por la que la derrota no es culpa tuya. Cuando empiezas a ir a por jugadores así… estás cruzando la línea de verdad.

Cerré los ojos, respiré hondo y sentí un calor por todo el cuerpo. Odiaba tener que creer eso. Zane Hirst podía ser un auténtico gilipollas. Sería el primero en decírtelo. Bueno, en realidad, *él* sería probablemente el primero en decirlo. Demostró su gilipollez una vez más cuando rompimos. Pero de verdad que quería creer que no era malvado sin más.

Por otro lado, todavía no había aparecido por el hospital. No había llamado. No sabía si había mandado un mensaje porque las enfermeras me habían guardado el móvil en algún maldito sitio. Pero, en serio, ¿le mandarías solo un messaggio a un tío después de algo así?

—¿Tengo razón o no? —dijo Levi.

No dije nada.

Una parte de mí quería sincerarse con Levi, ya que no podía con nadie más. No sabía si podría hacerlo. Suponía que le contaríamos al

mundo lo nuestro —o lo que fuéramos— juntos. Eso no pasaría ahora que habíamos roto. Otra parte de mí solo quería que Levi se callara sobre Zane. No estaba en negación. Simplemente no podía compartir las creencias de Levi sobre al menos un Remington Riptide.

—Parece que te estás quedando frito, colega —dijo Levi—. Te dejaré solo para que duermas.

—Gracias, tío.

—Sí, y Quinn necesita urgentemente que le den un buen repaso, así que no puedo llegar tarde.

No pude evitar reírme. Probablemente era la cosa más Levi Dunn que le había oído decir nunca.

Me saludó con la mano mientras apagaba la luz y salía por la puerta. Sí que tenía sueño, pero no me quedé dormido del todo. Una parte de mí quería creer que Zane entraría por la puerta en cualquier segundo. Correría a la cama para besarme y decirme cuánto sentía todo lo que había pasado.

Entonces me preguntaría a *mí* si necesitaba que me dieran un buen repaso como el que Levi estaba a punto de darle a Quinn. Le diría que no estaría en forma para eso durante un tiempo. Luego le perdonaría por lo que pasó y todo volvería a la normalidad.

Bueno, a la normalidad para *nosotros*, claro.

Pero solo veía a enfermeras, médicos y visitantes pasar zumbando por la puerta, siempre con prisa por hacer esto o aquello. Y solo oía el ligero murmullo de conversaciones o el aviso ocasional por el interfono.

Pero Zane aparecería tarde o temprano.

Estaba cien por cien seguro de que lo haría.

45

ZANE

—Has estado increíble ahí fuera, tío —me dijo Jax.

No te digo, pensé. *Qué honor*.

Seguí por la acera hacia clase, pensando que podría quitarme de encima a mi compañero de equipo, aunque una parte de mí sabía que no sería tan fácil.

—Me has oído, ¿verdad? —preguntó.

—Sí. ¿Y qué tuvo de increíble?

—No sé, Zane. Jugaste duro y con garra. Saliste al hielo y jugaste al hockey como hay que jugarlo, ¿sabes?

Ni siquiera podía mirar a Jax. Joder, es que no podía ni mirarme al espejo. Después de lo que había pasado, no podía comer ni dormir. En serio, estaba seguro de que había perdido al menos dos kilos y me sentía irritable todo el tiempo. Lo último que necesitaba era que Jax o cualquier otro me dijera lo increíble que había estado.

—Será mejor que lo olvidemos, ¿vale?

Jax frunció el ceño, arrugando la piel del entrecejo. Sí, me había oído bien, aunque quisiera hacer como que no. No me sentía bien ni orgulloso de lo que había hecho. Me importaba una mierda que hubiéramos ganado. Todos los demás tíos lo habían estado celebrando durante días como si otro jugador no hubiera resultado

gravemente herido. Yo me limitaba a mirar raro a la gente cuando me felicitaba y aún no había respondido ni a un solo mensaje de enhorabuena.

La verdad era que no sabía exactamente qué le había pasado a Jakob. Había oído algo sobre una conmoción cerebral y una fractura de cuello, y que había pasado varios días en el hospital antes de recibir el alta. Todo eso me había llegado de segunda mano, así que no sabía toda la verdad, lo cual tampoco ayudaba.

—Va a haber una fiesta enorme en el campus para nosotros —dijo Jax—. Va a ser la puta hostia.

—No voy a ir.

Esta vez no frunció el ceño. Tampoco arrugó la nariz ni mostró ninguna otra señal de alarma. Aun así, debió de haber sido un chasco para él.

—Lo dices en serio.

Jax no lo dijo como una pregunta. De todas formas, no le habría respondido. En lugar de eso, giré bruscamente y mi compañero de equipo me siguió.

—No te entiendo —dijo—. Sé que estuviste raro durante la temporada, pero de verdad pensaba que ya lo tenías todo superado. Ahora has vuelto a ponerte en plan loco total.

Nunca me había importado lo que la gente dijera o pensara, así que seguí andando.

—Eh, ¿adónde crees que vas? —preguntó.

—A clase.

—No hasta que hayamos terminado de hablar.

Enarqué las cejas. No usó un tono autoritario, pero su comentario me dejó de piedra. Sí, sabía que era el capitán del equipo, pero solo estábamos en el campus, no en el hielo. No pertenecíamos a una fraternidad en la que se obedece al líder sin rechistar. Éramos jugadores de hockey, campeones incluso, y teníamos libertad para pensar por nosotros mismos.

Pero mi compañero de equipo no se iba a rendir. Se me pegó como una lapa.

—Vale, Jax, ¿qué es lo que quieres saber en realidad?

—Quiero saber por qué te has vuelto a poner raro conmigo.

—No estoy raro.

—¿Que no estás raro? Joder, tío, hemos ganado el campeonato y has conseguido todo lo que podrías haber deseado. Todo el mundo te presta atención y actúa como si tu mierda no oliera, y aun así no estás contento. ¿De verdad me vas a decir que eso es normal?

A mí me parecía perfectamente normal. Yo fui quien lesionó a Jakob, y para los Remington Riptides el mundo siguió girando. Me recordó una vez más lo insensibles que podían llegar a ser mis compañeros de equipo.

Y cómo yo no quería tener nada que ver con eso.

No podía ser feliz, no solo porque había lesionado a Jakob, sino porque lo quería. Supongo que nunca había dejado de quererlo, por mucho que hubiera intentado convencerme de lo contrario. Si hubiera sido más listo, nada de esto habría pasado. Quizá habríamos ganado o quizá no, pero al menos no tendría que lidiar con mi conciencia. Y si hubiera seguido a mi corazón en lugar de a mi ego, ahora tendría a Jakob en mis brazos en vez de estar tratando con un zoquete como Jax.

Visto lo visto, más valía que le dijera lo que pensaba sin tapujos.

—Dejo el hockey —dije.

Ambos nos quedamos helados. Sinceramente, Jax parecía que iba a caerse de espaldas. O a cagar ladrillos. Lo que fuera.

Al principio, los labios de Jax se movieron, pero no salió ninguna palabra, como si estuviera buscando qué decir.

—¿Dejar el hockey? —dijo—. ¡Oh, venga ya!

—Ya me has oído.

—¿A qué coño viene esto?

—No ha sido una decisión impulsiva. Le he estado dando muchas vueltas últimamente. De verdad que ya no quiero jugar al hockey.

—Espera, esto no es por Jakob, ¿verdad?

—¿Y qué si lo es?

Se quedó con la boca abierta, como si sintiera una renovada conmoción. Sinceramente, sentía que nada de lo que le dijera sería suficiente. Seguiría encontrando algún fallo en todo lo que yo dijera. Todavía no me sentía capaz de contarle toda la verdad, pero al menos necesitaba quitármelo de encima.

—Ese tío no es nadie —dijo.

—Para ti no es nadie.

Jax hizo una pausa, como si no supiera qué significaba eso. La verdad es que ni yo mismo lo sabía a ciencia cierta. Solo sabía que el incidente me carcomería mientras sostuviera un palo de hockey en la mano. Solo había una forma de curar eso.

Ahora una expresión de imbécil apareció en la cara de Jax, como si tuviera un secreto que yo me moría por saber.

—¿A qué viene esa cara de listillo? —le pregunté.

—Creo que sé lo que te animará.

—¿El qué?

Se rebuscó en el bolsillo y sacó un fajo de billetes. En cada uno aparecía la cara de Ben Franklin.

—¿Para qué coño es eso? —pregunté.

—Venga, no te habrás olvidado del trato, ¿o sí?

—¿Qué trato?

—El trato del entrenador Mack… y mío. Te dijo que le pagaría a cualquiera que sacara del partido a un Larkin Lion. Yo te dije que mejoraría la oferta solo para que te apuntaras. Lo has bordado. A lo mejor solo tienes que acostumbrarte a la idea de que tu oponente no es más que un daño colateral. Como hiciste el trabajo, me aseguro de que recibas tu paga. Soy un hombre de palabra.

Me quedé paralizado, mirando el dinero, y sinceramente pensé que me iba a poner malo. Entonces me empezaron a temblar las manos como si ya no pudiera controlarme.

Me tendió el fajo de billetes como si yo fuera a aceptarlo sin más. Ya sabes, como si no hubiera prestado atención ni a un segundo de esta conversación. Cuanto más tiempo se quedaba ahí, más me temblaban las manos. Mi respiración se aceleró. Quería que Jax supiera que estaba cabreado, pero no quería que pensara que no podía controlarme.

—¿No lo vas a coger? —preguntó.

De nuevo, me quedé ahí de pie, con los dedos cerrándose en puños.

—Venga, Zane. Es tuyo. Te lo has ganado.

Ese último comentario me dio más asco que nada. Me recordó la persona en la que me había convertido, todo por mi afán de ganar. Odiaba a ese Zane, y quería desvincularme de él por completo.

No era demasiado tarde.

Así que hice lo único que se me ocurrió.

Empujé a Jax. No fue lo bastante fuerte como para tirarlo al suelo, pero le hizo tambalearse. Cuando sus brazos empezaron a dar vueltas para mantener el equilibrio, el fajo de billetes salió volando por todas partes.

Se apresuró a recoger los billetes y luego se abalanzó sobre mí. Lo bloqueé, le agarré la camisa con ambos puños y prácticamente lo levanté del suelo.

—¿Quieres guerra? —le dije.

Al principio, mi compañero de equipo no dijo nada. Me miró fijamente a los ojos, pero no dijo nada. Desde luego, no intentó pegarme.

—Eh, te estoy hablando a ti, Jax. ¿De verdad quieres pelea? Estoy que me salgo.

Finalmente, negó con la cabeza. Tenía mucho sentido, dado que fue el primer Riptide en acabar tumbado en el suelo del Colter Bay Grill.

Solté a Jax y se desplomó en la acera. Luego recogió un billete perdido de cien dólares, se puso en pie y se alejó a toda prisa por la acera.

A buen puerto, mala puta, pensé.

Si decidía volver al hockey, tendría que volver a tratar con gente como Jax, pero al menos ya sabía que a mí no se me toreaba.

Plantearle cara al capitán de mi equipo me sentó bien. No puedo negarlo. Me habría encantado hacerlo cien veces más, pero entendí que tenía asuntos mucho más urgentes de los que preocuparme.

En concreto, tenía que ver a Jakob… suponiendo que él quisiera verme.

46

JAKOB

Mis padres querían que volviera a casa una temporada. Los médicos dijeron que necesitaría a alguien que me ayudara por el momento y que quedarme solo en casa no sería bueno. Les dije a los médicos que me las apañaría perfectamente, que no necesitaba ayuda, pero insistieron. Según ellos, era por mi propio bien. Pero no podía volver a casa de mis padres. Había disfrutado de demasiada libertad desde que llegué a Buffalo para ir a la universidad. De ninguna manera podía volver a estar bajo su control.

Al menos, me largaría de una vez del hospital. Había visto todas las películas que se podían ver en la tele. Incluso había leído un par de libros durante el tiempo que podía estar sentado. Aun así, mirar las mismas cuatro paredes acabaría por volverme loco.

Más que nada, odiaba no haber sabido nada de Zane. Sé que habíamos tenido nuestras diferencias, pero como mínimo podría haberme escrito algo, mandado un mensaje para preguntar cómo estaba. Me decía a mí mismo que ya no formaba parte de mi vida y que no debía preocuparme.

Atarme los cordones nunca me había costado tanto esfuerzo como cuando me preparaba para recibir el alta. Me incliné,

moviéndome ultralentamente. Es algo muy jodido de aceptar si tienes en cuenta mis hazañas sobre el hielo.

Cuando levanté la vista, vi a Zane ocupando todo el umbral de la puerta y me enderecé tan deprisa que me hice daño.

—¡Joder! —dije, sujetándome la nuca.

Zane enarcó las cejas, sintiéndose probablemente como un elefante en una cacharrería antes siquiera de haber tenido la oportunidad de entrar del todo.

—¿Vas a estar bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. Solo tengo que acostumbrarme a tener la movilidad reducida, al menos durante un tiempo.

Zane entornó los ojos y se giró para no mirarme. Yo no tendría la movilidad reducida si no fuera por él y la embestida que me dio en el gran partido. No me habría embestido así si no fuera porque tuvo que comportarse como un completo energúmeno resentido.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó.

—No, a menos que quieras tirarte al suelo y hacerme un doble nudo en los cordones.

Se agachó, sin apartar los ojos de los míos, como si de verdad fuera a hacerlo.

—Era una broma, Zane.

Se levantó y se pasó la mano por la nuca.

—Eh, sí, ya lo sabía.

Si Zane fuera al puto grano de una vez, no tendríamos que andarnos con tantos rodeos. ¿De verdad tenía que dejarme en ascuas?

Me recliné en la silla, tan consumido por el dolor que me brotó sudor en la frente. Zane levantó las manos, sin apartar la vista de mí, como si quisiera hacer algo para ayudar, pero no tuviera ni idea de qué.

—Estoy bien —dije—. Solo voy a moverme más despacio durante un tiempo.

Bajó las manos.

—Vale, vale. Como tú quieras.

Nunca antes había visto a Zane actuar tan sumisamente, como si cualquier cosa que yo dijera pudiera ponerlo nervioso. Arrastró una

silla desde la esquina de la habitación y se sentó frente a mí. Esperaba que se pusiera a parlotear sobre algo —la victoria de los Riptides en el campeonato, por ejemplo— y no quería oírlo.

—¿Por qué no me dices de una vez por qué estás aquí? —le pregunté.

Se encogió de hombros a medias.

—No sé. Habría pensado que te alegrarías de verme.

Me alegraba, pero no lo demostraría. Al menos, no todavía.

—Si hubieras venido a verme un poco más tarde, ya me habría ido —dije—. Me habrías perdido de vista.

—¿Es esa tu forma de preguntarme dónde coño he estado?

—Puede.

Zane miró por encima del hombro, como si hubiera visto algo interesante en el pasillo. Pero yo sabía la verdad. Lo había acorralado en una esquina de la que no podía escabullirse.

Me había pasado días en ese hospital, esperando a que el amor de mi vida apareciera y demostrara que le importaba una mierda. Solo que ya no era el amor de mi vida. Habíamos roto. Aun así, no podía evitar suponer que habría estado allí de una forma u otra.

—Mira —dijo—, sé que debes de estar pensando que soy el mayor gilipollas del universo.

—Sí, ese es un buen punto de partida.

Soltó una risita, como si se lo esperara o supiera que se lo merecía. Prefería pensar que ambas cosas.

—Espero que entiendas lo difícil que ha sido para mí desde ese partido —dijo—. No es solo que no pude disfrutar de la victoria con el resto del equipo. Es que no he podido ni comer ni dormir.

—Vaya, y yo que pensaba que lo tenía jodido, aquí tumbado en tracción.

—Vamos, Jakob, sé que tú también puedes ver lo difícil que es estar en mi pellejo.

El mismo Zane de siempre, ¿verdad? Era capaz de encontrar la forma de minimizar el dolor de otro para centrarse en el suyo. Aun así, había querido verlo y no quería que se fuera.

—Supongo que sí —dije—, pero no es que te haya acusado de hacerme daño a propósito ni nada. No lo hiciste, ¿verdad?

Hizo una pausa por un momento y yo le enarqué una ceja.

—¡No, no, por supuesto que no! —dijo—. ¿Qué clase de tío te crees que soy?

—¿De verdad quieres que te responda a eso?

—No, gracias.

—Mira, al principio no sabía qué pensar. Quería creer que nunca me harías daño, que solo eras un competidor intentando ayudar a su equipo a ganar. Pero tienes que admitir que te pusiste superagresivo en ese partido.

Zane respiró hondo y cerró los ojos. Esa podría haber sido la primera vez que veía a mi novio —*ex*novio— pararse a pensar en sus actos, así que me pareció un progreso.

—Tengo algo que decirte —dijo Zane—. Esa embestida que te llevaste, la que te di… no fue del todo accidental.

Se me revolvió el estómago. ¿Quería decir lo que yo creía?

—¿Qué? ¿Estás diciendo que me partiste el cuello a propósito?

—No, esa parte no fue a propósito. Y, créeme, nunca habría hecho algo así si hubiera sabido que ese iba a ser el resultado. Quería ganar y me sentía tan desesperado por demostrarte algo que me volví mucho más agresivo de lo necesario. Y por eso te embestí así. Tenía que ser el tipo duro. Tenía que ponerte en tu sitio, supongo. Y por eso hice lo que hice. Lo siento mucho, Jakob.

Vale, ahora Zane parecía que se iba a echar a llorar. En serio. No te estoy tomando el pelo. A Zane de verdad se le quebró un poco la voz al final de la frase y tuvo que taparse la cara con las manos.

Cuando apartó las manos, vi lágrimas de verdad surcando sus mejillas y no eran de cocodrilo. Si no fuera por eso, no me habría creído en absoluto que lo sintiera. Solo habría querido mi perdón para absolverse de cualquier culpa que pudiera sentir por mi lesión.

Sorbió por la nariz un poco y me miró.

—¿Has oído eso? —preguntó—. He dicho que lo siento.

—Sí, te he oído. No me lesionaste los tímpanos, ¿sabes?

Abrió los ojos como platos, sorprendido, como si no pudiera creer que no lo perdonara tan fácilmente por lo que había pasado.

A ver, el perdón era mío para darlo. Zane podía sentirse arrepentido (quizá), pero yo podía elegir cuándo y si quería

perdonarlo.

—Acabo de mostrarme más humilde que nunca —dijo.

—Sí, lo sé. No, espera; creo que la vez que te partí la cara en The Colter Bay Grill fue mucho más humillante.

—Vale, entonces esta sería la segunda experiencia más humillante de mi vida. Muchas gracias por señalarlo. Es duro para alguien tan increíble y genial como yo. Un jugador de hockey de mi calibre solo puede…

Agité la mano sobre mi boca en un gesto de bostezo.

—Estos analgésicos me están dando sueño —dije—, no me hagas caso si me quedo frito un rato.

—¿Puedes ponerte en serio por un momento?

—Creía que estaba siendo serio.

—Mira, sé que probablemente soy la última persona que quieres ver…

—En realidad, eres la persona que he estado *queriendo* ver… desde hace días.

—Lo sé, lo sé, dame un respiro, ¿quieres? Ni siquiera habría venido si no fuera porque te quiero.

El silencio se interpuso entre nosotros. Quería que me tomara esto en serio y ahora me sentía más serio que en mucho tiempo.

—¿Me has oído? —preguntó—. He dicho que te quiero.

Me señalé las orejas.

—Ah, claro, que no me lesionaste los tímpanos. Se me olvidaba.

Levantó las manos y las dejó caer en señal de rendición.

—Escucha —dijo—, si no vas a aceptar mi disculpa y no hay nada que pueda hacer por ti, me voy a ir ya.

Se levantó de la silla, pero lo detuve a medio camino.

—No tan rápido, colega.

—¿Qué?

—Técnicamente *sí* hay algo que puedes hacer por mí… Si te crees lo bastante hombre para ello, claro.

—¿En serio?

La forma en que se frotó las manos le hizo parecer una mantis religiosa.

—Así no —dije—. Pasará un tiempo antes de que esté listo para ponerme juguetón con nadie otra vez. Aunque los médicos han dicho que necesitaré a alguien que me ayude en casa. Mis padres quieren que vuelva a vivir con ellos una temporada, pero odio esa puta idea.

—Entonces, ¿qué estás diciendo? ¿Quieres que sea tu esclavo o algo así?

—No he dicho esclavo.

—¿Sirviente entonces?

—Tú eres el que quiere el perdón con tantas ganas. Y yo no estaría en esta situación si no fuera por ti. Supongo que es lo menos que puedes hacer.

—Vale, de acuerdo. Lo haré.

—Genial. Te encantará cuando lleguemos a los baños con esponja.

47

ZANE

—Así que la has cagado pero bien, ¿eh? —empezó a reírse Levi como si fuera lo más gracioso que hubiera oído en su vida.

—Debería haberlo sabido.

Me di la vuelta y eché a andar. Una mano enorme se posó en mi hombro y tiró de mí hacia atrás. Me la quité de encima como si me hubiera agarrado un simio.

—Venga, tío —dijo Levi—. Pensaba que tenías más sentido del humor. Al fin y al cabo, me imaginaba que tú y los otros Riptides tendríais que reíros de vosotros mismos para encajar.

—Recuérdame otra vez quién ganó el campeonato, Levi.

Farfulló, se giró y luego volvió a mirarme. No me sorprendió. A los tíos como él los dejas sin palabras si les vienes con datos.

—Vale, ahora que hemos dejado claro que los Riptides son mejores que los Lions…

—Para el carro, capullo —dijo Levi—. ¿Quién ha dicho nada de que los Riptides sean mejores que los Lions?

—Nadie. Solo toda la ciudad de Buffalo. Los aficionados al hockey universitario de todo el mundo. Vamos, que nadie tiene que decir nada para demostrarlo. Ese partido del campeonato habló más alto que las palabras.

Levi cerró el puño y, por un momento, pensé que quería soltarme un guantazo. No me moví. Debía de saber que un Lion nunca podría tener una conversación con un Riptide sin sacarse de quicio mutuamente. Aunque Levi no me pegaría de verdad. Compartíamos algo importante en común: a Jakob.

—La verdad es que nos sorprendisteis —dijo Levi—. Bueno, a la mayoría.

—¿Ni siquiera tú tenías idea, eh?

—¿Qué quieres decir con *ni siquiera tú*?

—A ver, ¿no llevas ya un tiempo dándole por culo a un empollón pelirrojo?

Cuando sonrió, comprendí que había sacado su tema favorito: el sexo del bueno. La mirada de Levi se perdió, como si la mención del sexo con su empollón pelirrojo favorito le hiciera evadirse en el momento.

—Sí, sé perfectamente a qué te refieres —dijo Levi.

—¿Y no tenías ni la más remota idea de lo de Jakob y yo?

Se encogió de hombros. —Pensé que a Jakob le pasaba algo, pero no que estuviera contigo.

—Sorprendente, ¿eh?

—Y tanto que sí. Si a Jakob le iban a ir los tíos, habría pensado que tendría mejor gusto.

Mi brazo casi se lanzó hacia él, pero me contuve. Luego respiré hondo, me calmé y me recordé a mí mismo que esto era por Jakob.

—En otras palabras, no te diste cuenta de nada —dije.

—Pero *sí* que me di cuenta de algo. Ya te lo he dicho.

—¿Para qué me habré molestado en venir a hablar con un Lion?

—Por Jakob. Y ya sabes cuál es mi rollo. Soy la persona más lógica a la que preguntar, ¿no?

—Supongo que sí.

—Por cierto, ¿cómo van las cosas con él? ¿Ya os la habéis chupado y habéis hecho las paces?

—Todavía no. Ahora mismo me tiene de esclavo.

—Joder, tío, eso me *encanta*. Llevo tiempo intentando que mi novio, Quinn, se meta en el rollo de los látigos, las cadenas, las mazmorras y toda esa mierda. Pero no le va nada.

—No de esclavo sexual, idiota. Me tiene haciendo todos los recados como si fuera un inútil.

—¿Le das de comer a la boca?

—No.

—¿Y los baños con esponja?

—No, de eso todavía se encarga él.

—Joder, si yo estuviera en tu lugar, solo por eso ya merecería la pena.

Suspiré.

—Mi problema es que he estado pasando tiempo en su casa, atendiendo todas sus necesidades, y todavía no me ha perdonado.

—¿De verdad esperas que lo haga?

—Pues *claro* que sí. Le pedí perdón, ¿no?

—A veces con un «lo siento» no basta, colega.

Dios, no sabéis lo raro que fue que un Lion de Larkin —la chusma del mundo del hockey de la NCAA— me llamara *colega*. Me hizo sentir un poco sucio por dentro.

—Pero en nuestro caso tiene que ser suficiente —dije—. Sería una locura que no lo fuera.

—¿Por qué lo dices?

—Nos queremos. Sé que suena descabellado, dada la rivalidad entre nuestros equipos, pero habría pensado que la derrota en el partido del campeonato le habría hecho ser más humilde.

—¿*Ser más humilde*? Colega, eso solo hará que tenga más hambre. Saldrá incluso más fuerte ahora. Ya lo verás.

—Ya. Solo pensaba que, después de un golpe tan horrible, habría visto lo que es importante.

—O le ha servido de llamada de atención de las buenas.

Me detuve, sabiendo a lo que se refería y esperando que no diera más detalles.

—Piénsalo, colega. Debió de pensar que teníais algo especial. Dejando el hockey a un lado, puede que pensara que eras un partidazo. Claro, probablemente estaba confundido. A mí también me pasó. Te dio su confianza, y ¿qué hiciste tú? Le fracturaste el cuello.

En cualquier otro momento, habría contraatacado y habría dicho que Levi Dunn era un gilipollas, pero no pude. Tenía toda la razón. Había buscado a Levi no solo porque pudiera entender mi situación, sino porque podría saber algo sobre Jakob que yo no sabía. Así son los compañeros de equipo a veces.

Me pasé los dedos por el pelo y dije: —Vale, sé que fui un cabrón…

—Yo iba a decir que fuiste una mierda de persona.

—Sí, gracias, Levi. Fui una mierda de persona. Es que pensaba…

—¿Pensabas que Jakob te perdonaría hicieras lo que hicieras?

—Sí…

Suspiré. Levi Dunn había dado en el clavo, probablemente sin darse cuenta. Si no era consciente de ello, no se lo iba a decir. No necesitaba que ese cabeza hueca se creyera que merecía crédito por decir algo inteligente.

A mi manera, de verdad había esperado que Jakob me perdonara sin más. La ruptura me pareció ridícula en el momento en que se lesionó. No fui a verle porque supuse que estaría enfadado conmigo. Cuando se le pasara, estaría dispuesto a perdonarme y volveríamos a como estábamos antes.

Ahora me preguntaba si eso sería posible.

—Estoy desesperado, Levi. Dime qué hacer.

—Desesperado, ¿eh? Normalmente, pensaría que eso es jodidamente morboso. Aunque no sé qué pensará Jakob. He pillado algo sobre él, pero no sé qué le va.

Puse los ojos en blanco. Como ya he dicho, debería haber sabido que tener una conversación inteligente con un Lion de Larkin era imposible.

—Venga, colega, ¿quieres recuperar a Jakob o no? —preguntó Levi.

—Claro que quiero. Te juro que no creo que pueda vivir sin él.

—Pues díselo.

—¿Qué? ¿En serio?

—Claro que sí. No vas a convencerlo diciéndole *porfi, porfi, con azúcar y nata*, ¿o sí?

—Ni de coña, tío. Es que me preocupa haberla cagado de verdad esta vez.

—Oh, sí, sé lo que es eso.

—Así que a ti también te ha pasado, ¿eh?

Farfulló y agitó una mano, diciendo: —Me pasa nueve veces antes del desayuno cada día.

—Qué alentador.

Una sonrisa de oreja a oreja apareció en la cara de Levi, como si de verdad no supiera reconocer el sarcasmo cuando lo oía.

—El problema es que me preocupa que no haya vuelta atrás. Piensa que lo lastimé a propósito y eso no está tan lejos de la verdad.

Levi se acarició la barbilla como un intelectual sumido en sus pensamientos.

—Siempre hay un camino de vuelta —dijo Levi—. Nunca hay un punto de no retorno. Si lo hubiera, Quinn me habría mandado a la mierda hace mucho tiempo.

—¿En serio?

—Claro que voy en serio. ¿Crees que voy por ahí admitiendo que tengo la culpa de algo sin motivo?

—Supongo que en eso tienes razón.

Esperé que por fin dijera algo que me recordara por qué había acudido a él en primer lugar. No contenía la respiración, pero desde luego podía tener esperanzas.

Por un momento, me preocupó ponerme sentimental. En serio. De todos los momentos para que me invadiera un profundo sentimiento de desesperación, ¿por qué delante de Levi Dunn? ¿Por qué delante de *cualquiera* de los Larkin Lions?

Pero especialmente delante de ese cabeza hueca de Levi.

—¿Vas a estar bien? —preguntó Levi.

—No, tío, no lo creo. Nunca pensé que estaría tan mal por otro tío.

—Y nunca pensaste que te encantaría chupar pollas, pero te encanta, ¿a que sí? ¡Te *encanta*!

Sonrió y me dio un codazo en las costillas como si de verdad esperara que le siguiera el rollo.

—Lo quiero —dije—, más que a nada en este ancho mundo. No creo que pueda vivir sin él, y eso es un hecho.

—Pues díselo.

—¿De verdad?

—No tienes nada que perder, ¿correcto?

—Cierto.

—Y has hecho cosas peores… Limpiarle la chata debe de ser un coñazo.

—No usa una… da igual. Tienes razón, Levi. Gracias.

Cuando me marché, me di cuenta de que tendría que decirle a Jakob todas esas cosas. Tendría que desnudar mi alma. Tendría que mostrarme completamente vulnerable ante él, aunque me volviera loco.

48

JAKOB

—Te has dejado un trozo —le dije a Zane.

Mi exnovio, que estaba arrodillado con mi pie entre sus poderosas manos, levantó la vista.

—¿De qué hablas? —preguntó.

—Quiero decir, frota un poco más abajo.

Sus manos se deslizaron hacia la planta de mi pie, hundiendo los dedos en la carne. Si nunca habéis tenido un esclavo personal, os recomiendo encarecidamente que os hagáis con uno. Las ventajas son sencillamente divinas.

Mientras me masajeaba el pie, eché la cabeza hacia atrás, deleitándome en cada momento. Quería disfrutar de esto mientras durase.

Sin embargo, tenía que reconocerle el mérito a Zane. Había asumido el papel de esclavo personal, chico de los recados y limpiaculos ocasional (¡es broma!) como un verdadero profesional. Si quería convencerme de que lamentaba la lesión, misión cumplida. Por supuesto, no podía decírselo. Primero necesitaba que hiciera por mí tantas tareas como fuera humanamente posible.

—Vale, ahora puedes frotar un poco más arriba —dije.

—Sabes, tuve un gato que era menos exigente que tú.

Sonrió al decirlo.

—Uy, ¿detecto un deje de queja? —pregunté.

Pero yo ya sabía que no.

—Cuando termines de masajearme los pies, tengo un par de coladas que puedes poner —dije.

—Viva.

Volvió a sonreír, pero supe que esa sonrisa era forzada.

Zane se sentó a mi lado en el sofá, como si quisiera acercarse y tocarme, como solía hacer. No me aparté, pero lo habría hecho si se hubiese pasado de la raya.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿Ya no quieres ser mi esclavo personal?

—Nunca he sido tu esclavo personal, Jakob. Al menos no oficialmente.

—Mi mayordomo, mi chico de los recados, mi mensajero.

Negó con la cabeza y dijo:

—Tampoco soy ninguna de esas cosas.

—Entonces, ¿cómo quieres que te llame?

Cuando hizo una pausa, supe que quería ponerse serio, aunque yo no estuviera de humor para eso.

—Esto me está volviendo loco —dijo Zane—. Todo esto.

—Esa es la idea de la servidumbre, ¿no? No basta con satisfacer todos mis caprichos. Se supone que tienes que odiarlo. ¿A que es justo?

Puso los ojos en blanco, como si pensara que yo nunca podría hablar en serio; y en eso tenía razón.

—No se trata de servirte a todas horas —dijo.

Enarqué una ceja, esperando que eso significara que seguiría sirviéndome así. Conociendo a Zane, probablemente era pedir peras al olmo.

—Entonces, ¿de qué se trata? —pregunté.

—Se trata de ti… de *nosotros*, quiero decir. No soporto seguir así. Es como estar tan cerca de ti, pero a la vez tan lejos.

Me detuve, todavía reacio a tomarme a mi exnovio tan en serio como él quería.

—¿Y de quién es la culpa? —pregunté.

—¿De quién es la culpa? No creo que nadie la tenga. Es una de esas cosas que pasan.

Oh, Dios mío, no podía estar hablando en serio. De verdad, debía pensar que me había caído de un guindo.

—No sé —dije—, yo no soy el que rompió la relación. Vaya, ¿quién fue? Déjame pensar…

Zane no puso los ojos en blanco, pero supe que se moría de ganas. Si no conseguía nada más con esto, al menos podría llevar a Zane a un nuevo nivel de locura.

—Yo no lo veo así —dijo—, y tú tampoco deberías.

Me señalé a mí mismo como para confirmar que de verdad se estaba refiriendo a mí.

—Vale —dije—. Te seguiré el juego. ¿Por qué comparto yo la culpa de que te portes como un gilipollas?

Frunció los labios y soltó aire por la nariz.

—No digo que tú tengas la *culpa* de que yo sea un gilipollas —dijo.

—¿Pero admites que lo eres?

—Sí, de hecho, lo soy.

Levantó las manos y las dejó caer en su regazo. En ese momento comprendí que tenía que tomarme a mi exnovio en serio, más o menos.

—Tal como yo lo veo —dijo—, teníamos todas las cartas en nuestra contra.

—Vale…

—¿No sabes de qué hablo? Estamos en equipos contrarios, enzarzados en la rivalidad más encarnizada que he visto en mi vida. Y ambos competíamos por el mismo objetivo, el mismo premio. No es culpa mía que tu equipo apeste.

—Oh, qué buena forma de hacerme la pelota, Zane.

Me pregunté por un momento si querría untarme con mantequilla literalmente. Eso habría sido divertido en la cama si no hubiese roto conmigo.

—Parecía una mala idea que estuviéramos juntos —dijo—. Joder, sobre el papel, parecía una idea horrenda. Cualquiera diría que podría haber estallado una guerra nuclear.

—Qué dramático eres, Zane.

Inspiró hondo y soltó el aire. Me di cuenta de que era todo lo que podía hacer para evitar que yo lo sacara de quicio.

—Mira, no intento ser dramático —dijo—. Solo expongo los hechos para que hasta tú puedas entenderlos.

Resoplé. Supongo que un buen insulto merecía otro, así que lo dejé pasar.

—Sé que la he cagado unas cuantas veces —dijo.

—Las he contado por si quieres el número exacto.

—Jakob, estoy intentando hablar en serio. La he cagado un montón de veces y luego la cagué enormemente. Esa es la única razón por la que he seguido con todo este rollo de esclavo personal. Siento que tengo que compensártelo de alguna manera, de alguna forma.

Se hizo una pausa entre nosotros. Hasta ahora, no había dicho nada que yo no supiera ya. Y se había disculpado por mi lesión. Sin embargo, no se había disculpado por cómo me había destrozado por dentro.

—Me has hecho daño de peores maneras que provocándome una fractura de cuello, ¿sabes?

Cerró los ojos y asintió.

—Lo sé —dijo—, y lo siento.

—Genial. Eso es lo que de verdad necesitaba oír.

—Espera un segundo, ¿estás diciendo que volverías conmigo sin más? ¿Que no tenía que haber pasado por toda esta mierda?

—Oh, habría esperado que hicieras todas esas cosas igualmente. Pero sí, habría vuelto contigo.

—Entonces, ¿qué te impide hacerlo todo oficial?

—Todavía hay una cosa que necesito oír de ti. Es lo más importante de todo.

¿El qué?, debería haber preguntado. Gracias a Dios que no lo hizo. Si lo hubiera hecho, habría decidido que realmente no había esperanza para nosotros.

Cuando me miró a los ojos, me sentí paralizado. Claro, sus ojos siempre me habían parecido preciosos, pero nunca había visto tanta calidez irradiar de ellos.

—Te quiero, Jakob —dijo—. Pase lo que pase entre nosotros, te quiero más que a mi propia vida. Jamás podría apañármelas en este mundo sin ti. Es un hecho. Sé que todos cometemos errores, pero yo cometí uno enorme al hacerte daño de múltiples maneras. Solo puedo decirte que lo siento y, una vez más, que te quiero.

No supe qué decir. No es que Zane tuviera que decir eso sí o sí. Me sentí abrumado por unas palabras que nunca habría pensado que fuera capaz de pronunciar. Al mismo tiempo, se sintió muy raro. Como si ya ni siquiera sintiera la abrumadora necesidad de burlarme de él.

—Yo también te quiero, Zane.

No tuvo que decir nada más. Se acercó hasta que nuestras caderas se tocaron, se inclinó y me besó. Su lengua se deslizó en mi boca casi al instante, y fue como en los viejos tiempos.

Pasé el brazo por encima de su hombro, le sujeté la nuca y apreté su cara contra la mía. Un gemido de placer brotó de mi exnovio mientras yo me deleitaba en su contacto.

Su mano aterrizó en mi regazo y se deslizó hasta mi entrepierna. No había necesidad de ser terriblemente sutil ahora que ambos estábamos metidos en faena. Mi polla se endureció en su mano, una sensación que echaba de menos una barbaridad. Ni siquiera había echado de menos el sexo con chicas, y mucho menos con chicos, pero Zane me recordó lo increíble que podía ser.

Cuando sus labios se separaron de los míos, su cara permaneció a un par de centímetros. Sus ojos se clavaron en los míos, recordándome que todo iba bien en el mundo mientras nos tuviéramos el uno al otro.

—¿Hemos vuelto? —preguntó.

—No exactamente.

Abrió los ojos como platos. Si tuviera que señalar el momento exacto en que lo volví loco, habría sido ese.

—Un momento, tiempo muerto —dijo—. Después de todo esto, ¿dices que no volvemos a ser pareja?

—Oh, volvemos a ser pareja. O vamos a serlo. Solo hay un pequeño trámite del que tenemos que ocuparnos.

—Vale…

—Oh, vamos, Zane, no es nada malo. Será muy divertido.

Zane no me seguía. Sabía que no lo hacía. Aun así, mantendría mi promesa de que no sería nada malo.

—Rompimos —dije—, y ahora vamos a volver. Es un volver a empezar. Pero tenemos que volver a empezar como *es debido*.

Enarcó una ceja, como si todavía no supiera de qué estaba hablando.

—Vamos, Zane, ya sabes de qué hablo. Un volver a empezar como es debido incluiría repetir una primera cita.

—Vale, creo que te sigo.

Asintió como si quizá por fin estuviera contagiándose del espíritu de la cosa.

—¿Qué tal el Colter Bay Grill? —pregunté.

—¿En serio? ¿Por qué ahí?

—Si me preguntas a mí, ahí es donde todo empezó de verdad para nosotros.

—¿Porque fue la primera vez que nos vimos cara a cara?

—No, porque ahí fue donde te dejé inconsciente de un golpe.

Balbuceó y desvió la mirada. Incluso ahora, no podía aceptar la verdad.

—Será divertido —dije—. Podemos arreglarnos y todo… Aunque sé que probablemente acabarás con la camisa buena llena de salsa de alitas.

Esbozó una media sonrisa y dijo:

—Vale, trato hecho.

Luego se inclinó y me besó de nuevo, lenta y dulcemente.

Con eso podía vivir.

49

ZANE

El Colter Bay Grill no tenía código de vestimenta. Era un sitio principalmente informal, pero yo debía de destacar con un traje completo. Normalmente, las únicas veces que veías a tíos con corbata allí era cuando aparecía la gente que iba a tomarse una cerveza después del trabajo, justo después de las cinco.

Jakob iba a venir con una sudadera y vaqueros, ¿te lo puedes creer? Le dije que si yo me iba a poner de punta en blanco para él, esperaba la misma cortesía. Jakob no había salido mucho de casa desde su lesión. De hecho, no había hecho absolutamente nada divertido desde antes de la final del campeonato.

Ya sabes, ¿esa en la que los Remington Riptides ganaron el campeonato y dejaron a los Larkin Lions lamiéndose las heridas?

Sí, esa.

En fin, que fuimos al Colter Bay, donde empezó todo, y ¿a que no sabes qué? Jakob empezó a largar por esa boquita en el momento en que entramos por la puerta.

—Oye, mira allí —dijo señalando el fondo de la barra—. ¡Ese es el punto exacto donde te mandé a la luna de un puñetazo!

Puse los ojos en blanco.

—Yo no lo recuerdo así, Jakob.

—Ah, claro, se me olvidaba tu lema de ser un iluso y estar condenadamente orgulloso de ello.

Resoplé. Incluso en una cita tan especial como esta, a mi novio se le podía ir la mano con las gracias.

Joder, lo he llamado mi novio. Supongo que ya podía volver a llamarlo así. Había dicho que podíamos considerarnos pareja de nuevo, pero que teníamos que hacerlo oficial con esta cita.

En serio, no debería haberse pasado con los insultos. Le tenía preparada una sorpresa enorme y estaba esperando el momento justo para soltársela.

Nos sentamos en un reservado de la zona del comedor. Vino un camarero y pedí una cerveza. Jakob pidió una Pepsi. Ambos pedimos más alitas Buffalo de las que el camarero creía que podríamos comer. Le dijimos que, obviamente, nunca había visto mi apetito en acción y que no iba a dejar ni rastro de carne en los huesos.

—La verdad es que ha sido genial que me hayas ayudado a cuidarme todo este tiempo —dijo Jakob—. Limpiando la casa, haciendo la compra, limpiándome el culo.

—Venga ya, Jakob, sabes que en realidad no hice eso.

—Pero lo habrías hecho si te lo hubiera pedido, ¿verdad? *¿Verdad?*

Cerré los ojos y reprimí una carcajada.

—Supongo que nunca voy a conseguir cambiarte, ¿no? —pregunté.

—No mientras sigas siendo el capullo desconcertante y engreído del que me enamoré.

—Me parece justo, supongo.

El camarero regresó con un plato de alitas y nos pusimos las botas.

Fiel a mi estilo, tenía la cara hecha un desastre en cuestión de segundos. Gracias a Dios me había cubierto la camisa y la corbata con una servilleta y había puesto otra en mi regazo.

—Joder, tío, vas a necesitar que te limpien con una manguera cuando acabes.

Negué con la cabeza, sabiendo que iba a tener que aguantar esto el resto de mi vida. La mayoría de la gente probablemente me

diría que me asegurase de que de verdad amaba a este tío.

Cuando terminamos de comer, me limpié la boca e incluso usé esas toallitas húmedas para asegurarme de que mi novio no pudiera hacer más comentarios sobre si tenía salsa de las alitas en la cara o en cualquier otro sitio.

—Tengo buenas noticias —dijo Jakob.

—Yo también.

—¿En serio?

—Ajá. Empieza tú, ¿vale?

—El médico dice que podré volver a jugar al hockey en tres meses.

—¿En serio?

Asintió.

—No está nada mal, teniendo en cuenta la lesión que tuviste.

—Y quién me la provocó.

Sentí cómo se me clavaban las uñas en la pierna. No iba a permitir que me arruinara una noche realmente agradable con sus pullas.

—Eso significa que podrás volver al equipo y armar un buen jaleo —dije.

—Y hacerte la vida imposible.

Me contuve para no respingar. Mi propia noticia estaba relacionada con eso en cierto modo, y no quería estropearlo.

—Aunque llevará un tiempo —dijo—. Primero, tengo que seguir con la rehabilitación para no retroceder. Luego tendré que ponerme en forma para jugar. Me preocupa haberme quedado tan atrás que no pueda seguir el ritmo de los otros tíos.

—Tío, eso no es verdad en absoluto.

Me incliné sobre la mesa y cubrí las manos de Jakob con las mías. Por primera vez, me importó una mierda si los que nos rodeaban veían las señales inequívocas de que éramos pareja.

—No creo que sea posible quedarse atrás de un grupo de inadaptados como los Larkin Lions —dije.

Jakob frunció el ceño y arrugó la nariz como si no pudiera creerse que le hubiera metido un zasca.

—¿Ves? —dije—. Yo también sé jugar a ese juego.

—Genial, capullo.

No me importaban sus insultos. En cierto modo, me gustaban. Pero no le digas nunca a Jakob que he dicho eso. No quiero que piense que se ha ganado carta blanca para ser un cabrón.

—En serio, sé que vas a volver por todo lo alto y que vas a estar increíble —dije.

—Que lo digas tú significa mucho para mí. Que vuelva al hielo significa que vamos a volver a competir el uno contra el otro. Vamos a tener que hablar de cómo vamos a llevar eso.

Me eché hacia atrás en mi asiento. Jakob clavó sus ojos en mí y leí mucho más en ellos de lo que estaba diciendo.

—*Vamos* a volver a vernos las caras en el hielo, ¿no? —preguntó.

Miré alrededor de la sala, silbando una melodía sin sentido, con la vana esperanza de que el tema desapareciera.

Imposible, ¿verdad?

—¿Qué pasa, Zane? —preguntó—. ¿Qué te traes entre manos?

Respiré hondo y dejé escapar un suspiro.

—Vale, me has pillado —dije—. Tengo una noticia bastante importante.

—¿Relacionada con el hockey o...?

—Relacionada con el hockey.

Hice una pausa, sin saber cómo soltarle la noticia. Una vez que lo hiciera, vería que ya no seríamos rivales, algo que yo consideraba agridulce.

—Me hago profesional.

Enarcó las cejas. Sinceramente, esperaba que saltara de la mesa de la emoción, incluso si estaba recuperándose de una lesión.

—¿En serio? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo llevas callándotelo? ¿Y por qué coño no me lo has dicho antes?

—Solo un par de días. Y quería esperar al momento justo para decírtelo. Un momento especial.

—Querías esperar a que tuviera el estómago lleno, ¿quieres decir?

—Claro, si eso te va a callar el tiempo suficiente para que te cuente el resto de mi historia.

Puso una cara de falso enfado, lo que significaba que nunca tendría que preocuparme de que se lo tomara demasiado en serio.

—Vale —dijo—, cuéntame el resto de tu historia. ¿Qué equipo? ¿Qué programa entero se va a ir a la mierda cuando estés en su plantilla?

—Los St. Louis Blues. Obviamente, no hay nada definitivo. Me dijeron que debía entrar en el *draft*. Dada su posición en la selección, creen que podrán ficharme sin problemas.

—¿Crees que lo harán?

—Está prácticamente garantizado. Sé que, técnicamente, nunca hay nada garantizado en esta vida, pero dudo que hubieran perdido todo ese tiempo hablando conmigo para nada.

Jakob hizo una pausa. A juzgar por su mirada, supe que debía de estar pensando en algo.

—Pero has estado pasando mucho tiempo conmigo —dijo—. ¿Cuándo has tenido la oportunidad de hablar con los Blues?

—Créeme, seguía teniendo más de un momento libre, a pesar de todo. De todas formas, no quiero hacerme demasiadas ilusiones. Tendré que empezar desde lo más bajo de las ligas menores. Quizás nunca llegue a pisar el hielo de la NHL.

—Pero serás profesional. Eso es lo único que importa. ¿No ha sido ese nuestro objetivo desde el principio?

—Por supuesto.

No respondió. Se cruzó de brazos y desvió la mirada.

Oh, mierda, pensé. *Si no tiene una respuesta borde a mano, es que algo va realmente mal.*

Podía suponer que probablemente era el hecho de que yo me iba a hacer profesional y él se iba a quedar atascado en la universidad. Podría convertirse en un punto de discordia entre nosotros. No era estúpido. Quizás que te seleccionaran en el *draft* no rompía parejas específicamente, pero era lo suficientemente listo como para reconocer el peligro.

—¿Está todo bien? —pregunté.

—Sí, creo que sí.

—Si tienes algo en mente, más vale que lo sueltes.

—Es que… si tú estás en los profesionales, ¿cómo vamos a hacer que esto funcione?

Cubrí las manos de Jakob con las mías, de nuevo importándome una mierda si la gente de las otras mesas lo veía.

—Todo va a salir bien —dije—. Puede que te preocupe que ahora voy a tener éxito y a dejarte atrás. Te doy mi solemne juramento de que eso no pasará.

—¿Desde cuándo coño ha significado algo lo que tú dices?

—Confía en mí, siempre hay una primera vez para todo.



Después de cenar, fuimos a Delaware Park. Hacía frío fuera, pero le dije a Jakob que el aire fresco le sentaría bien. Por una vez, quería hacer algo romántico.

Bajamos paseando por una colina y contemplamos el Hoyt Lake hasta Shakespeare Hill, donde cada verano se representan obras de Shakespeare al aire libre. El cielo estaba despejado, dando paso a la mayor concentración de estrellas que había visto nunca en la ciudad.

Cuando me detuve, Jakob siguió caminando unos pasos y luego unos cuantos más antes de darse cuenta de que me había dejado atrás. Entonces, se apresuró a volver.

—Perdona —dijo.

—Presta atención, ¿quieres?

Quería meterle todas las pullas que pudiera mientras aún tuviera la oportunidad.

—Antes me has dicho que te preocupaba cómo íbamos a hacer que las cosas funcionaran si yo estoy en los profesionales y tú sigues estancado en la universidad como un aficionado sin futuro.

—Eso no es lo que he dicho, y lo sabes.

Sonreí de oreja a oreja, recordándole una vez más que yo también sabía repartir. Conociendo a Jakob, le daría la vuelta para convertirlo en una insinuación sexual.

—Vale, de acuerdo, solo quiero ir al grano —dije—. ¿Crees que puedes con eso?

—¿Ir al grano? Zane, ¿de qué coño estás hablando?

—Venga, Jakob, no pensarías de verdad que te he traído aquí sin ningún motivo, ¿o sí?

No respondió. Prefería eso a la enésima pulla.

Busqué en mi bolsillo sin que viera lo que tenía en la mano. La abrí para que pudiera ver una caja de anillo.

Y entonces, me arrodillé.

Sus ojos se abrieron como platos y sé que quería soltar una gracia, pero se contuvo.

—Jakob —dije, cogiendo su mano—. Sé que nuestra historia ha sido un poco accidentada, pero algo dentro de mí no deja de decirme que todo ha sido por una razón. Es porque estamos destinados a estar juntos.

—Oh, Dios mío… —A mi novio se le escapó una risa entrecortada por la boca.

—Las cosas podrían haber terminado entre nosotros, y no tengo ni idea de lo que habría hecho si las cosas malas se hubieran quedado así. Sé que no puedo vivir sin ti, así que lo único que puedo hacer para asegurarme de que eso no ocurra es esto.

Hice una pausa. Tenía la boca seca, pero no iba a dejar que eso arruinara el momento.

—Te quiero, Jakob. ¿Quieres casarte conmigo?

Se tapó la boca con la mano libre como si se sintiera avergonzado, pero en el buen sentido.

—¿Y bien? —pregunté.

—Oh, supongo que sí.

Me puse de pie, lo tomé en mis brazos y lo besé profundamente. Ni siquiera me importó su forma de responder.

Después del tiempo que había pasado con Jakob, no habría esperado menos.

50

JAKOB

Empujé a Zane sobre la cama. Menos mal que lo hice yo y no él. Aún me sentía un poco dolorido a veces y tendríamos que tomárnoslo con calma. Aunque no tuve mucho tiempo para decírselo antes de que empezaran los festejos. Cuando llegamos a mi casa, subimos directamente.

Al mirarlo desde arriba, tumbado en la cama, no pude evitar sentir una extraña mezcla de orgullo y satisfacción. El orgullo quizá viniera del hecho de que estaba a punto de acostarme con un hombre increíblemente guapo. Sí, ya había escalado esa montaña una vez, pero volver a hacerlo me hacía sentir bien por dentro. La satisfacción venía de que hubiéramos conseguido dejar nuestras diferencias a un lado. Lo que estaba a punto de ocurrir nunca habría sido posible si no hubiéramos podido ser razonables.

Él me sonrió desde abajo. Le devolví la sonrisa, me dejé llevar y me desplomé sobre él.

—*¡Uf!* —dijo, como si le hubiera dejado sin aire—. Ten cuidado, ¿quieres?

—Ah, sí, porque tú siempre has tenido muchísimo cuidado conmigo, ¿verdad?

—Joder, Jakob, creía que ya habíamos superado todo eso.

—Y lo hemos superado. Solo te estaba tomando el pelo.

—Sí, bueno, pues quiero que empieces a tomarme otra cosa, ¿vale?

Sus deseos eran órdenes para mí.

Le besé los labios con suavidad, con dulzura. El poderoso pecho de Zane contra el mío me resultaba tan familiar y, a la vez, tan nuevo. Sus brazos me hacían sentir muy seguro cuando me rodeaban, con sus manos apretadas contra mi espalda. Y, sobre todo, sentí su polla presionar contra mi pierna, haciéndose más grande y dura por segundos.

De momento, esto se sentía perfecto, nosotros en la cama, envueltos en los brazos del otro, saboreando los besos más tiernos. Aún llevábamos la ropa puesta, aunque sabía que le quedaba poco tiempo.

Cuando nuestras bocas se abrieron, mi lengua se deslizó en la de Zane y se mezcló con la suya. Luego, nuestras bocas se cerraron en otro beso. Y volvimos a repetirlo. Y así, una y otra vez. Mis labios abandonaron su boca y se desplazaron hacia su mejilla y luego a su cuello, donde hundí la cara.

—Oh, joder, sí —jadeó Zane, apretándome con más fuerza.

Sabía que, si le hubiera hecho eso de pie, podría haberse desplomado. Aun así, no iba a ceder, no cuando tenía a mi hombre justo donde lo quería.

Mis labios siguieron su recorrido por su cuello mientras le aflojaba la corbata y le desabrochaba el primer botón. Sentí su polla ponerse aún más dura contra mi pierna. Por mucho que deseara liberarla, sabía que era mejor no precipitarse.

Zane tendría que esperar.

Y yo también…

Fui dejando besos por el centro de su pecho con cada botón que desabrochaba. Los dedos de Zane se enredaban en mi pelo y yo escuchaba su respiración, sabiendo que estaba disfrutando cada segundo de esto.

Una vez desabrochados todos los botones, le abrí la camisa de par en par para contemplar su magnífico cuerpo. Me incliné de nuevo, esta vez frotando mi entrepierna contra la suya, y me di

cuenta de lo dura que se había puesto mi propia polla. Le lamí primero el pezón izquierdo y luego se lo mordisqueé. Eso provocó un jadeo de mi novio… no, prometido. Esperaba que la maravillosa sonoridad de ese título nunca pasara de moda.

Su abdomen seguía tan musculado como lo recordaba y dejé un rastro de besos hasta llegar a la hebilla de su cinturón. Zane me detuvo ahí, como si quisiera provocarme. Entonces me di cuenta de que ese no era su plan. Se incorporó, me besó y luego me obligó a ponerme de pie. Se levantó, me besó, me cogió del bajo de la sudadera y me ayudó a quitármela por la cabeza. Mi sudadera se llevó la camiseta interior con ella y ambas cayeron al suelo.

Entonces Zane hundió su cara en mi cuello, besándolo, y yo jadeé. Oh, Dios mío, casi había olvidado lo perfecta y maravillosa que era la sensación de sumisión. Quizá no era sumisión, en el sentido estricto. Simplemente me estaba hechizando.

Me temblaron las rodillas, a punto de fallarme, cuando sus labios se movieron hacia mi clavícula y mi pecho. Al poco tiempo, la punta de su lengua me rozó el pezón y lo mordisqueó un poco. Volví a jadear, deleitándome con la sensación.

Me besó todo el cuerpo y yo le apreté la cabeza contra el pecho. Zane se liberó para bajar hasta la hebilla de mi cinturón, que miró con avidez.

Quizá no era la hebilla de mi cinturón lo que miraba con tanta codicia. Era casi seguro que era mi polla lo que deseaba más que nada en este mundo.

Me agarró el bulto, apretándolo y sobándolo, lo que hizo que mi respiración se acelerara. Mi mano recorrió su poderoso hombro mientras esperaba su siguiente movimiento.

Zane estiró la cabeza hacia delante, besando mi bulto, lamiéndolo y luego mordisqueándolo. Mi mano se aferró a su hombro porque la sensación era mucho más intensa de lo que habría esperado. Mi prometido pretendía provocarme y hacerme esperar antes de llegar a la mejor parte.

Sus labios se cerraron sobre el bulto como si me chupara la polla a través de los vaqueros, mojando la tela.

—Chúpame la polla —dije—. ¡Hazlo!

—¿Cuál es la palabra mágica?

—Por favor. Chúpame la polla, *por favor*.

—¿Qué más tienes que decirme?

—La deseo con todas mis putas fuerzas.

—¿Vas a ser un buen chico si lo hago?

—Sí, sí, sí.

Las palabras se me escaparon de los labios como un gemido, pero no me importó. Fue liberador.

Me desabrochó el cinturón lentamente, haciéndome esperar. Una vez que lo aflojó, lo sacó de las presillas y lo tiró al suelo, produciendo un tintineo. Luego desabrochó el botón, agarró la cremallera y la bajó, abriéndome la bragueta a una velocidad exasperantemente lenta.

Entonces le hizo a mi bulto lo mismo que cuando llevaba los pantalones cerrados: se lo metió en la boca, todavía constreñido por la ropa interior.

—¡Chúpamela! —dije de nuevo—. ¡Chúpame la polla, *por favor*!

Metió los dedos bajo el elástico de mis calzoncillos y los bajó, dejando que mi polla saliera disparada, afortunadamente. A partir de ahí, mi polla desapareció en su boca. Gracias a Dios. Pensaba que iba a provocarme aún más.

Un fuerte gemido brotó de mi boca cuando lo hizo, porque me tenía así de tenso. Al principio, su saliva caliente cubriendo mi miembro se sintió increíble, pero eso fue superado por la sensación de su lengua girando sobre el glande.

—Oh, joder, Zane. —Mis palabras apenas tenían voz mientras salían de mi boca—. Sigue haciéndolo así. *Así*.

Mi mano se posó en su cabeza y luego mis dedos se hundieron en su pelo. Su cabeza subía y bajaba y sus dedos me hacían cosquillas en la parte inferior de los huevos. Los dedos de mis pies se encogieron un poco y mis ojos se pusieron en blanco.

Iba a correrme. No era una cuestión de *si*. Definitivamente iba a suceder en cualquier momento si Zane seguía así.

Mi prometido pareció intuirlo, ya que sacó mi polla de su boca y la recorrió de arriba abajo. Inspiré y espiré varias veces, con el pecho agitado, pues aún no me había recuperado de la sensación.

Se puso de pie de nuevo, me miró fijamente a los ojos y me besó una vez más. Lo empujé sobre la cama y rebotó en el colchón. Mirando su bulto, no podía ni imaginar las ganas que le tenía a esa polla.

Caí de rodillas y hundí mi cara en su entrepierna, pasando mi lengua por su bulto. Lo besé varias veces, pero no quise mordisquearlo ni chuparlo primero. Tenía demasiadas ganas de saborearlo como para esperar.

Me metí el glande en la boca, saboreando su sabor perfecto, y lo moví con la lengua. Zane emitió un sonido extraño, no del todo un gemido ni un jadeo. El sonido parecía casi de pánico, pero sabía que había entrado en el éxtasis. Giré mi lengua alrededor del glande, haciéndole sentir cada milímetro, mientras mi mano libre se la meneaba en la base de la polla.

Su mano se aferró a la parte superior de mi cabeza, forzando su polla a entrar por completo en mi boca. El truco sería evitar las arcadas. Eso era lo que él quería, ¿verdad? ¿Que me la tragara entera, como un profesional?

Bueno, pues le iba a enseñar lo que podía hacer.

Cuando no tuve arcadas, Zane retiró su polla. Se la saqué de la boca y se la masturbé un segundo. Luego, volvió a meterme su miembro en la boca, empujando mi cabeza hacia abajo y su verga hacia mi garganta.

De nuevo, no tuve arcadas, tragándomela como un campeón.

Se la saqué de la boca y le pasé la lengua por los huevos. Me metí un cojón en la boca y lo chupé con suavidad. Escuché cómo se aceleraba la respiración de Zane. Tenía la sensación de que no lo había acercado tanto al orgasmo como él a mí, y quería seguir hasta llevarlo al límite.

Mi cabeza subía y bajaba sobre su polla, meneándosela con una mano y haciéndole cosquillas en la parte inferior de los huevos con la otra. Zane levantó el culo de la cama, hundiendo su polla en mi boca una vez más, pero sabía que no había sido deliberado. Lo había hecho porque el placer que le estaba dando le obligó a ello.

—Eres un buen chico —dijo—. Sigue haciéndolo así. ¡Buen chico!

Cuando la respiración de Zane se aceleró y se volvió errática, supe que lo había llevado al borde del orgasmo. Pero no quería que explotara en ese momento. Quería que llegara hasta el final.

Aparentemente, mi prometido estaba pensando lo mismo, porque sacó su polla de mi boca y se puso de pie de un salto.

Me puso los dedos bajo la barbilla y me hizo mirarlo.

—Vamos, tío —dijo—. Quiero que me folles.

Sonreí de oreja a oreja.

Zane no tuvo que decírmelo dos veces.

Me puse de pie y lo rodeé con mis brazos una vez más. Nuestros labios se encontraron mientras lo apretaba con fuerza, dejando que nuestros pechos desnudos se aplastaran el uno contra el otro. Cualquier cosa para saborear el momento.

Cuando lo solté, le puse las manos en los hombros, le di la vuelta y lo incliné sobre la cama. Luego, le di un azote en el culo y el chasquido resonó por toda la habitación.

Cogí un bote de lubricante cercano, abrí el tapón y eché un chorrito en mi polla. Usé la mano para extenderlo por todas partes. Luego, deslicé un dedo lubricado en el culo de Zane para prepararlo para el gran momento.

Me acerqué por detrás y le abrí más las piernas. Con las manos en su culo, le separé las nalgas para dejar paso a mi polla. Finalmente, llevé mi miembro duro hasta su agujero y lo introduje muy despacio al principio. Oí un pequeño jadeo salir de los labios de mi prometido, un sonido que solo me excitó más.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Ajá.

—¿Estás completamente seguro?

—Sí, tío, dámelo de una puta vez.

Así que empujé mi polla lenta y firmemente, escuchando su prolongado gemido, hasta que la tuve dentro hasta los huevos. Ya completamente dentro de él, pasé mis manos por su espalda y luego se las aferré a los costados. Eché la cabeza hacia atrás, saboreando el dulce calor que envolvía mi polla.

Empujé hacia delante y hacia atrás. Al principio, el agujero de Zane se sentía apretado, prohibitivo. Aunque lo había follado unas

cuantas veces, nunca se había sentido terriblemente dilatado.

Eso no tenía por qué ser del todo malo.

Gimió varias veces mientras lo invadía lentamente. Pronto, lo dilaté lo suficiente como para coger velocidad. Eso le hizo levantar la cabeza y echar el cuello hacia atrás. Varios gemidos y quejidos de pánico emanaron de su boca mientras lo follaba a un ritmo más duro y rápido.

Levanté la mano y se la estrellé en el culo, causando un chasquido aún más fuerte que antes.

Gritó. Ese era el sonido que me encantaba oír.

—Te gusta eso, ¿eh? —pregunté.

—Sí.

—Dime que te gusta.

—Me gusta.

—Grítalo para mí, nene.

—¡Me gusta!

—Dime que te encanta.

—¡Me *encanta*!

Con mis manos en sus caderas ahora lo controlaba por completo mientras lo follaba más fuerte y más rápido. Le volví a pegar un fuerte azote en el culo. El sonido de la piel chocando contra la piel llenó la habitación mientras lo follaba.

—Dime que soy jodidamente sexi —le dije.

—¡Eres jodidamente sexi!

Entonces alargué los brazos y le aferré los hombros, embistiéndolo con toda la potencia y fuerza que mi cuerpo podía reunir. Echó la cabeza hacia atrás y gimió un poco más con cada embestida.

Juraría que iba a correrme. No quería, pero el orgasmo amenazaba como no te puedes imaginar. Así que salí de mi prometido y lo rodeé con mis brazos, presionando mi pecho contra su espalda.

—No pares —dijo—. *Por favor*, no pares nunca, joder.

—Quieres más, ¿eh?

—Sí.

—Dímelo, papi, *por favor*.

—Papi, *por favor*.

Tiré de él para que se pusiera de pie, lo giré y lo empujé sobre la cama. Me subí encima con él y le di la vuelta, de modo que quedó tumbado a lo largo de la cama. Luego le abrí las piernas y me abrí paso entre ellas.

Le levanté las piernas lo suficiente para poder deslizar mi polla de nuevo en su culo. No fue tan fluido como podrías pensar. Todavía tuve que volver a entrar con cuidado, pero eso significó escuchar más gemidos y quejidos de Zane. Sabía que podía sentir hasta el último centímetro de mí.

Una vez que estuve completamente dentro de nuevo, cogí velocidad de inmediato, follándolo duro y rápido sin piedad. La belleza de follárselo en esta posición era que me permitía ver su expresión facial mientras lo penetraba. Tenía la boca abierta y los ojos muy abiertos, como si estuviera en shock.

Seguí follándolo hasta que pensé que podría desplomarme. Había perdido la forma física del hockey por mi lesión, pero creía que incluso en plena forma me costaría seguir este ritmo.

Aun así, quería que esta vez valiera la pena.

Zane se agarró la polla y empezó a meneársela con fuerza. Yo seguí follándolo al mismo ritmo, sin ceder. Finalmente, cerró los ojos con fuerza mientras el semen salía a chorros de su polla. Tenía la boca muy abierta, formando una O. Eso solo hizo que me dieran ganas de acelerar el ritmo, aunque sabía que no podía. Por mucho que lo deseara, mi cuerpo tenía límites.

Momentos después, la tensión se acumuló bajo mi cintura, pero pronto consumió todo mi cuerpo. Iba a correrme y sabía que este orgasmo sería monumental. Cuando me retiré, un chorro de semen salió disparado de la punta de mi polla, dejando una estela en el pecho de Zane. Le siguieron dos más.

Al final, me desplomé sobre él.

Me quité de encima unos minutos después. Nos quedamos tumbados juntos en la cama, mirando al techo, con el pecho agitado.

—No lo has hecho nada mal para un tío que se recupera de una fractura de cuello —dijo Zane.

—¿Por qué te sorprende tanto? He tenido que ahorrar toda mi energía durante el tiempo que estuve lesionado.

Ambos nos reímos.

Extendí el brazo y cogí su mano.

—¿Crees que puedes acostumbrarte a toda una vida de esto? —le pregunté.

—Creo que ya lo he hecho.

POSTFACIO

Gracias por leer *Puck, Muchas Gracias*, la tercera historia independiente dentro del mundo de *Puck y Pecado*.

Si te gustan los romances MM aún más oscuros, no te pierdas mi serie de mafia *Los Dioses de Montcove*, empezando por *El Príncipe del Mal*: mybook.to/GOM1S

Sígueme en TikTok o Instagram para estar al día de los próximos lanzamientos—todos se publicarán también en español.

Un abrazo oscuro,

Holly